

SOBERBIA

SERIE TORMENTOS 2

Claudia
A. Paragó







SOBERBIA

Primera Edición noviembre 2024

Diseño de Portada

Saúl Torres Vázquez

Correcciones

Isaura Nayeli Tapia González

Todos los derechos reservados.

No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ISBN: 9798301174490

Sinopsis

A Fabián le encanta la Navidad, lamentablemente fue desterrado de dicha celebración, por lo que decide acudir a una solitaria cabaña para ahogar su dolor.

Han pasado décadas desde la última vez que Krámbell, príncipe de la soberbia, ha interactuado con otro ser, gracias al confinamiento al que ha sido sometido. Sus sentidos y necesidades han caído en un profundo sueño, hasta que ese pequeño humano aparece de la nada reviviendo sus más bajos instintos.

Finalmente una mascota para aterrorizar, un agujero donde vaciar su lujuria, ira y vanidad.

Torturas placenteras.

Angustias liberadoras.

Verdades aterradoras.

Advertencia: Sé una buena chica, no querrás convertirte en la mascota de Krámbell, ¿o sí...?

Agradecimientos

Chicas Paraíso y nuevas lectoras; gracias por darla una oportunidad a mis demonios. Escribir puede ser muy solitario y tu apoyo, comentarios y retroalimentación siempre es un aliciente significativo en esta gran aventura que es la escritura.

A mi correctora estrella, Isaura Tapia (Santa), por hacerme un huequito en su apretada agenda jejeje y lidiar con la ansiedad al tiempo que con mi terrible ortografía.

A mi Kchorro por escucharme, aportar ideas, alentarme y darme espacio para escribir y por supuesto, a las *Instagramers* y *Booktokers* por compartir y promover mis letras, sin su apoyo en las redes sociales, esta historia no llegaría a tantas lectoras.

¡Vamos por más!

¡ADVERTENCIA!

Esta novela incluye: Consentimiento dudoso, castigo forzado, azotes, sexo como castigo, orgasmos forzados, tortura, relaciones humanos/demonios, de naturaleza extremadamente sexual, homosexual, lenguaje soez y solo está destinado a audiencias maduras.

Si eres sensible a alguno estos temas, NO LO LEAS. Tengo varias otras novelas que seguramente disfrutarás.

Ahora, que, si el morbo te gana y decides leerlo, hazlo con la mente abierta y disfruta.

ADVERTENCIA 2:

Esta novela es “fantasía”, por lo tanto, no está basada en hechos reales, ni apegada a los usos y costumbres exactas de ninguna época en específico.

Echa a volar tu imaginación y siéntete bienvenida a uno de mis reinos imaginarios, espero que disfrutes con la mente MUY abierta.

Nota de la Autora:

La escritura es un arte y como tal, evoluciona, se transforma, fluye, y encuentra nuevos caminos.

Desde las primeras líneas que me animé a escribir, mis palabras brotaron guiadas por sentimientos y no por normas, por lo cual, mi narrativa se salió completamente de lo convencional, y tras publicar trece libros, he seguido fiel a este estilo, el cual agradezco haya sido aceptado por mis lectoras.

Espero no te cause demasiados inconvenientes y puedas disfrutar de la historia.

Para facilitarte el proceso, estos son algunos puntos que deberás tomar en cuenta:

*Los diálogos van precedidos por el nombre del personaje.

*Las acciones y descripciones de los personajes se encuentran entre paréntesis.

*Los pensamientos de los personajes estarán marcados con

«negritas».

No te preocupes, si no me has leído anteriormente, al cabo de un par de capítulos, ni siquiera notarás la diferencia.

Esta novela está escrita por una autora latina, para ser más

exacta, mexicana, y cabe la posibilidad de que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

El habla hispana está llena de riqueza y diversidad, aprender palabras nuevas siempre enriquece nuestro vocabulario, espero puedas darle una oportunidad y ante la duda de algún término, siempre estoy disponible para responder a mis lectoras, me encuentras fácilmente en Instagram como: @claudiaangelica_perez o bien, seguro nuestro amigo Google tiene una respuesta a tu pregunta, pero sinceramente, me encantaría que me escribieras.



Para ti que mereces unos ricos azotes por ser una chica/o traviesa.





1

Al bajar de la camioneta, Fabián tuvo que subirse el gorro de la chamarra, el viento se sentía helado ahí donde se encontraba, en lo alto de la montaña de Arteaga, en Coahuila.

Fabián: Me parecía que no llegaba.

Se frotó las manos y sacó los guantes del bolsillo para colocárselos antes de que se le congelaran. En definitiva, esa era la cabaña, la vivienda había visto sus mejores días, sin embargo, continuaba teniendo su encanto. El terreno era enorme y al menos un kilómetro lo separaba del más próximo vecino, justo como quería; paz y tranquilidad, sin todas las aglomeraciones, adornos, obsequios y cánticos propios de las fechas navideñas, quería desaparecer, hacer como si a las fiestas se les hubiera olvidado tocar tierra ese año, necesitaba de la soledad, el trabajo físico y la vida de la naturaleza para lamerse las heridas.

Pasó la mano por el letrero sobre el buzón escarlata que daba nombre a la antigua cabaña, algo descarapelado y un tanto oxidado, se alcanzaba a apreciar “Destino”.

Después de ocho horas de camino desde Cd. Valles, San Luis Potosí, cansado soltó el aire; al tiempo que levantaba los brazos y se estiraba un poco, una nube de vaho se formó y supo que tenía que moverse, la temperatura bajaría aún más por la noche.

El día perdía su luz, así que abrió la puerta recargando el hombro en ella, las bisagras protestaron en voz alta la interrupción a su largo descanso.

Se encontró con los muebles cubiertos por sábanas, un montón de cajas apiladas y un olor no muy agradable.

Como bien dijeron los dueños; el sitio necesitaba un buen mantenimiento, del cual se haría cargo, no se quejaría, prácticamente le habían regalado el hospedaje a cambio de que dejara agradable el lugar ya que pretendían venderlo el siguiente año.

Afortunadamente continuaban pagando los servicios, así que la luz eléctrica funcionaba. Metió sus maletas, verificó que los leños junto a la chimenea no estuvieran húmedos y encendió el fuego. La madera le alcanzaría para pasar la noche, pero, sin duda, lo primero que tendría que hacer al siguiente día, sería cortar más leña.

Comenzó a quitar las sábanas y limpiar un poco, lo cual le sirvió para entrar en calor pese a abrir puertas y ventanas, era eso o aquel olor a encierro lo asfixiaría.

Una vez que el aire gélido le pareció demasiado, cerró, lavó unos recipientes para quitarles el polvo, se hizo una sopa instantánea y se sentó frente al fuego para comerla.

Solo el crepitar de las llamas interrumpía el silencio.

De la nada se echó a reír, era una risa cansada, sin pizca de gracia, el dolor de los últimos meses que tan bien había ocultado hasta de sí mismo comenzaba a bombardearlo, respiró profundamente, no quería echarse a llorar, no quería darle a su hermano la satisfacción de romperlo.

Negó con la cabeza, se parecía a ese viejo gruñón de los cuentos navideños que se alejaba de

todos, en una casa fría sin la calidez de las luces y los arreglos de la época, al que solo tocarían a su puerta para venderle algo, solo que en ese lugar remoto nadie se acercaría, nadie le enviaría ni un mensaje para desearle feliz Navidad, ni siquiera de esas imágenes que solo necesitan ser reenviadas.

¡Tonterías!

Sabía que sus padres, hermana y sobrinos lo echarían de menos, incluso su cuñada, de la cual no comprendía cómo soportaba la testarudez de su hermano.

Dejó la sopa de lado y extrajo de una de sus maletas una de las tres botellas de *whisky* que llevaba, pese a que no acostumbraba a beber más de dos o tres copas sociales, en esos días de soledad, el alcohol sería su única compañía.

Lo suyo era correr por las mañanas y dos o tres veces a la semana ir al gimnasio.

Desvelarse poco, pero los fines de semana recorrer senderos entre la naturaleza hasta llegar a las cascadas cercanas de su ciudad, como la de los Micos, la del Toro o la cascada de Minas Viejas, nunca se cansaba de ver la majestuosidad de la naturaleza con más de cincuenta metros de caída, era todo un espectáculo que finalizaba en unas pozas azul turquesa o bien, pasear por los jardines surrealistas de Xilitla que fácilmente te transportan a un mundo fantástico, esos de hadas y elfos.

Acudía siempre en compañía de su mejor amigo; Bruno, un labrador *retriever* de pelaje dorado. El pecho se le oprimió y tuvo que contener un sollozo, eso sí que le partía el alma, hacía poco más de cinco meses se había visto obligado a dormirlo por una enfermedad que sabía solo le produciría dolor hasta la muerte y su mejor amigo no merecía sufrir y verse cayendo en picada cuando había sido tan alegre y aventurero.

Estuvo a su lado durante siete años y prácticamente era su sombra, a menos que no se permitieran animales, Bruno estaba con él, al perro solo le faltaba hablar, aunque no lo necesitaba.

Abrió la galería de fotos en su celular, el cabrón parecía posar con esa mirada cariñosa y expectante.

Una lágrima se le escapó y tragó saliva con dificultad. Aún no podía creer que Alejandro, su exnovio, le dijera que se comprara otro a los dos días de dormir a Bruno, como si se tratara de una *laptop* que simplemente dejó de funcionar, como si pudieras remplazar el cariño y los recuerdos, claramente nunca comprendió lo importante que era para él, de la misma forma en que no comprendió muchas otras cosas.

Alejandro, otra daga más que le atravesaba el pecho, no amaba a los animales como él, pero le gustaban. Le agradaba hacer ejercicio para lucir bien, así que lo acompañaba a sus recorridos cada tercer fin de semana y disfrutaba mucho más la fiesta y los antros que Fabián, sin embargo, se adaptaron, eran felices, se amaban, y pretendían irse a vivir juntos hasta que fue claro que esperaban cosas diferentes uno del otro, aún no comprendía que aquello terminara su relación de poco más de tres años.

¡Suficiente!

Se había ido a recluir a lo alto de la montaña para ocuparse y olvidarse de toda la mierda, no para revolcarse en ella.

Físicamente estaba cansado, pero su mente no dejaría de dar vueltas, así que abrió la aplicación de música y le dio *play* a la canción de *Tom's Diner* el *cover* de AnnenMayKantereit & Giant Rooks mientras comenzó a abrir las cajas; se encontró con portarretratos, velas, tapetes, cojines, incluso cuadros, candelabros, un montón de esas cosas que le dan identidad a un lugar. Los limpiaba y dejaba sobre la mesa para el siguiente día determinar

qué servía y decoraría la cabaña que sería su hogar las próximas cuatro semanas.

Un adorno al fondo de la caja llamó su atención, era una esfera de cristal de nieve, de esas que al agitarlas los pequeños copos se esparcen en el líquido, en este caso sobre una cabaña rodeada de pinos, justo como en el lugar donde se encontraba.

La esfera le provocó una sonrisa, la limpió con cuidado y la colocó sobre la chimenea.

Un movimiento en el exterior a través de la ventana llamó su atención y se acercó. Un atisbo de sonrisa se formó en sus labios, copos de nieve comenzaban a tinter de blanco el paisaje, la promesa de una nevada fue lo que terminó por empujarlo a aceptar ir a la dichosa cabaña “destino” puesto que solo una vez había visto nevar ya que en su ciudad la mayor parte del año hacía calor.

Entusiasmado como un niño y achispado por el alcohol, se colocó nuevamente la chamarra, los guantes y al abrir la puerta, el impacto helado que esperaba no apareció. Si bien se sentía mucho más frío que dentro, no fue el *shock* que esperaba, quizá el alcohol estaba haciendo su magia.

Abrió los brazos y levantó el rostro, su mente se quedó en blanco y simplemente disfrutó el momento, vivió la experiencia acompañado de la botella hasta sentirse algo mareado, así que decidió regresar antes de perder la conciencia y terminar sepultado entre la nieve.

Se quitó la chamarra, se acercó a las llamas y sintió cómo una profunda oscuridad lo envolvía, el estómago le dio un vuelco y tuvo que sostenerse de la chimenea para no caer.

Al abrir los ojos no comprendió qué era lo que estaba frente a él, se frotó los párpados, el alcohol debía estarle jugando una mala pasada.



2

Cuando el mundo de Krámbell se agitó estrepitosamente, terminó estampado contra la pared, aquello parecía un maldito terremoto, solo que en la jodida esfera en la que se mantenía confinado, no temblaba, a menos claro que él quisiera y ese no era el caso.

Una vez que el caos se detuvo, salió de la cabaña que terminó hecha un desastre y desvaneció el infinito paisaje que montó con sus poderes para no tener que ver el oscuro límite de su prisión.

Se acercó al frío cristal y lo que vio lo dejó sin palabras. Ahí estaba, un humano. ¡Un maldito humano!, pero antes de que pudiese reaccionar, desapareció por la puerta.

Maldijo a toda la corte celestial.

Esperó y esperó, ansioso y desconcertado. Desde que lo encerraron en ese maldito lugar, no había visto a otro demonio, ni siquiera a un humano con el cual poder hablar. Gritó frustrado, aun sabiendo que nadie podía escucharlo, al ver que el ser inferior no regresaba por la maldita puerta.

Hasta que finalmente apareció, dirigiéndose directamente a su prisión.

El masculino rostro de agradables facciones estaba justo frente a él y un torrente de sangre caliente dio vida al mástil bajo sus pantalones.

No lo dudó. Lo envolvió con su poder atrayéndolo a su lado, dentro de la esfera, en la cabaña sobre a la chimenea.

El horror cobró vida en las pupilas marrones de Fabián, por lo que, inmediatamente y guiado por la costumbre, Krámbell escondió sus alas, cuernos, cola, y cambió el color de su piel naturalmente escarlata vibrante por una tez clara, conservando su cabello rubio y ojos azul cielo, un cielo oscuro y tormentoso.

El humano parpadeó e incluso se frotó los ojos, claramente confundido e incrédulo ante la imagen, la botella debió estar adulterada.

El demonio pasó la mirada por su cuerpo, aunque no pudo descubrir demasiado por la cantidad de ropa que traía, sin embargo, supo lo primero que quería de él, aquellos finos labios eran apetitosos, se verían aún mejor alrededor de su verga que palpitó en acuerdo.

Fabián: ¿Quién e...?

No alcanzó a terminar la pregunta cuando el demonio se lanzó sobre él, apoderándose de su boca al tiempo que le robaba el aliento y lo estampaba contra la pared.

El humano experimentó el más sublime y poderoso de los deseos, quería abrir los ojos para ver quién lo saboreaba de aquella forma tan bestial, como si de un animal hambriento se tratara y él fuera su primer bocado en días, sin embargo, no podía, la sensación era demasiado placentera y no pudo más que gemir y aferrarse a los poderosos hombros de aquel macho mientras el demonio le abría capa tras capa de ropa hasta encontrar la tibia piel.

Krámbell: ¡Infiernos, te sientes tan bien!

Susurró con voz ronca, hacía días no escuchaba su propia voz. Pasó de su boca al cuello, saboreando entre succiones y mordiscos hasta bajar a sus pectorales. Lamió los pezones provocando un estremecimiento en el humano que hundió los dedos en los mechones dorados del demonio que ya estaba desabrochando su cinturón.

Fabián no pensaba, solo sentía cómo el calor de sus entrañas se avivaba con cada roce de las ásperas manos de aquel desconocido y su barba, esa jodida barba de demasiados días, descuidada y de un tono rubio oscuro que dejaba adivinar una mandíbula cuadrada. Abrió los párpados cuando bajó sus pantalones y tiró un poco del rubio cabello para ver su rostro, sus labios se separaron, sin embargo, el sonido no abandonó su garganta, el impacto de aquella belleza masculina lo dejó sin palabras.

Inefablemente hermoso, no obstante, aquella perfección no menguaba el aterrador poder que irradiaba, uno que le puso el vello de punta.

El demonio sonrió complacido por su reacción, incluso lo sintió vibrar bajo sus manos, era el primer halago silencioso que recibía en años y su famélico ego se regocijó. Iba a continuar despojándolo del bóxer cuando se descubrió de rodillas. Él nunca se arrodillaba ante nadie, sin embargo, el deseo parecía nublarle la razón, prácticamente la piel le dolía por la necesidad de sentir su roce, su calor, su sabor...

¡Infiernos! Y lo tendría.

Debía controlarse, recordar quién era; Krámbell, el menor de los hijos de Lucifer, el rey de

reyes de los infiernos, así que se levantó de un salto y se alejó un par de pasos.

Él era el amo y señor de aquella mazmorra, y el humano, su nuevo juguete, una mascota con la cual salir del aburrimiento.

Krámbell: Descúbrete para mí.

Ordenó con voz profunda, una que resonó en cada fibra del humano, si estuviera en sus cabales no accedería, pero aquel ser irradiaba tanto poder que, pese a no estar en su naturaleza la sumisión, algo dentro de él se derretía por descubrir qué le haría.

Ya había pasado por la etapa en que se acostaba con chicos sin ningún compromiso, mamadas y cogidas rapiditas en los antros gays que visitaba. Sexo descontrolado al por mayor, dos o tres desconocidos en un solo día, quizá en un afán de rebeldía, eso sí, siempre con preservativo en mano, ¡vamos! Que era joven, pero eso no significaba que fuera estúpido.

Aquellos días quedaron atrás, estaba en otra etapa de su vida, una en la que quería una relación estable, alguien con quien poder hablar después de una noche desenfrenada de sexo duro, sudoroso y salvaje. Tomar un café, contarle sus problemas, compartir sus alegrías y creyó encontrarlo hasta que todo se fue a la mierda, no obstante, en ese momento no podía recordar a Alejandro, ni el dolor que le provocaba. Por primera vez en semanas, su mente y terminaciones nerviosas estaban fijas en la exquisita imagen frente a sus ojos. Completamente cautivado, como el pirómano frente a las llamas que, pese a saber el peligro que corría, la tentación de tocarlo era más poderosa que su cordura.

Su cercanía hizo que todo su alrededor enmudeciera, como si el mundo entero muriera y su corazón latiese solo gracias a él.

La melena rubia le caía sobre los hombros, enmarcaba un rostro arrogante. Una nariz orgullosa entre pómulos que gritaban un linaje aristocrático.

Ya podía imaginar la abundante barba cosquillándole al tiempo que enrojecía su piel, los labios carnosos y exuberantes prometían cumplir todas las sucias fantasías que soñaba. Era unos veinte centímetros más alto que él y lucía imponente con sus enormes bíceps. El celeste de sus ojos parecía estar a punto de oscurecerse ante el azote de una tormenta y el torso esculpido músculo por músculo por el mejor de los artistas.

Bajo el pantalón púrpura de seda se notaba la enorme erección y Fabián tragó saliva imaginando su sabor, quería probar su virilidad y ni siquiera se la había visto, siguió bajando la mirada y ¡carajo!, hasta los pies los tenía hermosos, nunca antes puso atención en los pies de un hombre, pero esos pies descalzos eran tremendamente sexys.

El demonio le permitió mirar solo porque su admiración era un bálsamo para su necesitado ego, ya que, siendo hijo de Lucifer, pertenecía al infierno de la soberbia, y nada como un hombre deslumbrado por su belleza para avivar su placer.

Krámbell: Si ya dejaste de babear el suelo, obedece, mascota. Descúbrete para mí.

Absorto en la demanda, se quitó prenda por prenda, con la mirada clavada en el demonio, una vez que quedó completamente desnudo fue el turno de Krámbell de disfrutar las vistas, las cuales sin lugar a dudas le gustaron, el joven de cabello oscuro y mirada caoba, con la piel bronceada por las horas que pasaba bajo el sol, le gustó; era un humano atractivo de cuerpo esbelto y fuerte, de finas facciones masculinas, vello en el torso hasta llegar a su hombría que se erguía deseosa por él, cómo no estarlo, si seguramente era lo más hermoso que había visto.

Agradeció a su fortuna que el primer humano que se encontraba tras su encierro fuese atractivo, por más necesitado que estuviera, jamás se cogería a un obeso, pelón y anciano, con uno así, habría tenido que divertirse de otras formas mucho más crueles, estas en cambio serían placenteras.

Krámbell: De rodillas, mascota. (Aún aturdido por su belleza, obedeció, su rostro quedó justo frente a la carpa de circo que se alzaba en la entrepierna del demonio). Descúbreme.

Así lo hizo, bajó los pantalones que se deslizaron por las largas piernas y la preciosa verga demoníaca saltó apuntando hacia el techo. El asombro cobró vida en sus ojos, la furiosa erección sonrosada por la sangre pulsante tenía la cabeza bulbosa casi púrpura y en esa larga longitud se podían apreciar crestas en derredor como una espiral bajo la fina capa de piel. Tragó saliva tanto por la sorpresa como por el deseo y el temor, era el miembro más hermoso e intimidante que había visto, no tenía idea de cómo mierda se hizo aquello, pero, sin lugar a dudas, quería probar la gota transparente que se asomaba en la punta.

El demonio no recordaba la sorpresa de los humanos al ver su verga y cada una de las expresiones de su mascota le avivaba el espíritu entumecido.

Krámbell: Haz que haya valido la pena la espera. (El chico no sentía dolor, ni tristeza o pesadez en el alma, solo deseo, así que decidió entregarse a la lujuria y, además, siempre le gustó que le hablaran sucio mientras cogía, algo que rara vez encontró en sus amantes, él era el que siempre llevaba la voz cantante, esto era algo no solo nuevo, sino refrescante).

Fabián: Dime, ¿qué quieres que haga? (El demonio gruñó en aprobación al verlo tan dispuesto).

Krámbell: ¡Huélela! (Era una verga magnífica, gruesa, el único ligero vello que tenía su cuerpo bajaba desde su ombligo hasta coronar su hombría de un precioso rubio. Acercó la nariz y aún sin tocarla, el aroma a sexo lo envolvió, una mezcla de canela y caramelo, sudor masculino y pino. En ese momento deseó poder embotellar su perfume). Lámela, pero no te la metas todavía. (Exigió con la mandíbula apretada, el humano obedeció, pasó la lengua por los relieves de su longitud. Salada y caliente, con un toque afrodisíaco en la punta húmeda). ¿Te gusta mi sabor? (Asintió en respuesta, incapaz de pronunciar palabra). Chúpame las bolas. (Bajó la mirada, eran redondas, con una ligera capa de vello, tan claro que solo se percataba de él porque estaba justo frente a sus ojos. Hundió la nariz en el centro, ahí su aroma era más intenso, y su propio miembro vibró en respuesta al golpe de lujuria que lo atravesó, las lamió y sintió cómo el demonio colocaba una mano sobre su cabeza, animándolo a que siguiera, abrió la boca y se las tragó, en ese momento el demonio gruñó y sintió como si el mundo le perteneciera. El joven se deleitó con las caricias en su cabello y su sabor, sabía a macho, a semental). Ve más abajo. (El demonio se recargó en la pared y abrió más las piernas. Fabián separó las duras nalgas del demonio y pasó la lengua por el apretado agujero que se estremeció, le gustó aquel sabor picante mientras los huevos del demonio pesaban contra su nariz. Dio varios lametones e indagó con la lengua, se apartó y soplo, observando cómo los vellos se le erizaban y ligeros gruñidos eran expulsados de la garganta infernal). Eres bueno en esto, tú y yo nos vamos a divertir mucho, mascota. (En ese momento no prestó atención al mote, o quizá no le importó, estaba demasiado sumergido en darle placer al macho frente a sus ojos). Ahora, chúpame. (Cuando Fabián levantó la mirada, se encontró con la tormenta desbocada en los ojos que lo observaban y sin apartar las pupilas de la suyas, subió lamiendo los huevos, el tronco, hasta llegar a la bulbosa corona, se la metió a la boca y su grosor ocupó todo el espacio hasta casi asfixiarlo). Suave, y cuidado con los dientes. (Advirtió y el humano comenzó a chupar, al principio le resultaron extrañas las crestas, sin embargo, cuanto más vibraba en su boca, más le gustaba aquella particularidad tan caliente, dura y aterciopelada, pero, sobre todo, deliciosa. El demonio cerró los ojos y balanceó las caderas para que entrara más en su garganta, gemía hechizado de placer. El humano aceleró el ritmo, le gustaba cómo su lengua, sus labios iban consiguiendo diferentes niveles de excitación en aquel sublime sujeto. Lo cogió de la base para poder chuparlo mejor, entraba y salía de su

boca, la besaba, la lamía, mordisqueaba la base). ¡Infiernos, eres bueno! (Apretó su cabello en un puño con ambas manos y dejó de contenerse. Arremetió la garganta del chico con duras estocadas, golpeando hasta el fondo. El chico intentó sujetarlo por las caderas, alejarse, mas era inútil, el demonio tenía completo control, algunas arcadas estremecieron su cuerpo, no podía respirar y el pánico inundó sus ojos que suplicaban por que parara, mismo que hizo explotar al demonio, un ronco bramido salió de su garganta. La boca de Fabián se llenó hasta casi atragantarlo de una crema caliente con sabor a canela picante. Naturalmente no era la primera vez que se venían en su boca, pero nunca un semen tuvo ese sabor ni fue tan abundante, tanto que se escurrió por la comisura de sus labios mientras el demonio seguía golpeando su cavidad asfixiándolo hasta que no le quedó una sola gota más que expulsar). ¡Trágate! (Ordenó levantando el rostro del humano de un tirón en su cabello). Quiero ver que te lo tragas. (Obedeció sin un gramo de voluntad, tosió en repetidas ocasiones, aliviado por recobrar el aliento, el sabor extraño parecía aferrarse a su garganta cuando tragó y lo peor fue que le gustó, tanto que se lanzó a lamer lo que se le escapó y escurrió a los huevos y la base del miembro entre respiraciones profundas, como si necesitara tener cada gota dentro de su cuerpo). Bien hecho, mascota, (alabó entre cortadamente), te has ganado mi verga en ese agujerito tuyo.

Lo instó a levantarse, con un poco de mejor control de sí mismo ya con los huevos descargados, era un depredador nato y había llegado la hora de divertirse.

Fabián tragó saliva, aquel miembro era enorme y, aunque de vez en cuando era el que recibía, generalmente le gustaba ser el que la metiera.



3

Una espesa bruma envolvió al humano, sin embargo, logró ver cómo el hermoso rubio se convertía en una especie de demonio frente a sus ojos, adquiriendo una piel escarlata, cuernos, cola, incluso alas, no obstante, lo más aterrador fue la escalofriante sonrisa, cual felino frente a

un cervatillo herido.

Todo desapareció y, de pronto, apareció en medio de una oscura arboleda, o el alcohol estaba adulterado o bien aquello era una puta pesadilla.

Se le erizó el vello de la nuca, dio unos pasos hacia atrás y chocó con algo sólido, sus palmas aterrizaron sobre una carne cálida y dura mientras un grito escapaba a sus pulmones, pero lo acalló en cuanto se dio cuenta de que era el rubio con su pálida piel sonrosada.

Krámbell: ¿Miedo a los demonios, mascota? (Cuestionó en un tono áspero que chocaba con su suave piel). He escuchado que están hambrientos de jóvenes inocentes.

Fabián: ¿Qué?, ¿qué es esto? ¿Qué eres? ¿Qué está pasando? ¿Dónde estamos? (Respondió sin aliento, ocultando el temor y desconcierto ante la abrumadora situación, provocando una escalofriante sonrisa en el demonio). No te tengo miedo. (Apartándose de su pecho, aparentó una valentía que no sentía, dio un paso atrás e intentó que su mirada no se posara en el pantalón de seda; tragándose un gemido se relamió los labios reseco, tenía el miembro aún semierecto por el temor y las pelotas endurecidas continuaban necesitando alivio).

Krámbell: Interesante, porque esta noche estás a merced de un demonio y no de cualquiera. Krámbell es el nombre de tu Amo, mascota.

Bajo la tenue luz de la luna, parecía un dios o una bestia semidesnuda, líneas de músculos duros cubrían su abdomen y pecho. Tenía la mirada radiante y el cabello algo alborotado como si acabara de desperezarse solo para cazarlo.

Más abajo, comenzaba una prominente línea en V, que conducía por un camino pecaminoso hasta el grueso contorno que quedaba débilmente oculto tras los pantalones de seda.

Fabián: Los demonios no existen. (Respondió tan excitado como atemorizado por la expectativa, no era una maldita presa y, sin embargo, deseaba ser cazado).

Krámbell: Y si te encontraras con uno, ¿qué harías? ¿Lo invitarías a abrirte el culo? ¿O gritarías y correrías a casa como una zorrita aterrorizada?

El rubio se acercó avivando la ardiente necesidad que contrastaba con el deseo de huir antes de que consumiera sus neuronas, su cuerpo y alma. Todo dentro del humano estaba alerta, a pesar de eso, no era un chico temeroso y sumiso, no cedió a la tentación de inclinarse nuevamente para complacerlo, en cambio lo imitó, cerrando la brecha entre ellos para que el calor de su cuerpo ondeara entre ambos.

Una sonrisa arrogante se dibujó en los labios del demonio mientras su mano se deslizó hasta la parte baja de su espalda y lo atrajo hacia las líneas duras y cinceladas de su cuerpo.

Su tacto hizo que le diera vueltas la cabeza. Bajó la boca hasta su oreja, abanicando la carne fría con la fiebre de su aliento.

Krámbell: Eres un chico valiente. (Ronroneó antes de bajar los labios hasta la curva de su hombro). Eres tan jodidamente delicado y deliciosamente ingenuo.

Fabián: No soy inocente. (Respondió mientras su mano se deslizaba lentamente por la pared del pecho febril, aquello era una pesadilla, una alucinación o un jodido sueño húmedo, eso debía ser; un sueño, los demonios y monstruos no existían y si aquel era uno, lo disfrutaría). Tal vez yo sea la bestia y tú el delicioso bocado que pretendo devorar. (Se encogió de hombros, envalentonado al creer que aquello debía ser un maldito sueño o peor aún, una alucinación provocada por la hierba que encontró en la cabaña, aunque no recordaba haberla fumado, seguro ya borracho no le importó, mas no se amilanaría ni siquiera ante el enorme bulto que se endurecía contra su bajo vientre, lo que hizo que el aire se atascara en sus pulmones).

Krámbell: Entonces, invítame a abrirte el culo, mascota. (Molesto por el apodo, le respondió).

Fabián: Si eres tan macho, ábremelo si puedes.

Krámbell: Esa boca tuya te traerá problemas. (Su palma se deslizó lentamente por su espalda hasta el cabello, lo tomó en un puño y tiró dolorosamente de la cabeza hacia atrás). Aprenderás a no retarme.

Gruñó antes de besar su clavícula. No pidió permiso para manosear su cuerpo, su boca hacía que sus pensamientos coherentes murieran antes de entrar del todo en su cerebro. Murmuraba elegantes palabras sucias, cargadas de depravación, pintando en su mente los lascivos lienzos de él mancillando su cuerpo.

Visiones de lujuriosa pasión y placer prohibido se colaron en su subconsciente mientras él continuaba devorándole el hombro, la garganta, el cuello y sus manos eran un mar ardiente azotando su cuerpo.

Las imágenes se extendieron por su alma, filtrándose en las más oscuras e indecentes fantasías, unas que ni siquiera sabía que podían calentarlo.

Cuando terminó de convertir los besos en arte, ya no podía pensar coherentemente. El demonio estaba tallando todo su ser como si fuera un pedazo de madera y, él, el mejor de los artesanos, sustituyendo su determinación por un esclavo servil de su lujuria.

Fabián: ¡Demonios!

Krámbell: ¡Bingo!, un demonio que va a controlarte, dominarte, aterrorizarte y utilizarte hasta que estés demasiado agotado para respirar. ¡Suplicarás por mi verga hasta que seas un desastre desesperado con las bolas doloridas por derramarte! (Bramó en su oreja, enviándole ondas eléctricas y haciendo que sus nervios fallaran).

Fabián: ¡Por favor...! (Susurró por lo bajo, no obstante, el rubio lo escuchó. Rodeó su garganta con los dedos y lo obligó a levantar la barbilla hasta que sus ojos se clavaron en los suyos).

Krámbell: ¿Tu culo se siente vacío sin mí?, responde.

La dominación arrogante en su tono le hizo desear que cumpliera todas sus promesas.

Fabián: ¡Sí...! (Su rostro se ensombreció ante su sensual y susurrante respuesta. El rubio lo giró y estampó contra el tronco de un árbol pegando el pecho a su espalda). Jodidamente vacío. (Admitió jadeando).

Krámbell: ¿Esto es lo que quieres? (Restregó su miembro contra sus nalgas).

Fabián: ¡Carajo!, ¡sí! (Gimió en medio de una necesidad febril. La risa oscura y ronca que soltó le hizo apretar el culo. El demonio recorrió su mejilla y la curva de su mandíbula entre besos y mordiscos al tiempo que enrojecía la piel con su barba, rozó lentamente su pulso, que latía desbocado. Los toques lentos y metódicos creaban una sinfonía de su cuerpo y él era el hábil director de la orquesta. Cada beso estaba calculado como un general que buscaba sin prisa el punto débil de su adversario. Hizo que todo en su interior se tensara en una frenética necesidad.

Cuando por fin llegó a su boca, era un amasijo deshuesado de carne deseosa. El simple contacto hizo que sus rodillas amenazaran con desplomarse. Su lengua trazó una lenta línea a lo largo de su labio inferior provocándole un gemido, él se hizo eco desde lo más profundo de su pecho y entonces su boca devoró, destruyó y debilitó cualquier reserva que hubiera conservado.

Sus lenguas colisionaron y se batieron en duelo, en una batalla que el humano estaba tan dispuesto a perder como a ganar.

Su mano se perdió por el frente y la forma en que deslizó un solo dedo por el largo de su longitud dura y necesitada con un toque suave como una pluma, hizo que sus entrañas se retorciera con una urgencia visceral de ser saciada.

Lo habían tocado de aquella forma, pero nunca su cuerpo respondió como lo estaba haciendo

con ese desconocido, había algo en él que lo hacía sentir una necesidad tan salvaje que las pelotas le dolían.

Necesitaba más, así que deslizó la mano entre ellos por el enorme miembro del que aún tenía su sabor en la boca, empujó por debajo de la tela y encontró el grueso eje. La mano del demonio le soltó el cabello y le tomó la muñeca, impidiéndole seguir explorando. Cuando le retorció el brazo, un gruñido de dolor salió de sus pulmones cuando el agarre se volvió doloroso.

Krámbell: No te he dado permiso para tocarme, mascota.

El tono duro y gélido que utilizó le erizó el vello de la nuca y sus ojos se entrecerraron con un desdén que se agitaba donde momentos antes hirvió de lujuria.

Fabián: Ya te tuve en mi boca, además, me estás tocando, lo justo es que yo haga lo mismo contigo. (Toda emoción desapareció de su rostro, dejándolo frío y despojado del calor que su presencia creaba). No sé qué mierda esté pasando, debí fumar algo, esto, esto no es real, yo... me largo de aquí.

Krámbell: No irás a ningún lado a menos que yo te lo permita. (Afirmó con una mirada gélida). Eres tan fácil de profanar y seducir como todos los de tu especie. Una jodida zorrita necesitada. (La humillación quemó el rastro de besos por su piel).

Fabián: ¡Vete a la mierda, demonio! (Gritó y el bosque pareció palpar como si estuviera vivo). He tenido mejores vergas en la boca.

La respuesta del rubio fue una sonrisa arrogante que provocó que moviera la mano antes siquiera darse cuenta de su intención. El demonio pudo detenerlo, sin embargo, quiso sentirlo, necesitaba sentir, sentir todo, todo lo que aquella frágil creatura tuviera para dar.

Un fuerte crujido resonó en la nada que los rodeaba cuando su puño golpeó su mejilla. El demonio ni siquiera parpadeó.

Antes de saber si iba a reírse o devolverle el golpe giró sobre sus talones y corrió, las piedras y hierbas lastimaban sus pies desnudos mas no se detuvo, una tenue luz se veía en el fondo, debía ser su cabaña.

Cuanto más se alejaba del prado, más se enfriaba el aire, una pesada neblina cubrió el suelo.

Algo lo sujetó por el tobillo y lo hizo caer hacia adelante. Alcanzó a meter la mano antes de que su rostro golpeará contra el suelo y se dio vuelta rápidamente, pateando a ciegas al agresor invisible.

Una mano que no lograba ver seguía aferrándose a su tobillo, el terror subía por su garganta y lo agitaba salvajemente mientras intentaba romper su agarre.

Un oscuro y perverso estruendo de risas vibró en el oscuro bosque, como si el demonio se regocijara al verlo luchar.

El rubio le aprisionó los brazos y gritó de asombro cuando lo giró y empujó su cara contra el suelo cubierto de musgo, le separó los tobillos con tal fuerza que de sus labios brotó un gemido de dolor. Le enredó los dedos en el cabello antes de echarle la cabeza hacia atrás violentamente provocando un ardor en el cuello y hombros.

Krámbell: ¿Qué pasa, mascota? ¿No estás disfrutando de tu demonio? (Se burló girándole la cabeza para obligarlo a mirarle en su forma natural. Lo que vio le arrancó un grito de la garganta como si hubiera tragado cuchillas oxidadas. De repente, lo liberó y el demonio desapareció. El joven se levantó y escudriñó la zona en busca de algún rastro del monstruo, pero con la oscuridad y la niebla era imposible ver más allá de un par de metros). Te sugiero que corras, pequeña mascota. Te acabas de convertir en la presa y he declarado la temporada de caza.

El chico giró sobre sus talones y corrió desesperado. El tictac de un reloj se elevó entre susurros por las ramas de los árboles, el corazón le retumbaba, pero no se atrevió a frenar ni a

mirar detrás de él para ver si alguien lo seguía.

Podía escuchar sus interminables burlas en la brisa.

Risas macabras estallaron a su alrededor, parecían provenir de entre las sombras.

Un violento escalofrío lo recorrió cuando el peso de su mirada le abrazó la carne y se detuvo en seco a pesar de que todos sus instintos le gritaban que siguiera, que corriera más de prisa.

¿Qué demonios estaba haciendo?, no era una maldita presa, cerró los puños e intentó desesperadamente encontrarlo, estaba ahí, podía sentirlo. Retrocedió a trompicones para apoyarse en un árbol.

De algún modo, la niebla azul grisácea se hacía cada vez más espesa.

La siguiente risa, la escuchó tan cerca de su oído que le hizo cosquillas en la piel y le puso la carne de gallina. Se giró lentamente, mas no encontró nada, solo espacio vacío y un delicioso olor a canela, pino, musgo y tierra.

Krámbell: Corre, mascota. Cuando te atrape, no pienso dejar ninguna parte de ti intacta. O quizá quieras que le haga cosas perversas a tu cuerpo. ¿Por eso dejaste de correr?, ¿te estás preguntando si soy una de tus sucias fantasías o una pesadilla? La respuesta es ambas, y te gustará y lo odiarás al mismo tiempo. Tus bolas se aprietan contra tu cuerpo imaginando cómo se sentirá que te abra con mi monstruosa verga mientras me suplicas que te destruya. Estoy seguro de que tu bonita garganta se romperá cuando grites mi nombre mientras te vienes para mí.

No sabía de dónde provenía la voz, pero estaba seguro de que era de ultratumba y tenía tantas ganas de venirse como de mearse encima.

El viento hizo crujir las ramas de los árboles.

De entre las sombras brotaban espeluznantes sonidos de arañazos.

Fabián: ¿Te parece divertido?, maldito psicópata. (Gritó odiando sentirse tan vulnerable y excitado).

Krámbell: Puedo oler la reacción de tu cuerpo al ser cazado. Disfrutas siendo la presa. Está bien que te guste, mascota.

Fabián: Estás demente, nadie disfruta ser cazado. (Susurros de su tacto se deslizaron por su carne, enviando cosquilleos de placer por todo su cuerpo).

Krámbell: ¿No? ¿No te late el corazón por el esfuerzo, aumentando todos tus instintos animales?, tus pupilas están tan dilatadas que devoran por completo esos preciosos iris caramelo. Ahora mismo estás buscando mi olor en el aire intentando ubicarme mientras yo te acorralo. Tu primitiva naturaleza ha sido evocada y obligada a despertar. Lo que hace que todo sea mucho más intenso. (Tenía razón, el humano era consciente del aroma, del viento que rozaba su sensible piel, de cada sombra. No quería huir, al contrario, quería correr hacia él. Aquel siniestro juego era una danza de dominación). ¡Ah, mi tentadora presa entiende ahora que el juego está en marcha! (Se burló). Las reglas son muy fáciles. Huyes y, cuando te atrape, por que ten por seguro que lo haré, decidiré tu destino.

Fabián: ¿Así que esto es un juego? (Ironizó). Bien y ¿cuáles son las reglas?

Krámbell: No puedes negarte. (El chico soltó una risa sin pizca de gracia).

Fabián: ¿Y si me niego a jugar?

Krámbell: No lo harás.

Fabián: Y si lo hago, ¿qué? (Preguntó con el pulso retumbando entre las bolas).

Krámbell: Te mantendré aquí volviéndote loco lentamente con la necesidad de jugar conmigo. (El rubio apareció a varios metros, apenas podía verlo entre la bruma, sus ojos chispeaban por la diversión mientras el chico apretaba las nalgas por el dolor del vacío). El aroma de tu necesidad es tan denso que podría bebérmelo, mascota. Juega y te prometo aliviar el dolor de tus bolas, el

cual no ha dejado de aumentar desde el momento en que me viste.

Fabián: De acuerdo. (Aceptó tragando saliva, sin detenerse a pensar en qué carajos estaba haciendo).

Krámbell: Solo queda una pregunta, cuando te atrape, ¿cómo quieres que te tome? ¿En forma humana o demonio?

Pensar en cualquiera de las dos opciones hizo que sus pezones se endurecieran. La idea de ser tomado por un demonio le excitaba, sin embargo, recordó el enorme miembro entre sus labios, aquello perforando su agujero sería doloroso.

Fabián: ¿Cuál sería suave?

Krámbell: Ninguno. (Gruñó y las bolas del joven se apretaron aún más, estaba hambriento de que lo hiciera sentir salvaje, primitivo y sucio, como si le hubiera despojado de cualquier restricción).

Fabián: Solo espero que cumplas lo que estás prometiendo.

Echó a correr, llanto, gruñidos y arañazos, susurros y gritos salían de entre los rincones y ¡mierda!, el demonio tenía razón; todo en el chico estaba encendido. Todo era más erótico. La idea de que lo persiguiera como a un animal era perversa, pero también muy excitante. Nunca habría pensado en eso de otra forma que no fuera aterradora, hasta ese momento.

El deseo se convertía en necesidad y la necesidad en hambre, la cual se transformó en algo peligroso. Obsesión.

Una sonrisa curvó los labios del joven cuando su lascivia salió a jugar. Su especial aroma lo golpeó revoloteando en su mente y entrañas, su esencia era adictiva y por mucho que inhalara, no era suficiente.

Entonces el rubio apareció a su lado y él corrió disparado con la adrenalina a tope.

Esquivando los árboles se sintió ligero, libre de la pesadumbre y tristeza de los últimos días.

Se sintió vivo.

La risa oscura y grave que susurraba entre las sombras no hacía más que empujarlo a moverse más rápido, más fuerte. Se sentía temerario por la necesidad de ser atrapado y montado.

Escuchó un gruñido ronco cuando atravesó la arboleda. Después un silencio aún más inquietante. La oscuridad era tan densa que sus pasos vacilaron.

El mundo era un vacío, solo perturbado por la lenta aparición de unos ojos rojos brillantes que destellaban como rayos presagiando la tempestad.

Sus nalgas se apretaron cuando el rubio emitió un sonido animal y primitivo en lo más profundo de su pecho que, al salir de sus labios, fue un peligroso llamado de necesidad.

Se movió en un parpadeo, golpeó sus rodillas obligándolo a caer, empujándolo y retorciéndolo hasta que su espalda quedó presionada contra la tierra húmeda.

Sus manos sujetaron sus muñecas, clavándolas por encima de su cabeza y sus garras amenazaron con abrirle la piel.

Sus rodillas quedaron una a cada lado de sus caderas y cuando por fin pudo distinguir sus hermosos rasgos, ahogó un grito.

Su piel se volvió rojiza, cuernos que giraban levemente como espiral salían de su cabeza terminando en puntas mortales y unas enormes alas de murciélago con venas doradas, emergieron de su espalda.

El azul de sus ojos se oscureció tanto como un vacío sin fondo que amenazaba con tragarlo.

Ni en sus sueños más salvajes fantaseó con ser inmovilizado, mucho menos por alguien tan inquietantemente bello o depravado.

¡Era un demonio!

¡Un maldito demonio!

La energía y el deseo infernal que irradiaba prometía destruirlo y, en ese momento, deseó que lo hiciera.

Le obligó a abrir las piernas con las suyas y algo parecido a una serpiente se deslizó por su tobillo, fue subiendo por la pierna obligándolo a doblar las rodillas y apoyar los pies en el musgo.

El gemido que brotó de sus labios atravesó el claro cuando lo que se arrastraba llegó a sus bolas.

Krámbell: Deberías estar gritando. (Siseó tan maravillado como disgustado y, no se equivocaba, cualquier persona cuerda estaría pidiendo ayuda a todo pulmón, no obstante, el humano sabía que de nada le serviría. Los labios febriles recorrieron sus pectorales, aquella forma demoniaca parecía más grande, lo que lo hizo sentir delicado y vulnerable). Y lo harás, pronto gritarás por mí, mascota.

El gran miembro que apenas era contenido por el pantalón garantizaba su pretensión.

Aquello que le acariciaba las bolas le apretó la base del miembro tan fuerte que el placer lo sacudió para luego subir y bajar con delicadeza. Sus labios capturaron uno de sus pezones, succionó hambriento y el mordisco que le siguió fue tan salvaje que le arrancó un gemido de dolor.

Lo pellizcó, tiró y acarició su pecho antes de deslizar los calientes labios por su garganta. En lugar de devorar su boca como deseaba, dejó un rastro por su mandíbula solo para regresar a soplar en los pezones machacados.

Al bajar la mirada, curioso por saber qué era lo que le estaba produciendo tal agónico placer, descubrió una larga cola que terminaba en un triángulo en punta, estimulándolo lentamente sin la presión suficiente para acercarse al clímax, pero idóneo para mantenerle la sangre ardiendo.

Sus caderas se balancearon sin proponérselo, provocando un gruñido de satisfacción en el demonio.

Krámbell: ¿Te sientes vacío?, dilo. (El chico se mordió el labio inferior en un intento de resistencia, desencadenando una sonrisa arrogante en el demonio).

La cola se desenredó de su verga y una negativa de frustración escapó a sus labios, quería más de aquello no que se detuviera.

Algo húmedo en punta empezó a empujar contra su entrada y supo que era la cola, lo que debió aterrorizarlo en lugar de hacerlo poner los ojos en blanco.

Fabián: ¡Oh, mierda! (Gimió sin inhibiciones y la ágil cola invadió sus entrañas, pasando el anillo de músculos que se apretaban a su alrededor, sentía como si dos dedos lo penetraran, el tamaño perfecto para comenzar a dilatarlo, y así lo hizo, jugó un poco con él entrando y saliendo, no tardó en deslizarse sin demasiada resistencia, fue entonces que entró lo suficiente para encontrar ese punto dulce en su interior).

El demonio lo observaba mientras el chico veía cómo lo penetraba con el hábil apéndice.

Se estremecía con la mandíbula apretada sintiendo su culo tensarse y relajarse cada vez que entraba e impactaba la semilla lujuriosa en su interior.

Aquellos golpes en sus profundidades le estaban nublando la razón, no le faltaba mucho, se derramaría así, solo siendo penetrado por su cola, sin siquiera tocarse la verga, sin un grueso miembro machacando su culo.

Algo no estaba bien.

Aquel demonio se estaba conteniendo y él quería que lo cogiera, aunque la cosa que acariciaba su interior fuera placentera, le advirtió que no sería suave, sin embargo, lo era y él no quería

delicadeza en ese momento.

La cacería despertó algo oscuro dentro de él y que se condenara en el infierno, pero quería la monstruosa verga en su interior.

El demonio lo consideraba débil, como si no pudiera con él, lo que hizo que la frustración sexual se convirtiera en ira.

Luchó contra el agarre que mantenía en sus muñecas, le gruñó en advertencia, pero eso solo le hizo forcejar con más ímpetu, tentándolo a desatar el fervor y la naturaleza bestial que ansiaba.

Una persona cuerda no provocaría al demonio enloquecido y lujurioso que estaba saqueando su culo. Pero su cordura se quedó en aquella botella de *whisky*.

El demonio le bajó los brazos de golpe, sacó la cola y la dobló solo para entrar nuevamente, la extremidad se deslizó sin aviso y lo penetró con tanta fuerza que el dolor lo sorprendió gracias a la doble circunferencia, sin embargo, continuó golpeando el punto exacto en cada estocada. Sus jadeos se convirtieron en gemidos lascivos.

Entonces se quedó vacío y el demonio lo levantó, su mano lo aferró por la garganta y su boca voraz chocó contra la suya.

No fue amable. Sus dientes le rozaron el labio y su lengua lo invadió exigiendo que cediera a su destreza y dominación.

El humano no se lo puso fácil.

El beso fue brutal, ninguno de los dos cedió mientras se hacían la guerra, lamiendo y chupando hasta que sus pulmones ardieron por la falta de oxígeno.

Sin previo aviso, lo empujó con tanta fuerza que cayó hacia atrás, pero en lugar de la tierra y la hierba que ya habían causado estragos en su espalda y nalgas, chocó contra la suavidad de una cama enorme.

Krámbell: No esperaba que aceptaras a un demonio entre tus nalgas sin volverte loco. Realmente esperaba que lloraras y te aterrorizaras, no que una zorrita caliente me tomara tan gustosamente. (Se lamió los labios hinchados por el beso).

Fabián: Y yo creí que me cogerías como un demonio.

Sus palabras temblaban por la adrenalina creada por estar inmovilizado, expuesto e indefenso. Era embriagador saber que estaba a merced de tanto poder.

Nunca creyó que esa posición no fuera aterradora, pero con él, era erótica e inmoral.

Krámbell: Zorrita descarada. (Gruñó en un tono de ultratumba que reverberó en el claro. Giró su cuerpo como quien maneja a un muñeco de trapo y presionó su espalda obligándolo a levantar el culo).

Krámbell: ¡Mírame!, ¡quiero verte cuando abra tu culo! (Giró el rostro y la mirada voraz hizo que el miedo real le lamiera el vientre. Se bajó el pantalón con la mano libre y la verga inhumana saltó prácticamente palpitando. El chico al verla se estremeció y el demonio sonrió al saber que lo intimidaba, sin embargo, la necesidad primaria en su culo vacío crecía más allá del punto del dolor).

Era aún más grande en su forma demoniaca y podía jurar que la espiral a su alrededor vibraba, no había duda de que le destrozaría el culo, no volvería a ser el mismo cuando terminara de hundir su enorme verga hasta la empuñadora en su apretado agujero.

Aquella monstruosidad cambiaba todo, no había forma de que no doliera al meterla entera.

Krámbell: Huelo tu miedo, mascota. Pero tu necesidad de ser montado está por encima de todo. (Su mano libre arañó su espalda obligándolo a arquearse, y bajó hasta sujetar su miembro). Tienes una bonita verga de chico bueno aquí. (Comenzó a estimularlo con feroces sacudidas obligándolo a parar el trasero entre gruñidos, intentó escapar, pero fue inútil, la mano sobre su

espalda era una roca inamovible).

Fabián: ¡Mierda! (Maldijo entre dientes cuando la hábil cola comenzó a jugar nuevamente con su entrada, dando golpecitos, entrando y saliendo. No cabía duda que dominaba el arte de la tortura, deliciosamente perverso).

Krámbell: Tu bonito culo está hinchado por la necesidad de ser montado como una perra en celo. (Lo soltó y abrió sus mejillas para bajar el rostro y aspirar profundamente). Qué carne tan hermosa y rosada me ofreces, mascota. (El febril aliento pasó como un fantasma sobre su piel antes de que su lengua diera una larga lamida. El joven se tambaleó al borde del éxtasis). Sabes a pecado y estoy seguro de que tu apretado culo me llevará al infierno. ¿Eso quieres? ¿Probar las llamas de mi infierno? (Si no lo montaba pronto el chico se volvería loco, sus garras se apoderaron de sus caderas y en ese momento supo que ese demonio sería su muerte y la idea de que lo montara hasta hacerlo desmayar, lo regocijó). Déjame entrar, no lo hagas más difícil de lo que será y olvídate de morder la almohada, me gusta escuchar los gritos.

Le advirtió mientras su gruesa y bulbosa cabeza rozaba su culo.

No iba a caber.

Aquello le quitó toda la valentía y la substituyó por miedo. Una risa amenazadora y siniestra le dijo que se dio cuenta, pero continuó de todas formas.

La presión se convirtió en un dolor abrasador antes de que le hubiera dado una pulgada. El grito que soltó cuando su cuerpo se apretó con fuerza alrededor de su verga provocó gemidos en el demonio.

Krámbell: Relájate para mí, mascota. Estás siendo un buen chico metiendo mi enorme verga en tu apretado culo.

¡Relajarse!, apenas había tomado la cabeza de su miembro y su cuerpo se sentía como si estuviera siendo forzado a abrirse.

Empujó más adentro, obligando a sus paredes a ceder ante su intrusión.

¡Mierda, ardía!

El dolor obligaba a su cuerpo a estrecharse en torno a él, así que movió las caderas, tratando de ajustarse lo suficiente para recibir aquella monstruosidad.

El rechinar de sus dientes le decía que también le estaba costando, al menos, contenerse.

Ya tenía el primer arillo de la espiral en su interior y comenzó a vibrar contra sus paredes, todo su cuerpo se estremeció, a los pocos segundos se relajó y pulgada tras pulgada fueron penetrándolo, soltó el aire en un adolorido jadeo cuando llegó a la mitad. El demonio permaneció inmóvil unos segundos, entonces la espiral comenzó a moverse arriba y debajo de su verga. El chico golpeó el colchón con un puño, abrumado por las sensaciones. Cerró los ojos con fuerza, tenía sudor en la frente, el cuello y el pecho a la par que el demonio empujaba más adentro.

Krámbell: Buena mascota. (Alabó antes de inclinarse sobre él y mover lentamente las caderas. Besos suaves y delicados le salpicaron la cara y cuello mientras sus labios se llenaban de sensuales gemidos). Te sientes tan jodidamente bien a mi alrededor. Tu apretado culo ya me está ordeñando, suplicando que lo destroce. ¿Eso es lo que quieres? ¿Que lo destroce a estocadas? (Empujó obligándolo a recibirlo más de la mitad y el férreo control que tenía de su voz se hizo añicos).

Fabián: ¡Hazlo, carajo! (Gritó y se retorció contra él, su mente se había fracturado, no pensaba, era una presa necesitando todo de su depredador). Termina de una maldita vez, toda, la quiero toda.

El demonio se echó hacia atrás hasta que la cabeza de su verga se colocó en su entrada y luego

se lanzó hacia adelante, sin importarle el ardiente dolor que provocó.

Era erótico, depravado e incorrecto.

Los consumía el hermoso desenfreno, el deseo y el hambre carnal.

Sentir estremecerse a tan poderosa creatura contra su cuerpo tomando centímetro tras glorioso centímetro le impulsaba a ansiar más de él.

El demonio lo miraba con una expresión de propiedad que le quemaba.

Los sonidos que emitía cambiaron de gemidos agónicos a jadeos placenteros mientras él continuaba empujando contra su goloso y apretado canal.

Comenzó a bombear salvajemente dentro de su cuerpo.

El placer crecía en espiral como su verga que no dejaba de vibrar a un ritmo vertiginoso mientras esa cosa golpeaba la semilla dulce en su interior disparándolo a las abrasadoras llamas del infierno sin previo aviso.

El éxtasis fue violento mientras lo martillaba con la misma necesidad áspera y animal del demonio que lo montaba.

Krámbell: Pequeña zorra. Tu culo me está ordeñando tan jodidamente duro. Una cosa tan bonita viniéndose por mí, como un diablillo glotón. (Cuando intentó escapar del siguiente orgasmo hacia el que lo estaba forzando ya que la hábil cola se enredó en su verga impidiendo que su dureza desapareciera, se rio y lo montó con más fuerza). Eso es, lucha conmigo.

Un segundo orgasmo lo golpeó, aún más intenso que el anterior, tanto, que las lágrimas brotaron de sus ojos.

Fabián: ¡Por favor...! (Suplicó hipersensibilizado de la punta del miembro y las profundidades del culo).

Krámbell: Eres jodidamente hermoso y me gusta cómo suplicas.

Sus caderas bombeaban como pistones a una velocidad peligrosa al tiempo que susurraba palabras calientes manteniendo su cuerpo en un limbo de placer insoportable.

De un solo movimiento lo puso boca arriba y volvió a ensartarse en él. Sujetó su garganta y giró las caderas, instintivamente el chico pegó las rodillas al pecho y cerró los ojos con fuerza soportando los embistes en aquella nueva posición.

Krámbell: Los ojos en mí, mascota. (Gruñó y todo su cuerpo se tensó, incluida la mano con la que le sujetaba la garganta, y volvió a perder el control).

Fabián: ¡Krámbell...! (Gimió mientras otro orgasmo lo golpeaba como un tornado en espiral, sonando como una bendición que lo declaraba su dios y salvador, su demonio y su infierno).

Krámbell: ¡Por el anticristo!

Un fuerte bramido resonó por el claro ante el devastador orgasmo que azotó su cuerpo mientras se clavaba en las profundidades de ese culo perfecto y lo llenaba con su semilla.

Nunca nada antes se sintió tan bien y casi creyó que su encierro había valido la pena ante tal recompensa.

El chico sintió cada chorro de leche caliente inundando su cuerpo y, con una ligera sonrisa dibujada en los labios, su mundo se cubrió de sombras.



4

Cayó en un sueño tan profundo que en realidad parecía haber perdido el conocimiento. El alcohol, el terror, desconcierto, la adrenalina abandonando su torrente sanguíneo, el cansancio y finalmente los furiosos orgasmos, lo dejaron un manojo de carne sin vida.

El demonio lo llevó en brazos a la cabaña, lo recostó sobre sus sábanas y aspiró el aroma de su cuello, bajó por su pecho y lamió la semilla del chico que cubría su pecho y abdomen.

Aquel sabor menos penetrante que el de un demonio, salado y almizclado, le pareció perfecto. Nunca antes se había cogido a un humano.

Observaba y repasaba las facciones del chico apenas rozando su piel con la yema del índice, temiendo despertarlo y al mismo tiempo ansiando que lo hiciera, quería contemplar sus iris, ver esos pequeños destellos verdosos y amarillentos que vio la noche anterior mientras lo llenaba. Sus pupilas se dilataban como si no tuviera suficiente de su imagen y sus facciones se retorcían en el más sublime límite del placer y el dolor.

No tenía idea si eran los años en cautiverio o el magnetismo que desprendía, quizá solo fuera el maldito celibato al que era obligado, pero en cuanto lo recostó en la cama no pudo apartarse de él, era suyo desde el momento en que lo vio a través del cristal, le pertenecía, y no habría poder infernal o celestial que lograra apartarlo de su lado.

Le pareció irónico, él, el más reservado, cruel, soberbio y hermoso de los hijos de Lucifer, el rey de reyes del inframundo, mantuviera pegado contra su pecho a un simple mortal, cuando años atrás la sola presencia de esa raza inferior le repugnaba.

Las más bellas de las diablesas se le ofrecían para procrear, machos y hembras aparecían frente a su puerta desnudos esperando que les hiciera el favor de siquiera voltear a verlos, se daba el lujo de despreciar a decenas para elegir uno al día, solo para deshacerse de la necesidad, destrozarlo, dejarlo satisfecho, no porque le importara el placer de alguien más que no fuera el suyo, sino por la admiración que esto causaba, y así nunca más voltear a verlos.

Sus hermanos eran orgullosos, vanidosos, sin embargo, la mezcla de los otros seis pecados eran claros en su sangre, como el mayor que era más iracundo, lo que era perfecto para liderar a sus tropas. Otro de ellos se la vivía coleccionando amantes, los más bellos de los infiernos. El otro vivía alabándose a sí mismo en una perorata interminable que siempre terminaba sacándolo de sus casillas. En él, en cambio, la soberbia era cristalina con toques de lujuria en ciertos momentos de ira mientras torturaba, llegando a la crueldad.

Su madre siempre le dijo que algún día encontraría quién derrumbaría tanta altivez, lo que siempre le causó gracia, nunca querría a nadie más que a sí mismo, ni siquiera a ellos, no necesitaba a nadie, por ello cuando lo castigaron, pese al orgullo herido, lo sintió como unas vacaciones, liberarse de las escorias humanas, los imbéciles de sus hermanos y los lame huevos que siempre andaban tras de él, sin duda eran unas jodidas vacaciones y por un largo tiempo lo fue... hasta que tanto vacío pareció sangrar, se resistió y aun así, los días interminables acabaron drenándolo de las emociones que le dan sentido a la vida.

Dormir con algún amante era impensable, en cuanto terminaba se lavaba y seguía su camino, oler a alguien más era inaceptable, sin embargo, ahí estaba, reteniendo el aroma a sexo y sudor mezclado con el perfume a hombre que despedía aquella frágil creatura.

No se reconocía, no obstante, no quería pensar en ello, solo disfrutar un poco más de lo bien que se sentía, de la paz que transmitía, podía sentirlo, respirarlo, era un alma pura, no perfecta, pero sin esa maldad que él y los suyos mantenían latente bajo la piel esperando la mínima provocación para explotar, estaba en su naturaleza, una maldad que no solo los demonios portaban; muchos de los humanos al encontrarla y experimentarla, la alimentaban, en pequeñas dosis al principio, quizá a modo de juego siendo niños, sin embargo, una llama desquiciante se formaba en su interior, una que no quisieron combatir, al contrario, la alimentaban hasta ser consumidos por la oscuridad sin importar las consecuencias. Solo su placer y necesidades eran relevantes, de ahí que el inframundo fuera creado gracias a la soberbia, el mayor pecado de su

padre.

Al sentir que el chico se removía, se tensó, no podía despertar en sus brazos, no era su igual, era un simple juguete, una mascota a la que debía poner en su lugar.

La única interacción que tuvo con humanos, fue a los que debía torturar para buscar que se arrepintieran o bien sus almas en el infierno a las que torturaba sin piedad.

Aquel muchacho no merecía estar en su cama.

Lo levantó en brazos y bajó al sótano, donde lo dejó caer en un colchón dentro de una gran jaula, la cual era lo suficientemente amplia para que se recostara, pero no tanto como para ponerse en pie.

Fue entonces que el chico se despertó y él cerró la jaula.

Fabián: ¡Qué mierda...! (Maldijo despertando por el brusco movimiento, con el cuerpo completamente dolorido y en cuanto lo vio, su primer instinto fue retroceder. Todo fue real, no fue un maldito sueño. El demonio estaba ahí, de pie al otro lado de los barrotes, con sus intimidantes cuernos, las alas y esa cola balanceándose a su lado, tragó saliva al recordar todo lo que le hizo esa cosa y un punzante dolor en el trasero cuando se incorporó le hizo dar un respingo, estaba completamente magullado, con las caderas, cuello y muñecas llenas de cardenales, algunos arañazos en las piernas y brazos por correr entre los árboles; tenía los pies jodidamente lastimados y el culo destrozado, le dolían los muslos peor que en un día de gimnasio haciendo pierna y esa cosa estaba ahí frente a él con la mirada gélida y el aura ardiente). ¿Qué eres?

Krámbell: El más caliente de tus sueños o tu peor pesadilla. (Respondió sarcástico).

Fabián: ¿Dónde estoy? ¿Qué piensas hacer conmigo?

Krámbell: «**Ya lo iremos descubriendo**».

Pensó triunfal, mas lo único que esbozó fue un gruñido gutural, las últimas horas pronunció más palabras que en la última década.

Subió las escaleras sin mirar atrás pese a las peticiones del chico para que se detuviera.

Debía alejarse antes de no poder contenerse y volver a tomarlo. El deseo por esa creatura era demasiado fuerte, sin embargo, las marcas en su cuerpo, pero sobre todo el olor a dolor que despidió mezclado con el temor, le supo a clavos en la boca. Algo nuevo para él, generalmente el dolor y temor de los humanos se sentía bien, olía y sabía a galletas recién horneadas, le calentaba la sangre, la diferencia era que este no era un pecador, no tenía el alma manchada lo suficiente para ser torturado.

¡No!, por más hastiado que estuviera de su situación, definitivamente no quería hacerle daño, no obstante, aquellas marcas en su cuello y en el resto de su piel debido a su sujeción, le produjeron un instinto de pertenencia y orgullo, era suyo, lo había marcado, inundado con su semilla y eso sí que se sintió bien.

Ignoró los gritos de ayuda del chico y se dirigió a la cocina, reproduciendo *Pain* de Three Days Grace mientras se preparaba un café y, por primera vez, un desayuno doble.

Al principio, cuando la idea llegó a su mente, se resistió, nunca antes le sirvió a alguien, pero ya que era su mascota y pretendía continuar divirtiéndose con él, no podía dejarlo morir de hambre, necesitaba alimentarlo, así que se convenció de que no tenía más opción.

Bajó con una bandeja, en ella llevaba huevos fritos, panceta, jugo de naranja, café y un *muffin* que horneó el día anterior, además de ropa interior, calcetines y una pijama de seda igual a la suya, solo que en color guindo, aquel color le iba mejor a él con ese tono de piel algo bronceado.

Le gruñó en una clara advertencia de no intentar nada estúpido. Abrió la puerta de la jaula con una llave que colgaba de su cuello. Dejó las cosas en el suelo y volvió a cerrar.

Krámbell: Deja de gritar, estamos tú y yo solos, nadie podrá escucharte, no tiene caso que te rompas la garganta, ya lo haré yo con mi verga.

Fabián: ¿Qué eres? (Preguntó sin moverse, aunque moría de hambre y aquel platillo realmente le apetecía, mas dudaba de que fuese seguro comerlo).

Krámbell: ¿Mi leche te fundió el cerebro? (Soltó sarcástico). Creí que había quedado claro anoche.

Fabián: Los demonios... (Iba a decir que no existían, pero claramente lo hacían, no solo existían, eran jodidamente atractivos, calientes e intimidantes). ¿Por qué me retienes aquí? ¿Me matarás?

El demonio sonrió burlonamente, los humanos nunca se preocupaban por la muerte hasta que la sentían cerca, irónico ya que su existencia era jodidamente frágil, podían morir por la mínima estupidez, ¡vamos!, que hasta incluso hicieron un programa de televisión dedicado a eso; *1000 maneras de morir*, aunque debió llamarse *1000 maneras ESTÚPIDAS de morir* y, sin embargo, se preocupaban por la marca de la ropa, el auto, los viajes, el color de sus uñas, el largo de las pestañas, los zapatos. Ansiaban ser vistos y aceptados por personas que no conocían.

Estúpidos, falsos y contradictorios, se preocupaban por cosas banales o bien por las que no podían cambiar, como la muerte.

Pese a las decenas de respuestas que tenía para escupir, una más sarcástica que la anterior. El demonio se limitó a gruñir y negar con la cabeza.

Krámbell: Come y vístete. (Se giró para retirarse, entonces el chico se abalanzó a los barrotes haciendo un gesto de dolor por el movimiento).

Fabián: Espera, necesito ir al baño, no me dejes aquí encerrado.

El chico seguía en mal estado y el sabor a clavos se incrementó en la boca del demonio, hizo un movimiento con la mano y un balde apareció dentro de la jaula. Al verla el chico se enfureció y su olor golpeó al demonio provocándole una sonrisa, su ira sabía mejor que su dolor, salió sin mirar atrás dejándolo nuevamente solo.

Orinó en el balde sintiéndose miserable, afortunadamente la altura de la jaula le permitía arrodillarse, no sin dolor y se vistió en un intento vano por no sentirse tan vulnerable y expuesto, cada maldito movimiento le recordaba la gruesa verga destrozándole el culo. Se sonrojaba cada vez que recordaba el intenso calor y placer que aquel monstruo le provocó.

El estómago le rugió y asumiendo que si lo quisiera muerto lo habría matado la noche anterior, se dispuso a comer.

No supo si fue el hambre que tenía o realmente aquel almuerzo estaba delicioso.

Por supuesto, trató de escapar, mas sus intentos fueron inútiles.

No sabía dónde estaba y ya que no tenía pareja y avisó a su familia y amigos que se tomaría unas merecidas vacaciones en aquella cabaña, nadie lo buscaría en al menos cuatro semanas, una maldita eternidad en manos de un demonio.

¡Mierda! ¿En qué maldito momento se le ocurrió recluirse en la montaña?, en la cual dudaba que siguiera ya que se estaría congelando con tan poca ropa, o quizá fuera una calefacción central, no lo sabía. Su mente divagaba «**¿cuánto tiempo durmió?, ¿qué tantos poderes tenía aquel demonio? ¿Dónde carajos estaba?, ¿sería aquel el infierno o solo su infierno personal?**».

No supo cuánto tiempo pasó, pero para el chico fue una eternidad, hasta que el demonio regresó con agua, café y un par de libros de Stephen King, *El fantasma de la ópera* y el primero de Harry Potter, dejándoselos a un lado de la jaula para que los tomara.

El príncipe del infierno se observaba todos los días en el espejo, aunque no con tanta devoción ni por tanto tiempo como a su llegada a la esfera. Con las décadas, se dejó crecer el cabello y solo cuando era demasiado largo lo recortaba para que no le estorbara. La barba se encontraba bastante larga y descuidada, viéndose bien parecía un jodido leñador ermitaño, lo cual no estaba muy alejado de la realidad, pero ahora era diferente, unos ojos que no eran los suyos lo observaban y su adormilada vanidad resurgió. Se afeitó escrupulosamente y, al terminar, se acarició las mejillas admirando su belleza, su piel tan suave como las nalguitas de un bebé animarían a cualquiera a pasar las yemas de los dedos. Hacía demasiado tiempo no se veía el rostro así de limpio y sonrió de medio lado, complacido con su aspecto.

¡Mierda!, el chico se quedó mudo al verlo. No sabía si aquel ser lucía más *sexy* con barba o sin ella, aunque claramente sus perfectas facciones se apreciaban mejor sin tanto vello sobre el rostro, no obstante, con ella era jodidamente bestial.

El impacto que le causó fueron gritos en forma de vítores para el ego del demonio, que, sin percatarse, infló aún más el pecho.

Fabián: ¿Qué harás conmigo? (Cuestionó cuando recobró el habla).

No tenía una respuesta clara para eso, además de cogerlo, por supuesto, mas no estaba en condiciones para otra sesión como la de anoche, debía tomárselo con calma, recordar que el cuerpo humano era mucho más frágil que el de un demonio y que aquel joven no era un pecador.

Se descubrió queriendo, además de montarlo, escucharlo, sentirlo, saber cómo se reía, qué le gustaba, si padecía alguna enfermedad, qué le gustaba comer, debía hacer ejercicio ya que se mantenía en forma, no obstante, no tenía idea de cómo empezar una conversación de esas casuales que tantas veces vio en las películas.

Siempre fue reservado, desdeñoso, la convivencia social le asqueaba la mayor parte del tiempo, el resto de demonios no valían su tiempo, no obstante, después de años en soledad, le apetecía escuchar una voz natural, siempre y cuando no lo llenara con preguntas, no se suponía que conversar fuera algo difícil, sin embargo, las palabras no salían de su boca y su egocentrismo le pedía dar órdenes e ignorar los gustos o requerimientos de los demás.

Sus necesidades y deseos parecían estar en conflicto, sus alas se extendieron y su cola se levantó al tiempo que apretó los puños, intimidando al chico que retrocedió ante la mirada que parecía centellar. Al demonio no le gustó lo que sintió por aquella creatura que le hacía necesitar cosas que nunca imaginó, quería su cuerpo, su alma, sus gemidos de placer y sus lágrimas; lo quería sumiso y combativo, quería ser el dueño de sus risas y sufrimientos, era suyo para adorarlo y destruirlo, sus colmillos se extendieron, estaba a punto de perder el control, así que salió del lugar antes de tomarlo, lastimarlo o peor aún, quedar como estúpido.

Pasaron tres días con sus noches, en las que se limitó a llevar alimento y lecturas al humano, sin cruzar palabra con él, controlándose para no tocarlo, apenas mirándolo, ignorando sus interrogatorios absurdos, intentando entender todas esas emociones sin sentido.

La tercera noche, la incertidumbre del silencio opacado con gruñidos de aquel demonio, el estrés, los eternos minutos y aquel reducido lugar, lo llevaron al límite.

Sus pulmones dejaron de aceptar oxígeno, sus palpitaciones se dispararon, los barrotes parecían cerrarse poco a poco hasta aplastarlo, estaba seguro de estar sufriendo un infarto, jadeó desesperado, aferrado a los barrotes, aterrorizado de que aquel fuera su fin, en una miserable celda que estaba seguro no merecía...

Una agónica eternidad después, desmadejado sobre el colchón, ya en control de sus emociones

y su cuerpo, cayó en cuenta de que fue un ataque de pánico.

No tuvo uno desde la secundaria, cuando se percató de que eran los chicos los que le atraían y no tenía idea de con quién hablarlo, así que lo ocultó, viviendo con el temor de que alguien lo descubriera, en especial su padre y hermano mayor.

Se rompió, lloró por aquellos tristes recuerdos, el chico temeroso y perdido en su interior, la situación en la que se encontraba y el incierto final que le aguardaba. Lloró hasta quedarse sin fuerza, como no se lo permitía desde la adolescencia.

La siguiente vez que el demonio apareció, estaba decidido a hacerlo hablar.

Fabián: ¿Cuántos días han pasado desde que estoy aquí? (No tenía noción del tiempo ya que la luz del foco se mantenía encendida todo el tiempo, creyó que el demonio lo ignoraría como las ocasiones anteriores, sin embargo, esta vez respondió).

Krámbell: Tres.

Fabián: ¿Tan poco? ¡Mierda!, con razón el aislamiento es considerado tortura en las prisiones.

Krámbell: No te estoy torturando. (Le respondió molesto por la acusación. Si alguien sabía de tortura era él. Lo estaba protegiendo, dejándolo descansar para que se recuperara de la tremenda revoltada que le dio la primera noche, mientras decidía cómo tratarlo, ya que, si bien no era su igual, tampoco era un pecador y nunca antes compartió tiempo y espacio con algún humano limpio, mucho menos con tantas necesidades por cubrir).

Fabián: Déjame salir entonces, necesito bañarme, ver la luz del sol, me tienes encerrado como un animal rabioso.

Krámbell: Deberías estar agradecido.

Fabián: ¿Agradecido?, ni siquiera me dirigías la palabra, solo me dejabas hablar, hablar y volverme loco entre estos barrotes como un maldito delincuente. (Su mirada era desolada y aquella angustia descongeló un poco la dura actitud del demonio).

Krámbell: Demasiadas preguntas estúpidas. Te llevaré al cuarto de baño, realmente necesitas una ducha. No intentes escapar, no te gustará el resultado.

Ordenó que le siguiera una vez que abrió la puerta. El chico salió de la jaula y estiró la espalda dolorosamente emitiendo un gemido.

Al subir se encontró dentro de la cabaña que escasamente recordaba, pasaron por la habitación y entraron a un gran cuarto de baño más amplio que su apartamento, con un maldito candelabro dorado compitiendo por la atención de la bañera y paredes uva con relieves de oro.

Ordenó al chico que se desvistiera y entrara a la regadera mientras él se quitaba la bata y se quedaba solo con el pantalón.

Una vez dentro, Fabián pretendía abrir la llave labrada y tomar el jabón.

Krámbell: No te muevas. Yo me haré cargo.

Fabián: ¿Qué quieres decir?

Las magulladuras pasaron a un tono azul negruzco aún más impactante y ya que él era el culpable, quería ser él quien lo lavara y, aunque no fuese así, a quién mentía, moría de ganas de volver a tocarlo. El chico se quedó petrificado sin saber qué le esperaba, así que apenas y se movió siguiendo sus indicaciones mudas cuando, tomándolo por un brazo, lo instó a colocarse bajo el chorro de agua.

Soltó un suspiro ante la caricia del vital líquido a una temperatura perfecta.

El demonio aplicó un poco de jabón en sus manos, las frotó junto con el agua y una vez que empezaba a espumar, comenzó por el delicado cuello del joven.

Tuvo que contener un gemido ante el calor de su piel, era tan suave como lo recordaba, frotó con una delicadeza que contrapunteaba con su aspecto; hermoso, frío y letal.

Lavó su cuerpo; hombros, pectorales, brazos, cintura, caderas, ante la estupefacción del joven que odió que sus atenciones se sintieran tan bien.

Lo giró para hacerse cargo de su espalda, tenía varios arañazos y bajó a su trasero firme y respingón, jodidamente perfecto, completamente marcado por sus dedos, incluso sus garras. Lavó con delicadeza y, sin poder evitarlo, el miembro del chico reaccionó y se maldijo por ello.

El demonio deslizó un par de dedos entre sus cachetes y el joven automáticamente se tensó.

Fabián: ¡No!, no lo hagas. (Olía a dulce deseo, así que ignoró sus palabras, los estúpidos humanos siempre hacían eso, lo veía en las películas; decían una cosa, cuando en realidad querían todo lo contrario, afortunadamente, su aroma no mentía, no obstante, cuando acarició la apretada entrada, el estremecimiento de su cuerpo no fue de placer, sino de dolor y su aroma cambió a un temor que no lo excitaba en lo más mínimo. Maldijo a toda la corte celestial, el cuerpo de los humanos se recuperaba mucho más lento que el de los demonios, por eso es que le permitió descansar, al parecer necesitaría algunos días más y no tocarlo teniéndolo a la mano, sí que se estaba convirtiendo en una tortura).

Krámbell: ¿Qué más te duele? (Preguntó en tono severo, molesto consigo mismo, si se hubiese contenido un poco, podría estar disfrutando de los placeres que el chico podía darle, fue avaricioso, aunque ¿cómo contenerse con tan hermoso joven a su merced?, ese muchacho sacaba a la luz sus más dormidos pecados).

Fabián: Nada. (Respondió no queriendo demostrar debilidad).

Krámbell: No. Me. Mientas. (Ordenó en un gruñido de ultratumba que le recordó a los que soltó la primera noche poniéndole el vello de punta, estaba entre las manos de un demonio y no quería descubrir de qué era capaz, enfadarlo era una estúpida idea).

Fabián: Un tobillo, me lo lastimé mientras corría.

Recibió otro gruñido en respuesta.

Lo giró y lavó el recortado vello que coronaba su miembro, el cual se endureció en cuanto fue tocado por el demonio, provocándole una sonrisa arrogante.

El humano lo maldijo para sus adentros, se sentía con un estúpido muñeco inflable, un juguete, pero no queriendo enfadarlo mientras tenía sus manos en las partes más sensibles de su anatomía, guardó sus comentarios.

El rubio lavó con el mismo esmero y delicadeza sus bolas e ingles. Con una seña le indicó que se sentara en el quicio dispuesto para ello y así lo hizo, levantando una pierna para ser lavada por el demonio quien revisó sus pies, tenían varios cortes que debían arder, magulladuras y el tobillo derecho estaba algo inflamado.

Una vez que estuvo satisfecho, lavó su cabello, era suave, mucho más corto que el suyo, pero lo suficientemente largo de arriba para sujetarlo con el puño, era perfecto, le recordó a la mamada que le dio; estaba duro bajo el pantalón empapado, el chico podía notarlo y pese al temor que le tenía, continuaba deseándolo, sin embargo, se abstendría, le daría un par de días más para que se recuperara, si había aguantado todos esos años, un par de días más no deberían ser gran cosa, al menos en teoría.

Lo secó y le pidió que se vistiera, mientras él hacía lo propio en la habitación, si bien no se bañó, estaba muy mojado.

Tomó la *laptop* e investigó un poco sobre lo que su mascota necesitaba para recuperarse con mayor rapidez.

Ya vestido lo esperó en la sala, frente a la chimenea, observar las llamas siempre lo relajaba. Los últimos días estuvo pensando cómo tratar al chico, en realidad, era en lo único en lo que pudo pensar; no era su igual, sin embargo, no tenía caso mantenerlo encerrado, bien sabía lo

frustrante de estar en cautiverio, además, quería tener su cuerpo a la mano en cualquier momento, se estuvo masturbando los últimos tres días rememorando la noche que compartieron y ansiaba repetir, solo esperaba que no fuese demasiado molesto, la charla excesiva siempre le fastidió, aunque en ese momento agradecería algo de ella, así que decidió explicarle la situación, todavía no se volvía loco, por lo que esperaba que un poco más de información no le hiciera perder la razón.

El joven lo observó vestido por primera vez con *jeans*, botas y una camisa a cuadros de fondo rojo, ¡vamos!, un estilo leñador que le quedaba de jodido infarto y, aunque intentó ocultar su grata sorpresa, el demonio percibió sus emociones como una ola de alabanzas que le hicieron sentir increíblemente bien.



5

Krámbell: Inclínate sobre la mesa. (Señaló con la mirada el comedor).

Fabián: ¿Qué? ¡No! (No acostumbrado a protestas, en un parpadeo lo tenía sometido con el pecho pegado a la mesa, el chico intentó forcejear, sin embargo, le bajó el pantalón de la pijama

con facilidad. Con un movimiento de la mano apareció un frasco abierto en la mesa con una sustancia viscosa e introdujo un dedo tomando una generosa cantidad).

Krámbell: Deja de moverte o te lastimarás. (De nueva cuenta aquella voz que lo dejaba helado lo inmovilizó, fue entonces que el demonio separó sus cachetes con los dedos de una mano y con la otra frotó el maltrecho agujero, estaba irritado, magullado y deseó calmar su escozor con la lengua, mas aquello lo llevaría a desear más, así que se limitó a frotar el gel en repetidas ocasiones al tiempo que el joven se relajaba). Eso es, buen chico. (Las palabras del demonio le erizaron la piel, al menos usaría lubricante, esperaba que eso lo hiciera menos doloroso. Presionó un poco con el dedo un par de ocasiones metiendo la yema sin llegar a penetrarlo del todo y entonces se detuvo). Se supone que eso debe ayudar. (Lentamente el chico se incorporó y subió el pantalón).

Fabián: ¿Qué fue lo que me pusiste?

Krámbell: Un lubricante con anestésico.

Fabián: ¿No hay algo para mi tobillo? (Preguntó sarcástico lo que divirtió a su captor).

Krámbell: Tú cuidarás de tu tobillo, yo de tu culo. (Respondió con una seguridad arrolladora). Ahora, siéntate.

Fabián: Así estoy bien. (La mirada que el demonio le dedicó fue una clara advertencia). He estado sentado o acostado los últimos tres días, realmente prefiero quedarme de pie.

Aquella respuesta fue aceptada por el demonio quien asintió en acuerdo.

Las siguientes horas serían jodidamente caóticas, al menos hasta que aceptara su destino, ya fuera por las buenas... o no.

Fabián: ¿Dónde estamos?, ¿seguimos en Arteaga?

Krámbell: Estamos en la esfera, prisión o universo paralelo, como prefieras llamarlo. (El desconcierto cobraba significado en el rostro del chico). Quizá quieras un trago para escuchar esto. (El muchacho asintió y mientras el demonio le servía una copa de *whisky* en las rocas, echo un vistazo a la puerta que se encontraba abierta con un bosque de fondo). Ya sabes lo que pasa cuando corres por ese bosque, no provoques al depredador que hay en mí. (El joven tragó saliva, cuando el demonio giró y le entregó la copa). A menos, claro, que quieras recibir el resultado que ya conoces. (Al no obtener respuesta, prosiguió). Esto será largo, pero ya que lo que nos sobra aquí es tiempo, pon atención y guarda tus preguntas para el final.

Existen siete infiernos, pertenecientes a los siete pecados capitales, cada uno con su rey, Lucifer gobierna el de la soberbia, además de ser el rey de reyes. Krámbell al ser uno de sus hijos, pertenece a ese infierno. Todos los demonios tienen características de todos los pecados, igual que los humanos, solo que al que pertenecen es mucho más acentuado.

Semanas antes de Navidad, una gran cantidad de demonios acuden a la tierra de los mortales con una lista de nombres para castigarlos por andar de... traviesos, hacerles ver lo que les espera en el infierno si continúan portándose mal, con la finalidad de provocar su arrepentimiento, y reciban la Navidad y Año Nuevo con una mejor actitud.

De esa forma se evita la sobrepoblación de almas ordinarias en los calabozos del inframundo, claro que para eso debían acatar ciertas normas, las más importantes; no podían dejar que los humanos que no estaban en la lista los vieran en su forma real, los idiotas se volverían locos, y mucho menos dañarlos de alguna manera, debían aparentar ser uno más de ellos, lo cual no era complicado tomando en cuenta sus poderes.

Tenían permitido cualquier tipo de tortura siempre y cuando no los mataran a menos que el alma ya estuviera tan podrida que fuese un hecho que terminaría en el inframundo, en ese caso, quedaba a decisión del torturador acabar con su miserable vida o permitirle seguir envenenando

el mundo, hasta que la muerte los visitara.

Todo esto en un acuerdo entre el creador y Lucifer.

Por otro lado, Lucifer y los seis reyes tenían ciertas normas para sus demonios, la más importante; no debían inmiscuirse en los pecados de los demás, respetar sus territorios y listas era primordial para evitar guerras que solo acabarían con miles de muertes y, la muerte de un demonio, era jodidamente escalofriante; a ellos los esperaba la nada, la nada y la falta de todo por la eternidad, deambulaban entre los repugnantes mortales reventándose las cuerdas vocales sin que nadie pudiese escucharlos, padeciendo un frío eterno, su piel enmudecía al contacto, no percibían ni un solo roce, famélicos todo el tiempo y con una sed que rayaba en la locura, con la visión borrosa carente de apreciar la belleza, en un plano paralelo, el vacío; la muerte de los demonios.

Krámbell: Fui condenado al encierro en esta esfera, no puedo salir, ni tener contacto con el exterior, sin embargo, puedo obtener información y mantengo mis habilidades. (Guardó silencio un momento, esperando a que el humano dijera algo, no obstante, al ver que continuaba estoico, prosiguió). Creí que la esfera estaba enterrada en algún lugar de la tierra, porque cada vez que veía por el cristal todo era oscuridad, eres el primer humano que veo desde que me aprisionaron. (Una vez que calló, el humano permaneció en silencio, observándolo, como asimilando sus palabras, por lo que se levantó y se sirvió una copa de *coñac*. Al regresar, el chico tenía la misma expresión en el rostro). ¿Tienes alguna pregunta? (Se descubrió queriendo oír su voz, saber qué pensaba de todo aquello o si su cerebro acababa de hacer cortocircuito).

Fabián: ¿Vas a matarme? (Una de las comisuras de los labios del demonio se levantó. Se limitó a negar con la cabeza). Si me trajiste, ¿puedes sacarme de aquí?

Krámbell: Podría hacerlo, pero no lo haré, eres mi mascota ahora.

Fabián: ¡No!, no puedes mantenerme aquí encerrado, no he hecho nada para ser castigado.

Krámbell: Cuanto más pronto aceptes tu destino, será más fácil, mascota. (Esta vez pronunció el mote solo para molestarlo, cumpliendo su objetivo).

Fabián: Tengo un nombre, uno que ni siquiera te has tomado la molestia de preguntar.

Krámbell: Será porque no tiene importancia. Desde que atravesaste esos cristales, me perteneces.

Fabián: ¡Sácame de aquí! (Exigió con los puños apretados al tiempo que daba un paso al frente, lo que le causó gracia y excitación al mismo tiempo, era un chico fuerte, decidido, su cerebro no explotó y parecía mantener la calma dentro de lo que cabía con toda la información recibida, a decir verdad, creyó que ya estaría vuelto loco gritando y corriendo de aquí para allá, lo que habría sido jodidamente molesto).

Krámbell: No quieres hacer eso, mi fuerza te supera por mucho, terminarías lastimándote tú mismo y no es ese mi objetivo.

Fabián: ¿Cuál es tu objetivo?

Krámbell: Placer. No puedes negar que disfrutaste lo que hicimos.

Fabián: Utilizaste tus poderes para coaccionarme. (Acusó, lo que provocó otra sonrisa en el demonio, no recordaba la última vez que lo había hecho con tanta naturalidad).

Krámbell: No poseo el poder de provocar lujuria, mi encanto y belleza son suficientes para que te pongas de rodillas hambriento por comerme la verga. (Por un momento se sintió avergonzado de su actitud complaciente en cuanto lo vio, una vergüenza que pronto se tornó en ira).

Fabián: ¡Mentira!, tuviste que hacer algo, yo no...

Krámbell: Puedes repetírtelo todo lo que quieras, eso no lo hará realidad, mascota.

Fabián: ¡¡Fabián!!, ¡mi nombre es Fabián! (Gritó furioso, el demonio no solo veía la ira en su mirada, podía percibirla chisporroteando por su piel, saborear un leve picor en la lengua, el perfume oscuro e intenso como el tabaco; sentir sus emociones, cualquiera que esta fuera lo hacían sentirse vivo de nuevo, por lo que su sonrisa se amplió). ¿Te parece divertido?

Krámbell: En realidad, es... excitante.

Fabián: Hijo de pu... (Se lanzó contra el demonio, mas no terminó de pronunciar la frase, el golpe que lanzó fue detenido sin mayor dificultad y lo estampó contra la pared con una mano aprisionando su garganta lo suficiente para dificultar su respiración, pero sin privarlo del todo del vital oxígeno).

Krámbell: Te dije que no lo hicieras. (El chico intentó liberarse sin éxito consiguiendo que el demonio apretara un poco más, sus ojos se ampliaron y la ira se transformó en pánico, lo que el demonio percibió como un sabor ácido, fue entonces que lo soltó). No soy un demonio iracundo, o al menos no lo era, pero eso no significa que dejaré que marques este hermoso rostro. Sé una buena mascota y todo irá bien. (Aclaró mientras el joven tosía intentando recuperar el aliento, se inclinó y aspiró con fuerza). ¿Estás bien?, hace mucho no juego con los de tu especie, controlar mi fuerza no es algo que haya necesitado hacer los últimos años. El chico lo observó desconcertado por sus habilidades. No podía seguir negando lo que estaba frente a sus ojos, más que eso, podía tocarlo, era verdad, estaba encerrado en una maldita esfera con un demonio, uno por el que gustoso se dejó montar, nunca fue religioso, pero ¿¿acostarse con un demonio?? ¡Mierda! Aquello seguro lo llevaría al infierno, si es que no estaba ya en él). Estar conmigo no te condenará, tu alma no está podrida.

Fabián: ¿Puedes leerme la mente? (Inquirió desconfiado mientras se alejaba).

Krámbell: No, no está dentro de mis habilidades, sin embargo, percibo las emociones que emanas; miedo, dolor, excitación, tristeza, ira, felicidad. Reconozco fácilmente tus cualidades y debilidades.

Fabián: ¿Qué otros poderes tienes?

Krámbell: Distingo lo podrido de tu alma. Puedo volar. (Movié sus alas para enfatizar sus palabras). Recrear lugares y alucinaciones. Puedo aparecer cualquier cosa que avive mi soberbia, que satisfaga mi comodidad. (El humano se sentó intentando comprender el poderío de aquel demonio).

Fabián: Es decir, todo, puedes hacer cualquier maldita cosa.

Krámbell: No, no puedo salir de aquí, ni interactuar con ningún demonio, humano o en el peor de los casos, soldado emplumado.

Fabián: ¿Te refieres a los ángeles? (El demonio asintió con una mueca de desprecio). Pero puedes traer a quien tú quieras, me trajiste a mí.

Krámbell: Estabas frente a mí, te deseé y pude acercarte. Lo intenté antes con personajes de la televisión, pero no funcionó. Supongo que por eso es que mi prisión se mantenía en oscuridad, hasta que tú la encontraste.

Fabián: ¿Qué hiciste para que te castigaran? (El demonio lo observó por un instante, no esperaba esa pregunta, él no mentía, al contrario de lo que podría creerse, los demonios en general no lo hacían, no lo necesitaban, eran demonios y estaban orgullosos de serlo, sin embargo, sabía que la verdad no solo alteraría al muchacho, arruinaría cualquier posibilidad de interacción consensuada, lo que sería una lástima, ya que, bajo toda esa capa de asombro, terror y enfado, continuaba latente su deseo por él).

Krámbell: Los de tu especie siempre quieren todas las respuestas, cuando no están preparados para ellas.

Fabián: Las faltas de un demonio deben ser terribles para llegar a ser castigados.

Krámbell: En ocasiones, en otras son jodidamente absurdas; como te dije antes, el infierno tiene reglas y a diferencia de tu mundo, TODOS los que cometen faltas son castigados de formas que ni siquiera imaginas.



6

Fabián: No he hecho nada para que me encarceles. ¿No hay una regla en el infierno que prohíba esto? (Levantó la mirada, como recordando).

Krámbell: En este momento no estoy en el infierno, prácticamente he sido relegado hasta cumplir mi sentencia.

Fabián: ¿Y cuánto tiempo es eso?

Krámbell: Hasta cumplir mi lección. (Puso los ojos en blanco).

Fabián: ¿¡Cuánto!?! (Preguntó frustrado).

Krámbell: No hay una cifra, si es eso lo que quieres saber. Soy un demonio, un ser inmortal, la cantidad de días o años, no nos es tan relevante como para los de tu especie.

Fabián: ¿Al menos sabes cuánto tiempo tienes aquí? (El demonio asintió). Pero no me lo dirás.

Krámbell: Ya te lo dije, no hagas preguntas de las que no quieres saber la respuesta. (El humano se levantó negando con la cabeza).

Fabián: No seré tu juguete, ni tu sirviente. No he hecho nada para ganarme este encierro. (El demonio se limitó a gruñir y levantar los hombros con indiferencia como restándole importancia). No jugarás conmigo, no te lo permitiré. Encontraré la forma de salir de aquí. (A pesar del miedo que sentía, parecía decidido y, aunque iba en contra de los deseos del demonio, aquella tenacidad le gustó, no era una marioneta con la cual hacer y deshacer a su antojo, lo que agradeció, aquello pese a que tenía sus beneficios, con el paso del tiempo se haría aburrido). Espera, si no hay forma de escapar, ¿por qué me encerraste en una jaula? (La respuesta en sí, era muy sencilla, porque no sabía exactamente qué hacer con él, tenerlo ahí era tan sorprendente para el demonio como para el humano y, para protegerlo, aunque eso no era algo que pensara confesarle).

Krámbell: Porque puedo. (La altanera respuesta enfureció al chico).

Fabián: Encontraré la forma de salir de aquí. (Añadió decidido).

Krámbell: Y lo harás ¿en pijama y pantuflas?

Inquirió sarcástico, sin embargo, no lo detendría, no le gustaba discutir, mucho menos estupideces en las que él sabía que tenía la razón, por lo que hizo un ademán hacia la puerta donde apareció una muda de ropa y tenis. El chico no teniendo opción, se cambió ahí mismo y salió de la cabaña.

Le daría espacio, comprendía que necesitaba digerir la nueva información. Obligarlo sería demasiado sencillo, no quería traumatizarlo ni una sumisión inmediata, esa podría arrebatarla en un parpadeo, obligarlo no le produciría placer sino todo lo contrario, ya había comprobado que su malestar le incomodaba, en cambio, su voluntad era un reto mucho más apetitoso y, si bien no era un demonio paciente, tiempo es lo que tenía de sobra.



Tras varios minutos de caminata, el bosque desapareció y una pared de cristal abovedada estaba frente a él, negó con la cabeza con las manos sobre el frío vidrio, del otro lado podía ver el interior de su cabaña, su mente intentó encontrar alguna respuesta lógica, incluso caminó junto al vidrio buscando una salida, aquello debía ser una pesadilla.



La noche se acercaba, el humano pasó horas caminando alrededor del cristal que lo aprisionaba y por más que el demonio quiso ignorarlo, le fue imposible no observarlo desde la distancia, saboreando sus emociones, sintiendo su piel vibrar con cada una de ellas, pasando desde la frustración a la ira. Aquella tenacidad era lo más fascinante que había visto.

El chico estaba agotado, física y emocionalmente. Fue a refrescarse al lago y unió sus manos para llevarse un sorbo a la boca, mas se detuvo en el último momento, en su mundo beber de aquella forma podría enfermarlo, no tenía idea de qué podría sucederle en aquel lugar. Se

refrescó el rostro y estaba a punto de dejarse caer cuando el demonio apareció.

Krámbell: Regresa a la cabaña. (El joven dio un brinco maldiciendo por lo bajo).

Fabián: ¡Mierda! ¿Pretendes matarme de un susto? (Se sujetó el pecho provocando una sonrisa en su captor, una demasiado sexy para su desgracia).

Krámbell: No exactamente. Regresa y antes de que te niegues, lo harás porque estás hambriento, sediento, cojeas de un pie y necesitas más anestesia en ese bonito culo. Mañana puedes seguir probando tu terquedad o estupidez.

Fabián: No soy ningún estúpido.

Krámbell: Eso me lo probarás mañana. Ahora camina.

Fabián: ¿Qué si no lo hago? (Lo retó con el último resquicio de energía que le quedaba).

Krámbell: Acabas de afirmar que no eres estúpido. No desmientas tus palabras con acciones.

Los hombros del muchacho cayeron. Si el demonio quisiera ya lo habría obligado a hacer su voluntad, así que, resignado caminó de regreso a la cabaña.

Un gran filete de res con papas fritas y ensalada lo esperaba. El agradable aroma provocó un rugido en su estomago que lo hizo sonrojarse.

El demonio lo invitó a seguir con un ligero gruñido y un movimiento de cabeza.

Estaba a punto de lanzarse sobre la comida, pero se detuvo.

Krámbell: No está envenenado, ningún alimento que te dé o tomes te hará daño, ni siquiera el agua del lago.

Fabián: Me estuviste espiando todo este tiempo. (No fue una pregunta, sino una afirmación que lo hizo sentirse aún más estúpido, era un prisionero y su verdugo un ser poderoso más allá de su entendimiento, capaz de arrancarle la cabeza con una sola mano, no tenía caso pasar hambre mientras encontraba la forma de salir de ahí. Se sentó a la mesa y lo primero que hizo fue beberse toda el agua contenida en el vaso, soltando un suspiro al terminarla. Con un movimiento de la mano, el demonio apareció una jarra con agua frente al chico. Este agradeció el gesto con un asentimiento y se sirvió un poco más). ¿Tú no comerás? (Cuestionó sintiéndose incómodo al ser observado con tanto detenimiento por el ser sobrenatural a su costado, se sentía justo como lo llamaba; una mascota extravagante en exhibición).

Otro gruñido con los labios apretados que interpretó como un “está bien” y se sentó frente a él. Con otro movimiento de mano, apareció un platillo igual al del chico. Aquellas acciones no dejaban de sorprender al humano y dudaba que en algún momento dejaran de hacerlo.

No pudo esperar más y comenzó a comer, la carne estaba jugosa, con un sabor exquisito, las papas perfectas, crocantes por fuera y suaves por dentro, hasta la ensalada estaba deliciosa, con las hojas frescas. Tras varios bocados, levantó la mirada, el demonio continuaba observándolo.

Fabián: ¿Qué pasa?, ¿ustedes los demonios no acostumbran a comer juntos? (Se tomó un momento para responder).

Krámbell: Solo comer, supongo que algunos, no prestaba demasiada atención a los demás e interactué muy poco con los del infierno de la gula, quizá ellos lo hagan, yo no.

Fabián: ¿Por qué no?

Krámbell: ¿Por qué lo hacen ustedes? (Replicó con otra pregunta).

Fabián: Para conversar, disfrutar de uno de los placeres de la vida con personas con las que nos interesan siempre es más agradable que hacerlo a solas. (El demonio meditó sus palabras, cuando lo veía en las películas le parecía extraño, no se centraban en comer, ni en conversar, hacían todo al mismo tiempo, incluso bromear o discutir, no lo comprendía del todo, pero ahora que escuchaba su explicación tenía más lógica).

Krámbell: Supongo entonces que nunca me interesó alguien lo suficiente.

Aquello descolocó al joven, a pesar de que no tenía por qué, al final era un demonio, aunque tuviese apariencia de ángel. ¡No!, dudaba que los ángeles tuvieran esa belleza sazónada con el aura de poderío y peligrosidad jodidamente sexy que su captor irradiaba.

El resto de la comida la hicieron en silencio, tenía muchas preguntas, mas no la fuerza para hacerlas, esperaba dormir y despertar de esa pesadilla.

Fabián: Gracias, supongo. Estuvo delicioso. (El demonio asintió aceptando complacido su gratitud. Siguiendo su costumbre, el chico levantó su plato, junto con el del demonio y lo llevó al lavatrastos, iba a comenzar a lavarlos cuando el demonio lo interrumpió).

Krámbell: ¿Qué haces?

Fabián: Lavar los platos.

Krámbell: Si puedo aparecer la comida, puedo hacer que se limpien con un chasquido de dedos.

Fabián: Sí, bueno, eso suena lógico y muy práctico.

Krámbell: Ve al cuarto de baño, ahora te alcanzo.

Necesitaba un momento para contenerse, no podía volver a perder el control, podría destrozarlo si no lograba controlarse, su sangre hervía solo de imaginarlo desnudo y completamente mojado, ansiaba tocarlo más que su libertad ¡tonterías!, nada era más importante que liberarse de aquel maldito encierro, sin embargo, su verga palpitante no opinaba lo mismo. No importaba, se resistiría a partirlo en dos, haría que lo deseara tanto que le rogaría porque lo atravesara con su enorme falo, aquello sería mil veces más satisfactorio tanto para su ego como para su verga.

Se encargó de lavarlo a conciencia y con delicadeza, de la misma forma que en la mañana.

Krámbell: Tienes una bonita verga de chico bueno. (Señaló mientras se la rozaba con un dedo, provocando que esta se endureciera cada vez más y más pese a los esfuerzos del humano por permanecer indiferente ante su contacto). ¿Te gustaría que la frotara junto con la mía? (El chico negó, enmudeciendo un gemido ante la imagen de sus miembros frotándose. La ronca y burlona voz que el demonio soltó, lo enfureció).

Fabián: ¿Por qué haces esto?

Krámbell: ¿Lavarte? ¿Alimentarte?, ¿darte un techo?, eres mi mascota, es lo que se hace.

Fabián: Mentira, eso se hace con un animal, yo soy un hombre, uno perfectamente capaz de hacerme cargo de mí mismo. Lo haces para hacerme sentir miserable, para demostrarme que estoy en tus manos. (El demonio soltó una ronca carcajada).

Krámbell: Eso es muy retorcido, mascota. (Le pareció lógico que pensara de esa forma, sin embargo, la verdadera razón era que necesitaba ese contacto, la cercanía, escuchar su respiración, el calor de su cuerpo, los latidos de su corazón acelerándose, las chispas que sentía al deslizar la yema de los dedos por su piel mojada, experimentar la vida a través de él chisporroteando en sus huevos subiendo por su abdomen, expandiéndose por sus alas y alojándose en su pecho). Y para que veas que no soy tan malo como crees, te dejaré demostrar autosuficiencia, sécate tú mismo, te espero en la habitación.

Lo maldijo para sus adentros mientras el rubio salía y le daba unos minutos a solas.

Lo esperó en el cómodo *reposet* a un lado de la cama con un puro entre los dedos, el chico venía con tan solo la toalla envuelta en la cintura, jodidamente apetecible, y lo mejor era que no era un espejismo como esos que recreó en sus noches de necesidad, era real, estaba vivo y completamente suyo, suyo para hacer lo que quisiera con él.

Fabián: No estaba mi ropa.

Krámbell: Te la daré cuando la necesites, de ahora en adelante dormirás desnudo.

Fabián: ¿Qué? ¿Dónde? (El demonio señaló la cama con un ademán). ¿Y tú?

Krámbell: Es suficientemente amplia para los dos.

Fabián: ¡No!, no seré tu ramera. (El demonio soltó un suspiro cansado al tiempo que apagaba el puro. Se levantó lentamente para acercársele al mismo ritmo).

Krámbell: Serás lo que yo quiera que seas, mascota. (Iba a replicar, mas el demonio levantó una mano para acallarlo). Pero para tu alivio, no voy a forzarte. Te aseguro que rogarás por mis caricias, puedes apostar tu maltrecho culo en ello. Ahora, inclínate sobre la cama.

Fabián: ¿Cómo sé que dices la verdad? (Preguntó inseguro).

Krámbell: No lo sabes, puedo ponerte en cuatro y destrozarte el agujero si se me da la maldita gana, sin embargo, a diferencia de los de tu especie, los demonios no acostumbramos a mentir. No tengo defectos. (Aseguró con esa arrogancia que parecía no desprenderse de voz, de sus gestos, la exudaba por cada maldito poro). Y eso incluye el ser un mentiroso, ahora deja de poner a prueba mi inexistente paciencia e inclínate sobre la cama.

El chico enfadado se quitó la toalla de un tirón, colocó las rodillas sobre el colchón y se inclinó dándole una espectacular vista de su trasero. El demonio ahogó un gruñido.

Fabián: Ahí lo tienes.

Krámbell: Ya que estás tan dispuesto, ábrete para mí, mascota. (Pretendía replicar, pero el demonio le dio un azote, recordándole quién tenía el poder en ese lugar, por lo que obedeció llevando las manos hacia atrás y separando sus mejillas, no pudo evitar ruborizarse, si bien había sido pasivo en algunas ocasiones, nunca antes se abrió el trasero para nadie, se sintió más expuesto que nunca y el gruñido que resonó en el pecho del demonio le estremeció las bolas, más aún cuando pasó la nariz por su agujero). Tan jodidamente apretado y maltrecho. (Tomó una generosa cantidad del lubricante con anestésico y lo frotó circularmente en su entrada). Yo te hice esto, y puedo hacerlo en el momento en que se me venga en gana. (Siguió frotando, incluso introduciendo la yema del índice para sentir su estrechez). Tan suave, tan vacío sin mi gran verga llenándote. (Aquellas palabras calentaron al joven que no pudo evitar contraerse). Sí, lo sé, estás sediento de mi leche. (¿Estaba hablando con su culo? ¡Mierda!, aquello era lo más enfermo que había experimentado, lo que no debería calentarlo y, sin embargo, estaba ardiendo). Dejaré que te recuperes un poco más, antes de volver a destrozarte. (Continuaba acariciando y, sin intención, medio dedo ya estaba en el interior, entrando y saliendo lentamente ayudado por el lubricante y la relajación del muchacho que tuvo que morder el edredón para no jadear de satisfacción). Sí, lo sé, apenas puedes esperar para que te abra por completo y te llene hasta asfixiarte. (Su índice se deslizó por completo y el chico ya no pudo contener el jadeo). Lo sé, un dedo no es suficiente después de tener mi gruesa verga. (Entraba y salía apenas rozando la semilla de placer del chico que, sin proponérselo, meneó las caderas en busca de mayor contacto). Me apretabas tan bien... Lástima que no puedas jugar todavía. (Sacó el dedo dejándolo frustrantemente vacío y le dio un pequeño azote en un cachete). Listo, a dormir. (El joven quiso maldecirlo, estaba duro y con las pelotas cargadas, aquel demonio lo excitó a propósito para que, como le advirtió, rogara por sus caricias, más no lo haría, no cedería a la lujuria que le despertaba). ¿Algo que quieras decir? (Inquirió burlón ante la furiosa mirada del chico).

Fabián: ¡Vete al infierno, demonio!

Krámbell: Créeme, si pudiera, lo haría.



Krámbell: Ayer te hablé de mí, según he visto, lo correcto sería que tú me hablaras sobre ti.
La petición sorprendió al chico, más aún su visible incomodidad.
Dormir entre los brazos del demonio con la enorme erección descansando entre los cachetes

de su culo en un principio fue irritante ya que estaba jodidamente excitado y el muy cabrón mantuvo una mano sobre su abdomen, acariciando el vello bajo su ombligo, demasiado cerca de su entrepierna, haciéndolo desear sus caricias, mas se resistió a tener que rogar por ellas.

Por primera vez se sintió pequeño ante el enorme cuerpo musculoso que lo cubría, sus parejas anteriores fueron más bajos que él o bien de su altura, pero por alguna extraña razón, se sentía furioso, frustrado, más no atemorizado, cualquier persona en su sano juicio estaría aterrorizada, estaba siendo abrazado por un demonio, ¡un maldito demonio!, aquello era surrealista, ni en sus peores pesadillas se le hubiese ocurrido tal cosa y mucho menos que se sintiera tan bien, el cuerpo era fibroso, roca volcánica envuelta en seda, una maldita tentación casi insoportable.

Fabián: Soy veterinario. (El demonio soltó una carcajada). No le veo lo gracioso.

Krámbell: ¿En serio?, eres veterinario y terminaste siendo mi mascota, hasta yo puedo ver la ironía. (El chico puso los ojos en blanco).

Fabián: Soy veterinario porque me gusta ayudar a los animales, no porque los quiera entre rejas.

Krámbell: A mi parecer, sigue teniendo gracia. (El demonio chasqueó los dedos y un bufet apareció sobre la mesa). A desayunar.

Fabián: ¡Mierda! (Dudaba que un día se acostumbrara a aquella muestra de poder, sin embargo, todo se veía delicioso, así que tomó asiento).

Krámbell: Y... (Esperó que siguiera hablando, de pronto tuvo ganas de escuchar todo de él, cualquier cosa que quisiera contarle y descubrir lo que ocultara).

Fabián: Dejaste claro que no te importaba ni mi nombre ¿y ahora quieres charlar?, ¿así nada más?, ¿como si no me tuvieras aquí secuestrado? (La cola del demonio se alzó y sus alas se extendieron en una clara reacción de enfado, sin embargo, sus facciones se mantuvieron estoicas. El tenedor que viajaba hacia su boca detuvo su camino y lo regresó al plato lentamente, cuando levantó la mirada, un escalofrío recorrió al chico).

Krámbell: Quizá no se note demasiado, pero no soy un tipo amable. (Ironizó). Tu estancia en este lugar puede convertirse en unas vacaciones lujuriosas de ensueño o bien en las tortuosas catacumbas del inframundo, tú decides, mascota. (Tomó la taza humeante de café y se levantó dispuesto a marcharse, entonces el joven cayó en cuenta de que enfadarlo no lo llevaría a nada, quizá si se ganaba su confianza o simpatía lo dejaría volver a su vida).

Fabián: Vivo en un muy bonito pueblo a varias horas de aquí, en el centro del país. (El demonio soltó el aire, como si quisiera deshacer del enfado y regresó a su asiento). Tengo una pequeña veterinaria. (El rubio asintió, instándolo a continuar hablando mientras comía). Supe desde niño a lo que quería dedicarme, los caballos y los perros son mis favoritos, observar la forma en que se comunican, cómo piden las cosas, sabes, realmente no necesitan hablar. (Se sentía nervioso, como si de lo que dijese, dependiera el resto de su vida, y quizá así fuera). Actualmente vivo solo y... disfruto de salir a caminar entre la naturaleza.

Krámbell: Y correr también. (Añadió sarcástico). ¿Con quién vivías antes? (El joven se sorprendió por la pregunta). Dijiste *actualmente*, eso quiere decir que antes vivías con alguien, ¿con quién?

Fabián: Con Bruno, mi perro. (Su tono bajó casi imperceptiblemente, sin embargo, el demonio percibió su pena).

Krámbell: ¿Murió? (El chico asintió).

Fabián: Comenzaba a sufrir por una enfermedad y... preferí dormirlo. Fue lo mejor. (Si bien sonaba despreocupado, era claro que aún le afectaba y lo comprendía, vaya que lo hacía).

Krámbell: Saber eso no parece hacértelo más fácil.

Fabián: Para ti, si los humanos te parecemos mascotas, la muerte de un animal no debe significar nada, pero Bruno era mi mejor amigo.

Krámbell: Te equivocas, la vida de un animal es mucho más valiosa que la de un humano, ellos son necesarios para el equilibrio de tu tierra, viven guiados por sus instintos y supervivencia, no tienen falsas morales ni mienten para ocultar su identidad o por sobresalir, toman lo que necesitan para vivir sin disculpas. Son reales, en cambio ustedes, son como una maldita plaga que destruye todo lo que toca, queriendo aparentar bondad, excusándose todo el tiempo, lo peor es que se mienten a sí mismos creyendo una cosa y haciendo otra a espaldas del resto de miradas, mintiendo, siempre mintiendo, traicionando, incluso a sí mismos, patético. (Espetó con desprecio y el chico se quedó helado ante la declaración, la verdad era dura, aunque cierta, por ello es que su etapa de libertinaje duró tan poco, se sentía mucho más cómodo y real con los animales, entre la naturaleza, sin apariencias, sin explicaciones).

Fabián: Tienes razón. (Le sorprendió la sincera aceptación).

Krámbell: ¿Y tu familia?

Fabián: Viven en otro municipio, a tres o cuatro horas de donde yo vivo.

Krámbell: ¿No eres muy apegado a ellos?

Fabián: Sí, bueno, no tanto. Los visito tres o cuatro veces al año.

Percibió su incomodidad así que prefirió no presionar con el tema, ya tendrían tiempo de hablar sobre eso que le molestaba.

Una vez que terminaron, chasqueó los dedos y la comida sobrante desapareció, al igual que los platos.

Krámbell: ¿Te apetece un paseo en cuatrimoto?

El chico tardó un par de segundos en asentir por la sorpresa. El demonio sonrió complacido y lo guio fuera de la cabaña.

Aquel lugar no dejaba de sorprenderlo, se encontró tras la cabaña con un pequeño huerto, con algunas hortalizas como tomate, lechuga, papas y zanahorias. Árboles frutales los rodeaban y en el fondo, unas caballerizas vacías y a un costado, una especie de granero.

El demonio abrió las grandes puertas y se encontró con la mencionada cuatrimoto, un Jeep, una moto de *cross*, una Chopper y un pequeño convertible descapotado que le recordó al de las películas del famoso luchador El Santo, todos en un tono uva muy oscuro.

Fabián: ¡Vaya!, creo que puedo intuir tu color favorito.

Krámbell: ¿Te gustan? (El chico asintió).

Fabián: Tienes lindos juguetes aquí.

Krámbell: He probado varios a través del tiempo, pero estos sin duda son mis favoritos. ¡Sube!

Esperó que se montara tras de él en la cuatrimoto e hizo desaparecer sus alas para que no estorbaran la visión del muchacho y se dirigió a toda velocidad a través del bosque.

En un principio se resistió a sostenerse del demonio, no obstante, una vez que la velocidad aumentó, o se sujetaba o saldría volando, así que puso una mano en el hombro de su captor, quien la tomó y la llevó alrededor de su cintura, una clara invitación para que lo abrazara, la cual no pudo rechazar frente a los giros que daba.

Terminó abrazado a la fuerte espalda del demonio.

¡Olía tan bien!, una mezcla de coñac, tabaco, un gran toque excitante y peligroso.

El rubio sorteó los árboles.

El motor rugía.

El aire fresco golpeaba sus rostros.

Un grupo de venados corrieron asustados por el ruido.

Un camino rocoso con pendientes hizo aún más divertida la experiencia terminando de formar una sonrisa en sus rostros.

Y en ese momento el joven se sintió ligero, vivo, libre.

Aquellas emociones contagiaron al demonio que frente a una muy inclinada pendiente, rodeó la cintura del joven con su cola para asegurarse de que no cayera.

Varias veces el chico maldijo creyendo que terminarían en el suelo, y no supo si la gravedad no era la misma en aquel lugar o la cuatrimoto realmente era potente y su captor un excelente conductor, pero subieron y subieron vibrando y brincando por el golpeteo de las rocas provocando que la adrenalina corriera por sus venas.

Al llegar a una planicie, el demonio apagó la moto y el chico admiró asombrado el bello paisaje; un verde bosque, cielo infinito con unas cuantas nubes de algodón, el río de un tono azul irreal y en el fondo la pintoresca cabaña.

Respiró paz, tranquilidad, naturaleza. Tan diferente de hace unos días cuando llegó a la maltrecha cabaña, con un enorme peso sobre el pecho que no lo dejaba respirar.

Fabián: ¡Es... hermoso! (Exclamó maravillado, con la barbilla sobre el hombro de su captor. El demonio acarició los brazos que aún lo rodeaban y asintió perdido en el brillo de esos ojos color miel con destellos dorados, nunca vio una mirada tan iluminada, el alma de ese chico era radiante, tanto que le provocó un cosquilleo en el centro del pecho y lo estrechó con más fuerza, no supo darle nombre a la sensación que le provocaba, pero sin lugar a duda, se aferraría a ella).

Krámbell: Lo es...

El chico parpadeó y se encontró con la mirada de su captor, le robó el aliento como la primera vez que lo vio y se descubrió queriendo besarlo, un ser malvado no podría crear tanta belleza, ¿o sí?, salió de su aturdimiento y bajó de la cuatrimoto de un salto.

Fabián: ¿Esto es una ilusión? (Cuestionó confundido, no debería sentirse tan bien estar en ese lugar, no debería sentirse tan bien estar con él ni desearlo tanto).

Krámbell: Cierra los ojos. (El humano dubitativo, obedeció, y el resto de sus sentidos se agudizaron; percibió el viento, el calor del sol sobre sus mejillas, el sonido de las hojas, el aroma a yerba). Puedo crear ilusiones, mas no son tangibles, esto en cambio, puedes sentirlo, igual que los alimentos, son tan reales como tú y yo.

Se acercó y deslizó los dedos entre los suyos pese al temor de ser rechazado. El chico separó los párpados y la belleza del demonio, aunque imponente y peligrosa, no era macabra, al menos no se sentía así, al contrario, le gustó la sensación de su mano abrazando la suya.

La sombra de un águila ocultó los rayos del sol y levantó la mirada, su sonrisa fue amplia y el demonio anotó mentalmente que debía hacerlo sonreír a menudo.

Fabián: Es impresionante el poder que tienes, está más allá de cualquier cosa que hubiese imaginado. ¿Todos los demonios tienen tanto poder?

Krámbell: Algunos preferimos llamarle habilidades y, no, no todos, todo depende a qué infierno pertenezcan y su fortaleza. ¿Bajamos al río?

Fabián: Creí que subiríamos un poco más.

Krámbell: Tendríamos que dejar la motocicleta aquí y seguir a pie, lo dejaremos para dentro de unos días, cuando tu tobillo y trasero se encuentren mejor. (Le guiñó un ojo provocando un sonrojo especial en las mejillas del chico). ¡Mierda!, quizá traerte en la motocicleta no fue la mejor idea, si te molesta podemos regresar volando. (Sabía que aquello era extraño y retorcido, sin embargo, le pareció tierno que se preocupara por su trasero).

Fabián: No, estoy bien, y la idea del paseo después de estar encerrado por días, fue excelente.

El reclamo no le pasó desapercibido, sin embargo, se sonrieron mutuamente en una

complicidad cómoda y entre brincos, risas, acelerones y maldiciones, bajaron el cerro. Cruzaron a toda velocidad el río en una parte muy baja provocando olas y grandes salpicaduras con las llantas.

El agua era tan cristalina que se podían apreciar las rocas del fondo. Anduvieron por la orilla del río hasta llegar al lago donde se encontraba un sencillo embarcadero y un pequeño yate blanco con una línea púrpura en el centro y el nombre de Caronte.

Fabián: ¡Vaya!, tienes todo lo que un hombre necesita para ser feliz. (El demonio esbozó una sonrisa amarga). ¿Qué pasa? (Cuestionó al ver la tristeza oscureciendo los bellos iris azules, eso mismo creyó hace tiempo, que tenía todo, que no necesitaba a nadie, hasta que... los minutos parecieron horas y las horas una maldita eternidad que se internó en su pecho llenándolo de... nada, un absoluto vacío que casi deseó que doliera). Lo lamento, no debí decir eso, entiendo que, aunque la cárcel sea de oro, no deja de ser una prisión. (Entrelazó los dedos con el demonio queriendo brindarle su apoyo con un apretón, un gesto que nunca antes recibió, solo su madre se atrevía a acercarse e inmediatamente se retiraba, mas esa aversión al contacto, nuevamente brilló por su ausencia).

Krámbell: ¿Sabes pescar?

Fabián: No, nunca lo he hecho.

Krámbell: ¿Te gustaría intentarlo?

Fabián: Así que también pescas. ¿Qué más haces aquí?

Krámbell: Poco a poco te iré mostrando.

El chico asintió y caminaron hacia la embarcación así, tomados de la mano, lo que aceleró el pecho del demonio, la acción fue tan natural y al mismo tiempo íntima, mucho más que cualquier experiencia sexual que hubiese experimentado antes, aquel humano era excepcional, era suyo.

Fabián: ¡Caronte!, es el barquero que lleva las almas de los muertos ¿cierto?, ¿realmente existe?

Krámbell: Sí existe. (Soltó una profunda carcajada y esa diversión de hacía unos minutos regresó a su mirada). Aunque no es uno solo, Caronte es un puesto, un castigo para los demonios que infringen algunas normas menores. Es el barquero que cruza las almas en una balsa hasta las puertas del infierno al que pertenecen, donde pasarán la eternidad en las mazmorras siendo torturados con sus peores pesadillas. Como podrás imaginarte, uno solo no se daría a basto.

Fabián: ¡Vaya!, el mito sí que tiene algo de realidad. (Señaló admirado una vez arriba del bote).

Krámbell: No es una regla, pero generalmente así es, un poco de realidad con mucha imaginación de parte de los humanos que se inventan cosas cuando no terminan de comprender algo. (El chico se sujetó al barandal con la mirada perdida en el turquesa del lago). ¿Todo bien?

Fabián: Sí, es solo que... es mucho para asimilar.

Krámbell: Entiendo, en realidad ya es sorprendente que no te hayas vuelto loco. Anda, baja, en el camarote encontrarás ropa más cómoda.

El chico asintió y, en efecto, sobre la cama descubrió un *short*, playera, sandalias y una gorra justo a su medida en blanco con vivos rojos.

Al regresar, encontró al demonio con una vestimenta parecida a la suya, solo que con vivos púrpura y sin gorra, seguramente debido a los cuernos, pero sí con gafas oscuras, y le tendió unas que aceptó gustoso.

Soltaron los amarres del yate y le enseñó a manejarlo, lo que le pareció bastante sencillo pese a los múltiples indicadores, o al menos hasta ese punto.

Fabián: ¿Eso de allá es el mar?

Krámbell: Sí, del otro lado del cerro está la playa.

Fabián: No dejarás de sorprenderme ¿cierto?

Krámbell: Espero que no.

Respondió deseoso de poder mantenerlo así de encantado.

Aceleró el bote y salió a mar abierto, definitivamente aquello tenía que ser un jodido sueño, el mar y el cielo se fundían en el horizonte. Una manada de delfines nadó junto a ellos por un buen rato; finalmente cuando decidieron parar, el demonio le mostró las cañas que tenía y se sentaron a beber una cerveza mientras esperaban a que el cebo picara.

El chico tenía muchas preguntas, así que le explicó cómo es que llegaban las almas al infierno y cómo cualquier demonio al verlo podía intuir cuál era su “pecado raíz”. Le describió las mazmorras donde los torturaban día y noche por la eternidad, las cuales se adecuaban a sus peores miedos.

Fabián: Eso suena aterrador y para ustedes, los demonios, debe ser agotador.

Krámbell: En realidad, si bien es nuestra obligación, nos divierte y produce placer, nacemos con una necesidad de castigar, de infringir miedo y dolor al pecador.

Fabián: ¿Y qué pasa con esos malos que se arrepienten antes de morir?

Krámbell: Eso es pura mierda, de nada sirve arrepentirse, lo que funciona es arreglar los errores, así que de igual forma caen en nuestras garras.

Cuanto más hablaba con el demonio, más real le parecía aquello, aunque siguiera sonando como sacado de una película, cada vez tenían más sentido y lógica sus palabras.

Con algunos peces en la hielera regresaron al lago, se refrescaron un poco y con el atardecer cayendo decidieron regresar a casa.

Krámbell: ¿Prefieres los peces fritos o a las brasas?

Fabián: Creo que a las brasas quedarían genial.

El recorrido en la cuatrimoto no fue tan veloz como en la mañana, sino tranquilo, igual de revitalizante, pero tomándose el tiempo de admirar los colores de las flores, los rayos que aún se colaban entre las hojas de los árboles, las liebres que corrían a sus madrigueras, las ardillas que los observaban en lo alto...

Si bien el chico no necesitaba sujetarse con tanta fuerza, mantuvo el pecho pegado a la espalda del demonio mientras lo abrazaba por la cintura, solo por el simple gusto de aspirar su aroma y percibir su calor, al tiempo que el demonio lo rodeaba con la cola.

Increíblemente disfrutó el día, con unas cuantas miradas coquetas, divertido y sumamente interesante, lo mejor del caso es que aún no terminaba.



8

Una vez que guardaron la cuatrimoto, el demonio se acercó al asador que tenía frente al pequeño huerto y encendió las brasas apretando un carbón con el puño.

Fabián: ¿En serio?, ¿los cocinarás?, creí que solo chasquearías los dedos. (Por un momento el demonio se sintió avergonzado, no sabía si consideraría vano cocinar o, por el contrario, creía que era perezoso no hacerlo o si en realidad no confiaba en sus habilidades culinarias, ¿qué infiernos daba!, ¿desde cuándo le importaba lo que alguien pensara de él?, sin embargo, después del excelente día que pasaron juntos, no quería decepcionarlo, mas no le mentiría).

Krámbell: Puedo hacerlo, si lo prefieres.

Fabián: ¡No!, solo que, no creí que cocinaras.

Krámbell: En realidad... (Apartó la mirada, como si eso levantara un muro para sus emociones que parecían estar en carne viva). Cocino mi propio alimento desde hace años.

Fabián: Lo dicho, nunca dejarás de sorprenderme. (Al buscar su mirada, el demonio encontró una sonrisa radiante, por lo que se animó a continuar).

Krámbell: También siembro de manera natural. (Señaló el huerto con la mirada).

Fabián: ¡¿En serio!? (Soltó incrédulo).

Krámbell: Al principio, no lo hacía, a decir verdad, vivía de forma muy diferente.

Fabián: ¿Qué quieres decir exactamente? (El demonio se pensó por un momento continuar hablando sobre el tema, sin embargo, el día había sido excepcional, el mejor que había tenido en años y no quería estropearlo).

Krámbell: Ya te contaré, ahora ayúdame a limpiar los pescados, te enseñaré cómo.

Se centraron en la labor de cocinar, el rubio llenó de especias aromáticas la cena que despidió un aroma extraordinario contra las brasas y finalmente degustaron el trabajo del día.

Fabián: Creo que caeré rendido esta noche.

Krámbell: No sin antes una buena ducha.

Levantó la ceja y su mirada se intensificó provocando un hormigueo en toda la piel del chico.

Lavó con reverencia cada rincón el cuerpo que tanto ansiaba poseer, disfrutando de la erección que aclamaba sus caricias, negándoselas hasta el último momento, solo para lavarlo sin llegar a satisfacerlo ya que el joven se negó a suplicar por más. Estaba tan caliente y duro como él, sin embargo, con una nalgada lo mandó a la cama mientras seguía su turno de ducharse.

Se metió tras él bajo las sábanas, abrazando y restregando el endurecido miembro entre sus nalgas. El chico se estremeció placenteramente.

Fabián: ¿Por qué haces esto? (Cuestionó en un susurro, con los ojos fuertemente cerrados conteniéndose de ceder a sus impulsos).

Krámbell: La pregunta aquí sería ¿por qué te resistes?

Su voz era ronca y necesitada, separó las caderas e hizo que su miembro se deslizara al frente del chico, por entre sus bolas.

Los huevos de Fabián se arrastraron sobre el gran eje del demonio y gimió de placer ante la íntima caricia.

No era el rosado anillo en el que quería hundirse, sin embargo, disfrutó del roce, no apresuraría las cosas con el chico, ya se había desfogado una vez, era momento de disfrutarlo lentamente, igual que lo hacía con las torturas, pero, sin lugar a dudas, volvería a enterrarse entre esos cachetes.

Deslizó la mano por la espina dorsal del joven hasta el espeso y ondulado cabello, sujetándolo con firmeza lo obligó a mirarlo, al mismo tiempo movía la yema de un dedo alrededor del fruncido agujero. Su verga era tan pesada y palpitante que por un momento quiso olvidarse de las necesidades y deseos del humano, podría convencerlo, estaba seguro, pero la idea de volver a lastimarlo como la primera noche no se sentía bien, aun así, lo haría disfrutar, lo provocaría hasta hacerlo adicto a su cuerpo y a los placeres que podría darle.

Los ojos de Fabián se abrieron un poco más ante el contacto, la tensión era obvia en sus hombros, pero no protestó. Su mente estaba confundida, mas su cuerpo sabía exactamente lo que quería.

El demonio continuó meciéndose lentamente entre el culo y las bolas del joven.

Fabián: ¡Oh, yo... yo... ya no sé qué es el infierno y qué el cielo!

El demonio rio roncamente y lo colocó boca arriba, acomodándose entre sus muslos chupó la suave piel de su saco, degustando el fresco sabor mientras bajaba con la intención de desarmar al chico.

Krámbell: Sabes bien.

Ronroneó y hundió la punta de la lengua en el fruncido y apretado agujero. Al ver los dedos de los pies del chico curvarse, el demonio decidió ignorar su verga palpitante, se centraría en su mascota. Los muslos se separaron aún más y fue toda la invitación que necesitó para alternar entre perforar con la lengua el agujero que se retorecía y lamer las pelotas suaves y deslizarse hasta la parte inferior del miembro goteante del humano.

Quería que Fabián se volviera loco, gimiendo y con las piernas temblorosas.

El salado almizcle del cuerpo del chico era el néctar que el demonio ansiaba. La culminación de años de soledad impuesta.

Fabián era la respuesta a una necesidad que ningún demonio admitiría; un compañero que

calmara sus más oscuros pecados.

Parecía dócil y confiado, nadie se sintió así entre sus manos y hacía que Krámbell lo apreciara, incluso si su mente estaba llena de los pensamientos más sucios para hacerle.

Hambriento de las emociones que el chico emitía, devoró su carne, tomando su hermoso miembro hasta el fondo de su garganta, después de años de celibato logró ahogarse solo un par de veces.

Jugó con las pesadas bolas con una mano.

Besó, lamió y chupó los temblorosos muslos.

Separó sus nalgas y comió su culo con tanta dedicación que el agujero se suavizó.

Con la punta jugueteando con la carne arrugada, imaginó enterrándose por completo y jodiéndolo hasta vaciarse, inundando el agujero con su semilla.

El chico estaba tan inmerso en la mezcla de fantasía y realidad que expulsó el primer chorro de lava blanca fuera de la boca del demonio, justo como un jodido adolescente incapaz de contenerse. Jadeó y se retorció bellamente, agarrándose a los cuernos del demonio entre gemidos que retumbaron en las paredes de aquel infierno disfrazado de paraíso.

Sus muslos todavía temblaban cuando terminó y considerando la mirada aturdida en sus ojos, todavía no descendía del orgasmo cuando, enardecido, Krámbell trepó al chico enjaulándolo con su cuerpo, incapaz de mantenerse quieto con las bolas doloridas y el miembro duro, pasó los dientes por el cuello del humano, chupó con fuerza y los muslos del chico se cerraron a sus costados y fue el abrazo más dulce.

Krámbell: Eres demasiado bueno para mí. (Susurró entre gemidos, en ese punto estaba tan caliente que apenas registró las palabras que salieron de su boca). Eres tan auténtico, tan dulce.

Murmuró moviendo las caderas contra los rizos de la entrepierna del chico.

Fabián besó su oreja mientras que con la otra mano alcanzó la erección dolorosamente lista del demonio.

Krámbell gimió y encontró sus labios y pasó los brazos bajo la espalda del chico para encerrarlo en un apretado abrazo de cuerpos calientes y sudorosos. Cerró los ojos, flotando en los rápidos de la lujuria mientras la mano de Fabián trabajaba su verga, usando el profuso líquido preseminal como lubricante.

Cualquier capacidad de pensamiento se evaporó del cerebro del demonio y se empujó hacia el canal de sus dedos, una y otra y otra vez hasta encontrar su liberación en un ronco rugido.

Ahora era consiente de cuánto extrañaba el sexo, el contacto cuerpo a cuerpo que en libertad casi despreció ya que nadie era digno de sus atenciones, solo cuerpos utilizables para su placer.

En unos cuantos días, Fabián se estaba convirtiendo en una pieza que no sabía le faltaba.



Como todo lo que se disfruta, los siguientes días parecieron un parpadeo; desayunaban, se iban de paseo por el bosque, la playa y el lago en los diferentes vehículos o bien en una larga caminata. Krámbell le mostró cómo cuidaba del jardín y del huerto; regaban, cuidaban, y cosechaban las frutas y verduras. Cocinaban, veían un par de capítulos de la serie *Mentes Criminales*, que al demonio le encantaban y que por alguna extraña razón el humano nunca antes vio.

Tenían hambre de conocerse, de reír, de disfrutar, de sentir, se alimentaban el uno del otro y se

sentía tan bien...

Todo esto sin apartarse las manos de encima, no importaba las veces que llegaran al éxtasis, no tenían suficiente, el apetito y la dicha solo parecía aumentar de una forma tal, que llegaba a asustar al chico en esos momentos en que recordaba que el macho que le brindaba tanto placer, era un demonio que, además, lo retenía en contra de su voluntad... ¿o no?, ya ni siquiera le había pedido que lo liberara.

Krámbell: La mitad de mi reino por tus pensamientos. (Soltó sonriente). Siempre quise decir eso, lo escuché varias veces en la televisión. (El chico soltó una risa divertida, aquel demonio parecía tener todo y, sin embargo, existían muchas cosas sencillas que le faltaba experimentar).

Fabián: Hay tanto que no sé de ti...

Krámbell: Los últimos días me has hecho muchas preguntas, creí que ya había saciado tu curiosidad sobre el infierno.

Fabián: No me contaste qué tipo de castigos infringías a los pecadores. (El demonio soltó un suspiro cansado, sabía que tarde o temprano tendría que contarle sobre aquella parte de su vida, sin embargo, esperaba que su relación fuera más estrecha, tanto como para no querer volver a la tierra, no es que fuera a dejarlo marchar, no obstante, tenerlo así, divertido y dispuesto, disfrutando de su tiempo juntos, era lo más placentero que había experimentado y no quería que aquello cambiara teniendo que obligarlo).

Krámbell: Será mejor que vayamos adentro por un trago.

El comentario solo preocupó al joven que siguió la ancha espalda del macho cubierta por sus alas, aquellas enormes extremidades como las de un murciélago con venas rojizas y tan suaves como la seda que en más de una ocasión los cubrió envolviéndolos en un capullo del que no le apetecía salir, la hábil cola balanceándose como la de un león de paso firme, seguro de ser el rey del lugar, y así era, por más extraordinario que fuera el placer carnal y lo divertido y acogedor que se sentía en sus brazos, no debía olvidar que su vida estaba en aquellas manos grandes de mortales garras.

Una vez que estuvo frente a la chimenea, la cual encendió con solo tocar un leño y bajar unos cuantos grados la temperatura para que el clima fuese agradable con el fuego encendido, el demonio comenzó a relatar.



9

En los años 30's, un neurólogo italiano acudió a un matadero de cerdos; colocaban en sus sienes unas grandes piezas metálicas que se conectaban a la corriente eléctrica (125 voltios).

Los cerdos quedaban inconscientes, agarrados, y unos segundos más tarde se agitaban como

consecuencia de las convulsiones, eso en sí ya era tortura animal, no conforme con ver el sufrimiento de esos seres indefensos, decidió que sería buena idea hacerlo con humanos.

Ya saben, todo en pro de la ciencia.

Sus primeros pacientes fueron tratados con electrochoques en contra de su voluntad; aquellos parias sociales, así como enfermos mentales abandonados a su suerte, o diagnosticados con esquizofrenia, lo cual muchas veces era usado para despojar a las personas de sus bienes. Mujeres que deseaban ser dueñas de su vida, ya que muchas eran obligadas a casarse, las mantenían encerradas, incluso violadas por los propios esposos y golpeadas o bien a esos hombres retorcidos y depravados que deseaban copular con otros hombres, es decir; homosexuales.

Observaron con fascinación que tan pronto como se introducía la corriente, el paciente reaccionaba con una violenta sacudida en todo el cuerpo, sus pupilas se dilataban y los músculos de su cuerpo se agarrotaban; después, quedaba tendido inerte en la cama, pero sin perder la consciencia. Los dejaban descansar un tiempo solo para el día siguiente aplicar la misma tortura pese a las súplicas porque pararan por parte de las víctimas, claro, siempre y cuando no entraran en paro respiratorio.

Si bien en aquella época muchos de los avances científicos podrían considerarse como tortuosos, la gran mayoría eran en busca de ayudar a los pacientes, conservar su vida o aliviar sus malestares. Sin embargo, la práctica de electrochoques comenzó con un solo propósito; la adulación, el reconocimiento de los altos mandos políticos y la demostración de supremacía en su rama sin importar qué o a quién destruyera en el proceso.

Fueron cientos los pacientes que sufrieron sus experimentos antes de oficialmente comenzar a registrar sus avances científicos.

El médico tenía un enorme complejo de Dios, estaba seguro de que podría resetear el cerebro de cualquiera y fomentar la personalidad que mejor le pareciera.

Experimentó con la electricidad y el agua para aumentar las convulsiones, terminando con la vida de varios inocentes de forma cruel, sin detenerse a ver el terror en la mirada de sus víctimas, sin inmutarse por las llagas de las quemaduras, el humo que salía de los cuerpos carbonizados por la corriente eléctrica, ni siquiera el olor nauseabundo de carne quemada le hizo desistir, continuó asesinando hasta que encontró el punto exacto en que podía mantener a sus víctimas con vida.

En ese punto, fueron electrocutados una y otra y otra vez haciendo oídos sordos a las súplicas por clemencia de los inocentes.

Fue entonces que el famoso médico, por no llamarlo verdugo, apareció en la lista de humanos traviesos de Krámbell.

Si bien no le gustaba acudir anualmente a la tierra por el tiempo muerto entre una tortura y otra, las emociones que aquellos seres transmitían; terror al castigo que recibirían al final de sus vidas, una hipocresía infinita por la falsa moralidad, pecando a puertas cerradas y blasfemando virtudes.

“Escoria humana”.

Familias enteras acudiendo a iglesias los domingos, cuando días antes los hombres estuvieron en burdeles, atascando sus obsoletos y apestosos cuerpos de tabaco, alcohol y un montón de porquerías sin la mínima pizca de higiene. Apostando el dinero que debería ser para alimentar a sus familias; un montón de hijos a los que no podían mantener. Copulando como bestias con ramerías o buscando entre las afueras de los poblados, en las zonas más oscuras, hombres con quienes dar rienda suelta a sus más oscuros secretos.

Aterrorizando, golpeando a sus esposas, quienes trabajaban en secreto, lavando o cosiendo ajeno para ayudarlo a mantener la casa, todo para no ofender su frágil orgullo.

Mujeres que vivían escondiéndose del marido y la sociedad, satisfaciendo sus necesidades con la luz apagada, deseando la existencia de alguna otra que vivía igual o peor, quien también fingía una vida perfecta, acumulando ira y frustración que derrochaban en gritos y golpes al montón de hijos que las llevaban al punto de la histeria.

Niños malcriados, asustados, iracundos, envidiosos.

Críos sin oportunidades que repetirían la miserable vida de sus padres.

Los humanos eran un maldito nido de gusanos que se revolcaban en la porquería tragándose unos a otros fingiendo bondad.

Ya entrada la noche, irrumpió en el despacho, en su residencia, cerca del instituto mental de Milán que presidía; en cuanto tuvo enfrente al autoproclamado “mejor neurólogo”, supo que su alma estaba lo suficientemente putrefacta como para tener una segunda oportunidad en esa vida mortal.

Estaba condenado, el demonio no sabía cuándo, pero, sin lugar a dudas, terminaría en los calabozos del infierno para ser torturado por la eternidad.

Cersetti tenía en su haber varias muertes, claro que no lo llamaba asesinato, para él eran bajas, números que no soportaron el tratamiento. Los que sobrevivían estaban prisioneros esperando su siguiente tortura. Nuevamente, para él no eran prisioneros, sino pacientes esperando su dosis.

Una amplia habitación repleta de hermosos libreros, un escritorio finamente labrado y varios reconocimientos enmarcados en dorado frente a la puerta, para que fuese lo primero que vieran los que entraban en aquel ostentoso lugar; “su cuarto de trofeos”.

Como todo ególatra, admiraba sus diplomas con copa en mano cuando el demonio apareció frente a la puerta vestido con un impecable traje de tres piezas en color negro y el rubio cabello escrupulosamente peinado. En aquel tiempo lo usaba corto.

Cersetti: ¿Quién demonios es usted? ¿Qué hace aquí? (Cuestionó molesto por la intrusión. El demonio aspiró profundamente y esa mezcla de soberbia, autosuficiencia y avaricia, agitó sus sentidos. Se endureció bajo los pantalones, aquella alma podrida sin lugar a dudas terminaría en los calabozos del infierno, mas no se privaría del placer de torturarlo en su asqueroso y solitario hogar).

El demonio sonrió sutilmente y al médico le pareció simplemente hermoso, cautivador, el olor a deseo que despidió transformó la sutil sonrisa del rubio en una carcajada siniestra.

Krámbell: Tú, que has sido juez y verdugo de hombres atraídos por otros hombres, acabas de endurecerte por un macho. (Suspiró y aflojó su corbata, aquella sería una larga noche y la disfrutaría aún más estando cómodo).

Cersetti: ¿Qué?, no, de ninguna manera, yo estaba... (Bajó la mirada y, efectivamente, el bulto en su entrepierna era imposible de ocultar, se acomodó el miembro hacia un lado no deseando atraer la mirada del intruso). No has respondido. (Demandó indignado por el atrevimiento de aquel sujeto que lo miraba con altivez como si fuese superior a él y nadie siquiera se acercaba a su prodigiosa inteligencia).

Krámbell: A partir de este momento, quien hace las demandas soy yo, y tú quien las obedece, escoria humana. (Cerró la puerta tras de sí y la celeste mirada pareció oscurecerse, el médico retrocedió un paso al tiempo que el demonio avanzaba hacia él).

Cersetti: No tienes idea de con quién estás hablando. (El demonio puso los ojos en blanco).

Krámbell: Estoy cansado de esa estúpida frase. ¿Quién se las enseñó?

Cersetti: No te acerques. (Advirtió pensando en sus opciones de escape, aún sin perder aquella altivez, pero comenzando a destilar miedo, si bien aquel hombre era hermoso, también era mucho más grande y claramente fuerte bajo aquel pulcro traje y con un aura que comenzaba a helarle la sangre. Las tuercas en su cabeza comenzaron a girar, ¿quién era aquel sujeto?, ¿conocería a alguno de sus pacientes? El rubio ronroneó ante el aroma a miedo que prácticamente podía saborear en la lengua).

Krámbell: Así que eres un matasanos... (Soltó mientras se deshacía del saco para colgarlo pulcramente en el respaldo de una silla).

Cersetti: Soy un reconocido neurólogo. (Corrigió con altivez, provocando una siniestra carcajada en el demonio).

Krámbell: No, solo eres un maldito sádico al que no le importa torturar o asesinar a sus víctimas con tal de obtener alabanzas y reconocimientos. (Añadió mientras se doblaba las mangas de la camisa).

Cersetti: No tienes idea de lo que estás hablando.

Krámbell: ¡Oh, sí que la tengo! Sé exactamente quién eres, qué haces y cómo terminarás. (El médico caminó lentamente hacia su escritorio).

Cersetti: Pareces muy seguro. (Escupió con desdén).

Krámbell: Lo estoy, terminarás a cuatro patas, suplicando clemencia en medio de tus pestilentes fluidos corporales.

Cersetti: ¿¡Suplicar!? (Rápidamente abrió un cajón del escritorio de donde sacó una pistola con la que apuntó al rubio con una sonrisa arrogante en el rostro). ¿Me dirás ahora quién demonios eres y qué quieres?

Krámbell: No solo te mearás de miedo, te dejaré cicatrices que te recordarán día tras día esta noche. (Se acercó unos cuantos pasos más, al tiempo que imaginaba todo lo que le haría por atreverse a amenazarlo).

Cersetti: Un paso más y te dispararé. Estás en mi casa, ni siquiera tendré que esconder tu cadáver.

Krámbell: De eso tú sabes bien, ¿cuántos hay en tu jardín?, ¿seis o siete antes de que mandaras a tus esbirros a tirar los cadáveres a las afueras de la ciudad?

Al ver que aquel sujeto sabía demasiado, disparó sin contemplaciones, nadie se interpondría en su camino, no terminaría en la cárcel por un neófito que no tenía la capacidad de comprender la grandeza de sus avances científicos. Sin embargo, el demonio se movió a una velocidad que su ojo humano no percibió y al terminar de descargar el arma se encontró con un ser respirándole al oído como un toro furioso listo para embestirlo, la mano con la que sujetaba el arma le tembló tanto que esta cayó al suelo, no quería voltear, por lo que alcanzaba a ver con el rabillo del ojo, ya lo tenía a punto de mearse en los pantalones, mas no pudo evitarlo, giró lentamente el rostro y lo que encontró tenía que venir directamente del mismísimo infierno.

La pálida piel se transformó en un radiante carmín, enormes alas de murciélago, cuernos que se curvaban ligeramente con puntas que apostaba atravesarían sin demasiado esfuerzo el torso de un hombre y un cuerpo de músculos imponentes.

Horrorizado dio un par de pasos hacia atrás, hasta chocar con un librero.

Krámbell: Pocas veces cambio de opinión y sinceramente pensaba terminar con tu miserable vida, sin embargo, eso sería demasiado sencillo. (El médico parecía haberse quedado sin palabras). ¿Recuerdas a Adriano? (Esperó un par de segundos, pero al no recibir respuesta, prosiguió). No, seguramente no lo recuerdas. Fue tu primera víctima. (El humano negó

efusivamente con la cabeza). ¡Oh, sí!, ese pobre chico al que su padre dio una paliza y lo dio por muerto a las afueras de la ciudad por ser un jodido maricón.

Cersetti: No, yo, yo lo ayudé, le di comida y techo.

Krámbell: Cierto, fuiste tan amable... y eso es justo lo que haré contigo. (El despacho se desvaneció entre sombras, y de pronto se encontraba en medio de un sombrío calabozo con piso de tierra, una cama de concreto y un balde con desechos pestilentes). Aquí está tu techo.

Cersetti: ¿Qué es esto?, ¡no!, yo no lo tenía así. (Corrió hacia los barrotes intentando salir de aquel espeluznante lugar). Déjame salir. ¡Auxilio! ¡Ayudaaaa!

Krámbell: Es verdad, tus calabozos son pulcros, te gusta el orden, la limpieza, la perfección. (Lo sujetó por la nuca y estampó el rostro entre los barrotes por los que quería salir, aquello definitivamente dejaría marcas y le habló al oído). Porque te crees perfecto, superior a todos los que te rodean. (Un escalofrío recorrió al humano al verse atrapado). Cuando en realidad no eres nada. (Lo giró y arrancó la bata que apenas y se quitaba para dormir, además del saco y la camisa de un solo tirón). Nada sin esa estúpida bata. (El médico tenía los ojos abiertos como platos y el olor a miedo que despedía solo alentaba al demonio que apenas comenzaba). Desnúdate, serás *mi paciente*, como tú los llamas y mis pacientes no tienen derecho a ropas lujosas.

Cersetti: ¡No!, no me desnudaré para... (No terminó la frase cuando una bofetada le giró el rostro. Aunque pudiera, su intención no era destrozarle la quijada, ni matarlo a golpes, solo sobajarlo, humillarlo, aterrorizarlo y tenía toda la noche para eso). No pue...

Otra bofetada y su rostro terminó en el lado contrario, uno creería que eso sería suficiente para que aprendiera la lección, pero no, los soberbios eran demasiado obstinados, por no decir necios. Intentó volver a hablar y su castigo fue el mismo, una y otra vez. Tras dos bofetadas en cada mejilla enrojecidas, los puños le temblaban de coraje e impotencia, más aún con la sonrisa socarrona del demonio que disfrutaba castigándolo.

Al aceptar por fin que estaba a merced del demonio y que no importaba lo que dijese, se retiró los zapatos y quitó el pantalón.

Krámbell: Todo, desnudo, completamente desnudo, de la misma forma en que electrocutas a tus “pacientes”. (No lo negó esta vez, era claro que el demonio conocía muy bien sus prácticas. Así que obedeció y obtuvo como respuesta una ronca carcajada). ¿Dónde metiste las bolas?, estás tan asustado que pareces un eunuco. (La furia iba en aumento en el médico, él no merecía ese trato). Ahora te alimentaré, de la misma forma en que lo hiciste con Adriano. Lo alimentaste con tus sobras, mientras lo encerraste en las celdas que tienes en el sótano, solo para después freírlo vivo.

Cersetti: ¡Mentira!, habría muerto de igual forma sin mi ayuda.

Krámbell: O habría sobrevivido sin tu intervención, eso es algo que nunca sabremos porque tú metiste tus sucias manos.

Cersetti: Tú no lo entiendes, la gente común no lo entiende, son pequeños sacrificios en nombre de la ciencia. (El demonio soltó una carcajada siniestra, tomó al sujeto por la nuca y lo arrojó contra el plato de latón que se encontraba en el suelo, contenía sobras y desperdicios putrefactos los cuales ordenó que comiera y como era de esperarse, se negó).

El demonio se desabrochó el cinturón y lo deslizó lentamente, regocijándose en la mirada estupefacta del humano.

Cersetti: ¡Ya basta!, soy un extraordinario científico... (El cinturón aterrizó en su espalda obligándolo a arquearse y gruñir entre dientes).

Krámbell: ¡Cuenta! O de lo contrario seguiré hasta el final de los días.

Cersetti: Uno. (Lo azotó en la espalda, las nalgas y los muslos en seis ocasiones, sin duda, el número favorito de su especie).

Krámbell: Comerás desperdicios como el maldito carroñero que eres o repetiré el castigo.

Cualquiera habría aceptado su castigo, pero un hombre con tanta vanidad, no, así que los golpes pasaron de enrojecer la piel a abrirla sin demasiada saña, finas líneas carmín le aparecieron tras cada cinturazo y una vez que llegó al número seis volvió a ordenar que comiera.

En esta ocasión aceptó la orden; a cuatro patas bajó la cabeza como un animal, sintiéndose completamente humillado, justo el punto débil de cualquier pecador de soberbia.

El aroma a dolor e indignación le provocó palpitaciones en el miembro al demonio, estaba disfrutando de romper a aquel maldito humano, tanto, que no pudo evitar frotarse por encima de los pantalones.

Lo instó a comer más y este obedeció, al ver un gusano arrastrarse entre los desperdicios, no pudo evitar una arcada.

Krámbell: Devuelve el estómago y te haré tragarlo. (Le advirtió).

Horrorizado, el médico cerró los ojos enrojecidos y se obligó a tragar hasta el último bocado.

Cersetti: ¿Por qué haces esto? (Se echó hacia atrás hasta que su espalda golpeó con la cama de concreto al ver que el demonio se acariciaba sobre la tela un enorme bulto).

Krámbell: Para demostrarte lo poco que vales. (Si bien no era un sujeto hablador, sus pocas palabras siempre acertaban en la llaga. La indignación y furia le dieron la fuerza suficiente al humano para arremeter en contra del demonio que lo recibió con un puñetazo que le reventó el labio y la nariz, enviándolo de regreso al suelo. Su arrogancia comenzaba a flaquear provocando que los testículos del demonio se contrajeran ansiosos por la liberación). Sobre la cama.

Ordenó y el médico obedeció tragándose los gemidos de dolor por las heridas. El demonio chasqueó los dedos y correas de cuero inmovilizaron manos y pies del humano, al tiempo que aparecían los bloques de metal en sus sienes.

Comenzó a retorcerse intentando inútilmente liberarse.

Cersetti: Libérame, no tienes idea de lo que haces, este tratamiento es solo para enfermos mentales y debe ser utilizado solo por un profesional. (Exigió a gritos).

Krámbell: Claro, uno como tú.

Conectó la línea de las placas metálicas a la corriente eléctrica y el cuerpo del humano se tensó entre ligeros temblores al tiempo que se arqueaba con la mandíbula fuertemente apretada. Desconectó la línea y quedó desmadejado seminconsciente. Tuvo que abofetearlo un par de veces para que despertara.

Cersetti: Por favor, por favor, suéltame. (Pidió una y otra vez provocando un cosquilleo satisfactorio por toda la piel del demonio)

Krámbell: Aún no escucho las palabras mágicas. (Repitió el castigo y casi pudo escuchar cómo le crujieron las muelas por la fuerza en que apretó la mandíbula).

Cersetti: No, por favor no sigas, ¿qué quieres que haga?, haré lo que me pidas.

Krámbell: Claro que sí, pero eso no es lo que quiero escuchar. (Volvió a conectar la electricidad y una ronca carcajada fue expulsada desde lo más profundo de su pecho, sin poder contenerse por más tiempo, se abrió el pantalón y el enorme miembro saltó listo para más atenciones las cuales no dudó en darse con la hábil cola).

Cersetti: No más, por favor, no más, nadie ha resistido tres shocks seguidos.

Krámbell: Es verdad, lo comprobaste en varias ocasiones y esos desafortunados terminaron muertos.

Cersetti: Por eso es que lo sé, por eso es importante experimentar... (No dejó que terminara la banal excusa cuando le propinó otra descarga. En esta ocasión tardó un poco más en despertar tras varias bofetadas).

Krámbell: ¡Oh, vamos!, vas mejorando, me falta poco para venirme.

Cersetti: ¡Basta!, ¡te lo suplico!, no sigas, me matarás.

Krámbell: Palabras mágicas, debes estar exhausto. (El humano asintió a punto de desfallecer). No, no te dormirás. (Descargó un profuso chorro de meados en su rostro con un satisfactorio gemido de placer. Al abrir los ojos, el médico se agitó y, aunque lo intentó, no pudo evitar tragar parte del líquido que le cayó en la boca).

Cersetti: ¡Basta!, ¡te lo ruego!, no más, no sigas.

La voz se le rompió y la cola del demonio aumentó la velocidad de sus caricias. Le repitió la descarga eléctrica, aunque con menos voltaje, no quería matarlo y su débil cuerpo no aguantaría mucho más.

El demonio lo desató y obligó a despertar con varias bofetadas.

Krámbell: ¡Vamos, despierta, escoria humana!, ¡infiernos, despierta! (Gruñó irritado, desesperado por alcanzar el clímax, el médico despertó entre estremecimientos provocados por la reacción de sus músculos, completamente dolorido y exhausto).

Cersetti: Te lo imploro... (La voz se le quebró y comenzó a sollozar). Te lo suplico, no más, no lo haré más, pero, por favor, no sigas. (El placer del demonio aumentó al tiempo que un cosquilleo le recorría el cuerpo desde la punta de las alas hasta las pelotas).

Krámbell: Te dije que terminarías rogando entre tus pestilentes fluidos. (El humano se dio cuenta de que se había meado encima y sus sollozos aumentaron por la vergüenza y el dolor, se hizo un ovillo sintiéndose miserable, lo que terminó de llevar al demonio al éxtasis, le sujetó la mano izquierda con la suficiente fuerza para obligarlo a abrirla y con un ronco bramido que resonó en las paredes liberó su semilla en varios chorros ardientes).

El humano soltó un alarido horrorizado al tiempo que intentó apartarse, ácido quemaba su carne, el ardor fue tal que la inconsciencia lo reclamó.



Al despertar, se encontraba de nueva cuenta en su despacho, en el suelo, sobre la carísima alfombra que la esposa de un colega le obsequió, apenas tenía fuerzas para abrir los ojos, el cuerpo entero le dolía, cada músculo obligado a contraerse en repetidas ocasiones; le ardían los dedos, incluso las muelas, la cabeza le palpitaba, pero lo peor, eran las quemaduras en sus sienes y la horrible quemadura en la palma izquierda, gimió retorciéndose con la mano en alto.

Krámbell: No negaré que tienes buen licor y puros aquí. (El médico tembló horrorizado al escuchar su voz).

Cersetti: No más, te lo ruego, no puedo más. Haré lo que me pidas, pero, ¡por favor, no más! (Se paró a su lado, viéndolo como lo que era, una maldita escoria).

Krámbell: ¡Mentira! (Escupió con desprecio). Volverás a hacerlo, porque las sabandijas de tu especie son carroñeras, sanguijuelas alimentándose de los demás. Te dejaré en tu mundo con todas esas cicatrices recordándote que no eres nada y sabiendo que volveré, regresaré a torturarte el siguiente año y el que sigue después de ese y así hasta que la muerte te arrastre a los calabozos del infierno, donde esta noche se convertirá en tu día a día por la eternidad.

El cuerpo del médico tiritó incontrolablemente por el horror, mientras negaba y suplicaba a todo pulmón, el demonio abandonaba su despacho con una siniestra carcajada.



10

El demonio calló y claramente podía ver las tuercas girando en la cabeza del chico, imaginando lo que describió con la mirada perdida en las llamas de la chimenea, seguramente estaría pensando que era un monstruo. Podía sentir su confusión y asco. Esperó unos segundos y al ver

que no decía nada, prefirió salir de la cabaña antes de que su mascota le exigiera que lo regresara a su mundo, era un buen chico, un alma pura que guardaba una pena en el alma de la que aún no le hablaba, sin embargo, podía sentirla cuando lo sorprendía con la mirada perdida hacia el horizonte. Una buena persona como él, naturalmente no querría permanecer con alguien capaz de hacer lo que él hacía, se estaría arrepintiendo de dejarlo tocarle, de ofrecerle su cuerpo. Un hueco se formó en su estómago, dolía, ¡mierda!, dolía, su ego no soportaría su rechazo.

El chico esperó a su regreso, incluso lo buscó alrededor de la cabaña, la noche era más fría de lo habitual, generalmente se mantenía en una temperatura perfecta inclinándose al calor, con esos pocos días en la esfera, aprendió que era así como al demonio le gustaba. Al no encontrarlo, prefirió esperar en la habitación.

Por la madrugada, sintió que el colchón se hundía del otro lado, eso lo despertó e inmediatamente pudo percibir su aroma, ese que era una caricia para sus sentidos. Esperó que se acercara como de costumbre, mas el cálido contacto no llegó.

El demonio percibió que, aunque intentó no despertarlo, su mascota estaba consciente, sin embargo, permanecía inmóvil.

Krámbell: Si vas a decir algo, dilo de una vez, pero te advierto que...

Fabián: ¿Por qué no me abrazas? (Interrumpió la diatriba de su captor que se quedó inmóvil por un momento para asegurarse de que había escuchado bien, estaba preparado para una batalla, sin embargo, aquello lo desarmó. Se acercó lentamente a la espalda del joven, lo encontró desnudo y cálido bajó las mantas, lo que le sorprendió y arrebató la enorme roca que parecía oprimirle el pecho).

Krámbell: Creí que no querías que te tocara.

Fabián: ¿Por qué no habría de querer tus ágiles manos sobre mi cuerpo, cuando lo único que me han proporcionado ha sido placer? Brutal y exquisito placer. (Ronroneó empujando el trasero contra la dura erección para acomodarla entre sus cachetes, por lo que el demonio tragó saliva).

Krámbell: Te quedaste mudo, entonces creí...

Fabián: No me considero una mala persona, pero conozco la maldad de los humanos, la he experimentado y creo que merecen una lección por ello. (El demonio comenzó a devorar la suave piel de su hombro y cuello al tiempo que deslizaba su hinchada verga entre los cachetes de su mascota).

Krámbell: No me desprecias, no estás asustado de mí. (Sus palmas recorrieron el abdomen del joven).

Fabián: No, aún tengo dudas, pero... (contuvo el aire cuando la cola del demonio lo aprisionó como si de un puño se tratara). Creo que tu labor es esencial para este mundo.

Krámbell: Tú tampoco dejas de sorprenderme, mascota. (El vaivén de sus cuerpos y caricias se acompasó. La gruesa verga se restregaba en toda su gloriosa longitud por la zanja de las nalgas, provocándolo, exponenciando el placer y el hambre de su cuerpo, al tiempo que los gemidos iban cobrando fuerza).

Fabián: Demonio, necesito más. (Gimió con una mano aferrada al trasero del rubio atrayéndolo contra su sensible carne).

Krámbell: ¿Qué es lo que quieres? ¡Dilo! (Exigió entre dientes mientras le pellizcaba un pezón con la suficiente fuerza para que se estremeciera).

Fabián: A ti, todo, te quiero dentro de mí.

Krámbell: ¿Estás seguro de lo que estás pidiendo, mascota? (Preguntó ya apareciendo el lubricante con anestésico en el buró. Asintió, mas el demonio le exigió la respuesta en palabras).

Fabián: Lo estoy, te quiero dentro de mí.

Krámbell: La última vez, te destrocé el culo.

Fabián: Y desde entonces no he hecho más que ansiar volver a sentirme poseído.

Krámbell: Seré suave esta vez.

Fabián: ¡No!, no quiero que te contengas. (Una ronca risa reverberó contra su nuca).

Krámbell: Yo decido el trato que le doy a este apretado culo. (Empujó las caderas contra su orificio e instintivamente echó las caderas hacia adelante, arrepintiéndose por un segundo de lo que acababa de pedir, era enorme y aun sabiendo el inminente dolor que le aguardaba, su apetito por él era aún mayor). Te quiero a cuatro patas y abre esos bonitos cachetes.

No lo pensó dos veces, obedeció y se colocó en la posición que le pidió, abriendo sus nalgas para deleite del demonio que observó el agujero apretado, ese abismo oscuro en el que se quería perder.

Se acercó y aspiró profundamente, ronroneó gustoso y el chico se estremeció empujando hacia él, ganándose un azote con la palma, dio un salto por la sorpresa del escozor e inmediatamente la pálida piel se enrojeció para agrado del demonio.

Krámbell: Te quiero abierto y muy quieto para mí, o te ganarás otro azote ¿entendido? (El chico tragó saliva, aquello le atemorizaba, el demonio era demasiado fuerte, no obstante, por alguna extraña razón confiaba en él, sabía que no le haría daño, al menos no intencionalmente, quería dejarse llevar, nunca creyó que esa posesión le excitara tanto y no se negaría a experimentar lo que aquel demonio tenía para darle, así que asintió aun sabiendo lo difícil que eso sería. La lengua del demonio se dio un festín desde las bolas pasando por las ingles, los cachetes y la entrada. Naturalmente le fue imposible mantenerse quieto y se ganó varios azotes por su desobediencia que le tenían el culo enrojecido, sensible a cualquier roce, completamente erecto y goteando de la punta, desesperado por liberarse).

Fabián: Por favor, demonio, no me hagas esperar más, te necesito dentro de mí.

Krámbell: ¿De quién es este agujerito? (Se burló de él metiendo y sacando tres dedos, dilatando al chico para evitar lastimarlo en demasía).

Fabián: Tuyo, es todo tuyo, reclámalo de una vez. (Se contuvo de azotarlo, ya tenía la piel demasiado sensible, así que, en lugar de eso, le lamió una mejilla). Por favor, demonio, ¡méteme tu enorme verga!

Sin poder contenerse por más tiempo, el demonio se bañó el miembro con lubricante y alineó su punta con la entrada al tiempo que se sujetó a las caderas del chico.

Krámbell: Sujétate de la cabecera. (Así lo hizo y el demonio comenzó a presionar, el chico dejó de respirar, era enorme y se mordió el bíceps para no gritar). No te hagas daño, para eso me tienes a mí. No te contengas, mascota, quiero escucharte, quiero escuchar todo lo que te provoco. (El chico liberó su brazo y jadeó dolorosamente cuando el demonio terminó de meter la cabeza en su orificio, instintivamente sus músculos se apretaron contra él). ¡Santo infierno!, me aprietas tanto, como si quisieras cercenarme la verga. (Tuvo que contenerse para no hundirse hasta las bolas). Relájate, mascota, sé un buen chico para tu demonio. (Se inclinó y besó su espalda al tiempo que llevó una mano a sus bolas para acariciarlas, estaban tan duras y pesadas). Eso es, puedes hacerlo, ábrete para mí, pequeña mascota, así, un poco más. (Empujó y pasó el primer arillo de su espiral provocando otra exhalación agónica en el muchacho que se aferraba con fuerza al cabecero).

Fabián: Espera. No sigas. Solo. Dame un momento. (El demonio mordisqueó su espalda y hombro mientras bajaba la mano a su miembro para sustituir a su cola, tocó la punta húmeda, viscosa, y lo estimuló con ella).

Krámbell: Respira, tranquilo, acéptame dentro de ti. (Vibró dentro de él, extrayéndole gemidos y exclamaciones indescifrables, hasta que sus caderas se contonearon). ¿Quieres un poco más de mí?

Fabián: ¡Más, más!, dame más de esa monstruosa verga. (El demonio lo sujetó por el cabello, obligándolo a girar para contemplar su rostro y se enterró hasta la mitad, las facciones del chico se contrajeron, tan extasiado y dolorido a partes iguales).

Krámbell: Eres una buena mascota ¡mírame! (Exigió y el joven se obligó a abrir los párpados). ¿Duele?, no te atrevas a mentirme. (Asintió en respuesta). ¿Quieres que me detenga?

Fabián: No, infiernos, no vuelvas a preguntar eso, solo, solo termina de una vez. (Imploró desesperado porque la tortura acabara).

Krámbell: Me aprietas tan fuerte, juro que tienes el más dulce de los infiernos en este agujerito.

Fabián: ¡Mierda!, solo hazlo.

Krámbell: Entonces respira y relájate o terminaré destrozándote otra vez y no pienso esperar días para volver a poseerte. (El chico no podía, no sabía cómo, el dolor y el placer eran abrumadores. Las vibraciones se intensificaron dentro de él, arrojando descargas justo en la semilla de placer en su interior, sus pelotas se contrajeron ¡por todo lo que era sagrado!, quería venirse, necesitaba venirse, sus caderas se contonearon y al sentir que se relajaba, el demonio se enterró hasta las pelotas con un grito por parte del chico en respuesta. Un agudo dolor lo partió en dos, la vista se le nubló y estaba seguro de que perdió el conocimiento por un instante. Tan abierto, tan lleno, rodeado por fuertes brazos que lo sostenían, con un calor que rogaba ser extendido por todo su cuerpo desde su entrepierna). Respira, pequeña mascota, solo respira y siente cómo me perteneces.

Lo hacía, lo sentía, lo sentía avivando ese fuego en sus pelotas con una mano, otra pellizcando con fuerza uno de sus pezones y esa bendita cola bombeándolo mientras unos dientes se arrastraban por su cuello, no quería moverse, pero ese ardor, esas descargas eléctricas chisporroteaban cada vez con mayor intensidad, necesitaba más, lo necesitaba todo de él.

Fabián: Debo estar loco, pero dame todo lo que tienes, demonio. (Aquel tono suplicante acabó con su contención, parecieron sumergirse en la cama entre una espesa bruma solo para reaparecer en el bosque, el chico tuvo que sujetarse de un grueso tronco frente a él ante el primer empujón del demonio en su interior).

Krámbell: Dime ¿quién eres? (Exigió tras una estocada, el chico dijo su nombre con una exhalación). Machacaré tu trasero (empuje), hasta que me des (empuje), la respuesta correcta (empuje). ¿Quién eres?

Fabián: Tu mascota.

Krámbell: Buen chico. (Lo premió saliendo hasta la punta solo para inclinarse en un mejor ángulo, uno en el que golpeaba de lleno la semilla de placer, las piernas le flaquearon y el demonio tuvo que sostenerlo). ¿Quién (empuje), soy (empuje), yo (empuje)?

Fabián: Un demonio. (Se hundió salvajemente hasta las pelotas provocando que el chico pusiera los ojos en blanco al tiempo que su pecho se frotaba contra la áspera corteza del árbol).

Krámbell: Respuesta incorrecta, ¿quién soy? (Las palabras que soltó no fueron las que el demonio esperaba, así que le repitió el sublime castigo una y otra y otra vez hasta que el chico no pudo más).

Fabián: ¡Mi demonio!

El demonio sonrió complacido y orgulloso por la posesión de su mascota sobre él y sin poder evitarlo sus colmillos se alargaron y por primera vez se permitió morder el cuello de alguien, la

explosión de sabor le hizo perder el control, el chico lo apretó con tanta fuerza mientras se derramaba exigiendo su simiente que no pudo ni quiso contenerse por más tiempo, se descargó con varios chorros calientes, acompañados de los bramidos del hombre y la bestia siendo uno en el más exquisito de los placeres.



Al abrir los ojos, el chico se encontraba de nueva cuenta sobre la cama, el demonio acariciaba sus pectorales y pezones, aliviándolos después de la fricción contra el áspero árbol y sonrió perezosamente.

Krámbell: Descansa, pequeña mascota. (Los envolvió con sus poderosas alas, en un capullo donde estaba seguro nada podría hacerle daño, sintió sus pelotas y muslos húmedos por la semilla del macho que acababa de poseerlo).

Fabián: Creo que debería lavarme. (Señaló apenas en un susurro con los párpados pesados por el sueño).

Krámbell: No, te quiero así, con mi olor dentro y fuera de tu cuerpo, saciado, con mi semilla goteando de tu agujero y, mañana, cuando te arrepientas de esto, siente tu culo dolorido y recuerda quién es tu dueño, pequeña mascota.



La mañana siguiente, después de lavarlo a consciencia y asegurarse de que el agujero del chico no tuviera fisuras, ni lesiones de las cuales preocuparse, lo dejó a solas para que se vistiera mientras él preparaba el desayuno.

Sabía que aún tenía preguntas y dudas, casi podía verlas en la punta de su lengua, si aún no las había soltado, seguramente era porque tenía miedo de las respuestas.

La cabaña se impregnó con el olor a café y una vez que entró al comedor se sentaron a la mesa.

El demonio observó cierta incomodidad en el chico a la hora de sentarse.

Fabián: No me mires así. (Soltó al tiempo que tomaba un *cupcake* de manzana, al demonio le quedaban deliciosos).

Krámbell: Así ¿cómo?

Fabián: Como queriendo leerme la mente, estoy bien, dolorido, pero nada que no sea manejable. (El demonio asintió y comenzaron a comer, hasta que el joven no aguantó más todo aquello que rondaban en su cabeza). Aún tengo dudas.

Krámbell: Apostaría mi cola a que así es... Disfrutemos del desayuno y dosifica tus preguntas, iré respondiendo una a una, más tarde.

Fabián: De acuerdo, pero al menos respóndeme una. (El demonio asintió). Dime que no eres malvado.

Krámbell: Esa no es una pregunta, suena más a una súplica y no es un secreto que me encanta que me supliques.

Fabián: ¿Lo eres?

Krámbell: ¿Importa?, ¿eso evitará que no te endurezcas por mí? (Meditó por un momento sus palabras y, aunque le pesara, el temor y la falta de conocimiento en un principio no le importó y ahora que tenía mayor información, aquello no cambiaría, todo el cuerpo le dolía de forma placentera y ya deseaba volver a ser machacado por él). Soy un demonio, el mismo que te ha poseído, que te tiene el cuerpo magullado y marcado, el que has conocido los últimos días, un maldito demonio, un príncipe de la soberbia y estoy jodidamente orgulloso de serlo.

No hubo más preguntas, quedaba claro quién era, era todo, todo lo que quería y lo que nunca imaginó querer.



Krámbell: Suéltalo. (Escupió después de que el chico tenía rato observándolo mientras cortaba las hojas marchitas y le daba forma a su amplio jardín, donde distintas flores le daban vida).

Fabián: Esto es lo que más te gusta ¿cierto?, cuidar del jardín, se ve que lo disfrutas.

Krámbell: Cuidar del huerto alimenta, la pesca es tranquilizante, la cocina es impredecible y placentera, todo eso ayuda a que el tiempo avance, junto al ejercicio, los paseos, nadar y volar, pero el jardín, el jardín no necesita más que estar presente para embellecer cualquier lugar, es simplemente hermoso. Como yo. (El chico guardó silencio un par de segundos antes de echarse a reír, al menos una vez al día soltaba uno de esos comentarios donde se vanagloriaba a sí mismo y, aunque al principio le cayeron mal los halagos, no los soltaba con el afán de hacerlo sentir menos, simplemente estaba convencido de ellos, comprendió que como le dijo en un principio, era parte de su personalidad, de una seguridad inquebrantable que le encantaba, porque él pese a que siempre intentó demostrarla, le tomó mucho tiempo creerla. En ocasiones como aquellas, le divertían y no dejaban de sorprender). Y al parecer también soy gracioso. (Añadió con un deje de enfado).

Fabián: No mucho, pero te equivocas, eres más que belleza, demonio, mucho más. (Al demonio se le calentó el pecho y besó tiernamente los labios del joven).

Krámbell: ¿Finalmente me dejarás llevarte a la cima de la montaña volando? (Agitó las alas para darle mayor énfasis a sus palabras).

Fabián: Aún tengo cosas que hacer en el huerto.

Le dio un rápido beso en los labios antes de escabullirse. Las alturas no eran lo suyo, no tenía miedo a viajar en avión, pero los juegos mecánicos o estar al borde de un balcón siempre le dio demasiado vértigo, como si su estómago estuviese a punto de salir por su boca así que prefería evitarse el mal rato. Por otro lado, el tiempo a solas le ayudaba a pensar, si bien entendía las razones y la finalidad de los castigos a los pecadores, el alcance de estos le daban escalofríos.

En algún lado escuchó que todos somos capaces de matar dependiendo las circunstancias y no lo dudaba, si alguien quisiera asesinarlo o bien a algún miembro de su familia, sin duda se defendería con todo lo que tuviera a mano, pero eso de excitarse con el dolor, el sufrimiento de otra persona no terminaba de encajar en su cabeza, le incomodaba y asustaba.

Lo más preocupante era que a pesar de ello, no quería salir huyendo, quizá el sexo, la intimidad, su poderío, lo prohibido, esa parte suya que se dejaba dominar tan desconocida para él, era más fuerte que su autopreservación.



Sabía que su mascota aún se encontraba consternado por la anécdota que le relató, lo observaba como queriendo atravesar su cabeza, por lo que preparó algo especial para la cena.

El chico se encontró con un cielo plagado de estrellas y la luna llena tan cerca que casi creyó que podría alcanzarla al subir a la cabaña y extender la mano.

Una fogata, mantas, cojines, una copa de vino y una tabla de quesos con nueces, aceitunas y dátiles para picar. La escena era el epítome del romanticismo, lo que le aceleró el pulso y las manos comenzaron a sudarle, de la misma forma que lo hicieran cuando era un chico de quince años y el compañero de la escuela que le gustaba lo invitó a su casa a pasar la tarde a jugar videojuegos.

Lo mejor del paisaje era la ancha espalda carmín, la sedosa melena rubia desparramada sobre los hombros, los cuernos altivos, las poderosas alas plegadas y la cola balanceándose mientras el demonio se encontraba sobre su costado con una copa en mano.

Krámbell: ¿Te quedarás ahí congelado o vendrás a hacerme compañía? (El chico salió de su estupefacción y caminó sintiéndose entre nubes a su lado).

Fabián: Esto es...

Krámbell: ¿Te gusta? (Preguntó sintiéndose extraño, nunca preparó algo así para nadie, ni siquiera para sí mismo y no estaba seguro si lo hacía bien).

Fabián: Mucho, no creí que fueras de los chicos románticos.

Krámbell: Vi cosas similares en las películas, creí que te gustaría.

Fabián: Mucho. (Se acercó para darle un ligero beso en los labios. El demonio le tomó el rostro y acarició su mandíbula con el pulgar).

Krámbell: ¿Qué hacías solo en la cabaña en vísperas de Navidad? (La pregunta le sorprendió, seguramente el demonio tenía tiempo con aquella incógnita en la cabeza y después de lo que él compartió la noche anterior, no podía salirse por la tangente, justo era que le respondiera con la misma sinceridad que él).

Fabián: Unos vecinos ya mayores, llevaron a la veterinaria a Orejón, su Beagle para sus vacunas de rutina, les comenté que buscaba un lugar donde nevara para pasar unas semanas de vacaciones, pero que los precios estaban fuera de mis posibilidades, entonces me ofrecieron su cabaña, no tendría que pagar hospedaje a cambio de que la arreglara para poder ofrecerla a venta el siguiente año. (El demonio le sirvió una copa de vino mientras lo escuchaba atentamente).

Krámbell: ¿Eres pobre? (Cuestionó preocupado por las carencias que habría sufrido).

Fabián: ¿Qué?, ¡no!, pero mis lujos son limitados y las zonas turísticas suelen ser costosas, no hay muchos lugares donde neve en México y un viaje internacional es mucho más caro, no quería salirme de mi presupuesto.

Krámbell: ¿Por qué solo? (El chico soltó un suspiro derrotado, el dolor en su pecho había enmudecido esos días con las emociones y la lujuria consumiendo su piel, sin embargo, seguía ahí y hablar de ello lo devolvía a la vida).

Fabián: Generalmente paso Navidad con mi familia, en casa de mis padres, tengo una hermana menor con la que me llevo muy bien, es una chica lista y divertida, está en el último año de la universidad, mi madre es una mujer dulce pero firme. Papá es de pocas palabras, sin embargo, fue un buen padre, cariñoso a su manera, tiene una linterna y mi hermano mayor trabaja con él,

está casado y tiene dos hijos, el pequeño dice que quiere ser veterinario como yo... (Bajó la mirada y el demonio pudo sentir el pesar en su alma, por lo que le apretó la mano en señal de apoyo). Mis padres no saben que soy *gay*. (Tomó un sorbo de vino para pasarse el mal sabor de boca). La única que lo sabe es mi hermana menor, yo no se lo dije, en realidad creo que lo intuyó o ató cabos, ella no le dio importancia.

Krámbell: Porque no la tiene, con quien te acuestes es asunto tuyo, no le compete a nadie más.

Fabián: Exacto, pero... no todo el mundo piensa así. Como dije, mi padre fue y sigue siendo un buen padre, sin embargo, tiene sus ideas al respecto, fue criado de una forma muy dura, la sociedad cuando él era joven era muy diferente y los pocos comentarios despectivos que le escuché sobre los homosexuales, me dejaron claro que jamás aceptaría a un hijo *gay* y mi hermano es igual, un tanto machistas, aunque en realidad sus mujeres saben manejarlos, son ese tipo de hombres proveedores y protectores, lo cual es respetable, no atacan a nadie, pero... no quieren a personas diferentes a su lado.

Krámbell: Lo cual también es respetable.

Fabián: Cierto...

Krámbell: ¿Ellos se enteraron de que eres *gay*? (El chico negó con la cabeza).

Fabián: Solo mi hermano, gracias a las redes sociales, mi expareja me etiquetó como su novio hace algún tiempo, discutimos por ello cuando le pedí que lo borrara, a partir de ahí todo fue en declive. La noticia llegó a ojos de mi hermano hace unos meses y me escribió mostrándome la captura de pantalla preguntando si eso era verdad o solo un mal chiste de sus amigos. (Sonrió tristemente). No grito a los cuatro vientos mis preferencias sexuales, pero tampoco me avergüenzo ni me escondo así que le dije la verdad. (Bebió otro sorbo con la mirada perdida).

Krámbell: No lo tomó bien. (El joven negó en respuesta).

Fabián: No respondió, supuse que necesitaba asimilarlo... hace un mes me escribió...

*Erick: ¿Pasarás Navidad en casa de mis padres?

*Fabián: Como cada año, ¿por qué lo preguntas?

*Erick: Para no ir, no te quiero cerca de mis hijos.

El chico bajó la mirada, parpadeando un par de ocasiones para tragarse las lágrimas que le quemaban las pupilas.

Krámbell: Que hijo de... (Se contuvo de insultarlo, al fin y al cabo, compartían la misma madre).

Fabián: Me congelé cuando leí aquello, nunca creí que esa fuera su reacción, mis sobrinos tienen seis y diez años ¿qué demonios creía? ¿Que se les iba a pegar como si fuera una maldita gripa?, ¿que iba a ver de forma sucia a mis sobrinos por ser *gay*? ¿Que iba a tocarlos? (Se levantó al no poder contener un par de lágrimas para ocultarlas del demonio. Lágrimas de rabia, de impotencia, no podía creer que el mismo hermano con el que realizó sus primeras travesuras, con el que se peleó y defendieron mutuamente, ahora lo estuviera rechazando, no solo eso, lo estuviese tratando como a un leproso).

*Fabián: No sé si estés enterado, pero no es contagioso.

*Erick: Me avisas los días que estarás, para no pararme por ahí.

*Fabián: ¿Realmente le arrebatarás a mis padres la Navidad con sus nietos y a tus hijos con sus abuelos?

*Erick: ¿Y tú?

Fabián: No le respondí, por supuesto yo no lo haría, así que avisé a mis padres que saldría de vacaciones y que por eso no iría, que pasaría a verlos después de las fiestas, a mediados de enero. (El demonio se levantó tras él y al tender la mano para colocarla en su hombro, el chico se zafó, no quería que lo viera así, con la barbilla temblorosa a punto de tirarse a llorar como un niño al que se le ha raspado la rodilla).

Krámbell: ¡Hey!, no te escondas de mí, ven aquí. (Su tono fue más severo de lo que deseaba, el chico necesitaba consuelo y él no sabía cómo dárselo, mas su instinto de protección se disparó. Intentó girar al chico que se resistió). No hagas esto, no intentes privarme de tu cuerpo, me pertenece, eres mío. (No tenía la determinación para luchar contra el demonio y terminó por romperse, se giró y enterró el rostro en el hueco de su cuello con una garra apretando su garganta y corazón). Te estás ahogando, puedo sentirte, ¡carajo!, solo déjalo salir, yo te tengo.

Las compuertas se desquebrajaron y los sollozos y el llanto se desbordó, el chico temblaba entre sus brazos, así que lo cargó y se sentó con él en su regazo, permitiéndole desahogarse al tiempo que le frotaba la espalda.

Nunca antes consoló a nadie y no tenía idea si lo hacía bien, se estaba dejando guiar por sus instintos y lo que aquel humano le hacía sentir, besando, frotando, sintió que su alma se rompía junto con la del chico, podía percibir su dolor como propio al tiempo que alimentaba un profundo rencor por el hermano, ojalá pudiese salir de aquel lugar solo para hacerle pagar.

Habría querido decirle algo que le alentara, sin embargo, las palabras no eran lo suyo, así que lo acunó con todo y sus alas, esperando que con ello se sintiera mejor.

Una vez que el llanto cesó, se limpió el rostro aún con la mirada baja, sin atreverse a encontrar la de su captor, quien lo tomó por la mejilla y con el pulgar secó el resto de humedad.

Krámbell: Si los de tu especie fueran más honestos consigo mismos y el resto de la humanidad, tendríamos mucho menos trabajo en los calabozos del infierno. Así que no te ocultes, no de mí.

Fabián: No quería parecer débil.

Krámbell: Llorar nunca significa debilidad. Significa que te importa tanto que duele. El dolor no es motivo de vergüenza. (El chico agradeció en un susurro y el demonio plantó un suave beso en sus labios). No tienes nada que agradecer, eres mi mascota, yo te cuido, ahora descansa, estás seguro, nadie volverá a hacerte daño.

Se recostó con él aún en sus brazos y poco a poco la respiración del joven se fue acompasando.

Fabián: Demonio ¿tú lloras? (Negó con la cabeza en respuesta).

Krámbell: Nadie me ha importado lo suficiente...



11

El día siguiente no tocaron el tema, el chico continuaba esquivando su mirada, aunque no dejaba de observarlo, maravillado por lo tosco y “dulce” a su manera que podía llegar a ser, hasta que el demonio le dio un azote en el trasero que le hizo respingar.

Krámbell: Basta de tonterías, o te haré correr en el bosque.

Fabián: ¿Y eso se supone que sería un castigo o un premio? (Replicó coqueto).

Krámbell: Ambas, pequeña mascota, ambas.

Se hicieron cargo de los asuntos cotidianos, esos que parecían insignificantes, pero daban un aire de normalidad a aquella peculiar situación donde era prisionero y, sin embargo, se sentía libre y por primera vez en mucho tiempo, auténtico, sin tener que estar alerta de que alguien pudiera hacerle daño.

Krámbell: ¿Quieres salir a dar un paseo o prefieres que veamos nuestra serie? (*Nuestra*, nunca antes tuvo algo que quisiera compartir, siempre fue sumamente individualista, sin embargo, ahora no podía imaginar sus días sin su mascota).

Fabián: Yo... quería disculparme por arruinar la velada que preparaste.

Krámbell: No te disculpes, no arruinaste nada. Si necesitas llorar, yo te abrazo. Si tienes hambre, te alimento; si necesitas verga, yo te la doy. (Le guiñó un ojo y el chico no pudo evitar echarse a reír).

Fabián: ¿Crees que podríamos repetir esta noche, afuera?

El demonio sonrió complacido por la petición y repitió la escena, con todo y los bocadillos que no probaron la noche anterior.

Chocaron sus copas y una vez que brindaron el chico fue el primero en hablar.

Fabián: ¿Puedo hacerte una pregunta?

Krámbell: ¿Seguro que solo será una?

Fabián: Un par, lo prometo.

Krámbell: Escúpelas, pequeña mascota.

Fabián: ¿Podrías dejar de llamarme así?

Krámbell: No, segunda pregunta.

Fabián: Eso es trampa. (Le jaló la cola que parecía danzar a su costado).

Krámbell: ¡Oye! (Exclamó sorprendido por su atrevimiento). No vuelvas a hacer eso.

Fabián: ¿O qué? (Cuestionó provocador). Esta colita puede ser muy traviesa. (Su voz bajó una octava y la cola se deslizó hasta acariciar la entrepierna del joven por encima del pantalón del pijama). No intentes distraerme con tus encantos, demonio. (Sujetó el apéndice y lo acarició lentamente con el pulgar, nadie antes lo tocó de esa forma tan tierna y cercana, se sintió bien, en realidad se sintió jodidamente bien, incluso tuvo que contener un gemido de satisfacción). ¿No responderás? (El demonio maldijo para sus adentros, estaba tan inmerso en la sensación que le recorría la cola hasta las bolas que simplemente dejó de escuchar).

Krámbell: ¿Cuál era la pregunta?

Fabián: Mencionaste que eyaculaste en su mano izquierda, y que aquello le quemó como ácido, pero tu leche nunca me ha hecho daño, aunque ciertamente es más caliente que la humana.

Krámbell: Ah, eso. Nuestros cuerpos están diseñados para hacer daño o dar placer según lo deseemos. Tenemos la capacidad de calentar o hacer abrasiva nuestra sangre, leche, orina, incluso nuestra saliva, provocando quemaduras que podrían alcanzar hasta el hueso. Nuestros cuernos pueden atravesar paredes y, sin embargo, son muy sensibles, igual que nuestras alas, tienen la capacidad de cargar el triple de nuestro peso, y de estremecernos las pelotas si son tocadas con delicadeza. Nuestra cola puede ser tan afilada como una catana o bien redondear los bordes y hacerla suave para dar placer., estas cualidades se activan cuando torturamos o bien combatimos. (El joven asintió sopesando la explicación). ¿Cuál es la otra pregunta?

Fabián: ¿Por qué no lo mataste? (El demonio soltó un suspiro cansado, no esperaba aquella pregunta).

Krámbell: He terminado con la vida de varios humanos. Pero, en realidad, mi trabajo, mi placer... es torturar y si bien el malnacido era un jodido psicópata, hay que admitir que tenía razón...

Fabián: ¿Qué?, ¿qué quieres decir?

Krámbell: Los electrochoques siguen siendo utilizados en la actualidad y él, aunque de manera inhumana, fue el primero en experimentar con ella, gracias a eso fue que se continuó investigando. Además, vivió torturado el resto de su mortalidad.

Fabián: Porque lo visitabas cada año...

Krámbell: No hay nada más valioso para los médicos que sus mentes y sus manos. Así que le jodí ambas, le quemé la mano izquierda para que pudiese seguir trabajando y dos meses antes de Navidad comenzaba a mearse en la cama, despertaba horrorizado, gritando, viéndome en sus pesadillas, incluso rogando para que acabara con su miserable vida.

Fabián: Eso es... (No supo qué calificativo darle).

Krámbell: La palabra que buscas es; brillante.

Fabián: Podría decirse... (Susurró pensativo y el demonio lo tomó por la mejilla para que sus miradas se encontraran).

Krámbell: ¿Te parece repulsivo?

Fabián: No, solo es, algo... aterrador.

Las sorpresas no parecían tener fin, se acurrucaron y una vez que el joven eligió la película que quería ver, el demonio la reprodujo en la luna llena.

Fabián: ¿Sabes?, creo que ha sido la mejor noche de mi vida.

Krámbell: Hasta el momento, y ¿sabes qué es lo mejor del caso? (El joven abrió los ojos, expectante). Que aún no termina.

La cola se deslizó por debajo del pantalón del chico hasta encontrar su miembro semierecto robándole un gemido con la primera caricia...



Fabián: ¿Te gusta la mermelada de durazno? (Su captor le respondió con un gruñido que interpretó como un sí). O podríamos comerlo en ensalada. (Otro gruñido en respuesta). Con unas nueces y arándanos, seguro quedará bien.

Krámbell: Te estás aventurando mucho en la cocina, pequeña mascota. (Le dio un rápido beso al tiempo que le apretó una mejilla del trasero).

Fabián: ¿Te molesta?

Krámbell: Al contrario. Estaré en el jardín en lo que decides qué hacer con eso.

Fabián: Creo que no se me da tan mal, pero... extraño el contacto con los animales.

Krámbell: Hay varios en el bosque.

Fabián: No es lo mismo. ¿Por qué mantienes las caballerizas solas? (Cuestionó cauteloso, intuyendo que era un tema delicado ya que cada vez que abrían el granero, evitaba ver el lugar. El demonio soltó un suspiro cansado).

Krámbell: ¿Cuánto tiempo has guardado esa pregunta?

Fabián: Desde que las vi. (Los músculos del demonio se tensaron).

Krámbell: Hace mucho tuve un caballo, cada vez que entraba a casa y lo dejaba ahí solo, me miraba como diciendo "aquí te estaré esperando", sentía que no era justo para él tenerme solo a

mí de compañía. Le traje una yegua con quien desfogarse. Si antes parecía feliz, con ella parecía brillar, trotaba con la cola en alto y sus relinchidos por la mañana despertaban al bosque entero. Era... agradable verlos cabalgar juntos, corretearse y frotar sus cuellos. Como era de esperarse, la yegua quedó preñada y... murió con el potrillo en el parto, aún no había internet y no supe cómo ayudarla. El caballo se marchitó sin su compañera, murió a las pocas semanas. (Pese al semblante estoico y el tono frío y controlado, sabía que aquella mala experiencia lo marcó de forma dolorosa).

Fabián: Eso suele pasar aun hoy en día, los partos de las yeguas pueden complicarse. (Intentó menguar su pesar).

Krámbell: Cuando es así, por lo general uno de los dos muere, cuando la madre falta, el potrillo tiene pocas posibilidades de conseguirlo si otra yegua no lo adopta para alimentarlo. Lo sé, investigué una vez que el internet me lo permitió.

Fabián: ¿Nunca más volviste a usar las caballerizas?

Krámbell: No.

No esperó más comentarios, tomó la canasta con sus herramientas de jardinería y se dirigió ahí. El recuerdo era demasiado amargo, tanto que casi lo saboreó en su lengua, habían pasado décadas desde esa mañana, la yegua sufriendo y el caballo desesperado por no poder ayudar a su compañera y él, él sintiéndose por primera vez inútil e impotente, sin saber qué demonios hacer, la yegua no podía expulsar al potrillo y él, aunque lo intentó, no pudo acomodarlo en la posición correcta. No sabía cómo y cuándo la pobre hembra después de tortuosas horas dio su último aliento, con un nudo en la garganta la abrió solo para encontrar un potrillo sin vida. Se descubrió bañado en sangre, sangre inocente, sangre que debería estar dando vida, sangre que no solo manchaba sus manos y ropas, se quedaría impregnada en su alma.

Su rabia y dolor mezclados lo hicieron arder, su cuerpo se cubrió en llamas y abrazó los inocentes cadáveres. El caballo asustado salió a todo galope con un relinchido tan atronador como la tormenta que se desató, reflejo de sus emociones. Él no merecía el cariño desinteresado de esos seres y ellos, ellos estaban mejor lejos de él.

El joven lo observó trabajando con delicadeza en sus flores, mientras el sol era cubierto por nubes grises, las primeras que veía desde que llegó. Le dolió el pecho por las imágenes que se crearon en su mente con el escueto relato, no importaba qué tan frío sonó, si no le hubiese afectado, simplemente los habría sustituido, sin embargo, permanecía en completa soledad, observando a los animales del bosque en la distancia, sin interactuar con nadie desde... ¿desde cuándo?, antes del internet, eso al menos eran veinticinco o treinta años dependiendo de qué tan pronto se hizo de él, tanta soledad, tanto silencio volvería loco a cualquiera.

Quería abrazarlo, menguar su dolor justo como él lo hiciera la otra noche, así que se acercó para abrazarlo, pegando su mejilla a la amplia espalda rodeándolo por la cintura justo en medio de las alas. El demonio se congeló, lo sintió acercarse, pero supuso que venía por más respuestas, en cambio, el contacto en medio del silencio interrumpido solo por sus respiraciones se sintió bien, mejor de lo que merecía... ¡Tonterías!, él merecía lo mejor y lo mejor era su mascota, a él lo mantendría a salvo, a su lado.

Poco a poco, las nubes dieron paso a un sol brillante.

Fabián: Es muy difícil perder a una mascota, porque a diferencia de los humanos, no traicionan, no tienen malicia, al contrario, dan amor, alegría, compañía, consuelo, mejoran nuestra vida. Dan mucho y no piden nada. Por eso es que vale la pena proporcionarles una vida lo más placentera posible, estoy seguro de que tú les diste eso, igual que yo a Bruno. Hay que quedarnos con eso, con su vida. (Tuvo como respuesta un nuevo gruñido y depositó un beso en

su espalda antes de dejarlo con sus flores).

Fabián: Creo que haré mermelada con los duraznos y dejaré unos cuantos para la ensalada.



Pudo moverse con total libertad, sin ningún cuerpo musculoso que le dificultara girarse, palpó a su alrededor y no encontró a su captor, por lo que se obligó a abrir los párpados, se estiró y al no verlo, después de tomarse un par de segundos, se levantó.

Terminó de despertar en cuanto salió de la habitación, la cabaña entera parecía la de mamá Claus. Adornos navideños por todas partes en tonos púrpuras, nunca vio tantos malditos adornos púrpuras, generalmente los encontraba en rojos y dorados, o esos eran los que su madre usaba la mayoría de los años, en algunas ocasiones azul y plateado, quiso utilizar el rosa, pero su padre que generalmente no se metía en la decoración del hogar, en esa ocasión se negó rotundamente, fue gracioso que algo tan insignificante ofendiera su hombría.

Recordaba a su madre haciendo sus propios adornos navideños, en cuanto terminaba la celebración de Día de Muertos, comenzaba a prepararse para Navidad. Tenía cajas enteras con esferas, moños, manteles, incluso esculturas de cerámica que ella misma pintó. Si iba a las tiendas, era solo para “robarse” las ideas y hacer sus propias manualidades.

Recordaba que un enero empezó a hacer un camino de mesa, a él y su hermano les pareció exagerado el tiempo de anticipación con que comenzó, sin embargo, su padre los reprendió por sus comentarios, les enseñó a respetar a su madre y con ello a las mujeres. Su matrimonio funcionaba, siempre un beso de despedida junto a una bendición, parecían comunicarse con la mirada, no tenía dudas de que se amaban y supieron llevar un buen matrimonio, incluso ahora su padre hablaba un poco más que cuando era niño, la edad había ablandado al viejo, eran felices, no quería mitigar esa felicidad aclarando sus preferencias sexuales, no era necesario y esperaba que su hermano no terminara obligándolo.

Krámbell: Al fin despiertas, ¿qué te parece? (Con los puños en las caderas, cuestionó con una amplia sonrisa. El chico se olvidó de los adornos y centró la mirada en el enorme pino que casi tocaba el techo de la cabaña; de un verde olivo lleno de vida, frondoso y desprendiendo un aroma que le humedeció la mirada, sus padres siempre prefirieron los árboles naturales precisamente por esa razón. El demonio seguía esperando una respuesta, así que se aclaró la garganta).

Fabián: Eeeeemm, te quedó muy lindo. (Entonces percibió la música, eran villancicos, no solo eso, era el maldito *Los peces en el río* que tanta gracia le daba a su hermana y se la pasaba cantando solo para hacerlo enfadar, cuando a él eso le encantaba y ella lo sabía).

Krámbell: ¡Lo sé! (Exclamó orgulloso). Seguro no lo recordabas, pero hoy es Noche Buena y mañana Navidad. Y ya que es una tradición para ti, supuse que te gustaría celebrarlo. Lo único que no adorné fue el árbol para hacerlo juntos, pero primero debemos cocinar, estuve investigando en internet sobre lo que acostumbran cocinar en tu ciudad, aunque los resultados fueron muchos, claro que si quieres podemos hacerlos todos. (Parecía demasiado entusiasmado y entre más brillo veía en sus ojos, más le irritaba y frustraba esa situación, ¿lo decía en serio? ¿Era eso una maldita broma?).

Fabián: ¿Cocinar? (Cuestionó sin terminar de comprender, ¿un demonio quiere representar la Navidad!, la misma que siempre me ha encantado, la que me fue privada por mi propio hermano,

el mismo que me tiene aquí secuestrado).

Krámbell: Sí, sé que el pavo lleva horas en el horno y, pese a que es más de medio día, aún tenemos tiempo. (Todo parecía tan absurdo, jodidamente irreal, como sacado de una de esas películas raras en las que al final todo termina siendo parte de las alucinaciones de un demente encadenado a su cama. La diferencia era que no estaba loco. Se sentía abrumado, enfadado cada vez más con cada segundo que pasaba inmerso en esta falsa Navidad). ¿Qué sucede? ¿No te gusta el pavo relleno?, podemos hacer pierna al horno, aunque es igual de lento. (No queriendo escuchar más se acercó a la cocina donde todo parecía estar listo para prepararse, el pavo limpio dentro de una gran charola, un adobo rojizo para bañarlo, las frutas, especias y carne para rellenarlo, incluso las papas).

Fabián: ¿Qué quieres que haga? (Preguntó en tono severo, sin ocultar su enfado ¿para qué?, si de todas formas su captor prácticamente podía leerlo).

Krámbell: ¿Por qué estás tan molesto? (No respondió, en cambio, tomó el cuchillo y comenzó a cortar las papas en cuadros grandes, con cortes duros, soltando en ellos su frustración). Te hice una pregunta.

Fabián: Dímelo tú, ya que eres tan malditamente poderoso. (Le arrojó un trozo de papa que el demonio esquivó sin problema, aunque asombrado por el arrebató de rabia).

Krámbell: No. Vuelvas. A. hacer. Eso. (Le advirtió comenzando a enfadarse también, pensó mucho en darle una sorpresa, investigó en internet, se levantó temprano pese a que habían caído dormidos en la madrugada para decorar la cabaña, creyó que el gesto le gustaría, no solo eso, le haría feliz ¡infiernos!, si hasta le tenía un obsequio navideño.

Los ojos del demonio se oscurecieron y bien sabía el chico que no debía hacer enfadar a su captor, era una maldita máquina asesina, no obstante, estaba demasiado rabioso como para que su instinto de preservación apareciera.

Fabián: ¡A la mierda contigo! (Le arrojó el par de pedazos que quedaban en la tabla, esta vez, el demonio los golpeó con una mano).

Krámbell. ¿Por qué carajos haces esto? (No necesitaba percibir sus emociones, sus músculos tensos, las alas extendidas, el tono áspero y las pupilas oscurecidas le dejaban claro que su captor estaba tan enfadado como él).

Fabián: ¿Hacer qué?, estoy aquí atrapado, como tú decidiste, usando la ropa que tú me das o quitándomela cuando quieres cogerme o bañarme como tu maldito muñeco, (se quitó los pantalones del pijama quedando completamente desnudo ante él), escuchando la música y viendo las series que tú eliges, cocinando tu puta cena navideña. (Estaba siendo injusto, pero en ese momento la rabia no lo dejaba ver). ¿Qué más quieres? ¿Que me ponga un maldito mandil con el culo al aire, para que me cojas mientras embarro el maldito pavo?

Krámbell: La idea no es mala. (Gruñó con los puños apretados, conteniéndose para no explotar).

Fabián: ¡Puedes meterte el maldito pavo por el culo!

Tomó una papa y se la arrojó, el demonio la sujetó en el aire y se la devolvió, apenas pudo reaccionar cuando se estampó contra la pared a su lado, lo que solo le enfureció más, tomó otra papa, pero antes de poder arrojarla, el demonio lo sujetó por la garganta y lo siguiente que sintió fue su espalda estampándose contra la pared. Su corazón latía demasiado rápido, los dedos del demonio lo apretaban.

Ese era el verdadero demonio, no el macho que lo abrazaba dulcemente todas las noches, era jodidamente bestial. El oxígeno no le llegaba a los pulmones. Intentó jadear presa del pánico, pero era inútil, sujetó su muñeca y antebrazo, desesperado por quitárselo de encima.

Sus miradas se encontraron mientras la visión del chico se volvía borrosa.

El demonio parpadeó queriendo recuperar el control, frunció el ceño y retrocedió antes de romperle el cuello mientras el humano se deslizaba por la pared luchando por llevar oxígeno a sus pulmones.

Una vez que pudo respirar, se congeló al ver los hermosos pies retrocediendo.

No debió provocar la ira del demonio que lo mantenía cautivo, la furia desapareció y algo dentro de él dolía más que el propio cuello enrojecido.

Fabián: Yo... lo lamento.

No respondió, el chico se armó de valor y levantó la mirada, el celeste regresando a sus ojos, el semblante estoico y un extraño frío interponiéndose entre ellos.

Salió de la cabaña dejándolo ahí, solo, con el corazón latiéndole a toda velocidad. Debió disfrutar de lo que le ofrecía, sabía que su intención no era mala, al contrario, sin embargo, algo en él estalló, ese tipo de berrinches no eran propios de él, estaba asustado, asustado por la reacción de él, pero ¿qué esperaba de un demonio?



El demonio tenía ganas de destruir, de incendiar el maldito bosque, no recordaba la última vez que estuvo tan furioso.

Caminó hasta el lago con los puños apretados y se sumergió por completo y ahí estalló en un grito de rabia y frustración insonorizado por el agua.

No entendía su comportamiento, preparó todo para pasar una tarde agradable, hasta reprodujo la maldita música navideña que tan absurda le parecía, solo para hacerlo feliz y le salió con esa mierda.

Una vez más tranquilo, caminó de regreso, estuvo tentado de entrar a la cabaña, mas siguió de largo hasta las caballerizas que siempre evitaba, las que conservaba como el recuerdo de que estar solo era menos doloroso que perder algo que te importaba, mas no estaba dispuesto a perder a su mascota, a él NO.

El confinamiento solo acentuó la soledad de su alma, antes, cuando tuvo la opción, nunca buscó relacionarse realmente con nadie, pero sentía que el chico y él tenían una conexión más allá de lo carnal, que le echara en cara un gesto que tuvo para hacerlo feliz le dolió tanto que perdió los estribos, aun así, no debió atacarlo de esa forma, le aseguró que lo cuidaría, debía estar queriendo largarse de ahí. ¡Mierda!, no quería que su mascota quisiera irse, no es que fuera a dejarlo marchar, pero realmente quería que disfrutara su vida con él.

Fue muy ingenuo de su parte creer que todo sería copular y felicidad, las parejas discutían todo el tiempo, incluso en las películas, tuvo un claro ejemplo con sus padres, en ocasiones parecía que discutían solo para reconciliarse fornicando como malditas bestias sin ningún jodido pudor.

En algún momento ellos iban a discutir, la incógnita era si encontrarían esa reconciliación.

Soltó una sonrisa amarga, incluso su padre, el rey de la maldita soberbia, se disculpaba a su manera con su compañera, recordaba que en alguna ocasión su padre los reprendió a él y sus hermanos que se burlaban del rey de la soberbia después de llenar de joyas y tener la lengua tan dolorida como las bolas por atender a su reina sin que esta lo dejara desfoguearse.

“Es más inteligente saber qué batallas dejarse ganar, que vivir en una guerra constante y... no

venirme dentro de ella o terminar desayunando mis propias bolas”. Levantó los hombros restándole importancia, todos ahí sabíamos que madre era capaz de eso y más.

Seguramente su mascota esperaba que se disculpara por atacarlo, mas dudaba que su orgullo se lo permitiera, además, él comenzó aquella maldita discusión y aún no tenía idea la razón.

Cansado de querer adivinar la situación en la que se encontraban, se armó de valor y regresó a la cabaña.

Al entrar lo encontró sentado frente a la chimenea, sobre los cojines y una manta, generalmente bajaba la temperatura para que la cercanía en ella no fuese incómoda, esa ocasión, la temperatura bajó sin que él se percatara.

Tenía tantas ganas de abrazarlo, de sentirlo, sin embargo, no sabía cómo hacerlo con ese muro helado e incómodo entre ellos. ¿Quizá si pudiera disculparse...? ¡Tonterías!, las disculpas no resolvían los conflictos, igual que el arrepentimiento, eran las acciones y muchas veces tampoco solucionaban una mierda.

Se comportó como un chiquillo estúpido y aún ni siquiera sabía por qué.

¿Quizá él no estaba destinado a tener un compañero?, ¿por qué lo haría?, sus hermanos no lo tenían, quizá el Creador maldijo la mezcla de sus padres, o quizá solo él no era apto, ya que los demás se relacionaban mejor que él.

Fabián: El frío se siente bien. (El demonio parpadeó confundido, creyó que le exigiría su libertad en cuanto lo viera, sin embargo, mantenía la mirada perdida en las llamas, soltó un suspiro cansado y se fue directo al bar, se sirvió una copa y notó cómo el chico se tensó cuando se acercó, no excitado, no nervioso, alerta, como si temiera que volviese a atacarlo ¡mierda!, esa no era la reacción que quería de él). Va bien con la decoración. (El demonio levantó la mano e iba a hacer ese movimiento que el joven tan bien conocía antes de sus trucos de magia, así que se apresuró a detenerlo). No, no los quites, déjalos... por favor. (El rubio asintió confundido, en realidad esperaba que ya hubiese arrancado cada maldito adorno).

Krámbell: Creí que no te había gustado. (Finalmente el chico levantó la mirada).

Fabián: Me gustó, me gustó mucho, tanto que me trajo recuerdos que no quería rememorar y como un imbécil me puse furioso e infantil, me comporté como un estúpido. (El demonio se arrodilló frente a él, ver su cuello amoratado sintió como un pinchazo en el pecho, no era una marca de posesión como otras veces, realmente le hizo daño). Así que, lo lamento.

Krámbell: Te dije que no te haría daño y... te fallé. (Extendió una mano y acarició la piel magullada con delicadeza y el joven apretó la mano contra su cuello).

Fabián: Un ser malvado no se habría detenido ¿cierto?

Sus hermosos ojos dulces como la miel parecían suplicar que lo tomara, que lo protegiera y así lo hizo, asintió y lo levantó para sentarlo en su regazo y acunarlo.

Krámbell: Yo, no sé si soy malvado o no, solo soy yo, un demonio relegado, pero te aseguro que no volveré a atacarte, pequeña mascota.

El joven le rodeó el cuello y el alivio le permitió soltar el aire que no sabía que contenía, el humano podía estar a su merced, pero era él el que lo tenía cogido por las pelotas, porque en ese momento supo que no había nada que no hiciera por el chico, excepto... renunciar a él.



12

Una vez que el ambiente entre ellos regresó a la normalidad, el aroma de la cocina envolvió la cabaña.

Krámbell: ¿Qué es lo que huele?

Fabián: El pavo, no debe faltarle mucho, aunque realmente no sé cómo vaya a quedar, también hice ponche, ¿quieres un poco?, ese sí quedó rico.

Krámbell: ¿Te pusiste a cocinar? (Cuestionó incrédulo).

Fabián: Bueno, tú te encargaste de la decoración, justo era que yo cocinara por esta ocasión. (El demonio esbozó una sonrisa, mas no quería dejar pasar el tema, no hasta saber lo que no debía repetir).

Krámbell: ¿Qué fue lo que te molestó tanto?

Fabián: El ambiente navideño me recordó lo que me estaba perdiendo en casa, lo que me obligaron a perderme. No es tu culpa, en realidad es un lindo detalle.

Krámbell: ¿De verdad no quieres que lo desaparezca?, podemos hacer como si nada hubiera pasado y... (El chico colocó un dedo sobre sus labios para acallarlo).

Fabián: No, quiero hacer justo esto, quiero tener una navidad contigo.

Krámbell: Nuestra primera navidad juntos, pequeña mascota. (La sonrisa del demonio le llegó a los ojos, parecía realmente entusiasmado). ¿Y sobre la música y la ropa...?

Fabián: Te repito que fue una niñería de mi parte, si hubiera tenido un problema con eso te lo habría dicho.

El demonio estuvo a punto de preguntar con qué sí tenía un problema, mas se abstuvo sabiendo la respuesta; mantenerlo en contra de su voluntad y, sobre aquello, no había nada que hacer.

Disfrutaron de la bebida y el demonio se sorprendió al ver una pasta con champiñones, el pavo relleno, papas horneadas, esas que sobrevivieron al ataque del chico y una ensalada acompañada de duraznos y nueces.

Krámbell: ¡Vaya!, estuviste muy ocupado.

Fabián: Sí, necesitaba ocuparme en algo o me volvería loco. Antes de cenar, deberíamos adornar el árbol.

El demonio asintió en acuerdo, observó encantado cómo encendió la pantalla con la película *Duro de matar* que él mismo vio hace mucho tiempo y mientras reían con los infortunios del personaje, comenzaron a colocar los adornos, que iban desde moños, campanas, esferas y copos de nieve en colores morado y plateado, combinando a la perfección con el resto de la decoración.

Fabián: ¿Podrías bajar la temperatura? (Pidió ya que había regresado a la habitual). Ya sé que no te gusta, (se adelantó a justificarse al aparecer el ceño fruncido del demonio), pero para eso existen los suéteres, así se disfruta mejor el ponche y el chocolate, es parte de la celebración.

No, por supuesto que no le gustaba tener frío, sin embargo, si eso era lo que su chico quería, eso tendría, bajó unos cuantos grados la temperatura y se colocó un suéter de cuello de tortuga en color negro igual que los pantalones, luciendo jodidamente atractivo, peligroso, arrogante y muy, muy *sexy*.

Con lo bien que la estaba pasando, no le importó el frío.

Fabián: Te ves guapísimo como siempre, pero creo que en esta ocasión sería bueno optar por un suéter navideño. (Pidió con una chispa de diversión en la mirada).

Krámbell: ¿Te refieres a esos tontos suéteres rojos con elfos, Santa Claus y pinos? (Cuestionó incrédulo a lo que el chico asintió). No, definitivamente eso no sucederá. (La mirada suplicante del joven y su culpabilidad por esas marcas en su cuello lo hicieron desistir, solo que recordó un personaje navideño que le caía mejor y se vistió con un suéter negro con un Grinch sosteniendo

una esfera roja y a él lo vistió con uno de un reno con una enorme nariz roja, se observaron juntos en el espejo, en ese momento se le ocurrió que dicha prenda podría ir acompañado de unas mallas cafés y un cinturón con una pequeña cola en lo alto).

Fabián: ¿Qué?, ¿qué haces?, ¡quítame esto! (El demonio se carcajeaba divertido). Te aprovechas porque no puedo ponerte unas mallas verdes. (Replicó sonrojado por la ridícula vestimenta).

Krámbell: Te ves encantador, y aunque la zoofilia no está dentro de mis perversiones bien podría ceder por esta ocasión.

Fabián: ¡Idiota!, quítame esto. (Exigió divertido, apunto de arrancarse las ridículas mallas).

Krámbell: Agradece que la cola no va pegada a un *plug*. (Su voz bajó una octava al imaginarse a su pequeña mascota corriendo por el bosque con la cola de reno incrustada en el agujero, preparándolo para recibirlo).

Fabián: Quita esa mirada, demonio. (No pudo hacer nada por el sonrojo en sus mejillas al imaginarse la misma escena).

Krámbell: ¿Cuál mirada? (Preguntó haciéndose el tonto).

Fabián: Esa con la que parece que quieres cazarme, lo cual no sucederá. (Advirtió al tiempo que un escalofrío le recorría el cuerpo recordando su primera noche juntos).

Krámbell: Te excita tanto como a mí, solo que no quieres aceptarlo. No importa, ya llegaremos a eso, mascota. (Le sujetó el rostro y acarició lentamente la mejilla con el pulgar).

Fabián: ¿Qué si no es así?, ¿te conformarás con lo que te doy o...? (Apartó la vista y el demonio lo atrajo hacia él obligándolo a mirarlo).

Krámbell: No me estoy conformando, eres más de lo que nunca deseé y al parecer conozco tu cuerpo y tus reacciones más que tú. Con el tiempo te olvidarás de los estúpidos prejuicios y serás tú quien me pida ser cazado, te lo aseguro, mascota. El tiempo en este lugar me ha enseñado a ser paciente.

El chico tragó saliva con dificultad, no creía que su captor fuera a hacerle daño, quizá lo que le asustaba era que ser la presa le gustaba demasiado, más de lo que estaba dispuesto a aceptar.

Regresaron a terminar con el arbolito de navidad.

Fabián: Hay muchas películas navideñas, pero, sin duda, esta es la mejor.

Krámbell: La vi hace mucho tiempo.

Fabián: Yo la veo cada año.

No había tristeza en su mirada, quizá algo de nostalgia, sin embargo, estaba feliz, podía sentirlo y eso lo hacía feliz a él.

Cenaron y, aunque no era una delicia, lo disfrutaron, incluso hicieron bromas sobre las papas voladoras.

Krámbell: ¿Y qué hay de postre?

Fabián: No pensé en eso, pero podríamos tomarnos un chocolate caliente con malvaviscos.

Krámbell: Me parece perfecto, servirá para calentarme las manos.

Fabián: ¡Oh, vamos!, no hace tanto frío. En realidad, deberías bajar un par de grados más la temperatura.

Krámbell: No lo dices en serio. (La mirada del chico le hizo saber que, efectivamente, hablaba en serio. Maldijo a toda la corte celestial, sin embargo, le cumplió el capricho, se sentaron frente al árbol a un lado de la chimenea para beber el chocolate caliente, no sin antes aparecer unos guantes en sus manos).

Fabián: ¿No te parece una exageración? (El demonio se retiró un guante y lo metió bajo la camisa del chico que dio un respingo al sentir la palma helada sobre sus abdominales).

Krámbell: Da gracias de que no te agarré los huevos.

Fabián: Con eso no se juega, mi demonio travieso, ven aquí. (Que lo reclamara en voz alta le infló el ego ya de por sí elevado. El chico tomó una manta y los cubrió a ambos mientras se acurrucaba en el pecho del demonio. Permanecieron algunos minutos callados, solo el crepitar de las llamas y el viento en el exterior irrumpían el delicioso silencio mientras admiraban las luces del árbol navideño con un calor en el pecho que pronto aminoró el frío de sus cuerpos).

Krámbell: Y ahora ¿qué?

Fabián: Tengo algunas ideas para quitarte el frío. (Deslizó una mano por el pecho del demonio hasta llegar a la bragueta, donde su captor le sujetó la muñeca, deteniéndolo).

Krámbell: Creí que daban obsequios en esta fecha.

Fabián: Sí, bueno, generalmente así es.

Krámbell: Bien, entonces quédate aquí y cierra los ojos. (El chico lo observó mientras el rubio se levantaba con una enorme sonrisa en el rostro). Que cierres los ojos y no hagas trampa o te castigaré. (Amenazó divertido).

Fabián: Eso comienza a sonar como un incentivo.

Comentó animado al tiempo que obedecía. Pendiente de los ruidos, escuchó la puerta de la cabaña y, aunque se vio tentado en abrir los párpados, se resistió, completamente curioso y emocionado por el obsequio, disfrutando de la anticipación como cuando era un niño.

Fabián: Eso comienza a sonar como un incentivo.

Comentó animado al tiempo que obedecía. Pendiente de los ruidos, escuchó la puerta de la cabaña y, aunque se vio tentado en abrir los párpados, se resistió, completamente curioso y emocionado por el obsequio, disfrutando de la anticipación como cuando era un niño.

Krámbell: Abre los ojos. (Pidió con un deje de nerviosismo en la voz. El chico obedeció y se encontró con un caja envuelta de forma poco eficiente, por no decir un completo desastre, lo que dejaba claro que lo había envuelto con sus propias manos, dejando de lado la facilidad de sus poderes y solo aquello ya era un obsequio significativo para él. Lo abrió con cuidado y se encontró con un gran libro de pasta dura y hojas gruesas a todo color que mostraba fotografías de las cascadas más grandes del mundo). Quizá pueda recrearlas para ti... si quieres.

Conmovido se lanzó a sus brazos; no era un libro, era todo lo que significaba y envolvía.



Aunque agotado por la tremenda sesión de sexo, admiró las perfectas facciones de su captor, aspiró su aroma mezclado con sus fluidos corporales y se levantó para vaciar la vejiga, darse una rápida ducha y levantar el desorden que dejaron la noche anterior pese a que el cuerpo le dolía de una forma jodidamente deliciosa mientras pensaba en qué podría obsequiarle a su demonio ya que no poseía nada.

Regresó a la cama bajo la colcha donde el demonio no tardó en atraerlo contra su pecho.

Krámbell: ¿Por qué tardaste tanto? (Inquirió adormilado en medio de un gruñido).

Fabián: La casa terminó en completo desorden después de lo de anoche.

Krámbell: Mmmmm pudo esperar para más tarde.

Fabián: Ahora también eres perezoso.

Obtuvo como respuesta otro gruñido de desaprobación mientras se perdía en los brazos de su demonio, más feliz, saciado y complacido que nunca.



La mañana siguiente, el chico salió a caminar, necesitaba aclarar su mente; siendo honesto, le encantaba su nueva vida en aquel lugar y era algo que le asustaba, mientras tanto, el demonio calentaba la cena anterior ya que el joven aseguró que eso es lo que se acostumbraba en su casa; comer el recalentado de la Noche Buena, así que tenían tortas de pavo para la comida y, aunque quiso subir la temperatura para deshacerse de una vez del suéter, el joven le pidió que la mantuviera fresca, a lo que una vez más, accedió.

Algo sucedía, evitaba su mirada y se mordía el interior del labio inferior, mas no lo presionaría, ya le había dado la libertad de decirle y pedirle lo que quisiera, cuando quisiera.

Fabián: ¿Cómo eras de niño?, porque fuiste niño, ¿cierto? (Cuestionó curioso, no imaginaba a un pequeño Krámbell correteando por ahí. El demonio se tomó un momento para responder, hacía demasiado no pensaba en aquellos días y, a decir verdad, prefería evitarlo, sin embargo, antes de darse cuenta, se encontró respondiendo).

Krámbell: Me metía en muchos problemas, mis padres me llamaban tormento, madre decía que no sabía qué era más difícil, si haberme parido o mantenerme con vida.

Fabián: ¿Qué tipo de problemas?

Krámbell: Desaparecía, me gustaba alejarme, conocer las cosas por mí mismo, fui un diablillo curioso, siempre fui el más hermoso y... (El humano puso los ojos en blanco). ¿Niegas que soy el macho más hermoso que has visto?

Fabián: Eres el único demonio que he visto y tus hermanos deben ser igual de atractivos.

Krámbell: Son atractivos, pero no tanto, mi madre siempre me lo dijo. (Levantó la barbilla, orgulloso).

Fabián: Es tu madre, así son ellas, seguramente le dijo lo mismo a los demás.

Krámbell: Quizá para hacerlos sentir bien, cuando me lo decía a mí, era verdad. (Lo afirmaba con tanta seguridad que no quiso desmentirlo y por más increíble que pareciera, eso le gustaba, además, no es que fuese mentira su belleza). Y al contrario de uno de mis hermanos, detestaba las multitudes. Entre más crecía más me fastidiaba. Naturalmente me gustaba su admiración y halagos, mas no sus sucias manos.

Fabián: ¿Cuántos hermanos tienes?

Krámbell: Cuatro, soy el menor.

Fabián: Debes extrañar a tu familia. (Su captor lo pensó por un momento).

Krámbell: En realidad, no. (Respondió secamente).

Fabián: ¿De verdad?, ¿nada? (Cuestionó sorprendido).

Krámbell: Cuando fui encerrado en este lugar, las cosas no terminaron bien entre nosotros.

Fabián: ¿Ya me contarás qué fue lo que sucedió?

Krámbell: Hay cosas que no necesitas saber. (El chico bajó la mirada, pensativo).

Fabián: Pasé una maravillosa Navidad a tu lado, pero mi madre, hermana, incluso mi padre, deben estar preocupados por no tener noticias mías. Mi celular debe estar apagado desde hace días y... (El demonio lo interrumpió antes de que le pidiera lo que ya sabía).

Krámbell: No saldrás. (Soltó firmemente y la mandíbula del chico se apretó, pudo sentir su enfado mezclado con frustración, sin embargo, lo que más le afectó fue el dolor que le causaba).

Fabián: Solo quiero llamarlos para que no se preocupen, no te estoy pidiendo que me liberes.

Krámbell: No tenemos comunicación con el exterior, ya lo sabes. (Molesto se levantó de la mesa y pretendía marcharse, mas el chico se apresuró a detenerlo).

Fabián: Solo déjame salir a llamarlos y puedes traerme de regreso.

Krámbell: He dicho que NO.

Fabián: No huiré, lo prometo. (Su mirada era suplicante, algo dentro del demonio quería creerle, al fin de cuentas, ¿por qué querría alejarse de él?, sin embargo, no se arriesgaría, no perdería a lo único que lo había hecho sentir vivo en todo ese tiempo. Dio unos pasos hacia la puerta cuando el chico volvió a hablar). ¿No confías en mí? (El demonio sonrió burlón).

Krámbell: A Eva se le ofreció el maldito paraíso entero; podía comer, nadar, correr, descubrir, incluso fornicar, era jodidamente libre, solo debía mantener las manos lejos del fruto maldito y ¿qué hizo?, fue justo a donde se lo prohibieron, en lugar de disfrutar de lo que tenía. Fue estúpida. (Escupió con rabia). Puedes pedir lo que quieras. No la imites.

Salió dejándolo pensativo. En verdad no quería abandonarlo, en aquella esfera se sentía más libre que nunca, descubriendo cosas de sí mismo que desconocía, disfrutando de cada momento, de los silencios, los paseos, el trabajo diario, de la pasión desbordada y los arrumacos posteriores, se sentía feliz, pero no podía sentirse pleno sabiendo que aquella felicidad le proporcionaría pesar a su madre y el resto de su familia, incluso sabía que, si no regresaba, su hermano se culparía. ¿Qué pensarían? ¿Que lo secuestraron?, ¿que se fue a escalar a alguna montaña y no recuperaron su cuerpo?, ¿que fue raptado para vender sus órganos? O peor aún, víctima de un asesino serial y sus miembros se hallaban dispersos en algún bosque o río.

¡Mierda!, tantos episodios de *Mentes Criminales* le estaba afectando, sin embargo, en el loco mundo en el que vivía, siempre era una opción.

Perder a un ser querido debía ser horrible, pero no saber, la incertidumbre eterna, debía ser aún peor. ¿Cómo se suponía que condenara a su madre a algo así?

Recogió el comedor y lavó los trastes, una vez terminada esa tarea, se fue a trabajar un rato en el huerto.



Creyó que disfrutaba de su compañía.

Con nadie compartió tanto tiempo.

Con nadie habló tanto.

A nadie abrazó después de coger.

Y, sobre todo, a nadie dejó que lo tocara a placer.

¡¡¡Nadie!!!, solo él, su mascota.

Y se atrevía a preguntar si no le tenía confianza...

¡Infiernos! ¿Por qué no era suficiente?

Comenzó a reír sin pizca de gracia. Lo único que quería conservar, no podía esperar para alejarse. ¿Así se habrán sentido todos aquellos que rogaron por su atención?, ¿sus amantes de una noche?, esos que suplicaron una segunda oportunidad.

¿Su madre?, recordaba su mirada dolorida cada vez que él daba un paso atrás cuando ella pretendía acariciar su rostro, aunque intentara ocultarla, él lo notaba, igual que la ira de su padre por hacer sufrir a su compañera. Estaba seguro de que por eso lo odiaba, nunca lo dijo abiertamente, y no fue con él más duro que con el resto de sus hermanos, pero siempre le habló

de una forma diferente y apenas lo miraba, lo detestaba, por eso no levantó una guerra cuando lo encerraron en ese maldito lugar, seguro se sintió aliviado de deshacerse de él, si hubiese sido uno de sus hermanos no habría permitido que fuese castigado, no habría aceptado la vergüenza de un hijo puesto en cautiverio por un maldito emplumado, habría desatado una guerra, mas no por él.

Al regresar a la cabaña encontró a su mascota frente a la fogata, aquello se estaba volviendo costumbre.

Fabián: Te estaba esperando, hice *hot dogs* para cenar. (El demonio frunció el ceño). Ya sé que no es la cena más glamurosa, pero quedaron ricos e hice papas a la francesa para acompañarlos. (Descubrió con el paso de los días que a su captor le encantaban las papas, en sus diferentes variedades). Ven aquí, debes estar congelándote.

Apenas se percató de la baja temperatura, el alma y los recuerdos le calaban más que la propia piel.

Tomó la manta que estaba sobre la sala y se la pasó por los hombros.

Cenaron casi en silencio y al terminar el chico le sirvió una taza de chocolate caliente con pequeños malvaviscos encima.

Fabián: Me gustaría que me platicaras otra de las torturas que aplicabas a los humanos cuando venías a la tierra.

Krámbell: ¡No! (Respondió secamente).

Fabián: Dijiste que podía pedir cualquier cosa.

Krámbell: ¿Para qué? ¿Estás acumulando motivos para querer alejarte? (Puso una mano sobre la suya, aquel simple acto antes del cautiverio le hubiese asqueado, en él, por el contrario, parecía un bálsamo que aliviaba las cicatrices de su alma).

Fabián: Nunca dije que quisiera dejarte. Y si te pregunto es porque quiero conocerte. No eras apegado a tu familia, ni tenías amigos, no tuviste relaciones, por lo que me has dicho, eras solitario y cumplías con tu trabajo, así que cuéntame sobre eso.

El demonio lo observó desconfiado, pero... ¿qué más daba?



13

Año mil novecientos treinta...

Odiaba acudir a la tierra, le encantaba torturar, como a todos los demonios, sin importar el pecado al que pertenecían, sin embargo, odiaba asistir a la tierra cada año ¿para qué?, ¿buscar que los humanos se comportaran decentemente?, el Creador se jactaba de que eran su más perfecta creación. ¡Mierda!, nada más que porquería es lo que eran y ese no era el problema, el problema es que fingían no serlo. La hipocresía es lo que le causaba repugnancia.

Tan repugnante como un macho con mamitis, peor aún, un endeble humano con mamitis unido al clero, un jodido sacerdote. Lamentablemente no le tocaba torturarlo ya que su pecado

principal no era la soberbia, podría decirse que era la falta de huevos. ¡Jodido cobarde!, un pusilánime gris sin carácter. Esperaba que el demonio de la pereza al que le tocara torturarlo, fuese lo suficientemente iracundo para darle su merecido escarmiento.

La que estaba en su lista era María, su madre, en una cultura donde las mujeres no tenían voz, no votaban, apenas se les enseñaba a leer, no ascendían más allá de monjas en su maldita religión, y solo servían para parir hijos, cocinar y limpiar. La dichosa María quería grandeza, anhelaba ser venerada, quería poder, pero gracias a su vagina no lo conseguiría o quizá sí...

Dejó la sierra, aquel poblado donde era golpeada por su padre y en el que, sin lugar a dudas, terminaría siendo vendida. Bajó a Puebla, México, un lugar conocido, no solo por su exquisita gastronomía, sino por ser el estado con más iglesias católicas en todo el país.

María acudió con la esperanza de una mejor vida, pidió trabajo en varios lugares de donde fue echada como a un perro maloliente.

Al atardecer, terminó admirando la “Capilla del Rosario”.

Desconocía de arte, pero los grandes murales pintados parecían hablar.

La madera tan finamente labrada, debió ser trabajada por un experto.

Sabía que la cantera era costosa y aquel lugar estaba repleto, junto a motivos que evocaban el mar; conchas, sirenas, escamas, delfines y peces, un mar que ella desconocía.

Pero, sin lugar a dudas, lo más impresionante eran las paredes incrustadas de un oro resplandeciente de 24 quilates.

Todo en el lugar evocaba riqueza y poder.

Felipe: Impresionante ¿verdad?, yo aún no dejó de admirarlo.

La mujer asintió al tiempo que le hizo una reverencia al sacerdote, mismo que después de una breve charla, dejó claro que era el párroco de la parroquia, es decir, el que mandaba en dicho lugar y le pidió que se retirara ya que era hora de cerrar.

María era joven, bonita, astuta, ambiciosa y conocía las debilidades de los hombres y ese hombre con todo y sotana, la veía como los demás, con lujuria. Apenas tenía quince años, pero sabía que su virginidad era lo único que poseía con valor y aquel individuo la deseaba, además, era hombre de Dios, si lograba seducirlo, no la echaría, se sentiría obligado con ella, así que, con voz melosa, suplicó que le permitiera quedarse a cambio de trabajo, ella podría limpiar, lavar, incluso cocinarle y ya que la mujer que se encargaba de esos menesteres era ya mayor, aceptó, no podía echar a la calle a una muchachita que no tenía techo. Sería como echar un cordero a los lobos y su deber era cuidar del rebaño.

Aunque en un principio el sacerdote intentó mantener las manos alejadas de la joven, su vista lo traicionaba y la lujuria hizo su magia.

No tardó en quedar embarazada y, aunque el cura le pidió que abortara, la joven se negó rotundamente sabiendo que, de esa forma, nunca la echaría de su lado y prácticamente ya fungía como la señora de la casa del padre, quien optó por darle asilo a otro jovencito desamparado para que ayudara a los quehaceres, ya que, en su estado, María ya no podía limpiar cada detalle de la suntuosa parroquia.

Por supuesto, ella se aseguró de que fuese un chico y no una joven, la cual después le quitase el puesto. Finalmente se sentía con algo de poder.

Afuera era una pobre mujer abnegada, dentro, la patrona que sobajaba al chico de limpieza y la que se quedaba con un buen porcentaje de las limosnas que los feligreses donaban de buen corazón.

El tiempo pasó y la gente comenzó a hablar, así que Felipe le puso una pequeña casa a la madre y su hijo quien aseguró que el padre de su hijo fue un hombre que abusó de ella.

Sin embargo, María acudía cada día a la iglesia con todo y su creatura, para amansar las pasiones que despertó en el sacerdote y que pese a sentir remordimiento por su falta, no pudo ni quiso evitar, total, el daño estaba hecho, bien podían seguir con su sucio secreto. Solo que había aprendido, se la cogía por detrás para evitar embarazarla.

¡Cabrón hijo de puta!

María admiraba día a día la majestuosidad de la capilla que era considerada la octava maravilla del mundo por su belleza, sintiéndose dueña de dicho lugar.

Con el tiempo, a Felipe lo cambiaron de parroquia, no obstante, continuó enviándole dinero a María para la crianza de su hijo que fue estrictamente educado bajo las normas del catolicismo.

Manuelito, un niño callado, flacucho y atemorizado gracias a los golpes de su madre y el infierno prometido si no la obedecía y honraba por todos los sacrificios que hizo por él, incluyendo traerlo al mundo sola, como la iglesia mandaba, la obedeció y se puso los hábitos en cuanto pudo, mientras ella seguía fungiendo como la señora “puritana” que ayudaba en la iglesia.

Tan buena...

Tan abnegada...

Tan buena cristiana...

¡Tan hija de la chingada!

Guiado por su madre y las influencias de su padre que con el paso de los años avanzó en la muy corrupta jerarquía eclesiástica, Manuelito llegó a ser igual que su padre, el párroco de la importante y suntuosa Capilla del Rosario.

El nombramiento que fue celebrado por todo lo alto; con chiles en Nogada como platillo principal, manjar que consiste en un chile poblano relleno de carne de res y puerco, mezclados con fruta: plátano, manzana, pera, durazno y bañados con una salsa de nuez y granada, ¡simplemente exquisito!, el cual debe mencionarse, lleva un trabajo del demonio, que sin duda vale la pena.

María finalmente recibía todas esas alabanzas y admiración que creía merecer, principalmente porque, pese a las condiciones en que fue concebido, ella con su amor de madre abnegada y buena cristiana, logró llevar por el camino de Dios a su único hijo, al que se consagró en cuerpo y alma.

¡Mierda!, prácticamente la veían como una santa.

Ya que las madres de los sacerdotes eran consideradas más cercanas a Dios.

Sí, una santa que en privado no desperdiciaba ninguna oportunidad para recordarle a su hijo que, si no fuera por ella y su sacrificio, estaría mendigando comida. Si no fuera por ella y su sacrificio, lo más seguro era que fuera un maleante como el hombre que la mancilló. Si no fuera por él, ella pudo haberse casado como cualquier muchachita respetada y gozar de una familia, en cambio tuvo que servir toda su vida y era hora de que su hijo la recompensara.

¡Vamos!, que ya no lo golpeaba como cuando niño, pero cada recriminación ardía más que los propios cinturazos que marcaban su espalda.

Sin embargo, era sacerdote porque no tuvo elección y tampoco decidió tenerla, era más fácil ser una veleta y su madre el viento que lo guiaba a placer, hasta que la naturaleza siguió su cauce.

Intentó resistirse, pero el deseo fue más fuerte, además, no solo era carnal, realmente estaba enamorado de la joven y ella de él, el problema llegó cuando la joven quedó embarazada y armado de valor, anunció a su madre que colgaría los hábitos.

Su valentía desapareció con una bofetada que resonó por toda la iglesia, afortunadamente no fue lo bastante estúpido para decírselo mientras estaba abierto al público. María lo tomó por el

hábito y lo arrodilló frente a la hermosa imagen de la virgen del Rosario y le exigió que les pidiera perdón, a ella y a la virgen por sus pecados, el chico comenzó a sollozar tembloroso, como cuando tenía seis años y era reprendido por su madre, todo falta de carácter, un jodido pusilánime nauseabundo.

Balbuceó entre sollozos que estaba enamorado y con un par de bofetadas más que le reventaron la nariz, pidió perdón como su madre le exigía.

Siguiendo sus órdenes, llevó a la jovencita a casa de María, le dio sin advertencia un té mientras platicaban y atenta escuchaba lo mucho que amaba a su hijo, no pasó mucho tiempo cuando comenzaron los calambres en el vientre de la joven, quiso salir, pero María lo sujetó con fuerza y amarró a la cama con ayuda de Manuelito que tembloroso le aseguraba a su novia que todo saldría bien, que era lo mejor, que él debía cumplir con el mandato divino y que se desharían del pecado cometido.

La joven lloró y se retorció con el corazón roto y las entrañas destrozadas.

Ardió en fiebre y rogó por ayuda mientras se desangraba, ruegos que cayeron en oídos sordos.

Manuelito quiso ir por un médico, no obstante, su madre no lo permitió y este obedeció rezando de rodillas a un lado de la joven, más su Dios no acudió en su ayuda.

Libre albedrío, hijos de puta.

La jovencita terminó inconsciente y poco a poco su corazón perdió la batalla en manos del hombre que amaba.



Cualquiera creería que un demonio no podría entrar a una iglesia, y efectivamente existían ciertos templos sagrados, esos que fueron hechos con devoción y sin abusos a los indígenas, con el afán de pisotear sus creencias, destruyendo las pirámides a sus dioses. Pocas reunían a los creyentes, sin necesidad de fastuosas esculturas, sin embargo, eran contados, la mayoría de las iglesias fueron construidas con mentiras, negligencias, injusticias, maltratos, robos, estafas, amenazas, incluso sangre, bañado en riqueza y arte.

Krámbell entró al lugar donde María se encontraba caminando lentamente con las manos en la espalda, como si recorriese su castillo.

El demonio tuvo que reconocerlo, los cientos de significados en cada detalle, el trabajo intrínseco gritaba realeza y poder, lamentablemente nadie escuchaba el eco de sacrificio y dolor en esas paredes revestidas de oro. El lugar era hermoso, no en balde tardaron cuarenta años en levantarlo.

La mujer levantó el mentón al ver al caballero bien vestido que se aproximaba a ella, involuntariamente sus muslos se contrajeron, las sombras de las llamas de las velas profundizaban la belleza de sus facciones, era el hombre más hermoso que hubiese visto, de piel tan blanca como la porcelana, el cabello dorado pulcramente peinado y la mirada celeste tan brillante como zafiros recién pulidos.

Se sintió húmeda por primera vez frente a un hombre y el olor de su deseo le provocó náuseas al demonio.

María: Lamento informarle que la capilla ya ha cerrado sus puertas a los feligreses, pero si necesita hablar, puedo ofrecerle un café en la sacristía.

¡Maldita perra en celo!

Krámbell: Creí que la casa de su Dios, estaba siempre abierta para quien lo necesitara.

María: Por supuesto, (puso su cara de mojigata y entrelazó los dedos al frente), lamentablemente el mal siempre está acechando y nuestra capilla es demasiada tentación para el amante de lo ajeno.

Krámbell: Nunca antes mejor dicho. (Aplaudió pausadamente, y el sonido resonó en las gruesas paredes de piedra al tiempo que las llamas de las velas se agitaron elevándose y la penumbra se filtró por la puerta como un manto de humo que impedía ver el suelo. Los murales que representaban imágenes de los misterios gozosos parecieron tomar vida, maldiciendo entre susurros y señalando a la pecadora en el centro de la capilla).

María: ¿Qué?, ¿qué es esto? ¿Qué está pasando? (Inquirió horrorizada, dando tumbos hacia atrás).

Krámbell: Las alabanzas que mereces. (La sonrisa que evocó fue siniestra y a la mujer se le pusieron los vellos de punta. El demonio cambió a su forma natural, destrozando con el cambio la parte superior del traje, con la piel carmín; extendió las alas y los cuernos le crecieron en la parte superior de la frente y su cola se meneó a su espalda lista para salir a jugar. La preciosa mirada turquesa del demonio se oscureció tanto que no vio más que calma muerta en sus profundidades donde se perdió el grito horrorizado que soltó). Has hecho demasiadas porquerías en este mundo, María, y es hora de pagar por ellas.

María: ¡Demonio! Eres un demonio. (Levantó hacia él el crucifijo de oro que siempre llevaba consigo, como si aquello pudiese detenerlo. El rubio soltó una carcajada ronca desde lo profundo de su pecho, el terror de la humana provocando cosquillas satisfactorias por todo su cuerpo, alimentando una erección que el pantalón apenas podía contener).

Krámbell: Hembra lista, mi nombre es Krámbell, el príncipe de la soberbia quien ha venido a castigarte por tus travesuras.

María: No, yo no, yo soy una buena cristiana, mi hijo es sacerdote, el párroco de esta iglesia. (Se apresuró a defenderse).

Krámbell: Lo sé, María, conozco tu historia, sé exactamente todo lo que hiciste para ser la buena mujer, la santa madre del padre “Manuelito”. (Utilizó un tono burlesco y, aunque aterrada, la mujer no pudo evitar pasar la mirada por cada músculo del torso expuesto, tan hermoso y aterrador al mismo tiempo). ¿Sabes?, en cierta forma me das lástima. Mírate, con las piernas temblorosas y la raja goteante, puedo oler tu repugnante deseo. Pobre María... tu cuerpo fue utilizado cientos de veces por hombres que nunca supieron hacerte disfrutar.

María: ¡Cállate!, ellos me deseaban, me deseaban más que al mismísimo Dios. (El demonio soltó otra carcajada, definitivamente su alma estaba tan putrefacta que si fuese visible podría vislumbrar a los gusanos tragándose la carne podrida. Por lo tanto, estaba en sus manos terminar con su vida o dejarla seguir haciendo de las suyas en la tierra).

Krámbell: Eso es lo que te dices a ti misma para sentirte bien, ¡vamos!, creí que eras más lista que eso.

María: Ningún cura pudo resistirse a mí. (Se jactó orgullosa con la mirada altiva y las manos en las caderas, si bien rondaba en los cuarentas, mantenía las curvas en los lugares correctos).

Krámbell: En realidad, ninguno se negó a los agujeros que les ofrecías, incluida esa ponzoñosa boca, eso es todo.

María: Podría enseñarte lo que esta ponzoñosa boca sabe hacer.

Krámbell: La madre de un cura, ¿ofreciéndole mamadas a un demonio? (Soltó una risa sin pizca de gracia). Es gracioso, ¿no te parece?, y blasfemo. (El revuelo y la condena entre los espectadores de las pinturas se alzó amedrentando a la mujer). Desnúdate.

Ordenó y la mujer alzó una ceja, triunfal. Lentamente se despojó de cada capa, no obstante, la seguridad con que lo hacía fue menguando cuando los personajes bíblicos de las paredes se burlaron de ella, de sus defectos, de lo poco que valía, de sus caderas gordas, los pechos caídos, las canas que comenzaban a asomarse, de que se sentía la dueña cuando en realidad siempre fue la gata, la que debía obedecer, el sucio secreto entre las sombras, indigna de ser llevada del brazo.

La mirada altiva no tardó en terminar en el piso con las pupilas llenas de lágrimas.

El demonio percibía el excitante olor de su rabia y humillación, su dureza punzando por contacto, mas se resistió, quería disfrutar de aquella tortura, nada más doloroso para un soberbio que la burla y la degradación.

La mujer se cubrió los pechos con la larga melena oscura, esa que tantas envidias producía a las mujeres y sus amantes admiraban. Con una mano se tapó el pubis.

Krámbell: ¡Mírate!, ¿qué tienes?, no tienes nada bueno que ofrecer. ¿Cuántos años tienes? (La mujer temblaba de coraje y vergüenza). ¡Descúbrete! (Ordenó con un tono de ultratumba que le erizó el vello, así lo hizo y las pinturas aumentaron sus risas, tanto que sus rostros parecían deformarse). Tus amantes halagaban tu cabello, porque no había nada más rescatable y porque nunca tuvieron entre sus manos el de una dama, solo el tuyo, una furcia venida a menos con sueños de grandeza. (El demonio se acercó y una daga apareció en su mano, jugó con ella pasándosela entre los dedos, provocando que la mujer se estremeciera). ¿Sabes? toda esta parafernalia me recuerda al *Vals de las olas* del mexicano Juventino Rosas, ¿lo has escuchaba? (La humana no respondió, no podía, estaba aterrorizada por lo que ese ser maligno le podría hacer con la navaja). No, claro que no, una hembra de tu calaña no escucha ese tipo de música, pero me parece apropiado para el momento.

Con un chasquido de dedos el sonido de la orquesta entró suavemente con los instrumentos de viento, la sonrisa que el demonio esbozaba era siniestra. Tomó un puñado de cabello y con la potencia de los violines y trombones cortó el primer mechón. La mujer ahogó un grito entre sollozos que eran opacados por las burlas y la poderosa música que le hacía vibrar el cuerpo, o quizá era el pánico, no lo sabía, pero su cuerpo entero se estremecía incontrolablemente al tiempo que las lágrimas caían por sus mejillas.

Con cada pico alcanzado del vals el demonio arrancaba otro mechón de cabello, arrojándolo a los pies de la mujer.

Quedó satisfecho cuando el más largo de los mechones le llegaba al hombro, el resto estaba erizado apuntando en diferentes direcciones, ¡un jodido desastre!

Con un chasquido de dedos apareció un hermoso espejo de cuerpo completo frente a ella, al ver su reflejo se horrorizó y se cubrió la boca.

María: ¿Por qué me haces esto? (Preguntó entre sollozos).

Krámbell: ¿De verdad lo preguntas?, digna hija de Eva, sedujiste sacerdotes para utilizarlos, desahogaste tus frustraciones con tu hijo golpe tras golpe, hiciste de él una marioneta, un repugnante retazo de hombre y finalmente asesinaste a una jovencita que en verdad quería ser madre, sin mencionar a su hijo nonato, tu nieto.

María: Yo no quería matarla.

Krámbell: No, solo al hijo que ella amaba y cuando supiste que moriría desangrada no hiciste nada para ayudarla, porque eso significaría que ya no serías la santa madre de un sacerdote. Ya no podrías venir a contemplar las riquezas de este sitio como ama y señora, un lugar que nunca te ha pertenecido, porque nunca has tenido nada. Porque no vales nada. (La empujó y la mujer corrió atravesando el espejo que se quebró encajándose astillas entre su carne, no le importó,

necesitaba alejarse de ese demonio, ella no moriría así).

Los personajes de las pinturas formaron un túnel por el que ella corrió y corrió dando tumbos.

La muchedumbre le arrojó tomates y naranjas podridas exigiendo su muerte.

Continuaba corriendo y las llamas de las velas se elevaron a dos metros de altura, el túnel parecía interminable.

El vals resonando en las paredes, mezclándose con las risas y maldiciones siniestras en su contra.

María: ¡Basta!, por favor, ¡basta!, no más, ya no más.

Gritaba aterrorizada, sin dejar de correr.

Las frutas podridas que no dejaban de golpearla la bañaron de un aroma nauseabundo.

Excremento se estampó en su rostro.

El llanto y la vergüenza le impedían respirar.

Cayó de golpe contra las piedras.

La humillación y desamparo de la hembra le tenían al demonio las bolas apretadas contra el cuerpo, se bajó la cremallera y se acarició lentamente retrasando el final.

Arrodillada como estaba con una mano en la garganta como si eso le ayudara a llevar aire a los pulmones, le azotó la espalda con la cola utilizándola como látigo.

La mujer soltó un grito y se arqueó horrorizada por el ardor y la imagen del imponente demonio masturbándose a su espalda.

Su piel morena enrojeciéndose.

Olas de placer agitándose en el cuerpo del demonio con la misma intensidad del vals que con cada nota aumentaba de intensidad.

Otro azote y otro y otro.

La mujer, un desastre entre sollozos y fluidos.

Krámbell: ¿Sabes cómo castigaban en sus tiempos a las adúlteras como tú? (Con un chasquido de dedos, los hombres y mujeres comenzaron a levantar piedras. La respuesta llegó a la mente de María).

María: No, no por favor, por piedad, haré lo que tú quieras, pero deténlos.

Suplicó de rodillas, levantando las manos para protegerse de los golpes que aún no recibía, suplicas que el demonio recibió gustoso.

En cambio, la voz de las pinturas cobró fuerza; maldita, adúltera, vulgar. Gritaban al tiempo que se acercaban y María se enroscaba suplicando para que aquella pesadilla se detuviera. La deliciosa fragancia a pánico que desprendía provocó que la punta del demonio se humedeciera y se acarició con más fuerza mientras observaba el espectáculo.

Zorra, ladrona, apestada, arrimada, basura, mezquina.

¡Asesina!

Martha: ¡Noooo!, piedad, piedad.

Gritaba descontrolada mientras la multitud enardecida la rodeaba.

¡Asesina! ¡¡Asesina!! ¡¡¡Asesina!!!

Con un chasquido de dedos, la lluvia de pedradas se desató.

Los proyectiles no eran muy grandes, lo suficiente para causar un daño y dolor prolongado.

La humana dejó de rogar y suplicar, solo gemidos agónicos eran expulsados de su garganta cuando el demonio detuvo la masacre.

La multitud regresó a los lienzos.

La humana sangraba entre la suciedad por las diversas heridas provocadas.

Se acercó a ella con la verga furiosamente enrojecida perdiéndose en el túnel de su puño.

María: Lo siento, perdón, perdón, me arrepiento. (Soltó en un último intento por salvar su miserable vida).

Krámbell: Mientes, no sientes una mierda de arrepentimiento y, aunque así fuera, tu alma está tan jodida que le pertenece al infierno. (La mujer buscó la oscura mirada del demonio y con lo último de energía que le quedaba, le respondió).

María: Entonces, jódete, maldito demonio. (El demonio sonrió complacido, los soberbios condenados siempre terminaban sacando las garras. Se agitó el miembro con tanta fuerza que parecía doloroso, sus músculos se tensaron casi al punto de quiebre).

Krámbell: Lo haré y me aseguraré de que esta noche sea una cama de rosas comparado a lo que te espera por la eternidad.

Soltó un rugido y su semilla brincó a borbotones de su verga cayendo por todo el cuerpo de la humana.

Aceite hirviendo quemando su piel, traspasando tendones, desfigurando su rostro, retorciendo sus manos, calcinando sus pulmones...

Al salir del lugar, se encontró de frente con un demonio de la pereza con el pecho, cuello y brazos cubiertos de tatuajes, caminando hacia la misma iglesia, seguramente con la intención de castigar al hijo de María.

El muy cabrón iba en su aspecto natural, piel carmín, cola, cuernos y alas expuestas, ignorando la regla de no mostrarse así en público.

Arrojaba y atrapaba una daga mientras caminaba con gesto malencarado, claramente fastidiado por la tarea que debía cumplir.

Merzoth: Hasta acá huelo el desastre que dejaste ahí dentro, se supone que el demonio de la pereza soy yo.

Krámbell: Si tu repugnante humano no aprende la lección con tu tortura, lo hará al encontrar el merecido final de su madre. (Levantó la ceja, altivo).

Merzoth: Tengo el índice de torturas con menos reincidencias. (Se defendió, molesto por la insinuación de que pudiese hacer un mal trabajo).

Krámbell: No podrás negar que los tuyos no son famosos por esmerarse. (El demonio de la soberbia torció la boca en un gesto de disgusto).

Merzoth; Cierto, solo por eso, creo que me quedará a ver ese espectáculo.

Sonrió ya disfrutando de la sensación de terror de “Manuelito”.

Asintieron a manera de despedida antes de continuar con su camino.



14

Fabián: No sabía que pudieras darle vida a las pinturas. (Comentó como si no estuviera realmente asombrado por lo revelado, lo cual fue imposible de ocultar).

Krámbell: No puedo, fue una ilusión, igual que las voces que escuchaste en el bosque cuando

te conocí.

Fabián: Que no se diga que no eres ingenioso.

Krámbell: Cualquiera puede causar dolor, pero la finalidad, el arte, la complejidad de la tortura, es recrear sus mayores miedos, esos por los que preferirían vender a sus madres con tal de no enfrentarlos, esas pesadillas con las que se orinarían encima. (El chico tragó saliva con dificultad).

Fabián: Sin duda, eras bueno en eso.

Krámbell: No lo voy a negar, tenía el toque. (Añadió con una chispa de diversión).

Fabián: ¿Por qué a ella la mataste y al médico lo dejaste vivir?

Krámbell: A diferencia de él, ella no ofrecía nada bueno a tu mundo.

Fabián: Entiendo... (Respondió complacido por la respuesta, confirmando que su demonio al contrario de lo que se creía de su especie popularmente, no era malvado, si bien disfrutaba al castigar, solo lo hacían a quien lo merecía). Me dieron ganas de conocer dicha capilla, ¿en verdad es tan suntuosa?

Krámbell: Lo es, puedo aparecerla cuando quieras, será una ilusión, pero podrás apreciar los detalles como si estuvieras ahí.

Fabián: Hagámoslo mañana. Por lo pronto es hora de mi baño.

Añadió con una chispa de picardía que encendió al demonio quien enseguida lo tomó entre sus brazos para llevarlo entre risas al cuarto de baño donde, una vez más, dejaron fluir la pasión.



Lo llevó a visitar o, mejor dicho, creó la ilusión de la Capilla del Rosario, admiraron la vista desde la cima de la Torre Eiffel, se quedó sin palabras en el imponente Coliseo Romano y caminaron por la Muralla China.

Krámbell: ¿Qué querrás visitar mañana? (El joven se tomó un momento para responder).

Fabián: En realidad me gustaría esquiar.

Krámbell: Sin problema, mañana nos vamos todo el día al lago y... (El chico lo interrumpió).

Fabián: No, me gustaría esquiar en nieve. (Fue el turno del demonio de tragar saliva). Nunca lo he hecho y ver nieve era lo que quería al ir a la cabaña.

Krámbell: Podría darte nieve de postre.

Fabián: ¡Vamos!, será divertido.

Krámbell: No veo la diversión en que se te congelen las pelotas. (Se quejó).

Fabián: Para eso es la ropa térmica. (El demonio se metió bajo las sábanas enfurruñado cual niño pequeño al que le han cancelado la ida al parque de diversiones). Nos arrojamamos un par de veces, solo para quitarme la curiosidad. (Su captor gruñó mientras se acomodaba las sábanas).

Krámbell: Tendrás que darme una excelente mamada a cambio.

Fabián: ¿Ahora me cobrarás los paseos con sexo? (Cuestionó con fingido enfado).

Krámbell: No es un cobro, sino un intercambio y creo que salgo perdiendo. (Desafió al chico).

Fabián: ¡Oh, demonio!, no sabes lo que acabas de pedir, date la vuelta. (Ordenó y el rubio se tensó, algo que no pasó desapercibido para el joven). ¿Qué pasa?, ¿tienes miedo de esta bonita verga de chico bueno? (Cuestionó con mofa y el demonio puso los ojos en blanco, ocultando su resistencia. Nunca permitió que nadie lo tocara por la espalda, mucho menos en una posición

boca abajo de claro sometimiento y, sin embargo, se encontró dándose la vuelta con el corazón bombeando a toda velocidad, retumbando en sus oídos. Aspiró lentamente intentando recuperar el control de sus emociones).

Si bien el joven le tocó las alas con anterioridad, no había tenido tiempo de acariciarlas y prestarles la debida atención.

Ahora que las observaba con detenimiento, las venas se le marcaban en un carmín más intenso formando una red por todas ellas.

Tomó un poco de crema corporal del buró, se sentó sobre el trasero respingón del demonio y comenzó a masajear los hombros. En cuanto el rubio sintió sus manos soltó el aire que no sabía contenía atrapado, igual que sus emociones, él no cedía el control, apretó la mandíbula como esperando que en cualquier momento le fuesen a hacer daño.

Fabián: ¡Hey!, relájate, tienes los hombros jodidamente tensos.

Solo un gruñido le llegó como respuesta, el rubio intentaba, realmente lo intentaba y poco a poco, el calor y la delicadeza con que el chico lo tocaba, hicieron su magia.

La roca bajo sus manos se transformó en masilla, fue entonces que bajó al centro de sus alas. El demonio curvó los dedos de los pies al permitir que lo tocara en esa parte tan sensible, su miembro comenzó a cobrar vida, estaba disfrutando de las atenciones del humano cuando llegó a su espalda baja y volvió a tensarse.

Fabián: ¿Qué sucede? (El demonio giró, quedando el chico con el infernal miembro frente a sus ojos).

Krámbell: Prefiero que pasemos a lo pactado.

Fabián: Después de esta mamada terminarás llevándome al Everest.



Definitivamente no era el Everest, se encontraban en la cima de la colina nevada, aun así, los rayos de sol se apreciaban, no obstante, el frío calaba hasta los huesos al demonio pese a la ropa térmica, la doble calceta, y la ropa especial para esquiar. El ceño fruncido y los movimientos controlados muy diferentes a los fluidos que lo caracterizaban dejaban en claro su incomodidad.

Fabián: ¡Vamos!, será divertido, probemos unas cuantas horas y podremos regresar frente a la chimenea.

Krámbell: ¿Horas?, mencionaste un par de lanzamientos, no unas cuantas horas.

Fabián: Sí, pero nunca me he puesto un esquí, así que primero necesitamos practicar en lo plano.

El demonio maldijo a todos sus antepasados y, sin embargo, le dio gusto al chico.

Tuvieron que ver un tutorial en línea para dar los primeros “pasos”, por supuesto, el joven cayó unas cuantas veces sintiendo que estaba entre nubes, partiéndose de risa por la nueva experiencia, esas carcajadas animadas eran lo único por lo que el demonio continuaba con aquella desagradable locura.

El hijo de Lucifer lo intentó un par de ocasiones y gracias a su perfecta coordinación logró mantenerse en pie en todo momento, aunque titubeó lo suficiente para sentirse estúpido, algo nada aceptable para un vanidoso como él, por lo que desistió, ya suficiente estaba haciendo con darle gusto con aquella tortura como para exponerse a hacer el ridículo.

Se quitó los esquís y permaneció bajo el rayo de sol que poco hacía para calentarlo mientras

admiraba el blanco paisaje. Tenía que admitir que aquello tenía su encanto. Incluso hizo nevar ligeramente y con los copos de nieve cayendo sobre ellos, el joven hizo “angelitos” en el suelo, por lo que el demonio se apresuró a pintar cuernitos y cola a la figura.

El humano puso los ojos en blanco y ya que una gran cantidad de nieve se había acumulado, formaron muñecos, el frío pasó a segundo plano cuando a los muñecos les colocaron ramas como alas y cuernos.

Krámbell: Si ese soy yo, le falta algo muy importante.

Formó una verga y pelotas con la nieve y la pegó en lo bajo de la panza del muñeco, las carcajadas no se hicieron esperar, la experiencia no estaba siendo tan terrible después de todo.

Entre los árboles, un gran venado con sus altivas astas llenó el lugar con su berrea, más al fondo vislumbraron a la provocadora de ese sonido, una hembra que apartaba con la nariz la nieve para alimentarse, sus orejitas se movieron alerta y su cola se puso en alto como avisando de que sería bien recibido.

Krámbell: Deberíamos tomar su ejemplo. (Un gruñido reverberó en su pecho).

Fabián: ¿Ese es tu llamado de apareamiento? (Inquirió con un deje de diversión).

Krámbell: En realidad es mi anuncio de caza. (Al chico se le calentaron las mejillas y estremecieron las pelotas. Ciertamente fantaseaba con volver a correr por el bosque para ser cazado, sin embargo, no lo admitiría, aún no). Solo corre, pequeña mascota, corre y te arrancaré toda esa maldita ropa, estamparé tu rostro contra la nieve mientras destrozo ese apretado agujerito que ya se siente vacío sin mi enorme verga. (El chico tragó saliva).

Fabián: Eso no pasará, demonio, al menos no hoy, además, aún no me lanzo por la colina. (El rubio puso los ojos en blanco y se giró con una mueca de decepción en los labios, ya lo convencería de seguir sus instintos, no podría resistirse por mucho más tiempo).

Krámbell: Lánzate de una maldita vez, para poder volver a casa. (Continuó jugando, dibujándoles grandes colmillos y enarcando las cejas de los monos de nieve, mientras el joven se lanzó un par de ocasiones). ¿Ya podemos irnos? (Cuestionó fastidiado).

Fabián: Pareces niño chiquito dando lata. (Replicó divertido). Una más y nos vamos.

El demonio se dejó caer dramáticamente y su cuerpo se hundió entre la nieve; restando el infernal frío, la sensación era acogedora, como si te abrazaran por todas partes un montón de nubes suaves y esponjosas, apartó la idea de las nubes de su mente, podría ser algodón de azúcar, eso sonaba mucho mejor, sin el maldito frío y dándole unos lametazos de vez en cuando, también podría probar con una piscina de pelotas, lo vio en la televisión como juego de niños, seguro sería divertido.

De pronto sintió un atisbo del pánico del chico, el frío había entumido su percepción, se incorporó buscando a su mascota y lo vio perder el control; mientras se levantó de un salto, el joven cayó dando vueltas incontrolablemente cuesta abajo. Voló con todo lo que tenía y alcanzó a detenerlo antes de que se estrellara de lleno con los grandes árboles.

Krámbell: ¡Mierda!, mascota, ¿te encuentras bien? (Las gafas de esquiar habían salido volando varios metros atrás y el gesto dolorido del chico fue la respuesta que necesitaba, se sujetaba el brazo y apretaba la mandíbula conteniendo el grito de dolor, sin mencionar los arañazos en el rostro y el enrojecimiento que sabía se amorataría ¡carajo). Tranquilo, estarás bien, te llevaré a casa.

El dolor no le permitió hablar, gritos ahogados salieron de su garganta mientras el demonio lo cargaba en brazos y volando lo llevó hasta su lecho.

Por un momento se paralizó, viendo a su mascota retorcerse de dolor ¡infiernos!

Krámbell: No te muevas, te quitaré la ropa. (Extendió las garras y el chico se obligó a soltarse

el brazo para facilitarle la tarea, una vez que con las garras arrancó la manga para ver qué era lo que le causaba tanto dolor, el bulto fuera de lugar en el codo lo dejó claro, afortunadamente no había atravesado la piel, aunque comenzaba a inflamarse, algo se le oprimió en el pecho, no era que en su larga vida no hubiese visto esa y lesiones mucho más graves, pero nadie le importó como para que le preocupara).

Fabián: ¡Mierda!, necesito un médico. (Exclamó entre dientes).

Krámbell: Tranquilo, ¿te duele algo más?

Fabián: No, no lo sé. (Respiró profundamente para intentar controlarse).

Krámbell: Bien, te quitaré el resto de la ropa. (Con un chasquido de dedos apareció una botella de tequila y se la acercó a los labios). Bebe.

Fabián: No, no creo que sea buena idea.

Krámbell: Bebe.

Esta ocasión no fue una petición, sino una orden, así que, sin pensarlo, obedeció dando un gran sorbo y se quedó con la botella en la mano sana.

El demonio arrancó el resto de la ropa con cuidado de no lastimarlo y, como lo imaginó, su piel comenzaba a amoratarse en diferentes zonas, sin embargo, la peor parte se la había llevado el brazo.

Fabián: Necesito ir a un hospital. (Aquello fue casi un ruego. El demonio frunció el ceño, dejarlo ir no era una opción, tenía experiencia causando dolor, destruyendo, no sanando, no obstante, su mascota lo necesitaba, así que se haría cargo de la situación).

Krámbell: No te muevas, sigue bebiendo y en un momento regreso.

Fabián: Espera, ¿qué?, no, no puedes dejarme así, tienes que mandarme a un hospital, posiblemente necesite una operación ¡mierda, demonio!

(Sus últimas palabras fueron un grito de desesperación, unas que llegaron a oídos sordos. Pasaron al menos unos veinte minutos que le parecieron una eternidad mientras de cuando en cuando le gritaba para que volviera).

Krámbell: Te dije que bebieras. (Apuntó la botella con un gesto al ver que seguía intacta).

Fabián: ¿Dónde carajos estabas?, tienes que aparecerme en un hospital.

Krámbell: Esto es lo que haremos, colocaré el hueso en su lugar, te entablillaré el brazo y pasadas unas semanas estarás como nuevo.

Fabián: ¿Qué?, tienes que estar demente.

Krámbell: Dolerá, así que tu mejor opción es emborracharte hasta perder la conciencia, así que empieza a beber. (Su tono se había endurecido, debía ser firme por los dos).

Fabián: ¿De qué estás hablando? (El chico aspiró profundamente para después darle un trago a la botella de tequila). No tienes conocimientos médicos, podrías dejarme el maldito brazo inútil para el resto de mi vida.

Krámbell: Sé lo que tengo que hacer, despreocúpate.

Fabián: ¿¿Despreocuparme??, es de mi maldito brazo de lo que estamos hablando. Escucha, sé que no quieres dejarme ir, pero solo sácame de la esfera, iré a que me arreglen el brazo y volveré, lo juro.

Krámbell: Estarás bien, ahora duele, pero estarás bien.

Fabián: ¿¿No me estás escuchando?? (Inquirió exasperado solo para volver a aspirar profundamente, sabía que perdiendo los estribos no conseguiría nada, pero es que el agudo dolor del codo no le permitía pensar con claridad). Si no fuera necesario no te lo estaría pidiendo, por favor, déjame ir a un médico. (Suplicó con las lágrimas quemando sus pupilas).

Krámbell: Esa no es una opción. (Respondió secamente, intentando que no se notara lo mucho

que le afectaba ver padecer a su mascota).

Fabián: No puedes ser tan egoísta, por favor, confía en mí. (¿Confiar?, el demonio sonrió tristemente, si él supiera...).

Krámbell: Bebe.

El chico no respondió, lo observó con un profundo dolor en la mirada, más allá de los golpes y el brazo, el dolor venía del alma, creía que le importaba, que realmente se preocupaba por él, ¡que lo quería!, pero ¿cómo iba a quererlo un demonio?, ¡era un maldito demonio!, un egoísta que solo se importaba a sí mismo. Una lágrima rodó por su mejilla y, odiándose por su debilidad, furioso arrojó la botella contra la pared, esta estalló en pequeños fragmentos de la misma forma en que las malditas ilusiones que su estúpido corazón formó sin su consentimiento.

El demonio pudo ver claramente el momento en que el corazón del chico se hizo añicos, era su culpa, su pena, ese sentimiento de traición, esa sensación de asfixia y rabia eran culpa suya. No quería hacerle daño, no era su intención, estuvo a punto de lanzarse a abrazarlo, pero se contuvo, necesitaba sanar su cuerpo, más tarde sanaría su alma.

Apareció otra botella sobre la cama, al lado del brazo sano que el joven ignoró girando el rostro. No quería hacerlo de aquella forma, no quería lastimarlo más de lo que ya estaba.

Krámbell: No tengo la habilidad de sanarte o aparecer medicamentos, no seas necio y bebe. (El chico no volvió a dirigirle la mirada, no emitió ni un sonido). Será muy doloroso, no es necesario que te hagas esto.

Continuó sin responder, con la mirada perdida, ignorándolo por completo.

Sin más remedio, el demonio colocó al chico en la posición que requería para regresar el hueso a su lugar. El humano contuvo los gruñidos lo más que pudo.

Perlas salinas brotaron de la frente del demonio al percibir el dolor del chico, mientras tocaba el codo y la forma en que debía acomodarlo.

De un tirón encajó el hueso en su lugar y el grito que su mascota soltó le atravesó el alma.

Debió perder la conciencia por un momento, ya que al separar los párpados ya tenía el brazo entablillado.

Krámbell: No te muevas e intenta descansar. (Esquivó la mirada, no quería verlo, le preocupaba que el brazo no le hubiese quedado en su lugar, tenía mucho dolor y estaba inflamado, pero, sobre todo, se sentía traicionado, estúpido y enfadado por haber creído en él. El demonio se retiró de la habitación y regresó a los pocos minutos con una taza en mano). Es un té desinflamante, te ayudará. (El chico nuevamente giró el rostro en un claro rechazo, algo a lo que definitivamente el demonio no estaba acostumbrado, sin saber cómo actuar para no empeorar la situación, depositó la taza en el buró). El hueso encajó en su lugar, en una semana quitaremos el cabestrillo y todo será como antes. (Como esperaba, no obtuvo respuesta). Estaré en la sala por si necesitas algo.

Salió de la habitación sintiéndose miserable, ¿por qué era tan difícil de entender que no lo podía dejar ir?; se tomó un par de tragos antes de ponerse a cocinar, el chico necesitaría fuerzas para sanar.

Una vez que tuvo la comida lista se la llevó, esperaba encontrarlo dormido, sin embargo, continuaba en la misma posición, con la mirada perdida a través de la ventana, ignorándolo por completo, no sabía si aquello era mejor que ver la rabia y decepción en el tono miel de sus ojos.

Krámbell: Te traje algo de comer. (Depositó la bandeja en el buró y se inclinó para ayudarlo, pero en cuanto lo tocó el joven intentó empujarlo, mas su cuerpo se tensó inmediatamente, le dolía hasta la maldita uña del dedo pequeño, los giros que dio al caer no fueron completamente recibidos por la suave nieve, se golpeó contra el suelo, rocas y algunos árboles jóvenes dejándolo

completamente magullado, se sentía como si lo hubieran atropellado). ¡Mierda!, no seas testarudo, déjame ayudarte.

Fabián: ¿No crees que ya has hecho bastante? (Soltó con amargura).

Krámbell: No fui yo quien se empeñó en que te lanzaras de la maldita montaña de nieve. (Respondió a la defensiva).

Fabián: Sabes bien que no hablo de eso.

Krámbell: Sé que te duele, pero en unas semanas apenas y lo recordarás. (El chico soltó una risa sin pizca de gracia).

Fabián: ¡Eres increíble! (Exclamó sarcástico). Me hiciste creer que te importaba, que era más que un muñeco inflable al que montabas a placer, creí que confiabas en mí, cuando lo único que te importa eres tú mismo, maldito egoísta, ¿de verdad crees que esto volverá a ser como antes?

El resentimiento en sus palabras fue como dagas ardientes clavándose en su piel, sin embargo, su rostro permaneció estoico. Se limitó a ayudarlo a incorporarse y le colocó la bandeja sobre las piernas antes de salir de la habitación.

No refutó sus palabras, ¿para qué?, él ya tenía un veredicto, uno que tenía hasta cierto punto razón, además, él no tenía por qué justificarse, era un demonio, y él un simple humano, su mascota para entretenerse, ¿¿qué más daba lo que pensara?? y, sin embargo, lo hacía, sorprendentemente le importaba, le afectaba, ni siquiera el dolor que sabía le causaba a su madre cada vez que la rechazaba le importó tanto como el de aquella creatura. No obstante, los humanos pese a que sus cuerpos eran sumamente frágiles, sus almas y sus mentes tenían la capacidad de reconstruirse, incluso olvidaban los más fuertes dolores, y su mascota era un alma pura, seguro se olvidaría de aquello en unos días y seguirían como antes...



15

El primer par de días solo se levantó de la cama para ir al baño, no le quedó más remedio que aceptar la ayuda del demonio ya que tenía todos los músculos contracturados.

Su cuerpo se llenó de hematomas, incluso su rostro. Su captor lo alimentó, lo bañó, y durmió a su lado manteniendo las distancias para evitar lastimarlo, pero pasaron los días y su actitud

seguía siendo la misma, esquivaba la mirada y no le hablaba en lo más mínimo, continuó diciéndose a sí mismo que se le pasaría, sin embargo, pasó de la calma a la furia, una vez que quitaron el entablillado y se dieron cuenta de que el hueso estaba en su sitio y tenía completa movilidad, supuso que el chico se lo agradecería, no obstante, su actitud no cambió.

Su frialdad comenzaba a calarle hasta los huesos, debía hacer algo para mejorar la situación, así que una vez recostados, se acercó sabiendo que sus molestias habían disminuido, pasó el brazo por su cintura para abrazarlo, solo eso, un poco de contacto, algo de su calor, sentirlo cerca y no en una maldita burbuja de hielo justo a su lado.

Fabián: ¿Qué crees que haces? (Cuestionó enfadado al sentir su abrazo, el demonio se tensó).

Krámbell: ¿Te lastimo?, solo quiero abrazarte.

Fabián: No quiero que me toques.

Krámbell: Mascota...

Fabián: Sé que al final harás lo que te venga en gana conmigo, pero quiero que te quede claro que no lo quiero, no quiero tener nada con alguien a quien no le importo, no quiero estar con alguien que no confía en mí, no quiero una maldita mentira.

El demonio apretó las sábanas con los puños y se levantó de un salto de la cama antes hacerle un verdadero daño, ¿¿¿cómo se atrevía a decir que no le importaba???, lo peor del caso era que realmente lo creía, lo sabía por el sentimiento de asfixia que parecía no abandonarlo.

Por un momento pensó en salir volando de la cabaña, pero ¿para qué?, alejarse no había solucionado las anteriores diferencias, eso no le haría comprender lo mucho que le importaba.

Se apoyó sobre el marco de la ventana abierta de par en par y la luna que apenas se vislumbraba tras las nubes, apareció con todo su esplendor.

Krámbell: Es verdad, nunca me importó nadie, ni siquiera de diablillo, siempre me escabullía, madre se volvía loca intentando tenerme a la vista para no perderme, sin embargo, a mí me fastidiaban el resto de demonios, no puedo negar que su admiración se sentía bien, incluso la envidia que despertaba en ellos, pero sus manos, esa maldita libertad con la que me tocaban era repugnante, desde que tengo memoria lo detesto, el roce sucio tocando mi cabello, mis cuernos, mis mejillas, incluso mi cola, lo detestaba y nunca me contuve para dejárselos en claro sin importarme quién mierda fuera. (Vacío sus pulmones en una larga exhalación con la mirada perdida en la luna donde sus recuerdos se transformaron en imágenes como si de una película se tratara, el joven se sorprendió, no solo por su narración, sino por el hermoso diablillo de ceño fruncido y mirada celeste que aparentaba unos cinco o seis años). Madre tenía tres hijos más de los cuales hacerse cargo, aunque las travesuras de ellos ya eran de agujeros y riñas que podían desencadenar en guerras y con el rey de la soberbia como compañero, siempre decía que tenía cinco calamidades de las que hacerse cargo, así que decidió que una cuidadora sería de gran ayuda. Podía sentir su admiración, mas no hizo el intento por tocarme y aquello ganó la confianza de mi madre y la mía, los primeros días todo fue bien, hasta que padre hizo una de sus malditas veladas con las familias más importantes y poderosas, pese a que sabía que las detestaba, le encantaba ser adorado, así que en cuanto pude, me escabullí de todas esas malditas manos, pasé los jardines del castillo y el bosque hasta llegar a las ruinas de un palacio que fue escenario de una guerra antigua, piedras que el bosque reclamaba como suyas, jugaba con mi espada cortando hierba y admirando las flores que nacían de entre las paredes rocosas. No supe inmediatamente qué pasaba, supuse que alguna bestia me atacaba cuando fui embestido al terminar de orinar...

El demonio no pudo seguir hablando, sin embargo, las imágenes continuaron reproduciéndose en la luna; la hembra lo atacó, arrancó el pantalón con sus garras y mordió su nuca

inmovilizando al pequeño boca abajo, mientras una de sus sucias manos se deslizó entre las piernas del pequeño hasta apretar la inocente carne del diablillo que gritaba y retorció intentando defenderse sin éxito.

Horrorizado, apartó la mirada cuando la hembra introdujo un par de dedos en el agujero del infante y, aunque las imágenes no tenían sonido, la expresión del niño fue suficiente para que el grito resonara desquebrajando su corazón.

Krámbell: Después de ese día, el miedo que le tenían al rey de la soberbia, no se comparaba con el que la reina despertó. Fue ella quien me la quitó de encima y quien le arrancó la piel a tiras, la colgó con sus propios intestinos, esparció sus vísceras para que todos pudieran verlas, dejando en claro que quien se metiera con sus hijos, se las vería con ella, una vez que sacó su rabia, finalmente la mató. No hay nada más peligroso que una madre defendiendo a sus crías. (Soltó el aire, cansado, y se giró para encontrar las pupilas inundadas que lo observaban a punto de desbordarse). Desde entonces no permito que me toquen, ni siquiera a mi madre, cuando fornicaba restringía sus manos ya fuera verbal o físicamente, solo cuando estaba lo suficientemente caliente o había pasado demasiado tiempo lo permitía para que me dieran una buena mamada. Nunca compartí mi lecho. Nunca alimenté, bañé o cuidé de nadie. Solo a ti. Y, sí, soy egoísta, vanidoso, iracundo, lujurioso, glotón, pero, sobre todo, egoísta y envidioso de ti, porque eres mío, me perteneces, y tendrían que arrancarme el corazón del pecho antes que arrancarte de mi vida, quizá no es la forma en que esperas que me importes, mas es la única que he experimentado en lo que llevo de vida y es por ti, pequeña mascota.

Fabián: Yo... (Una lágrima se desbordó por su mejilla, horrorizado por lo que ese pequeño sufrió e inmediatamente el demonio se acercó sentándose a su lado para secar su rostro con el pulgar). Lo lamento tanto.

Krámbell: No lo hagas, no por mí, fue hace demasiado tiempo. No fue mi intención mostrártelo, solo que nunca he sido demasiado bueno con las palabras y... no sabía cómo explicarte...

Fabián: Realmente lo siento, nadie tendría que pasar por algo así.

Krámbell: ¡Hey!, mi aberración al contacto viene desde antes de eso, aunque ciertamente se incrementó sabiendo lo que provoco, así que tranquilo, no lo sientas, como dije, fue hace muchísimo tiempo.

Fabián: Y aún lo recuerdas perfectamente. (Acarició la mejilla del demonio provocando que este inclinara el rostro buscando mayor contacto).

Krámbell: Los demonios tenemos buena memoria.

Sus miradas conectaron y fue como si sus almas perdidas se encontraran en medio del bosque tormentoso, el frío se evaporó cubriendo sus cuerpos, las dudas se disiparon, sus respiraciones se agitaron sin proponérselo y una urgente necesidad corrió por sus venas, había pasado demasiado tiempo desde la última vez que se sintieron y hasta el roce del viento les erizó la piel.

Fabián se arrojó a sus labios y el choque de sus lenguas fue fiero, hambriento, urgente.

El rubio puso una mano en su pecho obligándolo a recostarse, bajaba por su cuerpo, lamiendo y chupando mientras el joven se retorció de placer necesitando con urgencia, ¡mierda!, cómo había extrañado su lengua, sus manos, su aliento.

Se aferró a los cuernos cuando, sin contemplaciones, el demonio se llevó su miembro a la boca y chupó como si quisiera succionarle el juicio y lo consiguió convirtiéndolo en una masa de carne temblorosa y necesitada que rogaba sin inhibiciones por ser llenado, por ser poseído.

Krámbell: Aún no, este culito necesita ser estirado un poco más.

Fabián: Estoy listo, necesito tu verga, demonio, por favor, llévame al bosque y cógeme. (El

gruñido que expulsó el demonio resonó en sus pelotas mientras eran lamidas).

Krámbell: Aún no estás listo, te lastimaría.

Fabián: Hazlo, debo haber perdido la razón, pero hazlo, lastímame, destrózame, necesito sentirte. Lo quiero todo.

Krámbell: ¿Estás seguro de lo que estás pidiendo? (No terminó de afirmarlo cuando aparecieron en el bosque). Ábrete para mí, mascota. (Obedeció separando los cachetes de su trasero, con el pecho recargado en el tronco de un gran árbol mientras el demonio bañaba su enorme verga con lubricante). Eso es, mírate, tan dispuesto y apretado para mi gran verga. (Golpeó su entrada con la punta del miembro, provocándolo. La excitación del chico se sazonó con un temor ardiente y salvaje, sin más advertencias el demonio lo atravesó por completo, su gruñido y el grito dolorido del joven ahuyentaron algunas aves que se alejaron para dar privacidad a la pareja, permaneció ahí en el fondo de sus entrañas, pulsando, sosteniéndolo, sintiendo cómo se rompía y se entregaba, sin importar las diferencias, ni el mundo, la vida o la muerte, era suyo y al fin lo comprendía. Su miembro vibró y el joven pareció apretarse más a su alrededor si es que eso era posible).

Fabián: Por favor, demonio, por favor... (Las piernas le temblaban y el corazón que segundos antes parecía haberse detenido, ahora bombeaba tan desesperado como él por alcanzar el clímax, el demonio envolvió su miembro en un puño para que no se restregara contra el tronco).

Krámbell: Yo. (Salió hasta la punta, solo para volver a clavarse con fuerza en sus entrañas). Soy (volvió a empujar). Tu dueño. (Jadeante y extasiado, completamente entregado a él, el humano dejó caer la cabeza hacia atrás). Soy tu locura y tu necesidad. (Comenzó a vibrar dentro de él y los gemidos del chico se intensificaron. Sin proponérselo, los colmillos del demonio se alargaron y mordió su cuello, la sangre caliente y espesa explotó en su boca y gimió gustoso, nunca nada fue tan exquisito, succionó sediento y tuvo que obligarse a separar los colmillos antes de no poder contenerse y hacer alguna estupidez). ¿Me sientes, mascota?, estoy en tu cabeza, en tu cuerpo. Eres mío. Tu cuerpo, tus venas, tu mente y alma blanca, me pertenecen. Eres mío.

Fabián: Sí... (Respondió entre jadeos, nublado por la pasión).

Krámbell: Tu sed es mía para saciarla, tus temores son míos para destruirlos. ¿Lo sientes?

El humano lo sintió. Desde los dedos de los pies que apenas rozaban el suelo, hasta su culo que era taladrado sin piedad, pasando por sus bolas que rebotaban con cada empuje, el pecho que rozaba con cada embestida contra el árbol, la herida palpitante del cuello, hasta las manos que se aferraban a sus cuernos como un náufrago a una tabla.

Sintió que lo poseía, que lo consumía desde el fondo de su alma.

Le tiró del cabello.

Krámbell: ¿Me sientes?

Fabián: ¡Sí! (Jadeó soltando los cuernos para aferrarse al árbol mientras él seguía embistiendo una y otra vez, cada vez con más fuerza, más dura).

Krámbell: ¡Dilo!, sí, ¿qué? (Cuestionó entre dientes).

Fabián: Te siento, a ti, solo a ti.

Krámbell: ¡Infiernos!, sí, solo a mí. (Empujó tan fuerte, que los pies del chico dejaron de tocar el suelo). Mi pequeña mascota, con esa puta alma pura, con todas sus preguntas y sus dudas, fuiste creado para mí. ¡Dilo! (El joven sacudió sus caderas buscando sus embistes).

Fabián: Sí, mi demonio, todo tuyo. (Lamió el cuello herido y la mano que apretaba su miembro acarició la punta enviando descargas eléctricas por todo su cuerpo. El demonio cambió el ángulo de sus embestidas y el chico gritó cuando dio de lleno en su semilla de placer).

Krámbell: Admite que eres mío, que me perteneces, a pesar de los miedos, las dudas y sin

ninguna puta lógica, ¡dilo!

Era una roca cubierta de seda embistiéndolo, apoderándose de él, podría destruirlo en un parpadeo y, a pesar de eso, se sentía completo y seguro, no lo juzgaba y se estaba entregando tanto como se lo exigía. No se conocían del todo y, sin embargo, lo que había visto tras esa fachada perfecta, era justa calma, hermosa soledad, aterrador poderío y no había nada que no le gustara.

¿Y su familia?, ¿qué pasaría con ellos?, encontraría la forma, quizá él cumpliría su condena y podrían salir juntos de la esfera o quizá con el tiempo, le permitiría salir a despedirse de ellos, al menos era lo que quería creer.

Lo que comenzó como una noche de lujuria, se convirtió en más, en todo, lo quería, quería confiar en él, cuidarlo, demostrarle que él también le importaba y no se quedaría con nada.

Fabián: Soy tuyo.

Admitió con las pupilas humedecidas, sobrecargado de tantas emociones. El demonio respondió con un gruñido y una fuerte estocada que lo lanzó al precipicio convirtiéndolo en polvo de estrellas.

El demonio descargó su semilla con un rugido que cimbró el bosque.

Su pecho agitado pegado a su espalda sudorosa, los labios sobre la herida, lamiendo, deleitándose con su sabor, mientras recuperaba el aliento.

Quizá perdió el sentido por unos segundos, porque las piernas apenas le respondían, entonces fue consciente del bosque, la rendija de la luna que apenas alumbraba la noche, como si se ocultara para no ser descubierta, espiándolos, el olor de su pasión envolviéndolos.

El demonio se retiró lentamente, sujetándolo en todo momento y asegurándose de no tener rastros de sangre, lo giró y recargó contra el tronco.

Krámbell: Mío, y cuando vuelvas a tener dudas de esto, recuerda cómo se siente tu culo dolorido en este momento.

Fabián: Créeme, no lo olvidaré. (Soltó aún sin aliento. El demonio con un chasquido de dedos apareció una manta sobre el césped y lo ayudó a tenderse a su lado, pequeñas gotas de sangre asomaban a sus heridas y volvió a lamerlas, no deseando desperdiciar nada de aquel exquisito sabor, al tiempo que acariciaba sus pezones magullados por los embistes). Aún tengo preguntas.

Krámbell: Lo sé, y responderé a cada una. Cuando estés listo para las respuestas.

No pudiendo ni queriendo pensar más, se acurrucó completamente laxo con medio cuerpo encima de su demonio.

De pronto, fuegos artificiales iluminaron el firmamento, pequeños puntos formando círculos de colores, uno tras otro, estallando y encantando a sus espectadores.

Fabián: ¿Qué es esto? (Inquirió entre susurros sin poder apartar la mirada del firmamento).

Krámbell: Feliz año nuevo.

Fabián: El cambio de año fue hace días.

Krámbell: Lo sé, en la tierra lo fue, pero aquí en nuestra esfera, es hoy, nuestro nuevo comienzo.



Las heridas y lesiones del humano fueron sanando tan rápido como las de su alma, no es que hubiese cambiado de opinión respecto a salir, y lamentaba enormemente afligir a su familia, sobre todo a su madre, que sabía sería la que más preocupaba estaría, mas no podía hacer nada,

solo confiar, confiar en que con el paso del tiempo encontraría la manera de hacerlo entender, al fin y al cabo, tenían pocas semanas juntos, le demostraría que podía confiarle su cuerpo y su alma.

Finalmente comprendió que no podía esperar una relación como la que tuvo en el pasado, porque esas simplemente no funcionaron y porque el macho que tenía enfrente, ni siquiera era humano y, sin embargo, se sintió más cómodo que nunca.

Hablaron, hablaron por horas y compartieron silencios mientras leían, salían de paseo tomados de la mano y se daban sus espacios; el demonio en el jardín y él en el huerto o bien admirando a los animales del bosque, espacios que siempre finalizaban con la visita de alguno por que no aguantaba más su ausencia y terminaban con tremenda sesión de sexo.

Le encantaba su cuerpo y la forma en que lo miraba y escuchaba.

Lo cuidaba en todo momento y, aunque fingía que le molestaba, la verdad era que le gustaba, nunca nadie lo procuró tanto, siempre fue él el protector, supuso que por su educación y personalidad, no obstante, le gustaba estar de ese lado, sabiendo que, a pesar de no ser igual de fuerte físicamente, era respetado.

Le contó una más de esas miles de torturas que aplicó en la tierra y, aunque continuaban pareciéndole demasiado fuertes, comprendió que de no ser por la intervención de los demonios y esas torturas, el mundo estaría infestado de más maldad de la que ya existía.

Fabián: ¿Tienen vacaciones en el infierno? (Cuestionó curioso mientras lanzaban en una canasta de baloncesto para pasar un rato mientras el astro rey se perdía entre las montañas).

Krámbell: ¿De dónde se te ocurren tantas preguntas? (Inquirió sorprendido).

Fabián: Las he estado soltando poco a poco, justo como pediste, solo que entre más respondes más surgen. (El demonio puso los ojos en blanco fingiendo fastidio, cuando en realidad le encantaba la curiosidad del chico, le mostraría todo lo que quisiera).

Krámbell: Sí, tenemos vacaciones.

Fabián: ¿Y qué hacías cuando no torturabas almas?

Krámbell: Me iba... El infierno es inmenso, mucho más que la tierra y es brutalmente hermoso. Así que me iba, solo, por días y días para alejarme de todos, por eso los primeros años en este lugar parecieron unas vacaciones. (El chico dejó de botar el balón, aún le parecía increíble que no se hubiera vuelto loco en medio de aquella soledad).

Fabián: Lo lamento. (Lo decía en serio, el demonio pudo sentir su afición por él).

Krámbell: No tienes por qué lamentarlo, tú no me pusiste aquí.

Fabián: Aun así, lamento que hayas tenido que pasar tanto tiempo aquí solo. (El rubio soltó un suspiro y se acercó para peinar hacia atrás un mechón del cabello del chico que caía sobre su frente, en esos casi dos meses el cabello le había crecido facilitando el agarre del demonio en él).

Krámbell: Bueno, ahora te tengo a ti.

Fabián: ¿De verdad no sabes cuándo saldrás? (El demonio negó con la cabeza. El humano estuvo a punto de hacerle más preguntas acerca de los motivos que le llevaron ahí, no obstante, se abstuvo, sonrió a su captor y plantó un fuerte beso en sus labios).

Krámbell: Buena mascota. (El humano sonrió y se quitó la playera).

Fabián: Veamos si piensas lo mismo después de la paliza que pienso darte. (Le golpeó el pecho con el balón instándolo a comenzar un partido de baloncesto).

Krámbell: Si crees que me convenciste por qué te quitaste la playera, estás en lo correcto, mascota. Pero, sí y solo sí, lo hacemos un poco más interesante. (Sonrió travieso, con una chispa en la mirada que le encantaba ver al humano).

Fabián: ¿Una apuesta? (El demonio asintió). No creo que apostar con un demonio sea algo

inteligente.

Krámbell: Quizá no, pero te aseguré que será muy divertido...



Fabián: No vuelvo a apostar con un demonio.

Krámbell: ¡Oh, vamos!, no hay nada de qué tener miedo.

Fabián: ¡No tengo miedo! (Replicó molesto). Además, fue trampa, tú y tus estúpidos poderes demoniacos. (Sabía que era mentira, su captor no utilizó sus habilidades para vencer, pese a que nunca antes jugó baloncesto).

Krámbell: Si continúas acusándome de hacer trampa, terminarás sobre mis rodillas, pequeña mascota. (El gesto enfurruñado le hizo gracia, pero el verle las manos dentro de los bolsillos para evitar que viera cómo le sudaba evitó que soltara una carcajada. Se acercó y lo tomó por la mejilla para capturar su mirada y prosiguió con las facciones serias). Te doy mi palabra, no te dejaré caer. (El chico soltó el aire, cansado, como si lo hubiese retenido desde el momento en que perdió la apuesta).

Fabián: Lo sé, no tengo miedo a que me dejes caer, es solo que, los accidentes suceden y... la sensación de las alturas, el vacío es como si el estómago subiera a mi garganta y si termino devolviendo sobre tus zapatos será culpa tuya. (El demonio le regaló una sonrisa tranquilizadora).

Krámbell: No habrá ningún accidente. No con tu vida. La muerte no te apartará de mí, te lo aseguro, y por lo demás puedes estar tranquilo pues no subiré demasiado, lo prometo. Respira, estás seguro en mis manos.

El chico aspiró profundamente y soltó el aire hasta vaciar los pulmones un par de ocasiones antes de asentir en señal de estar listo. El demonio se situó a su espalda y el joven inmediatamente se tensó.

Fabián: Debería estar de frente a ti, para poder sujetarme.

Krámbell: No, quiero que disfrutes de la vista, no que te preocupes por sujetarte, yo me encargaré de eso.

Fabián: De acuerdo, si tú me sujetarás. (Asintió en repetidas ocasiones, como queriendo convencerse de que todo estaría bien. El demonio lo abrazó por el pecho y al sentir que desplegaba las alas lo detuvo). Espera, espera. Si termino devolviendo el estómago, prométeme que no te reirás.

Krámbell: Te prometo que lo haré hasta que te sientas mejor.

Fabián: Al menos eres honesto.

El demonio le dio un rápido beso en los labios antes de sonreír ampliamente y elevarse con varios aleteos de las poderosas alas de manera paulatina hasta alcanzar los ocho o diez metros del suelo.

Krámbell: Respira y observa.

El chico aspiró profundamente y obedeció, la cabaña que compartían parecía una de esas que se veían en las fotos de Instagram, el jardín desde ese ángulo era simplemente hermoso y se percató de que los arbustos comenzaban a formar un tipo de camino, quizá con el tiempo un laberinto donde seguramente sería interesante perderse.

El huerto en el que tantas horas dedicaba, estaba preñado de vida.

Y al levantar la mirada, el camino que iba de la cabaña al bosque con esas piedras blancas que colocó la semana pasada, eran simplemente encantadoras, como las de un maldito cuento.

El viento acarició su rostro y llenó los pulmones de aire fresco, dejando salir todo ese nerviosismo que le tenía los músculos engarrotados.

Su corazón dio un vuelco, se sentía bien en esos fuertes brazos que sabía que ni siquiera rotos lo dejarían caer, estaba seguro, vivo, feliz y libre.

El demonio percibió sus emociones y sonrió enterrando la nariz en los sedosos mechones caoba. Su chico era feliz y eso le hacía feliz a él.

Recorrieron el bosque, la playa y la montaña desde las alturas a una velocidad moderada para no provocar al estómago del joven.

Al finalizar el día, una vez que estaban bajo las sábanas, pudieron hablar.

Krámbell: ¿Y bien?, no me has dicho qué te pareció el vuelo. (El joven lo observó con semblante serio por unos instantes, se abstuvo de hacer cualquier comentario sabiendo que el demonio ansiaba escucharlo, lo estuvo observando en todo momento esperando que soltara algo, sin embargo, no preguntó nada, mas sabía que no podría dormir sin obtener al menos algo y, aunque sabía que no podía mentirle, agregar un poco de emoción al momento siempre caía bien).

Fabián: Ha sido de las mejores experiencias que he vivido. (Respondió dejando salir la enorme sonrisa que estuvo conteniendo, por lo que el demonio se le lanzó encima).

Krámbell: ¿Por qué infiernos no habías mencionado nada? (Soltó una carcajada divertida, recibiendo cosquillas en respuesta).

Fabián: Fue muy divertido tenerte a la expectativa. (Admitió entre risas al tiempo que el demonio los giraba provocando que quedara encima de él).

Krámbell: Has sido una mascota muy mala y eso amerita un castigo.

Fabián: ¿Me pondrás rojo el trasero con tus azotes? (Cuestionó provocador, obteniendo como recompensa una bofetada en el trasero, dando un respingo por el picor).

Krámbell: No, eso es por placer, tu castigo será hacer todo el trabajo, quiero ver cómo preparas ese apretado culito para mí y luego te hundes toda mi enorme verga.

El chico contrajo involuntariamente los muslos, solo de imaginarlo ya se le estaba poniendo dura.



El demonio entraba a casa con un ramo de diversas flores en tonos rosas y lilas para colocarlas en el centro de la mesa ya que sabía que a su mascota le gustaban esos detalles, cuando un fuerte golpe retumbó tanto que el chico dejó caer el sartén, estaba a punto de preparar el desayuno.

Fabián: ¿Qué fue eso?

Cuestionó alarmado y antes de que pudiera responder, el eco de su nombre se escuchó, alguien lo llamaba y salió corriendo de la cabaña pasando de largo al demonio que maldecía para sus adentros. El momento que había temido en silencio, llegó.

El joven corrió con tan solo las pantuflas puestas hasta la orilla de la esfera para lograr ver fuera de su prisión.

Era su hermano, gritaba su nombre buscándolo y maldiciendo al no encontrarlo por ningún lado. Logró contemplar su rostro furioso y frustrado al no hallarlo. Tomó el celular y escuchó la mitad de la conversación.

*Fernando: Estoy en la maldita cabaña, está su camioneta y sus cosas, pero no hay nadie, el lugar está abandonado, incluso hay comida echada a perder, aquí no ha estado nadie en semanas. ¿Dónde se supone que vaya a buscarlo?, bien, preguntaré en el pueblo más cercano, pero si no tengo noticias de él regresaré. ¿Cómo está mamá?, ¡mierda!, se recuperará, ya pasó por esto una vez, llamaré más tarde para saber cómo sigue. (Colgó el teléfono y golpeó la chimenea justo a un lado de la bola de cristal provocando que esta se balanceara). ¡Mierda, mierda! ¿Dónde carajos te metiste?, si no despierta, juro que te sacaré de debajo de las piedras.

Golpeó nuevamente la chimenea y salió del lugar cerrando con un portazo dejando un nudo de incertidumbre en la boca del estómago del joven, quien comenzó a golpear el cristal gritando el nombre de su hermano.

Krámbell: Es inútil, no puede escucharte. (Soltó con voz serena para que el chico no se hiciera daño en las manos. Giró lentamente para encontrarse con su captor).

Fabián: ¡Tienes que dejarme ir! (Aquello fue una petición rondando la exigencia).

Krámbell: Ya sabes la respuesta. (Respondió secamente ante la incredulidad del joven. El demonio le dio la espalda, dispuesto a regresar dentro de la cabaña, sintiendo el remolino de emociones en el interior del chico, amenazando con convertirse en tornado).

Fabián: No, no lo estás entendiendo, mi madre padece del corazón, debió tener un infarto, tengo que ir a verla. (Intentó razonar con su captor, el cual no le prestó importancia y continuó su camino hasta que el chico lo tomó del brazo para girarlo). ¿No te das cuenta de que podría estar muriendo?

Krámbell: Todos los humanos mueren. (Contestó lo obvio con naturalidad. La mirada de incredulidad del chico pareció golpearlo).

Fabián: ¡Es mi madre!

Exclamó con la mirada húmeda, como si aquello fuera razón suficiente, y quizá para los humanos lo fuera, incluso para algunos demonios, mas no para él que continuaba inmutable. Pudo sentir la rabia que reverberó en las venas del humano quien, sin pensarlo, se lanzó contra él dispuesto a obligarlo por cualquier medio que lo liberara.

No se defendió, simplemente lo sujetó y con el mismo impulso del chico lo lanzó un par de metros sobre el césped, aquello pareció enfurecerlo aún más y volvió a atacarlo solo para obtener el mismo resultado.

Furioso se paró frente al demonio y quiso golpearlo, pero este lo esquivó una y otra y otra vez al tiempo que el joven lo insultaba con tal de tener alguna otra reacción que no fuese escabullirse.

Era lo mejor, si detenía los golpes, terminaría lastimando a su mascota y era lo que menos le apetecía, sin embargo, con cada ataque, con cada oleada de furia que desprendía, con cada insulto, era él el que terminaba herido. Como si le abrieran el pecho costilla por costilla en busca de su corazón.

No lo perdería, era suyo y nadie se lo arrebataría, ni siquiera él mismo.

Los minutos pasaron y la adrenalina pareció abandonar el cuerpo del chico, sudoroso y agotado cayó al suelo.

La angustia desterró a la rabia y se aferró al césped con los puños.

Fabián: ¡Es mi madre!, yo pude haber provocado esto con mi desaparición. (Nada, no obtuvo ninguna reacción por parte de su captor). Bien, si quieres que ruegue lo haré. ¡Te lo suplico!, déjame ir a verla, necesito verla, en cuanto mejore regresaré, lo juro. (Le encantaba cuando los humanos rogaban, pero ver a su mascota con la preocupación atenazando su garganta, con la voz a punto de quiebre, arrodillado, con los hombros caídos, completamente derrotado, pareció

arrancarle las fuerzas, no estaba físicamente herido y, sin embargo, sufría, sufría tanto que podía sentir su dolor, como si un enorme peso que le comprimiera los pulmones. Al ver las gélidas facciones del demonio sin responder, sus esperanzas se hicieron añicos). Eres tan egoísta. No sientes nada por nadie. ¿De qué sirve ser inmortal si no eres capaz de amar...?

La voz del chico terminó por romperse y con ello un pedazo del corazón del demonio que lo observó mientras caminaba al lago completamente afligido, perdiendo cualquier esperanza... en él.

En ese momento supo que no importaba el tiempo que pasara, podría obligarlo a tener su cuerpo, más nunca tendría su alma.

Como acababa de mencionar, los humanos siempre mueren, es lo único que tienen seguro a partir de su nacimiento y creyó que con el tiempo lo convencería de entregarle su alma para ser su compañero eterno, de esa forma nadie podría arrebatárselo ni siquiera la muerte.

Sin embargo, ya no era una opción, su mascota nunca se entregaría a él por completo, nunca le perdonaría el haberlo apartado de su vida de una forma tan arbitraria, de negarle el despedirse de su madre.

Fabián era hermoso, cálido, extrañaba a sus animales, lo podía ver en su mirada cuando le hablaba de su veterinaria, la construyó de cero, con su esfuerzo, él no tenía derecho a arrebatarse todo por lo que trabajó.

Merecía recorrer el mundo, no solo verlo en hologramas.

Merecía la vida que él eligiera, una real, no la que él le estaba obligando a compartir.

Caminaba en su búsqueda, no se guiaba por la mirada, las oleadas de dolor eran más que suficientes para encontrarlo.

Las lágrimas empapaban sus mejillas, no ocultaba el llanto como en otras ocasiones, no tenía necesidad de fingir fortaleza, no con él, él era fuerte por los dos y estaba dispuesto a sufrir por los dos.

Krámbell: En diciembre de 1944 me enviaron al sur de Estados Unidos con la lista de pecadores a castigar ese fin de año, siempre dejaban a los peores al final, supongo que para que conforme pasaban los días en la tierra no se nos hiciera aburrido, aunque ciertamente había quienes lo disfrutaban, por supuesto, yo no era uno de ellos.

Fabián: ¿Qué mierda haces? (Cuestionó confundido, sin saber a dónde iba con aquello, lo que menos le apetecía era escucharlo, sin embargo, el demonio lo ignoró y continuó su relato).

Krámbell: Encontrar al último de la lista fue una maldita espina entre los huevos, robé una camioneta a unos maleantes y manejé durante horas, juro que creí que me había perdido en el desierto, afortunadamente llevaba muchas latas de cerveza conmigo, te prometo que saben a orina de becerro una vez que están calientes, no es que alguna vez haya probado su orina. (Soltó una sonrisa cansada). Lo único que quería era terminar con la maldita lista y largarme de aquel polvoriento lugar...

Su mirada se perdió en el lago, igual que su mente en los recuerdos.



17

En cuanto encontró la pequeña población lo sintió, y ni siquiera tuvo que verlo, al llegar a la puerta de su casa, lo supo. Frunció la nariz, casi podía oler el hedor putrefacto de su alma, esa hambre desmedida por las alabanzas y reconocimiento a su intelecto, la ambición desmesurada

porque su nombre perdurara en la historia científica.

Definitivamente el general, líder militar de ingenieros, el responsable de encontrar un director científico para el proyecto de la bomba, realizó un excelente trabajo al elegirlo.

La soberbia de Coltherth Oppenlander era tal, que no pretendía jugar a ser Dios con la vida, se burlaba de la muerte.

Entró a lo que se suponía era su casa, en realidad, fungía como otra oficina más, la única diferencia era que tenía una cama, un ropero y una cocina que solo usaba para hacer café y alguna sopa insípida cuando el gruñir de las tripas le recordaba que hacía demasiado tiempo no probaba bocado.

Claramente su apariencia no era prioridad, aunque siempre era pulcro en su imagen; camisa, pantalón de vestir y sombrero la mayor parte del tiempo, con su inseparable pipa o cigarrillos, su vanidad no estaba enfocada en su físico, sino en sus capacidades intelectuales y de creación o... destrucción.

Tampoco se preocupaba por su salud, era un jodido fumador empedernido, de esos que prendían un cigarrillo con la colilla del anterior, aunque en esas décadas, la sociedad no estaba concientizada de los enormes daños que el tabaquismo causaba, meter humo negro a su frágil y deprimente cuerpo durante todo el día y parte de la noche ya que dormía poco, cualquiera podría imaginarse que no traería gratas consecuencias, ¡vamos!, ¡tampoco era física cuántica!, lo cual era gracioso ya que Coltherth la manejaba como si se tratara de una simple tabla de multiplicar.

¡Sí, era un jodido genio!

Tan inverosímil como que los mendigos se quejaban de no tener para tragar, pero en cambio siempre encontraban la manera de embriagarse y luego se preguntaban por qué no soportaba a los repugnantes humanos.

La noche en aquel desierto era fría, completamente diferente al agobiante calor del día, pretendía entrar cuando todo su sistema se puso alerta, de inmediato abandonó el aspecto humano, su piel recuperó su tono carmín al tiempo que chisporroteaba percibiendo las ondas de poder que se acercaban, sus alas se extendieron y los músculos en tensión reventaron la parte superior de sus ropas, los cuernos emergieron altivos al igual que la cola levantada en alerta.

Alzó la mirada y lo observó planeando con las malditas alas tan pulcramente blancas que parecían alumbrar alrededor, o quizá fuese su estúpida aura angelical.

Cruzaron miradas y el arcángel ocultó su asombro por el gran parecido que tenía con su padre, o quizá era con su madre, daba igual, era jodidamente bello y perfecto. Bajó grácilmente frente a él.

Miguel: Tengo un mandato para ti, Krámbell, príncipe de los infiernos, quinto hijo de Lucifer. (Señaló todo aquello para que entendiera que sabía exactamente frente a quién estaba. El demonio esbozó una sonrisa altiva, jodidamente parecida a la de su padre, controlando el impulso nato de desfigurar el perfecto rostro de pálida piel a puñetazos, solo para después desplumarlo con la ayuda de incandescentes brasas. Era la primera vez que estaba frente a él, y aun así sabía por las leyendas quién era; Miguel, el comandante de Ciudad de Plata, el más poderoso de los arcángeles del Creador, su belleza, la mirada celeste como los cielos en una clara mañana, el cabello tan rubio como el suyo propio dejaba entendido que, en algún punto, su línea de sangre era la misma. Una túnica le cruzaba el musculoso pecho sin cubrir los tatuajes dorados sobre sus hombros, tan dorados como los brazaletes y el cinturón donde colgaba su espada).

Krámbell: Los únicos mandatos que suelo honrar son los del rey de los infiernos, y no es muy a menudo. (El arcángel soltó el aire, malhumorado).

Miguel: No tengo tiempo para estupideces. No tengo idea cómo es que mandaron a un joven diablillo a torturar a este humano, seguramente fue un error o simplemente a los tuyos les importa una mierda, pero te encargarás de que el corazón de ese de ahí (señaló la casa), deje de latir esta misma noche. (La rabia contenida por el insulto de menospreciarlo al llamarlo “diablillo” se evaporó al escuchar que quería que asesinara al humano, soltando una carcajada por demás sarcástica). No le encuentro la gracia, demonio.

Krámbell: Por supuesto que no, el palo que traes atorado en el culo no te deja.

Fue el turno del arcángel de cerrar los puños y apretar la quijada, Miguel no estaba acostumbrado a los desacatos ni las faltas de respeto, sus tropas lo obedecían incluso antes de terminar las frases; con qué gusto le haría tragar sus palabras, mas se detuvo al percibir que la arena bailaba, el viento, los sonidos de la noche se congelaban, la piel de ambos chisporroteó, aquel poder que lo igualaba solo podía pertenecer a un ser.

Una chispa entre ambos hizo retroceder al demonio, humo negro y finalmente un resplandor rojizo se disipó para dejar ver al rey de los infiernos.

No recordaba la última vez que lo vio, sin embargo, su apariencia era imposible de olvidar, tan jodidamente perfecto que ofendía con su belleza.

Se retiró el puro de la boca y expulsó el humo hacia el rostro del arcángel que no se inmutó, no le daría el gusto de sacarlo de sus casillas, la maldita especialidad de Lucifer.

Miguel: ¿Qué haces fuera de tus dominios, Lucifer?

Lucifer: Mi querido Miguel, siempre un placer verte. (Saludó con fingida amabilidad).

Miguel: Este asunto no te concierne.

Lucifer: Miguel, Miguel, Miguel, siempre te faltó diplomacia. (No dispuesto a entrar en su juego, instintivamente y guiado por la sonrisa socarrona del demonio, llevó la mano a su espada). Eso que veo en tus ojos ¿acaso es ira?, cuidado, hermanito, ese es un terrible pecado.

Miguel: No tengo tiempo para tus estúpidos juegos, tengo un mandato para tu vástago. Debe finiquitar la vida del humano. (El rey de los infiernos soltó una profunda carcajada, sinceramente divertido, palmeó el pecho de su hijo quien retrocedió un paso al sentir el contacto y volvió a señalar al arcángel).

Lucifer: Al fin el Creador se ha dado cuenta de lo repugnantes que son sus malditos humanos, de ser así, dame cinco minutos para exterminarlos.

Miguel: De sobra sabes que eso no ocurrirá y que, si le pones una mano encima a alguno fuera de las normas establecidas, la guerra se desatará. (El rey puso los ojos en blanco, fingiendo aburrimiento).

Lucifer: “Normas”, qué bien que las mencionas. Porque si no mal recuerdo, el único que tiene la decisión de terminar con la vida de un humano siempre y cuando su alma esté lo suficientemente podrida para que al final su vida termine siendo mía, es del torturador. (El arcángel gruñó conociendo la regla).

Miguel: Este caso es una excepción.

Lucifer: No hay cláusulas de excepciones, ¿quieres echar un vistazo? (Divertido, apareció un largo pergamino que se extendió desde su mano, rodando por el suelo hasta topar con las sandalias doradas del arcángel, que tenía la exasperación pintada en el rostro). Así que la respuesta es NO. (Al arcángel no le pasó desapercibida la mueca de hastío del príncipe que había sido relegado por su padre).

Miguel: El mandato no es para ti, sino para el príncipe. (Soltó dándole su lugar, apostando por su vanidad).

Lucifer: Mi descendencia jamás obedecerá a un emplumado. (Aseguró y apenas terminar las

palabras, su hijo dio un par de pasos al frente, colocándose a su lado).

Krámbell: ¿Por qué? (Cuestionó con el gesto gélido, sorprendiendo a ambos por su osadía; a su padre, por ser desautorizado, y al arcángel por ser cuestionado).

Miguel: Los mandatos no se cuestionan, demonio. (Escupió con desprecio).

Krámbell: Tú no eres mi general, ni yo tu soldado, arcángel. (Respondió con el mismo desprecio). Las listas de los torturados es un pacto de hace milenios y los pactos no se rompen. Estás frente al que tiene la decisión, agradece que estoy dispuesto a escucharte. (Levantó una ceja arrogante al tiempo que se cruzaba de brazos, enorgulleciendo terriblemente a su padre quien no pudo ocultar una sonrisa socarrona).

Miguel: No cabe duda de que salió de tus infernales pelotas.

Lucifer: Las mismas que más de una vez deseaste lamer. (Se burló divertido a sabiendas de que tenía la sartén por el mango).

Miguel: Tú y tus comentarios lascivos de siempre, eres repugnante.

Lucifer: Y tú tan jodidamente aburrido, pero claro, si a mí no se me parara, también estaría amargado. ¿Te imaginas no saber lo que es que tu falo penetre en otro ser mientras este se deshace de placer?

Krámbell: ¿Continuarán discutiendo o terminaremos con esta mierda? (Añadió queriendo acabar de una buena vez, para poder regresar a sus aposentos. El arcángel se lo pensó por un momento, seguramente las razones por el bien de la humanidad no lo convencerían, a fin de cuentas, era un demonio, pero quizá las amenazas, sí lo hicieran).

Miguel: Ese humano de ahí, está a punto de desatar el infierno sobre la tierra, tu misión es detenerlo antes de que lo consiga.

Krámbell: La guerra ya está en la tierra, y no es la primera. De hecho, por lo que se dice está a punto de terminar.

Miguel: Y llegará a su fin, de una manera desastrosa, si no lo detienes. El mundo entero se oscurecerá, inocentes pagarán el precio por la supremacía de otros, muerte, desolación, enfermedad y pena desgarrará la vida de millones. Tienes que detenerlo.

Krámbell: La guerra tiene años dejando esos mismos efectos en cada rincón que ha tocado, ¿por qué ahora?

Miguel: Porque lo que este hombre tiene en su mente y manos, es el poder de un genocidio.

Lucifer: “Libre albedrío”, se lo repetí una y otra y otra vez al Creador, sus repugnantes y consentidas criaturas perfectas terminarán exterminándose entre ellas. ¿Por qué demonios quiere que interfiramos ahora? (El arcángel desvió la mirada por una milésima de segundo y entonces lo supo). No vienes en su nombre, él no te envió aquí. (Acusó poniendo en evidencia al emplumado, el rey de los infiernos siempre fue demasiado astuto como para ser timado).

Miguel: Todo lo hago en su nombre. (Se defendió).

Lucifer: Pero este no es su mandato, es tuyo.

Miguel: Sufrirán inocentes.

Lucifer: Eso te importa una mierda, sabes tan bien como yo que estas criaturas están repletas de defectos y podredumbre, lo que no quieres es que sufra él. ¿Qué crees? ¿Qué te premiará por esto?, ¿buscas una alabanza?, ¿una estrellita en la frente por ser un buen perro guardián? (Encolerizado estaba a punto de sacar la espada, pero Lucifer se lo impidió colocando la mano sobre la suya al tiempo que acercaba su rostro al de su oponente). Desenfunda y el genocidio que ese miserable creará, será un chiste cuando mis coléricos demonios se diviertan destripando humanos.

Miguel: Mis tropas los detendrán. (Replicó entre dientes).

Lucifer: Los humanos son tan patéticamente débiles que nos toma menos de un segundo acabar con sus vidas, ¿cuántos crees que caigan antes de que lo logren?, mejor aún, ¿a quién crees que culpe el Creador por esas muertes?, no quieres enfurecer a papi ¿o sí?, ya sabes lo que ocurre cuando vas en contra de sus deseos. Sería divertido recibirte en mis aposentos, recuerda traer lubricante. (Le guiñó un ojo y empujó al tiempo que soltaba una carcajada desde lo más profundo de su pecho mientras el arcángel lo maldecía en silencio, estúpido).

Krámbell: Si ya dejaron de medir sus vergas, pueden irse, tengo trabajo que hacer.

Lucifer: Tonterías, no hay nada que medir, ese trozo de carne sin vida es vergonzoso. (El arcángel ignoró la pulla, centrándose en el joven).

Miguel: Lo harás. (Aquello fue una orden como la que acostumbraba a dar a sus tropas).

Krámbell: Cuidado, eres tú quien necesita de mí en este momento.

Miguel: ¡A la mierda!, obedecerás o juro que pagarás las consecuencias.

Krámbell: ¿Y qué harás?, ¿acusarme con tu padre por no obedecer un mandato que él no dio?

Miguel: El libre albedrío no es un derecho exclusivo de los humanos y mi padre me dio el don de exiliar.

Krámbell: No soy un ángel.

Miguel: No, eres un demonio, hijo del primer ángel caído, palabras más, palabras menos, es la misma sangre. (El joven observó de reojo a su padre que apretaba la mandíbula, era cierto, tenía el poder de exiliarlo, sin embargo, pese a que la relación con su padre no era la mejor, no permitiría que un arcángel castigara a uno de sus hijos, ni siquiera a él, mucho menos Miguel, el encargado de exiliarlo de Ciudad de Plata). Así que hazte un favor y obedece. (El joven sonrió burlón antes de darle la espalda a ambos, dispuesto a entrar a la casa del pecador).

Lucifer: Creo que tenemos que ver el espectáculo desde las gradas. Solo tengo una duda, ¿no se te mete la arena entre las bolas bajo esas naguas?, a menos claro, que papi ya te las haya cortado. (Con un movimiento del dedo una pequeña ventisca elevó la arena entre sus piernas y antes de que pudiera echársele encima para estrangularlo con sus propias manos, el rey de los infiernos se esfumó dejando una carcajada socarrona como estela, los sonidos de la noche regresaron y el tiempo volvió a la normalidad).

Miguel: ¡Imbécil! (Masculló furioso, mientras se sacudía la túnica). ¿Qué?, ¿no te ríes? (Cuestionó al príncipe).

Krámbell: Lo hago, ¿acaso no se nota? (Respondió con el semblante estoico, las estupideces de su padre le parecían infantiles, jamás admitiría que eran divertidas, lo detestaba, así que no se permitía divertirse con ellas).

Miguel: No amenazo en balde.

Krámbell: El rey de los infiernos descubrió tu treta con tan solo una mirada, claramente es más astuto que tú y se esfumó sin darme una orden sabiendo que haré lo que se me hinchen los jodidos cojones, deberías seguir su ejemplo y lavarte los tuyos.



18

Entró a la casa con una sonrisa en el rostro después de mandarse a lavar las bolas al más poderoso de los sirvientes del Creador. Era jodidamente arrogante, mas no estúpido, sabía que, si Miguel lo quisiera, podría arrancarle la cabeza de un solo movimiento, todavía podía sentir su

estúpido poder angelical chisporroteando por toda su piel, igualando al de su padre, aun así, se sintió triunfal.

El lugar era sencillo, utilitario, sin ese toque de buen gusto, definitivamente su soberbia estaba enfocada en un solo sentido, uno jodidamente peligroso.

Lo encontró de pie, analizando tres pizarrones repletos de números y formas que no comprendió, con una pipa en la boca y una taza de café en la mano.

Torturaba tres o cuatro veces por semana en el infierno a las almas pecadoras. Acudía a la tierra desde hacía décadas a torturar a los humanos y, aunque se podía decir que era un demonio joven, no era nuevo en aquello y, sin lugar a dudas, esa alma era de las peores con las que había tratado, en cuanto más cerca lo tenía, más podía sentir la porquería que supuraba en su interior, lo peor del caso, es que era jodidamente inteligente, perfectamente consciente del poder que tenía en sus manos y, sin embargo, su vanidad, esa necesidad de sobresalir era mil veces mayor que su conciencia.

Colberth: Ve a dormir, yo tengo algo grande aquí.

Krámbell: Apostaría mi cola a que así es.

No reconoció la profunda voz, así que se obligó a separar la mirada de los números para descubrir a su visitante.

La taza de café y la pipa cayeron al suelo cuando trastabilló hacia atrás al descubrir al imponente demonio que se presentaba ante él.

Colberth: ¡Qué mierda!, debí quedarme dormido y es una pesadilla... (Mascullaba llevándose las manos al cabello después de darse un par de bofetadas, incrédulo ante la imagen frente a sí).

Krámbell: Sí, lo sé, eres un hombre de ciencia; los demonios, el Creador, el paraíso y el infierno no son reales para ti, ¿no es cierto?, sin embargo, aquí estoy, no solo eso, he venido a castigarte.

Colberth: ¿Qué?, ¡no!, esto debe ser una pesadilla, sí, eso es.

Krámbell: Pesadilla la que estás a punto de soltar a la humanidad, ¿no es así? (Los pecados del hombre se revelaron ante él como una película, buscaba grandeza, inmortalidad, no solo ser el mejor científico, sino ser reconocido por su país, por el mundo entero a través de la historia).

Colberth: ¿Qué?, ¡no!, estás equivocado, lo que estoy es a punto de un enorme descubrimiento, la bomba, “la bomba atómica”. (Respondió con la mirada enrojecida, enormes manchas bajo los ojos por el cansancio, los pómulos afilados y la piel pegada a los huesos. Torturarlo sin acabar con él sería un desafío, no se necesitaba ser un genio para darse cuenta de que su condición física no era la mejor, aunque aquello formaba parte de la diversión, los soberbios siempre eran los más testarudos, nunca se rendían y estaba seguro de que el pecador frente a él, no lo haría).

Krámbell: Y ni el conocimiento del sufrimiento que eso traerá te detendrá, ¿cierto?

Colberth: **El miedo a las consecuencias no puede utilizarse como justificación para la inacción.**

El demonio soltó una carcajada desde lo más profundo de su ser al tiempo que la habitación se llenaba de un profundo humo negro que se tragó las paredes.

Aparecieron en medio de una gran devastación; edificios desplomados, hogares destruidos, autos destrozados, una gran desolación polvorienta repleta de un silencio sepulcral, uno que le erizó los vellos del cuerpo.

Colbert: ¿Dónde?, ¿dónde estamos?

Krámbell: Llamémosle **consecuencias...**

El humano giró sobre su propio eje, impactado por los destrozos, como si acabara de pasar un

gran terremoto. Dio unos cuantos pasos en medio de los escombros y se llevó la mano a la nariz, el mal olor y el polvo le impedían respirar con normalidad, incluso tosió unas cuantas veces, hasta sacar un pañuelo del bolsillo trasero del pantalón para cubrirse la nariz y boca.

Colbert: ¿Qué?, ¿qué es ese olor? (El demonio aspiró un par de veces sin percibir el nauseabundo olor que iba en aumento). ¡Carajo!, ¿acaso no lo hueles?, es repugnante.

Trastabilló mientras se alejaba del demonio, no obstante, era inútil, no importaba cuánto caminara queriendo huir de aquella pesadilla, el demonio continuaba a su lado, inexpresivo, mientras la peste no se iba, las sienes comenzaron a punzarle, los ojos le ardían, las náuseas subieron por su garganta.

Doblándose vació el poco contenido de su estómago.

La fuerza de las arcadas lo puso de rodillas.

Una baba verdosa y amarga saliendo de su boca.

Arcadas secas y un sudor frío perlado su cuerpo hasta hacerlo tiritar en medio de un asfixiante calor y hedor.

El demonio sonrió complacido ante la mirada aterrada a juego con el aroma que despedía, aquello lo puso duro bajo los pantalones y apenas estaba comenzando.

Colberth: ¿Qué me estás haciendo? (Cuestionó horrorizado).

Krámbell: “Consecuencias”, esas que te importan una mierda. (Respondió burlón, disfrutando de la patética imagen. Una oleada de rabia le dio fuerza al científico para ponerse en pie apoyándose de una montaña de fierros retorcidos a su lado).

Colberth: Si crees que los malestares me detendrán de la grandeza, estás muy equivocado, demonio. Tendrás que matarme.

Krámbell: ¿Detenerte?, ¡no!, no tendría caso, si a ti, un humano, le importa una mierda lo que pase con los tuyos, ¿por qué crees que a un demonio le importaría? (Iba a responder cuando descubrió una mano sin vida a su lado entre los fierros, dio unos pasos hacia atrás antes de recomponerse, se propuso durante meses en no pensar en ello, la oportunidad que tenía de que su nombre perdurara en la historia, lograr lo que nadie había podido, era lo único en lo que se centraba, ignoró esos pequeños aguijonazos de conciencia que de vez en cuando lo alertaban).

Colberth: ¿Es un cadáver? (Preguntó en un susurro sin poder apartar la mirada del miembro sin vida mientras el cuerpo le tiritaba por el impacto).

Krámbell: **Consecuencias**, humano, **consecuencias**.

El científico intentó huir, pero solo encontró más y más miembros con la piel desgarrada y los huesos quebrados, cadáveres carbonizados con expresiones aterradoras, ojos opacos siendo extraídos por aves carroñeras aumentaron las náuseas que el fétido aroma le provocaba.

Colberth: Suficiente, sácame de esta mierda. Sé lo que pretendes, pero no lo entiendes, mi descubrimiento cambiará al mundo. El mismo presidente me lo ha pedido.

Sí, estaba horrorizado, pero no lo suficiente, no importaba lo que viera o lo mal que se sintiese, había estado ignorando su salud por meses con tal de crear un arma de destrucción masiva, quería demostrar su grandeza a todos esos niños que lo humillaron y relegaron en la infancia, a esa jovencita soñadora que quería un mundo sin injusticias, su amante en la universidad y que se negó a su propuesta de matrimonio en repetidas ocasiones... “bingo”.

Nada como aplastar la vanidad de un soberbio.

Una chica de cabello corto y oscuro de vestido entallado en la cintura y falda hasta las pantorrillas apareció frente al pecador. Tuvo que parpadear dos veces para asegurarse que era ella; Jean, el gran amor de su vida.

La joven de mirada celeste se horrorizó ante la devastación que la rodeaba.

Jean: ¡Por Dios, Colberth!, ¿qué has hecho? (El repudio en su voz lo rompió por dentro, tanto como aquellas veces en que se negó a casarse con él, su Jean, la claridad en medio del caos de su mente, la única que no lo veía como un maldito fenómeno cuando se ponía a parlotear sobre física y números, choques de partículas tan poderosos que podrían terminar en un agujero negro; la que no lo veía como un jodido loco, sino como el científico superdotado que era).

Colberth: Yo, no, yo no hice esto. (Se defendió negando con la cabeza). Yo lo he conseguido, soy un erudito en mi materia, empleado por el propio presidente de la nación, estoy a punto de crear el arma más poderosa que el mundo jamás haya visto. (Infló el pecho, orgulloso de sus logros, mas la mirada decepcionada de la mujer que tanto amaba, lo desinfló).

Jean: ¡Muerte, Colberth, eres muerte!

Colberth: Nooo... (Intentó correr hacia ella, pero el demonio apretó el puño en su dirección y una fuerte punzada en el estómago lo hizo caer, las náuseas azotaron su cuerpo y tras expulsar una baba verdosa y amarga, el sabor metálico inundó su boca. Horrorizado vio la sangre abandonar sus labios bajo la mirada asqueada de su amada). ¡Jean! (Alzó la mano hacia ella pidiendo auxilio, uno que no llegó, al contrario, la joven se alejó unos pasos con repudio en la mirada).

Jean: Todos ellos pidieron ayuda, compasión, piedad, y no se los diste, eran hombres, mujeres, niños, animales inocentes que ningún daño te hicieron y sin remordimientos en un segundo destrozaste sus vidas. Lo sabía, sabía que toda esa locura no era más que maldad en ti. (Un fragmento más de su corazón se partía y con ello sangre brotó de su nariz. El demonio bajó su cremallera dejando expuesta la dura verga que palpitaba, no conocía mayor placer que romper de adentro hacia afuera a un pecador). Yo busco un mundo mejor y tú te esmeras en destruirlo.

Aquellas palabras parecían desmembrarlo justo como los cuerpos a su alrededor. La humedad de sus ojos se desbordó y un río de carmín manchó sus mejillas al tiempo que se retorció en el suelo.

La cabeza parecía explotarle, sus intestinos comprimirse y sus pulmones se resistían a aceptar el vital oxígeno, no solo estaba horrorizado, entraba en pánico mientras su cuerpo colapsaba.

Colberth: Yo soy un erudito.

Masculló entre dientes, no dispuesto a renunciar a sus ideales de grandeza, al tiempo que el demonio disfrutaba de olas de placer que su agonía la causaba junto con las caricias de la cola sobre su eje listo para liberar las pesadas bolas, lo estaba quebrando, lo veía venir.

Niños con rostros crueles, esos que recordaba de la infancia, aparecieron frente a su amada, señalándolo e insultándolo como débil, inútil y aburrido, asesino, asesino, ¡psicópata!

Colberth: ¡Soy un científico! ¡Soy un científico!

Gritaba defendiéndose en medio de aquella locura, hasta que la multitud que lo rodeaba comenzó a reírse, estruendosas carcajadas descomponiéndose provocaron que se encogiera.

Jean: ¿Por qué crear armas en lugar de medicamentos? ¿Por qué destruir en lugar de plantar? ¿Por qué envenenar en lugar de sanar? (Los niños le lanzaron las manos, brazos, ojos y pies horrorizándolo).

Colberth: Yo, no, no lo sé, lo siento, Jean, lo siento.

Llamas cubrieron a los niños y a la mujer que gritaba acusándolo de ser su muerte, hasta ser consumidos por el fuego.

Su piel ardía por la cercanía del incendio, aun así, intentó llegar a ella.

Colberth: Lo lamento, Jean, lo lamento, por favor, te lo suplico, ¡detenlo, detenlo!

Gritó desgarrándose la garganta en medio del llanto, sangre y saliva, tan destrozado que el éxtasis llegó al demonio en largos chorros de leche caliente en medio de un rugido de victoria.

Los cuerpos carbonizados desaparecieron al igual que los escombros, tardó varios minutos en darse cuenta de que estaba de nueva cuenta en su casa, frente a esos pizarrones que traerían destrucción al mundo, apenas pudo levantar la cabeza, no sangraba, sin embargo, el hedor permanecía aferrado a sus fosas nasales, alcanzó a ver al demonio recolocarse el pantalón.

Colberth: ¿Qué ha pasado? ¿Qué fue todo eso?

Krámbell: **Consecuencias**, humano, **consecuencias**.

Colberth: ¿Todo fue una pesadilla? (Cuestionó esperanzado y el demonio esbozó una triste sonrisa).

Krámbell: No, tú y todos los que son como tú, son la pesadilla de tu planeta.

Colberth: ¿Me llevarás al infierno?

El príncipe de la soberbia lo pensó por un momento, sería tan fácil acabar con su miserable vida, habría podido venirse en su cara y terminar con todo, pero ¿para qué?, ¿de qué serviría?, ¿cuánto tiempo retrasaría lo inevitable?, ¡no!, atravesaban la segunda guerra mundial y aún no lo comprendían, en lugar de invertir esos miles de millones en buscar la unión con esas mentes brillantes, la invertían en encontrar formas de aniquilarse los unos a los otros de las formas más crueles posibles. Era gracioso, decían creer en diferentes dioses y todos coincidían en la paz y, sin embargo, se masacraban como pretexto para obtenerla.

Humanos; seres repugnantes. Al menos antes peleaban cuerpo a cuerpo, ahora no tenían el valor de ver a sus enemigos a los ojos, cada día eran más débiles y cobardes.

Krámbell: Sería demasiado fácil, pero no, te quedarás aquí, cumplirás con el mandato de tus superiores porque no tienes el valor para negarte, conseguirás que tu nombre se immortalice y sufrirás, sufrirás la espera de tu siguiente tortura, porque cada año un demonio te visitará. Mojarás la cama con las pesadillas que te perseguirán. Cargarás con la muerte de miles y eso te consumirá tanto como el humo a tus pulmones, tendrás un final largo y angustioso, tu cuerpo se pudrirá como tu alma, no tendrás consuelo, porque el final de tus tiempos, será el principio, solo el principio de una eternidad de sufrimiento.

Dejó el lugar haciendo oídos sordos a los gritos de piedad del pecador, subió a la camioneta, arrancó y esperó que le dieran tiempo a terminar la cerveza que abrió antes de que apareciera el maldito emplumado.

Quizá escuchó sus pensamientos o tal vez solo esperó que se alejara lo suficiente del poblado para que su estúpida aura angelical no alumbrara la noche apareciendo frente a él en la carretera.

Dobló el cuello haciéndolo crujir antes de bajar, intentó regresar al infierno como cada año una vez concluida la lista, sin embargo, su intento de huida fue inútil, debió suponerlo, habría sido demasiado sencillo escapar del arcángel que tenía una mirada asesina, reteniéndolo gracias a sus habilidades.

Miguel: No tienes idea de lo que acabas de hacer. (Escupió aquellas palabras con un odio palpable).

Krámbell: En realidad, sí, respeté el libre albedrío que tanto defiende tu Creador.

Miguel: ¡No eres digno de pronunciar su nombre!

Gritó antes de lanzarse en su contra, sin embargo, su puño fue detenido por la mano de Lucifer. El choque de poder chisporroteó en el ambiente e instintivamente el príncipe retrocedió un par de pasos, sorprendido porque su padre interviniera a su favor por segunda ocasión.

Sus músculos tensos casi al punto de quiebre parecían aún más grandes de lo normal. El poder que irradiaban cosquilleaba por toda su piel obligándolo a tragar saliva con dificultad.

Sus miradas chocaron, ambos con ganas de desatar la furia que sabían podía consumirlos, no solo a ellos, sino a los suyos; la furia y sabiduría luchando por vencer.

El arcángel apartó el puño lentamente y el rey de los infiernos lo imitó.

Miguel: ¿Quién diría que te preocuparía tanto tu maldito vástago?

Lucifer: Cuidado con tus palabras, hermano, posiblemente a mí no me importen, pero mi hembra te meterá las alas por el culo si vuelves a maldecir a uno de sus retoños y, créeme, ni siquiera yo me interpondría entre ella y el objeto de su furia.

Miguel: ¡Pagaré por lo que ha hecho! (Sentenció controlando su ira).

Lucifer: ¡Vamos!, lo viste tan bien como yo, no puedes decir que no fue una gran sesión de tortura.

Miguel: No tienes idea de las muertes que ese humano provocará.

Lucifer: Sabes tan bien como yo, que no es solo él, Colberth no tendría los recursos suficientes, son decenas de humanos sedientos de poder y venganza, ¿qué quieres? ¿Que los matemos a todos?, tu padre no lo permitirá.

Miguel: Con detenerlo a él habría sido suficiente.

Lucifer: Remedios a corto plazo, no has aprendido una mierda en todos estos cientos de años. Los malditos humanos están condenados, jamás aprenderán.

Miguel: Les habríamos dado más tiempo, una oportunidad.

Krámbell: Si tanto quieres darles esa inútil oportunidad ve y acaba tú con su miseria. (El arcángel apretó la mandíbula).

Lucifer: Los soldados del creador tienen prohibido matar a sus creaturas consentidas y no tiene las suficientes bolas para pagar las consecuencias de lo que cree.

Miguel: No puedo aniquilar al humano, pero sí a tu heredero.

Amenazó con la mano sobre su espada.

El rey de los infiernos sonrió maliciosamente. El tridente apareció en su mano cubierto de llamas y la tierra se sintió vibrar.

Todos los demonios percibieron el toque de alerta de su señor e inmediatamente extendieron sus alas, garras y colmillos, dispuestos a desatar el caos en la tierra.

Miguel era consciente del mal a punto de emerger y todo lo que aquello desataría.

Lucifer: Suspira demasiado fuerte, Miguel, y después de la masacre, tu padre te pondrá de rodillas frente a mí para que me deleite con tu virginal y frígido culo.

El príncipe tragó saliva, pero ya estaba preparado para el combate.

Una perla salina se deslizó por la sien del arcángel.

Su maldito hermano tenía razón, su padre nunca le perdonaría su falta. Se obligó a separar la mano de la empuñadura, mas aquello no se quedaría sin castigo.

Miguel: ¡Será expulsado!

Lucifer: No eres tan estúpido, después de todo, la comunicación siempre conlleva a mejores resultados, aunque no siempre tan satisfactorios como desmembrar o... fornicar. (Alzó la mano y movió los dedos despreocupadamente para que el tridente regresara a su lugar junto a su trono).

Miguel: Lo encerraré y no hallará libertad hasta aprender la lección. (El príncipe frunció el ceño y observó a su padre que hacia un mohín con los labios sopesando el castigo).

Krámbell: ¿Qué?, no puedes estar considerándolo. (Retó a su padre quien le giró el rostro de una bofetada por su insolencia, sus alas se extendieron en posición de ataque, sin embargo, apretó los puños conteniendo las ganas de responderle sabiendo que de intentarlo terminaría aún más humillado, había visto las consecuencias con sus hermanos, tenía la certeza de que las represalias con él serían aún peores).

Lucifer: Vuelve a levantarme la voz y haré que busques uno de tus cuernos en mis calabozos privados. (El rey de los infiernos no amenazaba en vano, de todas las mazmorras del

inframundo, aquellas eran las más crueles, así que calló y alejó la furiosa mirada). Acabas de darle la razón a tu tío.

Añadió burlón y su madre apareció a un costado con la mirada iracunda hacia el arcángel que dio un paso atrás.

Sus padres cruzaron miradas, detestaba que hicieran eso, parecían comunicarse sin palabras.

Lilith: Primero pasarán por mis garras antes de dañar a mi bebé.

Lucifer: Tranquila, mi reina, nadie le pondrá una mano encima, al contrario, tanto detesta el contacto que acaba de ganarse unas vacaciones.

Lilith: ¿Qué quieres decir?

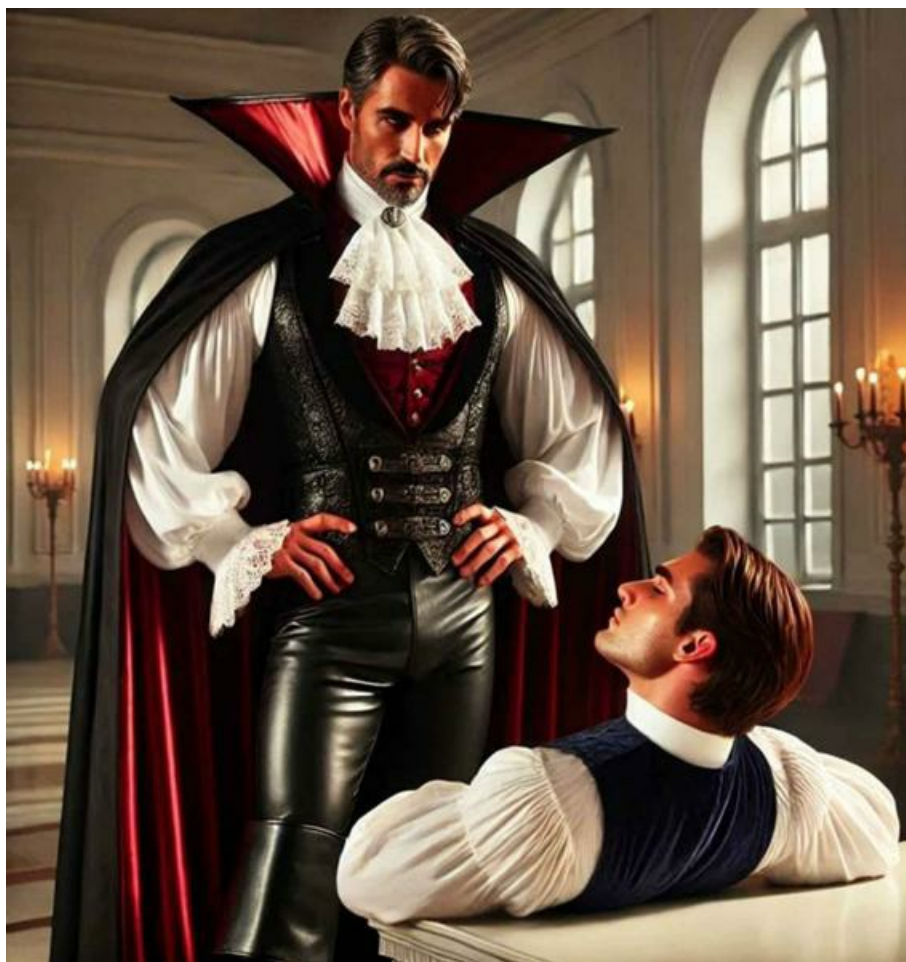
Lucifer: Será expulsado del infierno y confinado por Miguel, mas yo elegiré el lugar y las condiciones.

Extendió una garra e hizo un corte en su palma dejando caer unas gotas de sangre sobre la tierra.

El arcángel no queriendo ser timado por el demonio, agregó.

Miguel: Estará ahí hasta aprender su lección.

Extrajo la daga que colgaba de su cinturón, se hizo un corte imitando al rey de los infiernos y, de la misma forma, derramó unas cuantas gotas sobre la sangre de su hermano, sellando con sangre, el pacto de su castigo.



19

Krámbell: Una luz cegadora y un montón de flamas me cubrieron, lo siguiente que supe es que estaba aquí, completamente solo, en total oscuridad, así que creé el mundo que deseé, lo cambié un sinnúmero de ocasiones hasta terminar en lo que es hoy en día.

Pasaron varios minutos en completo silencio mientras el chico asimilaba todo lo revelado.

Fabián: Tu, tú, tú lo dejaste vivir sabiendo que... ¡La bomba atómica, Dios!... ¿Tienes idea de cuántas muertes causó? (La incredulidad, el juicio en su mirada, el repudio, todo aquello que no quería provocar en su mascota era justo lo que estaba obteniendo, sin embargo, sabía que era lo mejor).

Krámbell: Lo descubrí mucho después, con la llegada del internet, fueron más de doscientos mil. (La sangre del humano se heló con su fría respuesta).

Fabián: Tú pudiste evitar todas esas muertes...

Krámbell: Sí, fueron miles, millones de personas inocentes, hombres, mujeres, niños, animales, ¿crees que fue mi culpa?, ¡no!, fueron ustedes, dando rienda suelta a su libre albedrío, de eso se trata toda esta mierda, de la fe que les tiene el Creador cuando claramente son su peor invento.

Lo dejé vivir, pudo echar atrás el lanzamiento de la bomba y no lo hizo aun sabiendo lo que pasaría, aun conociendo el infierno en el que viviría, su soberbia, saber que sería recordado el resto de la eternidad fue más importante. (Soltó una risa cruel que le erizó la piel). Cualquiera diría que después de una tragedia así, los humanos habrían aprendido, pero mírense; comenzaron con las conquistas, las triadas, ¿qué me dices del holocausto?, Ruanda, la barbarie de 1994, el genocidio Camboyano; Pol Pot y los Jemeres Rojos, la masacre de Srebrenica, y en este siglo XXI; Yazidíes y Rohingya, día a día se destruyen, torturan, venden y prostituyen entre sí. Han inventado cientos de cosas, sin importar el daño al planeta que les da vida, los mares contaminados, envenenando su propio oxígeno, siempre queriendo más, más tierra, más dinero, más poder, ustedes serán la cusa de su exterminio, ¿por qué mierda sería yo castigado?, ¿por qué mierda habrían de importarme? (Sus palabras acumulaban años de repudio contra la humanidad y contra Miguel que fue quien lo puso ahí).

Fabián: ¿Por qué ahora? ¿Por qué me dices todo esto ahora?

Krámbell: Tú querías saberlo, ¿recuerdas?, querías conocer los secretos del monstruo, del cruel demonio con el que te acostabas. (Se acercó a él y el joven retrocedió un paso, mas no fue lo suficientemente rápido, su captor lo tomó por ambos brazos impidiendo su huida). Querías razones para odiarme, ¡ahí las tienes!; soy vanidoso, cruel, jodidamente soberbio, me importaron una mierda las consecuencias porque YO tenía la razón, soy ese monstruo que no querías que fuera, soy brutal e iracundo, soy un maldito demonio engreído, así que sí, ¡¡¡ódiame!!!, porque soy todo eso que no querías creer y puedo ser aún peor.

Gritó frente a su rostro, apretándolo con tanta fuerza que la marca de sus dedos se transformaría en hematomas durante días.

Chocó sus labios con los del humano en un beso devastador, quien intentó zafarse de su agarre y lo único que consiguió es que se introdujera en su boca, saqueándola sin su permiso.

Sintió su desprecio, lo odiaba, estaba seguro de ello cuando envolvió su pequeño mundo con una pesada bruma oscura.

De pronto, su sabor se esfumó, sus brazos no lo sujetaban, su calor se había ido.

Cayó de rodillas con las fuerzas drenadas por el dolor agudo que se extendía por su pecho al punto de la asfixia.

Apretó el césped en puños.

La bruma cubriendo por completo el interior de la esfera.

El frío calándole hasta los huesos.

Relámpagos azotando los cielos.

Truenos ahogando un rugido de agonía.

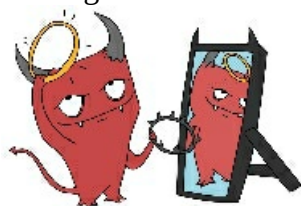
Su pequeño mundo destruyéndose a pedazos...



El estómago le dio un vuelco y cayó de rodillas dentro de la cabaña, tuvo que recorrer el lugar con la mirada un par de veces para asegurarse de que estaba donde creía, ¡sí!, la cabaña en Arteaga.

Era libre, sin pensarlo tomó su celular, que estaba descargado, levantó un montón de cosas desperdigadas en la mesa hasta encontrar las llaves de su camioneta, tomó una chaqueta y zapatos, su cartera y ya estando en la puerta se detuvo. Regresó la mirada al borde de la chimenea, la esfera navideña estaba inundada por un humo negro que no le permitía ver el interior.

Titubeó por un momento, debería irse sin mirar atrás, era un demonio, un maldito demonio repleto de pecados, pero no pudo, regresó, tomó la esfera, la metió en su mochila y se la echó sobre el hombro, no podía dejarlo ahí abandonado, sin embargo, en ese momento no podía pensar, no quería, lo más importante era llegar al lado de su madre.



Después de cargar el celular en la camioneta, pudo comunicarse con su hermana, quien le indicó en qué hospital se encontraban. Aunque le informó que su madre ya estaba fuera de peligro, manejó sin parar hasta el lugar, su padre lo recibió con un fuerte abrazo, solo para después tomarlo por las solapas de la camisa toscamente.

Hernando: ¿Dónde demonios estabas? (Demandó sin saber cómo manejar la preocupación mezclada con el alivio por la desaparición de su hijo).

Fabián: Papá, es... es una larga historia, ¿cómo está?, ¿cómo está mamá?

Hernando: Mejor, y no gracias a ti.

Fabián: Lo siento, papá, te lo explicaré más tarde, ¿puedo entrar a verla?

Hernando: Pasa, está tu hermana con ella.

Al entrar, su madre extendió los brazos, pese a que su hija ya le había comentado que iba de camino, no fue hasta que lo tuvo frente a ella que pudo volver a respirar.

Las lágrimas de alivio de su mamá eran como pinchazos en el pecho, la pobre no merecía que la preocupara de esa manera, afortunadamente ya se encontraba estable tras el ataque al corazón que estaba seguro era su culpa, aunque ella insistiera que eran el peso de los años, cuando en realidad no era tan mayor.

No entró en demasiados detalles por su desaparición, solo mencionó que se fue de vacaciones, la señal no era buena, por ello fue de excursión sin teléfono, luego se perdió y se perdió, terminó en un poblado y le llevó tiempo regresar, no estaba seguro de que su hermana le creyera, sin embargo, su madre estaba tan aliviada de que estuviese a salvo que no le importó demasiado.

Finalmente, le dieron las llaves de la casa para que se pudiera ir a dar un baño y descansar, ya que la mañana siguiente su mamá era dada de alta y el horario de visitas terminaba. Se retiró más tranquilo, el semblante de su madre definitivamente era mucho mejor que cuando llegó.

Al cruzar las puertas del hospital, el cansancio pareció azotarlo, se pasó una mano por el rostro, no era consciente de lo agotado que se encontraba tanto física como emocionalmente y aún no quería analizar lo sucedido, era demasiado... abrumador.

Se sentía desolado, como si un huracán acabara de azotar su interior y se estuviera percatando de los destrozos que dejó a su paso, ese momento de calma que solo sirve para darte cuenta del caos, de los pedazos y derrumbes, del enorme trabajo, esfuerzo, sudor y lágrimas que le

esperaban cuando no se sentía capaz de dar un solo paso.

Necesitaba un baño de agua tibia, un trago que adormeciera su garganta y sentimientos, una manta caliente y no pensar, esperaba que el cansancio lo arrastrara directamente a los brazos de Morfeo.

A un par de cuadras del hospital, justo frente al estacionamiento, esbozó una sonrisa al ver a su hermano, mas la sonrisa se le borró de inmediato al percatarse del ceño asesino que tan bien conocía.

Fernando: ¡Hijo de puta! (Lo recibió con un puñetazo de lleno en la mandíbula que lo desequilibró por completo, no cayó al suelo solo porque lo sujetó por la camisa para acercar su rostro al suyo). Casi muere por tu culpa. (El joven se sujetó a sus muñecas obligándolo a soltarlo).

Fabián: ¡Vete a la mierda! (Le gritó al zafarse de su agarre).

Fernando: Mi madre me suplicó que fuera a buscarte porque no sabía nada de ti, fui hasta tu casa, investigué con tus vecinos, tus amigos. No tomaron en serio mi denuncia por desaparición porque te encargaste de decir a todo mundo que te largabas de vacaciones solo y no querías saber nada de la maldita navidad. ¡Tuve que ir hasta Arteaga a buscarte! (Vociferó a manera de reclamo).

Fabián: Lamento haberte provocado tantos inconvenientes. (Respondió en el mismo tono). A mí también me da gusto verte, hermano.

Fernando: Aún no saben la clase de mariquita que eres y ya casi matas a mi madre.

Caminó hacia atrás sin darse cuenta de que una camioneta iba a toda velocidad en su dirección. Instintivamente, Fabián se lanzó hacia su hermano empujándolo y recibiendo de lleno el impacto.

La catástrofe ocurrió en milésimas de segundos.

Las llantas de la camioneta rechinaron.

Fue arrojado varios metros mientras perdía la consciencia.

Cayó completamente desmadejado.

Un atronador rugido salió desde lo más profundo del pecho del demonio al ver caer a su mascota.

El hermano intentó acercarse, pero el demonio lo empujó evitando que pudiera llegar a él.

Fernando aún aturdido gritó por auxilio y corrió hacia el hospital en busca de ayuda.

El viento dejó de correr.

El hermano de Fabián se petrificó.

Las hojas de los árboles que iban cayendo quedaron suspendidas en el aire.

El mundo se detuvo en presencia de Lucifer que lucía como si quisiera incendiar la tierra.

Ningún maldito emplumado lastimaría a su hijo y prácticamente podía sentir el sufrimiento del más pequeño de su prole.

Tras él, aparecieron el resto de sus hijos y unos pasos atrás, más y más demonios hambrientos de venganza.

El joven ángel al que comenzaban a pintársele las alas de gris oscuro bajó de la camioneta que atropelló a Fabián con una sonrisa triunfal. Levantó el rostro esperando que su general Miguel y hermanos aparecieran, pero nada, el aleteo de los suyos brilló por su ausencia. Su sonrisa se esfumó al ver que estaba solo.

Ariel: ¡Mi general!, ¡general Miguel!

No entendía por qué estaba siendo ignorado. Tampoco comprendía por qué el demonio responsable de tantas muertes humanas fue liberado, él tenía que hacer algo y nada mejor que

castigar al demonio a través del humano pervertido que se acostó con él. El plan era perfecto. ¡Deberían de darle una medalla!, era injusto que fueran felices. Él no lo había matado, lo golpeó con la camioneta, eso era un accidente, pasaba todo el tiempo.

Los demonios se acercaban.

Intentó emprender la retirada, aleteó varias veces, pero sus alas ya grises por completo se estaban ennegreciendo y empezaron a desprenderse, entonces Lucifer rugió a los cielos y con los dedos a medio extender hizo un movimiento con las muñecas provocando que sus plumas ardieran.

El joven ángel gritó horrorizado al tiempo que caía de rodillas, tanto por el ardor que ya llegaba a la carne inflamándola, ampollándola y no tardaría en carbonizarla, como por lo que aquello significaba; estaba siendo expulsado de Ciudad de Plata, pero ¿por qué? ¿Por qué?, la horda de demonios iba por él y no tenía escapatoria, el rey de los infiernos lo despedazaría para darle de comer de su carne a las bestias.

Escuchó historias, historias aterradoras, donde los demonios encajaban los colmillos arrancando a tirones la carne.

Ariel: ¡Creador! ¿Por qué?, solo pretendía ser justo.

Lucifer: El Creador nunca responde, ya deberías saberlo.

Existía un ángel caído cada ciertas décadas, uno que sucumbía a algún pecado, este sin duda era la envidia, no quería ver a nadie feliz y dichoso, mucho menos a un demonio, y el rey de los infiernos le daría la bienvenida a sus tierras con especial fiereza por atreverse a entrometerse en la felicidad de su hijo.

Krámbell ciego de lo que sucedía a su alrededor, cayó de rodillas para abrazar al chico, le levantó el rostro y suplicó en silencio que despertara, que no lo dejara, podía escuchar el murmullo de su corazón extinguiéndose.

Krámbell: No me dejes, mascota, te lo suplico, no me dejes...

Lilith que acompañaba a su hijo derramaba lágrimas ante su sufrimiento.

Lilith: Reclámalo, es tu única oportunidad. (Él la observó desconcertado, su mascota no aceptaría pasar la eternidad unido a él, lo odiaba, se encargó de dejarle claro eso antes de dejarlo marchar). No te queda mucho tiempo, hazlo o lo perderás para siempre.

Creía que ya lo había hecho, fue a buscarlo solo por la terquedad de su madre que no dejó de insistir y el infierno entero sabía que cuando su madre se empeñaba en algo, no había ser sobrenatural que la hiciera cambiar de opinión, sin embargo, sembró en él la esperanza, ¡estúpido sentimiento!, iba dispuesto a luchar por él, a demostrarle que sí, era un jodido monstruo, pero era *su monstruo*, el que quemaría cielo, tierra e infierno por él, el único que le hizo ver que dentro de toda esa marea de humanos podridos, existían los nobles, los que solo querían vivir felices sin hacer daño, los que realmente querían paz y esforzarse por sus logros sin necesidad de aplastar al resto, su mascota, por el único que suplicaría y derramaría lágrimas de sangre, esas que empapaban ya sus mejillas sin darse cuenta; le pertenecía, era su mascota, su compañero, con quien podía hablar de nada y de todo, el que le daba vida a su alma estéril, por el único con el que su piel vibraba y lo hacía sentir vivo.

Encajó los colmillos, cerró los párpados extasiado ante la explosión de sabor, succionó, succionó con fervor, el calor del cuerpo humano extinguiéndose con cada sorbo, su último aliento sería suyo por la eternidad así no lo eligiera, se quedaría con eso y con los silencios y sonrisas, con las miradas cómplices, con las noches de pasión y las tardes de series, con los paseos y sueños, los días y noches que no volverían...



20

Calma, todo estaba en demasiada calma, la nada que lo envolvía era infinita y en el fondo, matices de colores pastel parecían mezclarse, danzar para luego separarse y volver a comenzar, era hipnotizante, relajante, en realidad.

Ángel: ¡Bienvenido!

El joven giró lentamente ante la firme voz y lo que encontró le robó el aliento por un instante, sus pupilas se humedecieron ante el resplandeciente blanco de sus alas y la toga que le cubría medio torso y envolvía sus caderas, era un macho fornido e imposiblemente bello, seguramente meses atrás no habría creído tanta perfección, pero después de conocer a su demonio, ¡su demonio!

Los recuerdos regresaron uno a uno cayendo como naipes; el demonio confesando su falta y castigo.

Él juzgándolo.

Siendo liberado.

El alivio de su madre al verlo.

Los reproches de su hermano.

¡La camioneta!

Se sujetó el costado donde fue golpeado, nada, no dolía.

Un rugido atronador, ¡su demonio!, estaba ahí, pudo sentir su calor y grandes manos abrazándolo, pidiéndole que no lo abandonara.

¡Suplicando!

Su demonio no suplicaba, empapaba su cuello con el llanto y... Llevó la mano al cuello, ese par de heridas escocían.

Fabián: Krámbell me mordió, estaba ahí, ¡libre! (El ángel asintió con una apenas perceptible mueca de disgusto). Pero ¿cómo?, estaba prisionero en la esfera.

Ángel: Es una respuesta que no me corresponde, si vuelves a verlo, podrás preguntarle.

Fabián: ¿Quieres decir que estoy muerto? (El ser alado, asintió). ¿Esto es Ciudad de Plata?

Ángel: ¡No!, digamos que estás en medio de dos caminos y tienes que elegir tu destino. El primero; la eternidad en Ciudad de Plata, la paz y la tranquilidad de una vida sin preocupaciones en compañía de tus ancestros y esperando al resto de tus seres queridos o... Unirte con el demonio que ha reclamado tu alma para la eternidad, viviendo en el infierno de la soberbia sin posibilidad de alcanzar un día la paz en compañía de tus seres amados.

Fabián: ¡Me reclamó!

Le confesó sus pecados solo para dejarlo marchar, ¡su demonio!, en ese momento comprendió lo que en realidad hizo; quería que se fuera odiándolo asegurándose de que seguiría con su vida, a pesar de condenarse a la soledad. ¡Su demonio!



¡Una pesadilla!, no podía describirlo de ninguna otra manera, las últimas dos semanas definitivamente fueron una jodida pesadilla para el demonio, que una vez que el aliento regresó al cuerpo inerte de su mascota y junto con él un alivio y felicidad como nunca antes experimentó, tuvo que soportar que lo internaran y estuviera en observación por el hombro luxado, las costillas rotas y los diferentes golpes, sin poder cuidarlo como deseaba porque su madre y hermana estuvieron rondándolo casi todo el tiempo, ¡mierda!, se contuvo de no correrlas o llevárselo solo porque al chico se le notaba el cariño que les tenía. En realidad, todo fue jodidamente increíble.

Una vez que su padre regresó al infierno, el tiempo continuó su curso y el imbécil del hermano

volvió con médicos, enfermeros y una camilla, no perdieron el tiempo en atenderlo y trasladarlo.

Cuando el dichoso hermano intentó acercarse volvió a empujarlo provocando que terminara en el suelo, si no lo mandó al otro mundo a golpes fue solo porque su madre colocó una mano sobre su hombro en un claro recordatorio de que eso sería una mala idea.

Fernando: ¿Quién carajo eres tú? (Cuestionó aún desde el suelo).

Krámbell: El cabrón que se encargará de romperte cada maldito hueso si vuelves a tocarlo.

No perdió más tiempo con él y siguió la camilla donde lo llevaban hasta que los médicos no le permitieron el acceso.

Lilith: Estará bien, cariño, no tienes de qué preocuparte, se recuperará. (Intentó calmarlo antes de que hiciera alguna estupidez frente a la familia de su compañero que ya se encontraban esperando noticias a unos pasos de ellos).

Krámbell: Él estaba... ¿Cómo es posible que...? (Inquirió a la reina del inframundo que le regresó la mirada con esa dulzura que solo una madre puede dedicarte).

Lilith: Lo hizo, te eligió.

Al macho se le llenaron las pupilas de lágrimas y se lanzó a los brazos de su madre reparando con ese gesto una parte de su corazón fracturado, la última vez que su hijo la abrazó era solo un pequeño diablillo.

Una eternidad después, cuando el médico salió en busca de los familiares, el demonio fue el primero en acercarse para recibir las noticias y, aunque sabía que su mascota al elegirlo no podría morir a menos que al propio demonio le atravesaran el corazón, el alivio que sintió fue infinito, al escuchar que se repondría pese a que aún no recuperaba la consciencia. El doctor no se lo explicaba, harían más pruebas, ya que simplemente parecía estar en un sueño profundo.

La reina de los infiernos le explicó que se debía a que el cuerpo humano tardaba en recuperarse después del abandono de su alma, sin embargo, estaría bien, pese a todo, no encontraría la calma hasta tenerlo entre sus brazos.

Una vez que permitieron verlo, saltó para ser el primero en hacerlo, sorprendiendo a la madre del chico.

Olga: ¿Eres su novio? (La pregunta lo descolocó, sin embargo, respondió sin pensar).

Krámbell: Él es mío.

La diablesa carraspeó para llamar su atención y recordó que debía comportarse ya que ellos no comprenderían, mas no tenía tiempo de explicar, necesitaba verlo, así que siguió al médico.

Tenía la mitad del rostro inflamado y conectado a una intravenosa, un costado amoratado, el cabello hecho un desastre y, sin embargo, le pareció hermoso.

Krámbell: Vuelve a mí, mascota. (Tomó su mano y se la llevó a los labios). Por favor, vuelve.

Poco a poco los párpados del chico se separaron y sus miradas conectaron, el mar de emociones que los envolvió se desbordó a través de sus ojos sin poder evitarlo.

No encontró las palabras, no existían, además no eran necesarias, el calor y confort que experimentaron desde sus manos conectadas extendiéndose por todo su cuerpo fue todo lo que requirieron para confirmar lo que ya sabían; eran uno.

Aunque el demonio no se separó del chico mientras estuvo en el hospital, su madre y hermana estuvieron pendientes de él. Fernando no volvió a pararse por el lugar y su padre fue cada día unos cuantos minutos en los que podía ver el recelo en la mirada, mas no preguntó nada sobre su relación, supuso que prefirió no saber o no confirmar lo que sospechaba, por lo que en presencia de la familia se comportaron como amigos.

La madre del chico no dudó en asegurarle que se podía quedar con ellos en casa, aunque claro, en una habitación separada y por supuesto ella tampoco preguntó nada, lo trató como si fuese

parte de la familia al igual que la hermana.

Si bien su familia era pequeña, a él le pareció una maldita multitud ya que los escasos besos que pudieron darse, fueron en momentos robados de soledad, además, no querían calentar el ambiente, aunque ahora el chico era inmortal, su cuerpo necesitaba recuperarse del accidente.

El demonio manejaba una vez que salieron de casa de los padres del chico.

Fabián: Y bien, ¿finalmente me dirás a dónde vamos? (Preguntó al ver cómo observaba su alrededor).

Krámbell: Estoy buscando dónde dejar aparcada esta porquería que tienes de camioneta y te daré la sorpresa.

Fabián: Mi camioneta no es una porquería. (Se defendió).

Krámbell: Comparado con una chatarra, quizá no.

Fabián: ¿Y por qué quieres aparcarla? (Se metió en el estacionamiento de un súper y se ubicó lo más alejado, le tomó la mano).

Krámbell: Por esto.

Una bruma oscura los envolvió. El chico maldijo entre dientes mientras el estómago le daba un vuelco y el demonio lo abrazó por la cintura con cuidado de no lastimar sus costillas al aparecer frente a una cabaña.

Fabián: Detesto tu maldito acto de Houdini.

Krámbell: No sé de qué hablas.

Fabián: Houdini, era un ilusionista... olvídale, dónde... es... es nuestra cabaña. (Terminó la frase con una sonrisa en los labios y las pupilas húmedas mientras el demonio abría la puerta).

Krámbell: La repliqué con exactitud, incluso el paisaje, tuve que hacer algunos arreglos para conseguir el terreno que se adecuara a lo que creé en la esfera, pero es muy similar, ¿no te parece? (Recorrió el lugar con la mirada y su estúpido corazón revoloteó en su pecho). ¿Te gusta?, podemos modificar lo que quieras. (El chico no respondía y los sentimientos que transmitía eran confusos, parecía alegría, pero al mismo tiempo era como si estuviera al punto del llanto, tal vez replicar el lugar donde lo tuvo cautivo no era lo que esperaba, quizá no quería estar en una cabaña nunca más ¡mierda!). Puedo destruirla con un chasquido de dedos, puedo crear una residencia elegante o un *loft* moderno, lo que tú prefieras, mascota.

Fabián: Es perfecta, (parpadeó para no derramar las lágrimas de emoción), pero ¿esto es...? (El demonio asintió).

Krámbell: No entres en pánico, sí, es el infierno, y este nuestro hogar si así lo deseas, o podemos regresar a la tierra, lo decidiremos después de que descargue mis bolas dentro de ti.

Fabián: Demonio, eres un jodido romántico.

Krámbell: Y apenas estoy comenzando.

Lo levantó en brazos y con una patada cerró la puerta, sus labios chocaron y la lujuria explotó, los últimos días la necesidad de tocarse a placer, esa electricidad que los envolvía amenazando con incendiarlos se desbordó, eran todo lenguas y labios feroces en busca del control que ninguno cedió, el chico abrió su camisa y los botones saltaron, lo necesitaba, necesitaba sentir su cálida piel contra la suya.

El demonio lo depositó, con demasiada delicadeza para su gusto, sobre el colchón, no quería preliminares, el vacío interior se intensificó los últimos días que sus molestias físicas fueron disminuyendo y ahora eran apenas un susurro en su costado, se apresuró a abrir el botón del pantalón del demonio cuando este lo detuvo colocando una mano sobre la suya.

Krámbell: Espera, (soltó con la respiración agitada). Yo me hago cargo.

Fabián: ¡A la mierda!, te necesito dentro de mí. (El demonio gruñó en una especie de lamento

al sentir cómo las bolas se le contraían).

Krámbell: ¡He dicho que yo me hago cargo! (Le tomó ambas manos y las colocó encima de su cabeza, con un chasquido de dedos un par de esposas lo sujetaron).

Fabián: ¿Qué haces?, no estoy para juegos, demonio.

Krámbell: A este depredador le gusta jugar con su presa, ya deberías saberlo y como aún no estás listo para correr por el bosque, esto bastará por el momento. (Cambió a su estado natural de piel carmín, cuernos, cola y alas incluidas, le arrancó las ropas con las garras y maldijo para sus adentros, la piel del costado aún estaba magullada, se tomó su tiempo para besar, lamer y mordisquear su cuello, bajar por sus pectorales mientras el chico se retorció agitando las caderas en busca del ansiado contacto). Con cuidado, tus costillas todavía no terminan de soldar.

Fabián: ¡A la mierda mis costillas!, móntame de una maldita vez.

El chico parecía necesitarlo tanto como él y aquello fue una onda de placer para su ego, mas no podía perder el control o realmente lo lastimaría.

Aspiró el aroma de su entrepierna, ahí, justo entre las bolas, donde su aroma era más intenso y comenzó a lamer en una perezosa tortura, no podía entender lo que el chico decía entre dientes, pero sin lugar a dudas lo estaba maldiciendo y alabando al mismo tiempo.

Cuando llegó a la punta de su hombría se encontraba húmeda, enrojecida e hinchada, lo saboreó y chupó como si fuera su maldita paleta de caramelo favorita.

Fabián: ¡Por favor, demonio... por favor! (Suplicaba entre gemidos necesitados al tiempo que las esposas se clavaban en sus muñecas. Dejó de lamerlo solo para volver a sus pelotas, retrasando con ello el inminente orgasmo que parecía pugnar por salir, un par de dedos entraron sin demasiada dificultad ayudados de lubricante, ahí estaba, ese lugar dentro de él que le ponía los ojos en blanco, al acariciarlo el chico se mordió el antebrazo para no gritar).

Krámbell: Nada de eso, mascota, quiero escucharte.

Fabián: Demonio, necesito venirme, por favor, ¡mierda!, necesito venirme.

Se arrodilló entre sus piernas y arrancó el pantalón que aún lo cubría sin querer perder el tiempo en quitárselo, su miembro saltó, jodidamente duro como una roca y listo para perforarlo, pero aún no, no quería perderse ningún detalle de su rostro, así que tomó la hombría de su chico junto a la suya y comenzó a vibrar al tiempo que la espiral en su eje subía y bajaba.

Fabián: ¡Mierda! ¡Mierda! ¡Demonio!

Krámbell: ¡Mírame! (Exigió y el chico obedeció). No cierres los ojos. (El joven se mordió el labio inferior cuando sintió la cola del demonio entrar en su orificio). Así, eso es, hazlo así, mascota, derrama tu leche para mí.

Se inclinó sobre él y con un chasquido soltó sus muñecas, instintivamente el joven se sujetó a sus cuernos y sin apartar la mirada se derramó chorro tras chorro entre ellos.

El demonio sonreía satisfecho mientras el cuerpo del chico se quedaba laxo bajo su enorme cuerpo. Lamió su cuello, esas pequeñas marcas que ya necesitaba volver a pinchar que lo señalaban como suyo, bajó nuevamente por su pecho para lamer la semilla de los abdominales que subían y se marcaban al bajar.

Fabián: ¿Pretendes matarme? (Preguntó aún con las manos en sus cuernos).

Krámbell: No puedes, a menos que yo muera y no está dentro de mis planes que me arranquen el corazón.

Fabián: Claro que no, es mío.

Krámbell: Lo es, todo tuyo, pequeña mascota.

Tomándolo desprevenido, el chico los giró y se colocó encima, el miembro del demonio continuaba vibrando y sus bolas estaban pegadas a su cuerpo. Al verlo así de necesitado su

propio miembro comenzó a recuperar vida, solo ese demonio podía hacer que se recuperara tan rápido.

Meneó las caderas acariciándolo con sus bolas y fue el turno del demonio de gemir al tiempo que llevaba las manos a las caderas del chico.

El joven tomó el lubricante y bañó el falo, estaba seguro de que nunca antes lo vio tan grande, tan caliente, como si estuviera a punto de explotar.

Krámbell: Detente, quiero inundarte las entrañas, no venirme en tu mano. (El arillo fruncido del chico se contrajo y sin apartar la mirada de su demonio, lo guio a su entrada). Despacio, mascota, no quiero lastimarte.

Fabián: ¡Cállate!, eres mío ahora. (El demonio gruñó complacido por sus palabras y sentir el apretado agujero en su punta).

Krámbell: Vuelve a decirlo.

Fabián: ¿Qué?, ¿que eres mío? (El demonio asintió, con la mandíbula apretada y el cuerpo en tensión a excepción de sus manos que, si bien lo sujetaban con firmeza, era lo suficientemente controlado para no lastimarlo). Eres mío, demonio, todo mío. (Aseguró mientras bajaba sobre su eje y su carne se abría para recibirlo).

Krámbell: ¡Por todos los infiernos! (Se obligó a permanecer inmóvil mientras el chico subió y bajó lentamente acoplándose a su grosor que por momentos parecía asfixiarlo, cuando finalmente logró tenerlo completamente dentro, permaneció inmóvil por un rato mientras sus miradas, respiraciones y latidos se sincronizaban. El demonio empujó un poco más y un gemido reverberó en la garganta de su chico, con aquel impulso el humano inició el meneo de sus caderas). No dejes de mirarme. (Exigió con el rostro desfigurado de placer). No dejes de mirarme nunca así.

El chico se obligó a mantener la vista puesta en él, complaciéndolo.

Se balanceó, subiendo y bajando formando pequeños círculos con las caderas, apoyándose con una mano en el fornido pecho de su demonio y con la otra dándose placer a sí mismo.

¡Hermoso!

Su mascota se entregaba de una forma tan cruda y carnal cuando estaban juntos, era magnífico ver la cabeza de su verga emergiendo de su puño una y otra vez mientras se tocaba de manera frenética, desde la punta hasta las bolas que golpeaban contra él, de una forma tan ruda que si no estuvieran tan excitados sería doloroso.

El rubor de su rostro, cuello y pecho se acentuaba, su respiración se entrecortaba y, aun así, no apartó la mirada de él, ¡tan suyo!, tan caliente y sexy como la imagen de su culo apretado tragándose toda su verga con el arillo subiendo y bajando arrancando gemidos de placer a su mascota.

Fabián: ¡Demonio, yo...!

Krámbell: Lo sé, puedo sentir cómo te aprietas más y más a mi alrededor.

Fabián: Entonces, hazlo, por favor, ¡destrózame, demonio!

Con aquella súplica tan obscena y deslumbrante, el demonio embistió con fuerza, bombear en su interior era todo su mundo, se aferró a sus caderas y empujó y empujó gruñendo y entregándose hasta dejar su verga descansar en lo más profundo de su mascota, gimiendo cuando sus huevos se tensaron.

Krámbell: ¡Mío! (Un feroz empuje) ¡Solo mío! (Otro empuje) ¡Para siempre!

Fabián: Sí...

El demonio se irguió y atrajo al chico desde la nuca para encajar los colmillos en su cuello.

Una luz brillante tras sus ojos, el elixir alimentándolo y onda tras onda de electrificante placer

atravesándolos mientras se derramaban al unísono.

Tras varios minutos de un limbo de saciedad y calidez, el chico frotó el pecho de su demonio extendiendo su semilla en él, como si también quisiera marcarlo con su aroma.

Fabián: Fue tan...

Krámbell: Perfecto...

Terminó la frase por él, y pasaron así varios minutos más, entrelazados, unidos, sintiendo sus corazones latir al mismo ritmo.

Fabián: Ahora que tenemos tiempo, y no hay posibilidad de que nadie nos interrumpa, ¿qué fue lo que sucedió?, ¿cómo es que fuiste liberado? (El demonio soltó un largo suspiro).

Krámbell: Una vez que saliste de la esfera, a los pocos minutos aparecí aquí en el infierno, para ser más precisos, en casa de los reyes, sinceramente creí que era alguna alucinación que se salió de mi control, pero ahí estaba mi madre, hermosa y letal, con la mirada violeta brillante por las lágrimas...

Se intentó acercar a su hijo, pero este instintivamente dio un paso atrás. Estaba feliz de verlo, quería abrazarlo, acariciar su cabello y calmar el dolor que irradiaba.

Su padre y el propio Miguel tuvieron vistazos de su vida en aquella prisión de vez en cuando. Sin embargo, ella lo observaba con frecuencia, pese a que su compañero se negara por el sufrimiento que le provocaba verlo, era fruto de sus entrañas y no podía simplemente olvidarlo en aquel lugar. Sufría por él y, aunque su rey no lo admitiera, le dolía tanto como a ella, solo esperaba que en algún momento su pequeño se diera cuenta de que aquel cruel castigo, en realidad, era una forma de ayudarlo.

Sabía que pasaría mucho tiempo para que entendiera que, por muy solitarios que fueran algunos demonios, al final del día necesitaban el contacto, la compañía, el sonido, incluso la opinión de otro demonio y no solo para saciar la necesidad sexual, sino para enriquecer su propia existencia.

Era demasiado joven para condenarse a la soledad.

Sin embargo, fueron pasando los años y se convirtieron en décadas, incluso hubo momentos en que se arrepintió; quizá la soberbia de su hijo, mezclada con el daño que le hicieron de niño, lo habían condenado, aniquilando esa necesidad y era en esos momentos de flaqueza, cuando su pequeño parecía perder los sentidos, que su compañero la sostenía.

No solo su soberbia se marchitaba, también él, ya no apreciaba la opulencia, la belleza ni las comodidades, dejó de pasar por el espejo para acicalarse y apreciar su perfección, no necesitaba tener la razón, ni tenía a quién humillar, rechazar o fastidiarse, no se volvía loco, no estaba furioso, no los extrañaba, solo veía los días pasar, estéril, imperturbable, marchitándose, peligrosamente cerca de la nada...

El joven príncipe tardó varios segundos o quizá fueron minutos en comprender en dónde se encontraba, el dolor por la pérdida que le atenazaba el pecho no le permitía pensar.

Lilith: Bienvenido a casa, pequeño tormento.

Krámbell: ¿Qué hago aquí? ¿Cómo es que...?

Lilith: Eres libre.

Krámbell: ¿Por qué? ¿Cuál es la maldita lección que se supone debía aprender? (Su padre entró al salón siendo anunciado por su poderosa aura).

Lucifer: Tendrás que descubrirlo por ti mismo. Tómate unos días para resolver lo que tengas que resolver, pero no demasiados, siempre hay trabajo que hacer. (Y salió de la habitación dejándolo con su madre).

Krámbell: ¡Maldito hijo de...! (Su madre levantó una mano para acallarlo, su padre tenía demasiado buen oído como para arriesgarse a ser castigado justo cuando acababa de salir del confinamiento).

Lilith: Sé que no lo entiendes, pero todo lo hizo por ti.

Krámbell: ¡Por supuesto!, (exclamó sarcástico), siempre me ha detestado, se siente amenazado por mi belleza. (Su madre sonrió, adoraba que su soberbia hubiese regresado, mas no fría e insensible como antes, ahora era cálida, repleta de emociones).

Lilith: El dolor no te deja comprenderlo, necesitas recuperar a tu compañero.

Krámbell: Tú... ¿cómo lo sabes? (Su madre guardó silencio por un momento). Me estuviste espionando todo este tiempo. (Aquella era una acusación, su sufrimiento transformándose en ira; lo estuvieron observando como un maldito animal de laboratorio y justo cuando encontró la felicidad solo para perderla es que lo liberaban, ¿lo usaron para su maldito entretenimiento?). Ustedes son igual de mise... (No terminó la frase, su madre le giró el rostro de una bofetada).

Lilith: Si no me amas, está bien, pero me respetarás. ¡Qué te quede claro! (Se giró para ocultar las lágrimas en sus pupilas). Sí, te espíe unos cuantos minutos cada dos o tres días, necesitaba saber cómo estabas. (El demonio, por primera vez, se permitió sentir el dolor que su madre experimentaba). Nunca te abandoné, ni tu padre tampoco, y si eso te enfurece bien, ¡ódianos!, ódianos por querer tu felicidad y la encontraste, ¿o no?

Krámbell: ¿Y de qué sirvió si la he perdido?, habría preferido mil veces seguir sin sentir.

Lilith: No sentir es igual a no vivir y los únicos que se ocultan de la vida son los cobardes, y yo no crie cobardes. (El demonio apretó los puños por las pullas de su madre, pero el dolor en su pecho era demasiado grande, ella no lo entendía).

Krámbell: Él me odia, lo vi en su mirada.

Lilith: ¿Y qué?, yo odio a tu padre la mitad del tiempo y la otra mitad lo quiero dentro de mí. (Aseguró con una chispa de diversión, logrando que el chico esbozara una sonrisa cansada).

Krámbell: Es diferente, ustedes se adoran aun cuando quieren arrancarse la cabeza.

Lilith: ¡Al fin lo entiendes!, ¿y crees que es fácil?, nada que valga la pena en esta vida es fácil, si así fuera nos aburriríamos, no está en nuestra naturaleza la mediocridad, así que ve y arrástrate si es necesario.

Krámbell: No soy lo que él quiere.

Lilith: Bien, con que seas lo que necesita es suficiente.

Krámbell: ¿¿¿Tienes una maldita respuesta para todo???

Lilith: Por supuesto, por eso tu padre me quiere arrancar la lengua la mitad del tiempo y la otra mitad la quiere envuelta en su verga. (El chico puso los ojos en blanco, lo menos que necesitaba era escuchar sobre la imparable vida sexual de sus padres).

Krámbell: No insistas.

Lilith: ¿Desde cuándo un soberbio se da por vencido? (El joven bajó la mirada con los hombros caídos, como si le hubieran arrancado las fuerzas).

Krámbell: Todos terminan rompiéndose, madre.

Lilith: No un príncipe del infierno, no el más hermoso de mis hijos. Mereces esa felicidad, pero no vendrá a las puertas del infierno a buscarte, irás por ella y yo te acompañaré.

Krámbell: Que te quede claro que sin su intervención de igual forma te habría buscado, después de unos días, cuando asimilara todo. Pero de no ser por su insistencia no habría llegado a tiempo. (Apretó los puños al recordar verlo desfallecer, gesto que no pasó desapercibido para el joven).

Fabián: ¡Hey, ahora estoy bien! (Señaló acariciando su pecho, donde tenía la mejilla recargada

y el demonio lo apretó aún más contra él).

Krámbell: Y me aseguraré de que así siga siendo. (El chico no tenía la menor duda de ello).

Fabián: Tengo otra duda.

Krámbell: Seguro que sí. (Sonrió, aquellas preguntas le habían fastidiado en algún momento, ahora esperaba que nunca terminarían).

Fabián: Mencionaste que el accidente lo provocó un ángel, ¿por qué?, y ¿qué sucedió con él?

Krámbell: Esas son dos preguntas, mascota. (El chico no cedió y sabiendo que tendría que responder, soltó un largo suspiro). La raíz de todo es la envidia, puso de pretexto que después de lo que hice, no merecía ser feliz y tú tampoco por acostarte con un demonio. Su alma se pudrió y fue expulsado de Ciudad de Plata; convirtiéndose en un ángel caído, es decir, un demonio. (Al ver que el chico intentaba entender lo que eso significaba, prosiguió). Sus plumas comenzaron a ennegrecerse, y antes de que se desprendieran, el rey de los infiernos se encargó de prenderles fuego y traerlo al centro del infierno de la soberbia para arrancárselas de raíz.

Fabián: Entonces, ¿murió? (El demonio sonrió satisfecho).

Krámbell: Aunque la muerte de un demonio es aterradora, ¿qué dicha tendría matarlo cuando puedo torturarlo por la eternidad?

Fabián: ¿Torturarlo?, ¿qué quieres decir exactamente?

Krámbell: Lo que escuchaste, padre me lo obsequió, el maldito pasará la eternidad en las mazmorras del rey de los infiernos, pagando por atreverse a lastimarte. (Aseguró con total satisfacción, el chico intentó replicar, mas el demonio se adelantó). Ni lo intentes, te complaceré en todo lo que me sea posible, pero NO en esto, esa porquería estuvo a punto de arrancarte de mis brazos para siempre y una eternidad no bastará para que lo pague. (El chico lo meditó por un momento, era verdad, merecía un castigo, no se imaginaba una vida sin su demonio, mucho menos una eternidad).

Fabián: Entiendo... y tengo que darle las gracias a tu madre por arrastrarte a mí. Aunque confieso que me aterra conocerla. (El demonio agradeció el cambio de tema).

Krámbell: No tienes de qué preocuparte, le encantarás, ya lo hace, siempre y cuando sigas siendo un buen chico con el más hermoso de sus hijos. (El joven puso los ojos en blanco teatralmente, sin embargo, no pudo evitar sonreír). En unos cuantos días te la presentaré, cuando te deje salir de esta cama.

Fabián: Y después de eso, ¿qué pasará?, es decir, ya no soy humano ¿o sí? (Parecía confundido).

Krámbell: ¿No te explicó nada el maldito ángel que te dio a elegir?

Fabián: No mucho, solo me dio a escoger entre tú y el paraíso. (El demonio acarició su rostro, maravillado de la suerte de tenerlo).

Krámbell: ¿Y por qué me elegiste?

Fabián: Porque te amo. (Respondió sorprendiendo al demonio por la seguridad con que soltaba aquellas palabras, tan pequeñas y tan poderosas a la vez, iguales a él).

Krámbell: Creí que me odiabas.

Fabián: No, solo dolía que no confiaras en mí, pero habría regresado.

Krámbell: Yo... (Soltó un pesado suspiro), siendo honestos, temía que una vez fuera, te dieras cuenta de que estabas desperdiciando tu vida encerrado ahí, conmigo.

Fabián: Tonto, han sido las mejores semanas de mi vida.

Krámbell: Y las más, pero son solo las primeras mejores semanas de nuestra vida, ahora somos uno.

Fabián: ¿Por eso nuestros corazones latén al mismo ritmo? (El demonio asintió).

Krámbell: Pero no es solo eso, nuestros cuerpos y almas están ligados, eres inmortal ahora, solo morirás si yo lo hago, entonces nos esperará la nada, no obstante, nos tendremos el uno al otro para soportarla. Aún podrás enfermar y lastimarte, aunque te recuperarás mejor que un simple humano. También debemos permanecer en el mismo plano, sin separarnos demasiado tiempo, sería torturante, los que ya están emparejados lo describen como asfixiante, y me alimentaré de tu vena al menos una vez por semana, mi fortaleza dependerá de ello.

Fabián: ¿Y podremos regresar a la tierra?

Krámbell: Si eso es lo que quieres, sí, padre me ha dado libertad de elección, siempre y cuando cumpla con la lista de torturas navideñas.

Fabián: ¿Eso quiere decir que han hecho las paces?

Krámbell: Creo que eso es ir demasiado lejos, pero...

Una vez que su mascota estaba en casa con su madre y hermana cuidándolo, aprovechó para regresar al infierno en busca del ángel caído, solo esperaba que su padre no lo hubiese matado.

El rey de los infiernos lo recibió personalmente y lo llevó al calabozo donde lo tenía confinado.

Los lamentos eran la música de fondo del tétrico lugar, un túnel oscuro alumbrado con antorchas.

Tras las puertas de hierro se podía sentir el sufrimiento de sus habitantes, caminó hasta la celda indicada ya con el cuerpo en tensión preparado para destrozarlo.

Lo encontró en la esquina más alejada, tiritando, no sabía si de frío o de miedo, quizá de ambos, la mayor parte de su piel desgarrada, sangrando, desfigurado, hinchado, y su odio creció aún más, si había forma de que eso fuera posible.

Se lanzó contra él; golpeó, golpeó y golpeó como una bestia creada para destruir. Veía rojo, la ira apoderándose de él. No importó cuántos huesos rompiera, cuánta sangre derramara, ni los pedazos de tendones y carne salpicando las paredes, seguía golpeando y golpeando, su sed de venganza no parecía tener fin, hasta que abrió las costillas del pecho y fue entonces que unas poderosas manos lo separaron de su objetivo.

Peleó por zafarse, más la fuerza de su padre lo superaba por mucho.

Krámbell: ¡Suéltame, maldito seas! (Exigió con las pupilas dilatadas y las venas del cuello exaltadas, completamente enajenado en su rabia mientras Lucifer lo mantenía atrapado contra la pared).

Lucifer: ¡Suficiente!, ¡Suficiente! (No lo soltó hasta que exhausto paró de pelear).

Krámbell: ¿Por qué? (Cuestionó con el pecho subiendo y bajando ferozmente).

Lucifer: Porque no tendrás suficiente, querrás volver hacerlo.

Krámbell: Soy consciente de esa mierda, no soy tan estúpido como crees. (El rey del inframundo sabía exactamente que preguntaba).

Lucifer: Nunca he creído que fueras estúpido. (Lo soltó del todo y se alejó unos pasos). Sé que piensas que permití tu exilio para deshacerme de ti, cuando, en realidad, ha sido todo lo contrario. ¿Has escuchado eso de; el “fin justifica los medios”? Bueno, ahí lo tienes.

Krámbell: ¡Mi compañero casi muere!

Lucifer: ¡¡¡Sientes!!! (Gritó contra su rostro). Comenzaste a dejar de sentir mucho antes de encerrarte. Ya no me odiabas como antes, no amabas a tu madre, no disfrutabas fornicando, no te fastidiaban tus hermanos, lo único que aún tenías era tu soberbia y esa te iba llevar milenios perderla estando aquí siendo alimentada por los que te rodean gracias a tu belleza que, aunque te joda, me la heredaste a mí. Confinarte fue la oportunidad perfecta para acelerar ese proceso. Si no puedes comprenderlo entonces, sí, eres estúpido. (Observó a su padre como hacía mucho no

lo hacía o quizá como nunca antes lo vio, con respeto. El maldito tenía razón, siempre la tenía).

Krámbell: ¿Me dirás ahora que lo planeaste con Miguel?

Lucifer: El pito flojo. (Soltó una sonrisa sin mucha gracia). No. Simplemente vi la oportunidad y la aproveché. Eras demasiado joven como para estar tan jodidamente entumecido.

Krámbell: ¿Y la única forma que se te ocurrió fue esa? ¿Encerrarme?

Lucifer: ¿Qué mierda querías?, ¿una maldita terapia?, ¡no seas ridículo!, el amor de tu madre no te despertaba, la presión que yo ejercía en ti en los entrenamientos tampoco, te di a los peores pecadores y el placer de sus torturas te duraba unos segundos. Lo único que te podría traer de regreso era que tocaras fondo.

Krámbell: Eso no me hizo sentir, fue él.

Lucifer: Lo sé. (Pudo ver la verdad en la mirada de su padre, jodidamente similar a la suya, como si estuviera viéndose en un maldito espejo. Fue él, el rey de los infiernos no dejaba nada al azar, él le había encontrado a su compañero; el único capaz de revivir su alma infértil, de calmar sus pecados y avivar sus pasiones. Aquella búsqueda debió llevarle años y al no encontrar el adecuado en el infierno, pasó a la tierra, encontrar al ser perfecto en esa inmensidad de humanos debió ser jodidamente extenuante. ¿Tantas molestias por él?, ¿por qué...?, la respuesta estaba ahí, aunque no quisiera verla).

Krámbell: Supongo que esperas que te lo agradezca. (El rey sonrió arrogante).

Lucifer: Deberías, sin embargo, yo no espero nada de nadie. Yo ordeno, y te ordeno que seas feliz con tu compañero. Tomando en consideración que es humano, puedes decidir dónde radicar siempre y cuando cumplas con las torturas navideñas ¡felicidades!, esa mierda de ahí (señaló al ángel caído que no era más que una masa de carne y astillas de hueso), es tu obsequio de emparejamiento. (Alzó la barbilla triunfal y pretendía salir del lugar cuando su hijo lo interrumpió).

Krámbell: Una cosa más. (El rey se detuvo sin girarse). ¿Cuál se supone que es la lección que aprendí?

Lucifer: ¡Vamos!, no esperes que papi te dé todas las respuestas.

Salió, dejándolo asimilar todas las verdades y omisiones de su padre.

¡Astuto demente hijo de puta!

Fabián: ¡Mierda!, ¿eso quiere decir que el propio rey del inframundo me eligió para su hijo?

Krámbell: No, el cabrón pudo elegir a quien quisiera, hizo algo mucho más complicado que eso; te encontró, te encontró para mí, el más hermoso de sus hijos. (Le guiñó el ojo y el chico sonrió divertido, nunca cambiaría y eso le encantaba).

Fabián: Creo que también tendré que darle las gracias a tu padre. Ahora no sé a quién me aterra más conocer, si a tu madre o a tu padre.

Krámbell: Te repito que no tienes de que preocuparte, ellos ya te conocen, nos estuvieron espiando, ¿recuerdas?

Fabián: ¡Carajo!, ¿crees que nos hayan visto...? (El chico se sonrojó y el demonio adoró ese color en sus mejillas).

Krámbell: Tomando en cuenta la gran cantidad de tiempo que pasamos fornicando, es muy probable. (El joven maldijo para sus adentros). Incluso, conociéndolos, quizá se quedaron observando el espectáculo.

Fabián: Doble mierda, olvídalos, no podré verlos a los ojos. (El demonio soltó una estruendosa carcajada y el chico le dio un manotazo en el pecho). Me estás tomando el pelo ¿cierto? (El demonio negó con la cabeza, aún divertido, terminaron girando sobre el amplio colchón y una vez que pararon de tontear fueron a hacer un enorme *bow*l de papas a la francesa y *boneless*,

necesitaban recargar energía para la siguiente ronda sexual).

Fabián: Me queda una duda. (Anunció una vez de regreso a la cama).

Krámbell: Claro que sí, dispara.

Fabián: ¿Cuál crees que sea la lección que aprendiste? (El demonio soltó un suspiro).

Krámbell: Tengo dos opciones; aprender que no todos los humanos son tan despreciables como pensaba o... aprender a amar.

Fabián: ¿De verdad me amas? (Preguntó con la mirada esperanzada. El demonio lo tomó por el rostro).

Krámbell: Pasé mi vida alejándome de todos y en cuanto apareciste en lo único que podía pensar era en estar dentro de ti de todas las malditas formas posibles, pero más importante aún, quería que tú me quisieras dentro, dentro de tu cuerpo, de tu mente, de tu alma, quería, necesitaba que respiraras, que bebieras de este demonio. Soy un jodido monstruo, mascota. Recibo placer de la tortura, de la caza, soy cruel, vanidoso, vengativo, iracundo. Sí, te amo, te amo en calma, mientras cocinamos y bebemos un café, sin embargo, te amaré aún más cuando estemos en guerra. Acapararé todo de ti, porque tú ya no existes, eres mío, me perteneces y yo a ti, dejamos de ser uno para convertirnos en nosotros. Tal vez no sea lo que querías, mas seré lo que necesites el resto de la eternidad.

Al chico se le humedecieron los ojos, era lo más hermoso que jamás le habían dicho, nunca tuvo dudas de su decisión, estaba feliz con ella, pero después de escucharlo, la incertidumbre de lo desconocido se esfumó, no podía esperar para lo que sea que la eternidad les tuviera preparado.



Epílogo

Meses después

Krámbell

Adaptarnos a la vida como compañeros siendo partes del infierno y la tierra, no siempre ha sido sencillo, sigo odiando a las malditas escorias humanas y trato de permanecer alejado de ellos, aunque, lamentablemente, no siempre es posible.

Mi mascota reabrió su veterinaria, verlo trabajar con animales es toda una dicha; la forma cálida con que les habla, la suavidad firme con que los toca, incluso parece brillarle la mirada con cada nuevo animalito que llega a sus manos, habría sido un pecado imperdonable mantenerlo lejos de su pasión, solo por eso soporto ver tanto humano, aunque los dueños de la cabaña donde lo conocí no son tan despreciables, no entiendo por qué, pero la anciana siempre nos lleva galletas y su compañero tabaco o nueces, en realidad, creo que me agradan un poco, claro que primero morirán antes de que lo admita.

Desayunamos juntos cada mañana, le ayudo a abrir la veterinaria, lo observo un rato trabajar, lo provocho un poco y me aseguro de dejarlo con ganas de mí antes de obligarme a retirarme para darle algo de espacio.

Adquirimos un amplio terreno a las afueras de la ciudad donde disfruto de mi jardín, mi mascota quiere que lo convierta en un vivero o ponga una florería, pero eso implicaría trabajar con humanos, por lo que me rehúso, claro que los halagos por mis flores siempre son bienvenidos, además, pasados algunos años, tendremos que cambiar de residencia o alguien se dará cuenta de que no envejecemos.

Tengo carta libre del rey de los infiernos de torturar a pecadores, siempre y cuando pertenezcan a la soberbia, y los fines de semana nos refugiamos en nuestra cabaña en el infierno, donde mi padre me obliga a entrenar con los imbéciles de mis hermanos hasta matarnos de agotamiento para después tomar un refrigerio junto a madre, que siempre ha sido hermosa, pero desde que regresé, la veo más radiante.

Los últimos días los pasamos fuera de casa, ya que debía cumplir con la lista de torturados navideños y, aunque no me acompañó a realizar los castigos, me esperó en un bar a que terminara y me pidió que le contara el trabajo, al principio no creí que fuera buena idea, pero no sé si fue mi propia excitación la que lo contagiaba, el vínculo que nos une o simplemente nuestra insaciable necesidad por el otro, quizá ambas, porque cada noche, terminamos con una salvaje cesión sexual donde su sumisión y suplicas eran simplemente hermosas.

Terminé la lista un par de días antes del 24 de diciembre y nos encontramos en nuestra cabaña terminando de decorarla con todo y las luces, el pino, guirnaldas y demás, mientras el pavo se encuentra en el horno aromatizando nuestro hogar junto con el ponche.

Fabián: Hace falta un poco de frío, ¿no crees?

Krámbell: No, la verdad es que no.

Fabián: Anda, solo unos cuantos ocho o diez grados. (Pone esos ojitos de cachorro que cree me convencerán y está en lo jodidamente cierto).

Krámbell: ¿Tantos?

Fabián: Si no, no podremos ponernos nuestros ridículos suéteres navideños y no podré darte tu regalo.

Krámbell: No entiendo en qué se relaciona una cosa con... (Se bajó los pantalones y un tipo de mallas en color café se ajustaban a sus caderas, marcando su paquete y glúteos como una segunda piel. Mis alas se extendieron instintivamente al ver que extraía un suéter con el rostro de un reno y la nariz roja). ¡Por todo lo que es maldito! (Un gruñido reverberó en mi pecho, esperaba que fuera lo que cruzaba por mi sucia mente. Desde que escogí este lugar cerca del bosque he querido perseguirlo en él, sin embargo, los cambios, acoplarnos y nuestras responsabilidades nos lo habían estado impidiendo).

Fabián: Pero con este calor, no me lo pondré.

Krámbell: Sin rabieta, mascota, eso tiene solución. (Con un chasquido de dedos, aparecí sobre el sofá; una playera con el mismo dibujo del suéter, hizo un mohín con los labios y finalmente se la colocó, marcaba sus músculos y ya podía sentir mi verga endureciéndose bajo los pantalones, una dulce presa deseando ser cazada).

Fabián: ¿Y bien? ¿Te gusta tu obsequio?

Krámbell: ¡Corre, pequeña mascota!

Fabián

Bajó el rostro y alzó la mirada como el depredador que era, provocándome un escalofrío de anticipación, el deseo se hizo eco en su voz que descendió una octava como cada vez que quería reclamarme, y ¡mierda!, era tan intenso, siempre lo fue, pero desde que reclamó mi alma y yo se la entregué, tanto las emociones como las sensaciones eran más intensas, más adictivas, no importaba las veces que me poseyera, mi culo no tenía suficiente de él.

Fabián: No tan deprisa, demonio. (Saqué de mi mochila un lubricante, una diadema con cuernos de alce y un *plug* anal con una colita café, que parecía más la de un zorro que la de un venado, pero estaba seguro de que eso era lo que menos le importaba. El gruñido que soltó, la mirada oscureciéndose y la cola en alto, me dijeron que le gustaba lo que veía).

Krámbell: Te has convertido en una mascota muy traviesa. De rodillas sobre el sofá. (La orden con la voz áspera me obligó a reacomodarme el paquete en estas malditas mallas, si no fuera porque sé que es su fantasía y por el hambre con que me mira, me sentiría ridículo, en cambio me siento jodidamente deseado, necesitado y ansioso por que la caza comience).

Krámbell

Es jodidamente perfecto, con el culo en alto, entregándose para que haga de él lo que se me dé la puta gana. Deslizo la yema de los dedos por la parte trasera de su muslo hasta el delicioso trasero donde le asesto una bofetada. Respinga, maldice y el perfume de su deseo inunda la habitación, casi puedo saborearlo en mi lengua.

Con una de mis garras hago un ligero corte en las mallas, justo en su culo.

Krámbell: Has sido una buena mascota, te has ganado que te coma este lindo culito. (Araño su espalda sobre la tela y lo siento vibrar entre mis manos, cuando le separo las nalgas y me hundo en ellas, aspirando profundamente, solo para después darle una larga lamida, el muy descarado arquea aún más la espalda y comienzo mi festín, lo escucho gimotear mientras mi lengua hace círculos y se introduce en el apretado agujero. Me detengo solo cuando veo que se lleva una mano a la entrepierna para darle una sonora bofetada). No te he dado permiso para tocarte.

Fabián: ¡Mierda!, lo necesito, necesito más. (Le doy otra bofetada con más fuerza). ¡Cabrón!

Krámbell: Esa fue por no suplicar a tiempo.

Fabián: ¡Carajo, por favor, por favor tócame! (Sonreí satisfecho, y deslice una mano por su duro miembro cubierto con la suave tela, gime, tanto de placer como de insatisfacción, sé que no es suficiente, pero es justo así como lo quiero, hambriento de mí tanto como yo de él. Continuó devorándolo deseando que fuera mi verga en lugar de mi lengua).

Krámbell: Este agujerito se siente vacío ¿cierto?

Fabián: ¡Mierda, sí!

Responde balanceando las caderas hacia mi rostro, le doy otra bofetada y cuando respinga le sujeto por el cabello y lo obligo a girar el rostro para apoderarme de su boca, tomando todo lo que me da, exigiendo más y más, su rendición, su placer, su dolor, su amor, hasta que no le queda nada, completamente rendido, completamente mío.

No pudiendo alargar más el juego, baño el *plug* en el lubricante y dejo caer un poco en su entrada antes de comenzar a introducirlo lentamente, noto cuando contiene la respiración, su cuerpo cede ante la intrusión y es jodidamente hermoso ver cómo se abre ante mis ojos, aprieta los puños sobre el sofá y suelta un largo jadeo cuando finalmente su agujero vuelve a cerrarse con la maldita colita de fuera.

Muerde el sofá y le doy una nalgada, se aprieta alrededor del juguete y maldice por lo bajo.

Krámbell: Ya sabes que me gusta escucharte. No te contengas, mascota, y ahora mueve esta bonita colita para mí. (Obedece y la cola se balancea como burlándose de mí, la imagen hace que mis bolas se contraigan, el zíper de mis pantalones parece a punto de reventar). Eres jodidamente provocador, ¿no es así? (Le di un azote).

Fabián: ¡Carajo!, tanto que voy a escapar en cuanto pueda.

Krámbell: ¿Eso es lo que quieres?, ¿escapar? (Asintió sin dejar de menear la cola, estoy seguro de que con cada movimiento el juguete rozaba ese punto mágico en su interior. Caminé para quedar frente a él, lo tomé por el cuello y lo obligué a levantar el rostro apretando lo suficiente para dificultarle la respiración. El rubor cubría sus mejillas y cuello, ¡tan hermoso!, todavía no podía creer la suerte que tenía de que fuese mío. Le coloqué la diadema y fue perfecto). Eres todo un reno travieso y voy a castigarte por ello.

Mi áspera voz tomó un tono de ultratumba, ese que usaba para que los pecadores se mearan

encima, lo que no ocurrió con mi mascota, no obstante, sus pupilas se dilataron, di un paso atrás y me arranqué la camisa, mis alas se extendieron.

Fabián

Sus ojos se oscurecieron, y sentí como si un millar de hormigas subieran por mi cuerpo, sus músculos parecían más grandes que de costumbre y se me erizaron los vellos, los cuernos y las alas eran jodidamente amenazadoras, un nudo pareció apretarse en mi estómago, sabía que nunca me haría daño y aun así, lograba ponerme jodidamente nervioso cuando se lo proponía.

Krámbell

Su corazón bombeaba agitado, el miedo subiendo por su cuerpo, mis garras se extendieron con llamas en los dedos y fue el detonante para que la adrenalina fluyera por sus venas y saliera corriendo de la cabaña, solté una carcajada siniestra, con un eco que estoy seguro cimbro sus sentidos.

Krámbell: ¡Corre, pequeña mascota!, ¡corre!, porque cuando te alcance, castigaré tu insolencia.

La oscuridad penetró el bosque por donde él se perdía entre los árboles, corría con las palpitaciones aceleradas, echó un vistazo atrás y ahí me encontraba sonriendo, saboreando su miedo y excitación.

Las sombras cobraron vida en formas monstruosas, gruñidos amenazando con alcanzarlo, las ramas golpeando sus piernas y brazos, al girar nuevamente el rostro no me encontró y se detuvo con el pecho subiendo y bajando ferozmente.

Cuando nuevamente giró, rebotó con mi pecho, estuvo a punto de caer, pero lo sujeté del cuello atrayéndolo hacia mí, forcejeó sin éxito y sonreí triunfal.

Fabián: Tardaste demasiado. (Agregó con dificultad).

Krámbell: Te encontré justo a tiempo para castigarte por perder los bonitos cuernos.

Fabián: ¡Mierda!, (se llevó una mano a la cabeza), sabía que no durarían demasiado.

Krámbell: Eres un mal chico, te ganaste unos cuantos azotes. (Apreté una de sus nalgas y dejó caer la frente contra mi pecho mientras ahogaba un jadeo).

Fabián: Hazme lo que quieras, pero méteme esa enorme verga de una vez. (Sonaba tan necesitado como se veía y pude oler unas cuantas gotas de su semilla humedeciendo la apretada tela. Le levanté el rostro y pasé el pulgar por sus labios que inmediatamente se separaron e introduje el dedo, lo chupó con fuerza y juro que sentí la succión en la entrepierna).

Krámbell: Sujétate al árbol. (Obedeció y movió la maldita cola que parecía burlarse de mí). No, así se sujetan las buenas mascotas y tú eres una puta muy necesitada. Sujétate de la base. (Tragó saliva con dificultad antes de inclinarse, dejando el trasero por todo lo alto).

Fabián: ¡Oh, mierda! (Dejó escapar un largo jadeo, seguramente con el juguete presionando en su interior. Me acerqué y le di un azote). ¡Oh, por favor!

Krámbell: Por favor, ¿qué?, ¿qué es lo que quieres?

Fabián: A ti, a tu monstruosa verga. (Oprimí el juguete y empujó el trasero hacia mi mano). Eres como una perra en celo, ¿no es cierto?

Fabián: Esa cosa no ha hecho más que estimularme todo el camino, ¡por favor, demonio! (Sonreí, adoraba cuando se escuchaba así de urgido. Apreté sus nalgas, masajeándolas y azotándolas para que adquirieran ese rojo carmín que combinaba con mi piel). ¡Más, demonio, necesito más!

Krámbell: Estás tan jodidamente duro que te haré venir sin siquiera tocarte esa bonita verga de chico bueno. (Sujeté la cola y jugué con ella, la extraje lentamente). Jodidamente hermoso y preparado para mí, ¿no es cierto? (Di una larga lamida y escupí en él agujero). Sujétate mascota, esto será duro.

Gritos y rugidos bestiales se mezclaron en cuanto me clavé por completo, mis instintos apoderándose de mi cuerpo. ¡Mío!, quería enterrarme en él, meterme bajo su piel, devorarlo de adentro hacia afuera. ¡Más duro!, ¡más profundo!

Lo sentía apretarse a mi alrededor. Me incliné sobre él y lo levanté lo suficiente para que su cadera encajara con la cama que aparecí en lugar del árbol frente a nosotros. Arranqué su camisa, urgido por el contacto de piel contra piel y llevé una de sus rodillas a su costado para profundizar aún más si es que eso era posible. Estábamos al límite.

Mis colmillos se alargaron ansiando su sabor y los encajé en su cuello.

El más sublime de los néctares estalló en mi boca. Su sangre colmándome de una sensación inefable, un maremoto de dicha explotando desde mis entrañas hasta mis extremidades. Su cuerpo sediento ordeñó mi leche con sus espasmos y el tiempo se detuvo en minutos o quizá horas mientras nos convertimos en un nudo de brazos, piernas y fluidos sin principio ni fin.

Una vez que recuperamos el aliento, los gruñidos eran más que evidentes.

Fabián: ¿Qué es eso?

Krámbell: No es mi estómago, aunque podría.

Fabián: Quizá deberíamos volver a casa. (Añadió un tanto nervioso, aunque sin moverse de mi pecho).

Krámbell: Tranquilo, te dije que nuestro bosque era seguro y ahora lo será aún más. (Me obligué a sentarme y una vez que él me imitó, chasquee los dedos y la jaula apareció justo frente a nosotros).

Fabián: ¡Mierda!, ¿qué es eso? (Cuestionó sorprendido al ver la pequeña bola de pelo carmín de apenas unos treinta centímetros de alto contando los cuernitos, con diminutas patitas y manitas de tres dedos con dos falanges y de grandes ojos expresivos. Se acercó al borde de la cama para examinarlo e iba acercarse aún más cuando la bestia sonrió y las filas de colmillos se asomaron).

Krámbell: Es una cría de Utukku. (Me dedicó una mirada esperando una explicación). Digamos que en tu mundo es algo así como... un oso grizzli, un simio y un perro guardián. Uno de mis hermanos lo encontró en una expedición, no se ven a menudo, llegan a ser muy feroces y territoriales, pero son protectores y leales, comen casi cualquier cosa y son listos, aunque torpes, pueden llegar a medir hasta dos metros y medio, sin embargo, su crecimiento es jodidamente lento, así que tardará unos cincuenta años en dejar de ser un cachorro. (Me levanté y coloqué entre la bestia y mi mascota, me acuclillé y abrí la jaula, la bola de pelos se me echó a los brazos cual cachorro necesitado de atención). Ya hablamos de esto, no te atrevas a morderlo o te arrancaré los dientes. (Gruñó y balbuceó un poco en respuesta).

Fabián: Hace los sonidos del demonio de Tasmania de unas viejas caricaturas. ¿Puede entenderte?

Krámbell: Son listos, torpes y testarudos, es cosa de enseñarle. Son afectivos, pero también independientes. (Se lo entregué y la bola peluda le lamió el rostro inmediatamente).

Fabián: ¡Hey!, eres un buen chico. (Añadió con la mirada iluminada al tiempo que lo acariciaba, su felicidad me hacía sonreír y, eso, eso no podía ser otra cosa que real y sincero amor).

Krámbell: ¡Feliz Navidad! (Levantó la mirada, sorprendido).

Fabián: ¿Lo dices en serio? (Asentí).

Krámbell: Creo que es hora de que mi mascota tenga una mascota, además, creo que será feliz viviendo y protegiendo nuestro bosque y cabaña mientras pasamos tiempo en la tierra.

Fabián: Pero, pero, pasará mucho tiempo solo.

Krámbell: Esa cosa puede comer creaturas de tu tamaño, estará bien, el bosque le proporcionará lo que necesite y mamá prometió que le echaría un ojo mientras no estamos. Además, ya me diste mi regalo. (Levanté la cola con el *plug* que terminó en el suelo). ¿Te

gusta?

Fabián: ¡Me encanta!, aunque creo que nos adelantamos un poco, faltan dos días para Navidad.

Krámbell: Mascota, en el infierno no se celebra Navidad, pero juntos, podemos celebrarla cualquier maldito día del año.



Espero que la historia de este par, te dejara un rico sabor de boca, si fue así, no olvides compartirlo, coméntalo con tus amigas lectoras, en redes sociales, en goodreads y amazon. Dejar una valoración y reseña hace un mundo de diferencia para nosotras las autoras autopublicadas que no tenemos un monstruo de editorial a nuestras espaldas, pero, las tenemos a ustedes, las amantes de las letras, las que sueñan y viven a través de los libros, gracias por apoyar mi trabajo.

Y si no te gusto, siempre puedes recomendarlo a alguien que no te caiga tan bien jejeje.



Claudia A. Pérez R.

Soy de Papantla Ver. y vivo en Monterrey NL, México. Nací el 22 de febrero de 1985. Estudié Ing. Industrial Administrador y Lic. En Gestión y Administración de PyME, nada relacionado con la escritura, a mí siempre me gustaron los números. Pero afortunadamente descubrí que me encanta la lectura y las mil sensaciones que ésta provoca, el género Romántico-Erótico y la fantasía son mis preferidos.

Me considero una mujer práctica, divido mi tiempo entre el trabajo de oficina, mi compañero de vida, escribir, leer y pintar, pero lo que se mantiene como una constante inagotable en cada una de esas facetas son las voces en mi cabeza que NUNCA guardan silencio y me mantienen viviendo sus historias.

Libros Publicados



1.- El Sr. del Paraíso. (Primera edición mayo 2016, segunda edición mayo 2018).



2.- El Infierno en el Paraíso. (Diciembre 2016).

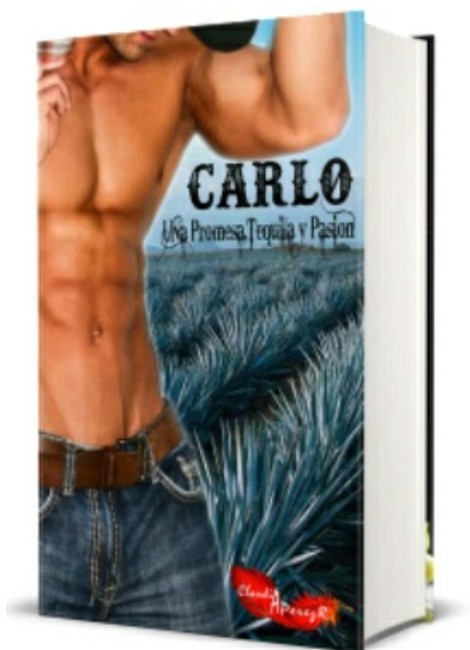


3.- Dereck: Un Alma, Dos Batallas. (Septiembre 2017).

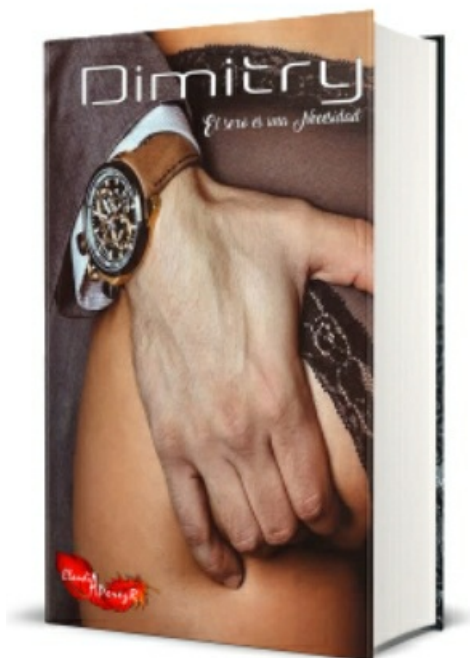


4.- Frankco Honor-Código-Lealtad. (Diciembre 2017).

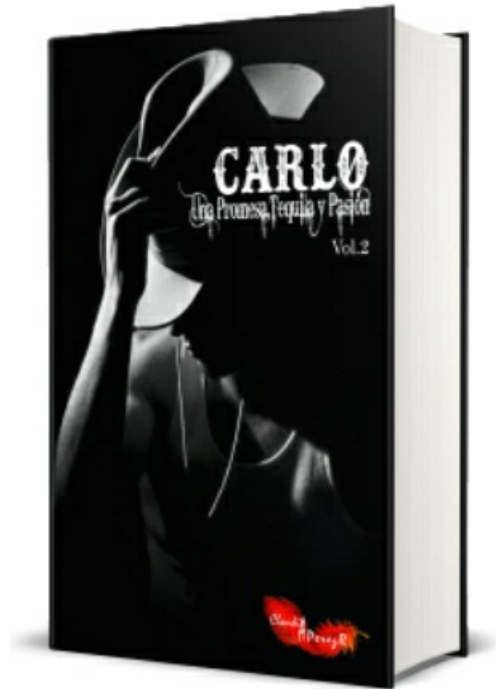
“Serie Paraíso



5.- Carlo Una Promesa, Tequila y Pasión Vol. 1. (Septiembre 2018).



1.5.- Dimitry El sexo es una necesidad. (Noviembre 2018).



6.- Carlo Una Promesa, Tequila y Pasión Vol. 2 (Marzo 2019).



6.5-Mario Un Amor que Trasciende (Relato).

“Bilogía Arte”

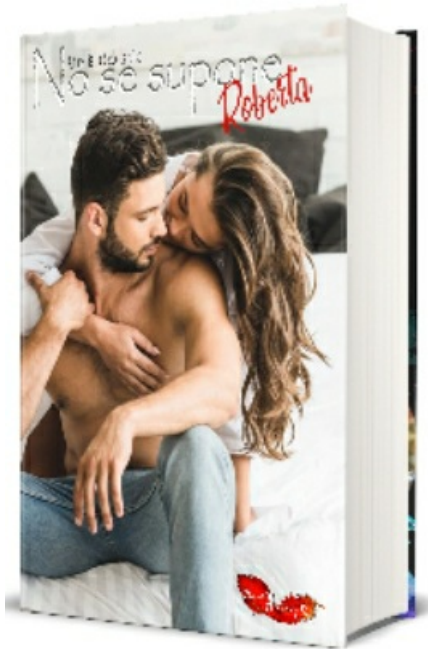


1. ¿El Amor es un Arte? (Septiembre 2019).

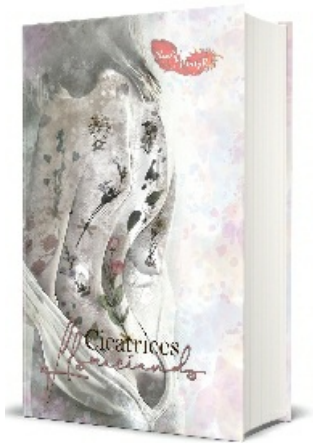


2. El Amor es un arte
(Agosto 2020).

“Libros Independientes”



No se supone Roberta (Noviembre 2019).



Cicatrices Floreciendo
(Diciembre 2020).

Amores Condenados
(Diciembre 2023)



“Serie Tormentos”



Lascivos
(Noviembre 2022).



Soberbia
(Diciembre 2024)

“Saga Manada de Guerreros”



0.5-Guardián
Vinculado ante la Luna
(Marzo 2020).



1.- Esclavo Heredero
(Julio 2021).



2.- Esclavos de sus Pasiones
(Diciembre 2021).



3.- Esclavo de su Pasado
(Agosto 2022).

4.- Esclavo de sus Errores
(Junio 2023).



Escribir, se ha convertido en un alimento necesario para llenar mi alma, mente y vida.

Todo comenzó sin darme cuenta, por eso lo nombro, mi **NO sueño**, el cual continúa creciendo, no sé tú, pero yo no puedo esperar para tener en mis manos la siguiente historia.

Por favor compárteme tus comentarios, porque me emociono cada vez que una amiga lectora me escribe, te dejo mis redes sociales, mi gratitud y mi cariño “Chica Paraíso” Nos leemos en la siguiente historia.

Redes sociales

 facebook.com/groups/elsr.delparaiso

 claudiapr85@gmail.com

 [audiaangelica_perez](https://www.instagram.com/audiaangelica_perez)

 [@claudiapr85](https://twitter.com/claudiapr85)

 [AutoraClaudiaAPerez](https://www.youtube.com/AutoraClaudiaAPerez)